

MEMORIAS  
DEL RÍO  
INMÓVIL



Premio Concurso de Novela Clarín 2001



Cristina Feijóo

MEMORIAS  
DEL RÍO  
INMÓVIL

ClarínX

ALFAGUARA  


Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

© Cristina Feijóo, 2001

© De esta edición:

Clarín / Aguilar U.T.E., 2001

Beazley 3860, (1437) Buenos Aires

Diseño de cubierta: Martín Oets

Fotografía de cubierta: Archivo Clarín

ISBN: 950-782-196-1

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Primera edición: diciembre de 2001

*A quienes comparten la memoria de la utopía  
y su búsqueda, que nunca acabará.*



*Esta ciudad insondable que ensimismada  
se niega mirar su río que se le finge inmóvil,  
cuyas calles exhiben las cicatrices de viejos heroísmos,  
la que se obstina en discutibles fervores y malquerencias  
y lleva hasta la muerte sus amores.*

*Hipólito Paz*

*Eludir el recuerdo y sin embargo  
saber que la memoria te es sagrada  
usar botones que abran  
hacer ojales grandes  
verdaderas tajadas.*

*Lucio Salas Oroño*

*A veces nos preguntábamos cómo recordáramos aquellos  
años, cómo nos los describiríamos a nosotros mismos y a  
los otros. Pero en realidad no creíamos que nuestro  
tiempo estuviera limitado. Ahora que todo ha terminado,  
también esta pregunta tiene su respuesta.*

*Christa Wolf*





*Durante algún tiempo me pregunté —a pesar de que la respuesta era simple y estaba tan a mano— por qué tardé tanto en reconocer a Floyt. Fue, en cierto modo, como observar una ciudad levantándose sobre las ruinas de otra que ya no está pero que irradia su espíritu —o como quiera que se llame esa mezcla de rispidez, dulzura e ironía que no podía ser otra cosa que Floyt— y que subsiste más allá de la muerte. Porque Floyt estaba muerto. Eso lo sabíamos todos aunque nadie pudo decir cómo ni cuándo lo mataron; sólo había un año: 1977.*

*Yo había bajado al puerto de Olivos pedaleando desde Libertador por la calle de la Prefectura, había doblado a la izquierda avanzando contra el viento por el asfalto ancho, poceado, bordeando el agua, consciente a medias de los veleros inquietos y de los edificios abandonados frente al río, a medio hacer, húmedos y grises, con ropa colgada pero sin gente a la vista. Al final de la calle había doblado en dirección opuesta al río y fue entonces cuando lo vi por primera vez. Llevaba una poleara negra, un jean y anteojos de sol.*

*Era un día nublado, ventoso y él estaba apoyado en la barandilla de metal, delgado, el pelo corto, ensortijado y negro aún, en la misma posición en que habría de encontrarlo otras veces esa semana, siempre de pie, de cara al río. No lo reconocí, repito, pero me llamó la atención su manera entregada de observar el agua; sin verla, dejando ondular el pensamiento hacia*

*adentro y hacia afuera como una marea. Yo, que solía adoptar un aire ausente, me di cuenta de que en ese hombre la ausencia era verdadera; y ese no estar estando le andaba alrededor como un perro, lo acompañaba en el modo de mirar las cosas, como si las penetrara.*

*Observarlo no era fácil; la impudicia se desprendía de él como ese olor que desprenden los mendigos y que no se sabe si es suciedad o el insostenible vaho del alma que llevan a ras del cuerpo. Lo espiaba pero me resultaba vergonzoso; era como espiar a un hombre a solas en su cuarto. Sólo que el cuarto de Floyt estaba en todas partes.*

*Esa tarde, el agua, de un marrón chocolate, estaba un poco picada y golpeaba pesada contra el murallón. Yo escuchaba los golpes y miraba la masa líquida, oscura, y a Floyt, allí un cuerpo, una emanación vieja. Él no me vio y si advirtió mi presencia detrás, a unos pasos, la ignoró, como ignoraba en apariencia todo lo humano.*

*Estuve allí unos minutos, serían las siete y media porque de repente la noche saltó desde la quietud del agua, desde el ahogo del aire y me golpeó una especie de orden venida desde una profundidad olvidada: "Rita Rivera, aún podés renunciar y seguir adelante, como si nada pasara".*

*Ahora comprendo que ya sabía que Floyt era Floyt y que ese pensamiento emboscado simbolizaba lo que vendría.*

*Con esa sensación extraña agarré el manubrio, impulsé los pedales y encaré el regreso. Unos metros después me había olvidado de él, cautivada por el aire tibio y la luz decreciente, y avanzaba despacio, preguntándome si el pescado se habría descongelado y si Juan ya estaría en casa.*

## 2

Rita llega casi de noche y entra por las cocheras para guardar la bicicleta. La empuja con las manos sobre el asiento aún cálido, a través de la puerta de metal. Una penumbra desapareja cubre esa zona del sótano.

La imagen inquietante del hombre del puerto vuelve a ella y el desasosiego que arrastra el recuerdo se manifiesta en sus fosas nasales, en la aprensión que le produce de pronto el olor a humedad vieja. Los sótanos, desde hace dieciocho años, le provocan una perturbación que enfrenta con suerte desapareja. No importa que se diga que lo que pasó no volverá a pasar, que esos tiempos se acabaron: la alarma vuelve una y otra vez, es sofocada una y otra vez y cuando deja paso al alivio, éste es tan intenso que se parece a la felicidad.

Pero hoy el equilibrio se ha roto y el pasado vuelve a entrar por culpa del hombre del puerto. Entra como posibilidad y como realidad. Rita traga y emite un silbido débil, el cuerpo paralelo a la bicicleta, las manos aferradas al manubrio. Abre el candado. Todo lo que necesita es la compañía del silbido para poder concentrarse en lo que hace. Apoyar la bicicleta, abrir el candado, levantar la cortina de la bauleta sin prestar atención al sótano, a la luz débil, al sonido que retumba. Está adentro, acomodando las ruedas entre los trastos cuando oye un chasquido que la deja inmóvil. El corazón arremete contra sus costillas mientras espera angustio-

samente que se prenda la luz. Desliza la mirada perdida a un lado y al otro sin enfocar nada. Sus labios están resecos y la cabeza vacía. Entonces sucede lo inevitable, lo que ya pasó, lo que sigue pasando indefinidamente.

Clava la mirada en la puerta de acceso a las bauleras. La pintura antióxido roja es una mancha que deja pasar la memoria de las voces, el recuerdo de los hombres corpulentos, inesperados, de imposible presencia. Los hombres que habían subido a violar su casa en el momento en que ella bajaba al sótano, dieciocho años atrás. Por segundos no habían coincidido. Y ni siquiera habían transcurrido las veinticuatro horas reglamentarias desde la detención de Juan. Las que cualquier compañero tenía para moverse, para borrar rastro, para irse. Cualquier compañero, cuánto más la mujer de uno. Habían entrado y Rita, acurrucada detrás del Renault del portero, había hecho el instintivo gesto de encogerse para terminar deslizándose debajo del auto, apretada contra el cemento, contra la mancha viscosa y cálida de aceite. Desde allí las piernas gruesas de los hombres, los mocasines, las zapatillas, los zapatos, eran las figuras de una coreografía siniestra. Las voces y sus ecos rebotaban en las paredes, se estrellaban en los oídos de Rita, que sólo podía escuchar el bombeo de su propia sangre, mientras todo se derrumbaba alrededor y dentro de ella.

Y la luz llega (como anticipa el chasquido con que se pone en marcha el encendido automático) y baña los resquicios de la puerta rojo oscuro, la desborda y dibuja el tejido de alambre en las paredes. Y con la luz sobreviene una calma tan grande que Rita se sienta en el piso, se agarra a la rueda de la bicicleta y se ríe, se ríe como una loca. El vecino que ha prendido la luz en el pasillo abre la puerta rojo antióxido y mira en su dirección. Rita agita una mano y lo que el ve-

cino percibe desde su cuadrado de luz es ese agitarse confuso cerca del piso y una risita nerviosa de mujer. Eso le basta para hacerse una idea errónea de la situación y se va, cerrando con un gesto discreto la puerta.

A Rita le duele el estómago, se enjuga las lágrimas, suspira y dice “qué boluda”, aferrada otra vez a su voz. Importante, su voz; indispensable para subirse a ella como si fuera un fórmula uno y alejarse del recuerdo. Se pone de pie, cierra el candado y abre la puerta. “A ver”, se dice. “Veamos.” Pero en su interior no puede ver nada. Sube hasta el piso de su departamento y se desliza por el corredor de mosaicos rojos encerados; por debajo de la puerta se cuele un olor en el que se mezclan el orégano y la albahaca. Es un olor conocido a familia, a hogar, y como por encanto se olvida de todo.

Juan está en la cocina, inclinado hacia el visor del horno, con el delantal de tela blanco abultado en la cintura; el sudor le brilla en la frente amplia.

—¿Qué tal, cómo anduvo? —pregunta y se alisa con mano rápida el pelo lacio, todavía rubión.

—Bien —contesta Rita y lo besa en la mejilla; se descalza y toma un sorbo de agua de la canilla. No comprende por qué tiene la boca tan seca.

Entra en su habitación y se saca la ropa sin encender la luz; en la penumbra, la silueta de los objetos reemplaza a los objetos; la vida se enrosca sobre sí, se encierra en las veintitantas paredes de la casa. Abre el placard y descuelga mecánicamente un batoncito liviano. Hace mucho que no piensa qué ponerse; sabe que Juan la verá con los ojos de siempre y esa engañosa inmovilidad del tiempo es para ella —y tal vez para Juan— un reaseguro contra cualquier catástrofe.

Bajo la ducha desliza la esponja a lo largo del cuerpo, estira el antebrazo derecho, mueve el músculo y comprue-

ba cuánta carne arrastra la tensión, mide cuánto ha avanzado la flacidez, tuerce la cabeza y se observa de perfil; así, desnuda, la cadera y la cintura siguen una línea armónica pero eso, se dice, no indica mucho. Los años se reflejan en una cantidad inconmensurable de factores. En el brillo de la mirada, por ejemplo. ¿Brillan sus ojos como antes? Cierra los párpados y deja que el agua resbale. Recuerda de pronto la ducha del hotelito de la calle Riobamba once años atrás, cuando con alboroto de nervios en el estómago escuchaba a Juan moverse en la habitación, absorto, reconociendo los ruidos, los colores y los sabores del mundo después de siete años de cárcel mientras ella, que siempre había estado en el mundo —aunque el mundo fuera el postizo universo del exilio— trataba de reconocer en ese hombre delgadísimo, de cintura más ancha, ojos más profundos, a su marido.

Escucha que Juan la llama, se envuelve en la bata y aparece en la cocina, aún descalza.

—Dale, dale que se enfría —refunfuña Juan, atareado con los cubiertos. En la piel blanca de sus mejillas hay dos manchas de color.

—Parecés Caperucita Roja —dice Rita, estirándose hacia la fuente.

—Sí, sobre todo por el vestido —contesta él, y se saca el delantal—. ¿Cómo te fue hoy?

Rita suspira desalentada. La oficina se le ha vuelto deprimente en los últimos tiempos y tiene conciencia de que se debe, en parte, a sus indefiniciones. Se sirve agua mineral y la observa borbotear. Juan come rápida, prolijamente, esperando la respuesta de Rita, bajo el círculo de luz de la cocina. Ella mira con afecto esos gestos que a fuerza de conocidos actúan como la valeriana, calmándola.

Juan es de estatura media, piel marfilina y ojos grandes color miel, boca pulposa y grandes entradas en la frente. Una arruga de concentración le frunce el entrecejo y lo hace parecer un poco bizco. Tiene un abdomen incipiente, se está quedando calvo; sus movimientos son lentos, tranquilos.

–“Spiderman” cerró la operación con Links –dice Rita al fin.

Juan inmoviliza el tenedor a centímetros de la boca; su indignación suplanta la indignación de Rita, la encarna con tanta naturalidad que ella hace un gesto vago y sigue comiendo.

–¿Te das cuenta de que son unos hijos de puta? ¿Te das cuenta? –dice Juan; ha dicho “son” y ella, sospechando que su bronca proviene de una fuente propia, lo mira interrogante.

–Ya te voy a contar –dice Juan. Frunce el ceño y sacude la cabeza como un toro–. Pero son unos hijos de puta –repite.

–Descubriste la pólvora –comenta Rita con la mirada en el plato.

–Está bien –se disculpa él–, me crié en el campo, qué querés.

–También don Corleone se crió en el campo –dice Rita, y le roba la mitad del pan.

–¿Así que cerró él? ¿Y qué excusa puso? –pregunta Juan, sin terminar de convencerse.

–Ninguna– dice Rita, paciente–. No puso ninguna excusa. –Ensopa el pan en la salsita y murmura–: No debería hacer esto. –Juan la mira sorprendido.

–¿Pero cortala Ponche con eso! ¿Estás gorda, ahora?

–No, gorda no –concede–. Tenés razón. –Y sigue ensofando el pan en la salsa. Pero piensa que él ve las cosas de un modo radical. Veinte años antes todo era blanco o ne-

gro y ver las cosas de un modo radical era una ventaja, una garantía de pureza; pero en los noventa es un lastre. A lo mejor, si Juan no hubiera estado preso ahora podría contemporizar.

—¿Y a vos, qué te pasó? —pregunta sin poder contenerse. Juan mueve la cabeza como diciendo: “si te contara no lo creerías”.

—Dale —insiste ella. Termina de mojar el pan y se chupa los dedos; él come distraído, preparando las palabras. A Rita le gusta el juego: la impaciencia en el estómago y el regusto de la vieja indignación, acorralada y confinada en esa cocina donde la lámpara desparrama una luz suave sobre ellos, una luz que los arrulla y los consuela.



### 3

*El hombre del puerto está en el mismo lugar. Lo veo y un recuerdo confuso me arrastra hacia las profundidades de la memoria. Desde la primera mirada supe que él es la válvula a un inmediato océano de sentido. Éste es un sentimiento desconcertante que olvido apenas me alejo del hombre, y que él renueva con su presencia.*

*Dejo la bicicleta entre dos autos y me apoyo en la barandilla, a un par de metros, sin mirarlo, observando yo también el río gris ese día, que se mueve acunando botellas de plástico, palos, ramas, basura; y más allá las gaviotas volando en círculos, sobre un horizonte brumoso, fundido al cielo también gris.*

*Hasta hoy lo he observado a distancia, pero ahora me ubico más cerca, siento su cercanía y la existencia de un espacio vertiginoso y múltiple que nos abarca. Se vuelve hacia mí, no gira la cara, gira todo el cuerpo, y yo me asomo por la baranda para despistarlo, hago como si me atrajera algún objeto flotante con la secreta esperanza de obligarlo a mirar otra vez el agua. Pero él me mira sin urgencias y en mi estómago bulle una esfera de pánico; por unos segundos no puedo pensar. Luego me aflojo, acepto que lo que tenga que ocurrir, ocurra.*

*Me vuelvo y lo miro por primera vez de frente. Tiene una mirada grave, pensativa, y no sonrío. Me señala el grupo de pájaros en el extremo del muelle.*

*—Algunas veces andan por acá —dice, señalando el cemento con un gesto vago.*

*—¿Ah, sí? —contesto desconcertada; observo el movimiento circular de las gaviotas sobre las rocas.*

*—Son feas —agrega y me mira con serenidad—. Y rapaces. Pelean por la comida. —Su voz tiene un tono reconcentrado, sin matices; no hay en su actitud una pizca de seducción.*

*—Nunca las he visto en tierra —digo, acodándome de nuevo sobre la barandilla.*

*—¿Pero si las ve! —dice con una risita inquieta—. Las ve todo el tiempo.*

*Me remuevo en el lugar, con un repentino desasosiego.*

*—¿Querés decir que todos somos gaviotas? —pregunto y me pongo colorada; para disimular raspo con la uña una mancha de óxido, esperando la respuesta. El diálogo, visto desde afuera, me resulta devastadoramente kitsch.*

*No me contesta. Lo miro de reojo y me parece que ha contraído los labios.*

*—Puede ser —dice al fin con una voz apenas audible y echa a andar. Se aleja sin prisa por la veredita; yo lo veo irse y entonces me sucede algo increíble: tengo la sospecha de que estoy dejando atrás una parte esencial de mi vida. Siguiendo un impulso corro y lo tomo del brazo. Él me mira sin sorpresa y sigue caminando.*

*—Bueno, bueno —dice solamente, y yo sé que ha comprendido todo. Me da unas palmaditas en el hombro. No ha dejado de caminar y yo emparejo mi paso.*

*Sopla una brisa fresca. Avanzamos por el empedrado, junto al embarcadero donde hileras de veleros se balancean en el agua, y más allá, entre los malecones, la desierta salida al río abierto se ensancha como una melancólica llamada. Marcho al ritmo de sus pasos, doblegada, convertida en un pliegue de su*

MEMORIAS DEL RÍO INMÓVIL

*mente, pero como nunca antes estoy segura de caminar por un lugar donde las palabras todavía nombran y donde el mundo podría recobrar un sentido.*



Salliqueló fue para los primeros años de Rita, las siestas y los atardeceres, y las paredes blancas, altas y sólidas de su casa fueron el marco perfecto para los secretos que ocultaban. Y todo secreto es un pecado que debe ser confesado y purgado para que no desencadene una serie infinita de pecados. Es lo que decía el padre Francisco en sus prédicas, antes de la comunión. El padre olía a cebolla y a guiso, cuando se inclinaba para colocar la hostia hondo, cerca de la campanilla de la garganta, de modo que la ubicación, el ayuno y el aliento del cura provocaban en Rita una sucesión de arcadas que terminaban siendo el vehículo del Cuerpo de Cristo hacia su estómago. A veces reconocía el aliento del padre Francisco en el confesionario y acortaba sus pecados, que eran siempre los mismos. Más tarde, arrodillada en la madera del banco, en la oscuridad gomosa de la iglesia, rezaba los padrenuestros y las avemarías meticulosamente, con el alivio del perdón que acababa de conseguir con tan poco esfuerzo. Ser pecadora era algo terrible y le parecía mentira que diez minutos de rezo la redimieran. Pero ser pecadora era sobre todo confuso, porque nunca recordaba qué era pecado venial y qué pecado mortal, y por qué. Para la época de su confirmación, Rita estaba convencida de que el infierno era inevitable: ella estaba decidida a seguir pecando. Había noches en que no podía conciliar el sueño pensando en eso. Deseaba ser distinta, con-

vertirse en santa, pero le bastaban dos segundos de introspección para reconocer su persistente tendencia al pecado.

La conciencia de estar perdida para el reino de los cielos la fue volviendo conspirativa. Pensaba que si ella, ya de niña, se reconocía pecadora irredimible, cuánto más serían sus padres, que acallaban los gritos coléricos cuando Rita se asomaba y empezaba a atravesar los baldosones blancos y negros de la sala. Cada vez que Rita entraba, atraída por la histeria vibrante de su madre, se enfrentaba al silencio rápido y a las dos miradas reprobatorias que la enmudecían, reduciéndola a un montoncito rígido. Al menos *ella* intentaba acercarse a la verdad. Descubrir los pecados de sus padres la ayudaría a poner en perspectiva los propios, podría evaluar si le quedaba alguna oportunidad de salvación.

Su infancia transcurrió entre el deseo de descubrir la verdad y el alivio de que ésta se le escapara. Ahora, sin embargo, con la distancia que dan los años, ha acabado por convencerse de que en la casa de sus padres nunca existió misterio alguno.

Su madre se llamaba Matilde y era grande, de piel blanca y pecosa, caderas anchas y piernas como macetas, pero lo que más recuerda son sus ojos siempre húmedos de alegría o de rabia. Era intensa, con una intensidad que atemorizaba a Rita.

Ella merodeaba a su alrededor, esperando el momento de encajar en esa fuerza, pero nunca lo conseguía; nadie encajaba. La potente leche de su madre carecía de destino. Lo supo mucho después, cuando harta de preguntarse si lo que provocaba las oleadas de furor y de entusiasmo de Matilde eran las variaciones climáticas, la interacción con la gente, lo cotidiano o su padre, en un instante revelador comprendió que no había ninguna causa. Su madre se autoabastecía pa-

ra ser feliz y para ser desdichada, y las corrientes fulgurantes nacían y morían en ella.

Entonces los silencios coléricos de su padre le parecieron menos misteriosos, más cargados de desilusión que de verdadera rabia. Pero, aunque ambigua por sus contenidos cambiantes, la figura del hombre conservaba lo que importaba: permanencia. Manucho estaba siempre, y bastaba con eso, con verlo por el rabillo del ojo envuelto en un traje negro que olía a naftalina, leyendo eternamente el diario. Era como Dios; era el pilar de la casa. Su aire distante y esos silencios tercos demostraban que, aunque él no aprobaba lo que sucedía entre esas paredes, se quedaba. Y se quedaría.

La voz de Matilde es la única voz que Rita recuerda resonando en el comedor de la casa durante las cenas interminables, cargadas de sueño. Cuando la euforia la dominaba, su madre no paraba de hablar, plegaba y desplegabala las servilletas, le despeinaba el flequillo y se movía en la silla mientras su voz de contralto vibraba en el aire y su risa bajaba como un arroyo hasta la calle. En esas ocasiones su padre se animaba aunque con un poco de recelo, solía mirar a Matilde con la cabeza inclinada cerca del plato, desde abajo y sonreír, aunque una vez dio una palmada en la mesa con tanta fuerza que una copa se volcó y el mantel blanco se tiñó de vino. En esa oportunidad su madre se llevó las manos a la boca y abrió los ojos como si lo que viera fuera una mancha de sangre, como si Manucho hubiera matado a alguien o esa mancha le trajera el recuerdo del verdadero crimen. Matilde se levantó de la mesa y ya no regresó del dormitorio. Manucho estaba pálido y terminó de comer en silencio mientras Rita intentaba recordar qué había dicho Matilde. Lamentó no haber estado atenta y se juró descubrir el secreto. Ahora estaba segura de que podía

descubrirlo. Lo que no podía era estar atenta. No iba con su naturaleza.

Rita siempre trató de agradar a su madre para evitar gruñidos y para no ofenderla. Cuando ella no actuaba “como correspondía”, Matilde se ofendía y pasaba días sin hablarle, empacada como una mula. Rita se acostumbró a adivinar qué cosas decir en cada momento. Era divertido, una manera de pasar inadvertida y poder dedicarse a sus cosas. Aunque sus cosas siguieran siendo Matilde y papá pero en otro nivel, a una escala maravillosa.

Cuando empezó la escuela aplicó afuera la técnica que había estrenado con su madre: adivinar qué querían los otros que ella dijera, para decirlo. Era una manera fácil y sobre todo inofensiva de desembarazarse del complejo mundo de preguntas y respuestas a que los grandes la sometían. Su padre advirtió esa maniobra y la interpretó como debilidad de carácter. Una tarde, Rita, que jugaba en el jardín, lo vio parado junto a la ventana, mirándola. Se le apretó el estómago: la atención de sus padres no presagiaba cosas buenas.

Minutos después Manucho salió al jardín, le revolvió el pelo y la sentó en el tapialito que daba a la calle. Carraspeó y con una voz de suave reproche le dijo que la había pescado mintiendo y que ella debía decir siempre la verdad. En ese momento pasó la señora de Tagliola y se detuvo a hablar con él. Hablaron del marido de la mujer, que estaba postrado por una enfermedad del hígado desde hacía dos meses. Su padre se mostró dolido, preocupado por la salud del hombre y se ofreció a ayudar “en lo que hiciera falta”. Rita lo miró sobresaltada; la noche anterior lo había escuchado hablar de “ese borracho de Tagliola que si Dios era justo reventaría como tenía merecido”. La señora acababa de partir



y cuando su padre se volvió hacia ella, advirtió la alarma en los ojos de Rita. “No te asustes”, dijo. “No te estoy retando. Quiero que seas una mujercita valiente y que te atrevas a decir siempre lo que pensás. Con la mentira no se va a ningún lado.”

La escuela fue realmente su segundo hogar. Allí empezó el genuino aprendizaje para la vida. Porque si las torpezas y los aciertos de sus padres modelaron su personalidad, las aulas le fueron dando los métodos para cultivarla. Lo primero que le dieron fue un nombre. Porque ella no se llamaba Rita. Su nombre verdadero era Margarita.

Empezó a llamarse Rita el primer día del primer grado de la escuela, en el momento en que la maestra pasó lista a los presentes. Cuando llegó su turno ya se habían presentado la mayoría de las nenas y hasta el momento había una Rosa, una Azucena, una Jazmín, una Violeta y el grado se había ido cargando de la risa contenida de los varones; los ojos de los chicos brillaban despreciativos y Rita comprendió en un segundo que no estaba dispuesta a agregar una flor más al jardín; se paró y dijo: “Rita Rivera”. La maestra levantó los ojos de la lista y la miró por sobre sus anteojos. Luego desplegó una mirada panorámica sobre los rostros burlones de los varones y las caras coloradas de las otras flores. “Se callan”, dijo. Y agregó, “y usted, Rita, se sienta”.

Ésa fue su primera complicidad con un adulto; una connivencia edificada en la mentira. Se sentó y miró el pupitre para disimular la emoción. Adoró a la señorita Raquel, de una vez y para siempre. Y mientras raspaba con la uña una letra grabada en el banco para disimular el zapateo de su corazón, tuvo la intensa sospecha de que la verdad está más cerca de la belleza que de la virtud, más cerca de la gracia que del esfuerzo.

La señorita Raquel abrió ante ella un panorama impen-sable. Primero, cuestionó la idea de pecado. Es decir: había *otra manera* de ver la mentira. Rita comprendió que al pen-samiento alternativo de la señorita Raquel sólo podía acce-der a través del conocimiento, es decir, siendo maestra. Ésa fue la causa inicial de su amor por el saber. Una causa egoís-ta, porque lo que la inspiraba a estudiar era hallar el modo de justificar el pecado y salvarse de las llamas eternas.

Aprendió a leer y ya no paró. Sus padres, como premio, le regalaron los dos primeros libros, que se llamaban *Vida de Santa Teresita del Niño Jesús* y *Los pastorcillos de Fátima*. Los dos le dejaron un sabor amargo en la boca. La santidad le daba tristeza, le daba culpas, le daba pesadillas.

Su verdadera vida intelectual empezó el día en que en-tró por primera vez en la única biblioteca pública de Salli-queló, se dirigió al anaquel de literatura infantil y sacó *La is-la del tesoro*.

A los diez años ya se había leído entera la colección Ro-bin Hood. Sabía más sobre el Tigre de la Malasia, el Príncipe Valiente y el Corsario Negro que sobre las hazañas de nuestros próceres, y eso le granjeó el respeto de los varones de su grado. La trataban con más consideración que a las otras chicas y, tras muchos cabildeos, consiguió que la incluyeran en la cuadrilla de excursiones. La cuadrilla salía a la hora de la siesta o después de la cena y se dedicaba mayormente a la caza. La formaban cuatro de los cinco varones del grado. Uno de ellos, Sergio, le prestó una gomera y le enseñó como usar-la. Poner la piedra, estirar la goma, apuntar y soltar la piedra.

Una vez derribaron un gorrión que cayó con un ruido húmedo, un siseo suave de pandereta y quedó tendido sobre las hojas alargadas y reseca moviendo las alas. Uno de ellos lo levantó, “está demasiado herido”, dijo, se volvió, levantó

una piedra y le aplastó la cabeza. Rita sintió un mareo fugaz, se secó la frente con el brazo y miró a Sergio. El chico mostraba una excitación controlada y le dirigió una mirada escrutadora e irónica, que parecía decir ¿y ahora, reina de los piratas? Rita bajó la vista; en ese instante se definía su prestigio, su futuro, la posibilidad de explorar por sí misma los bordes del infierno. Evitó mirar al pájaro, levantó los ojos y dijo “¿de quién es, del que lo mató?”.

Esa pregunta la ubicó en el papel de observadora; era la cronista del grupo. Ya no era una invitada casual y eso resultó evidente por el desplazamiento en la actitud de los varones. La segunda excursión consistió en cortar orugas y observar cómo cada parte se retorció; parecía que el cerebro de las orugas se extendía por todo el cuerpo. Aquí tuvo una participación más activa, se inclinó para observar el bicho y hasta tocó una de las partes con una ramita. Dijo que iba a investigar la vida de las orugas en la enciclopedia que había en la casa.

Rita era admitida en esas excursiones hacia el universo cruel de los varones a cambio del silencio. Perteneecía, sí, pero en secreto. En la escuela ninguno de los cuatro le hablaba. Allí era una nena más, despreciable, floja, histericona. En los recreos hacía la ronda con las otras flores y miraba de reojo los empujones, los escupitajos, las zancadillas de los varones. Eran más interesantes, más fuertes; no se dejaban intimidar por el pecado.

Llevó durante un tiempo esta doble vida. Una noche, como había llovido, se dedicaron a patear sapos. El juego consistía en quién los hacía volar más alto. El pasto estaba húmedo, había barro en las cunetas y Rita temía que las zapatillas delataran su fuga. A su madre se le escapaban las más groseras evidencias pero nunca se podía estar del todo segura, tratándose de ella.

Los chicos le tenían reservada una sorpresa. Estaban del lado oeste del pueblo, por el camino que iba a la chacinería incendiada. Llegaron a las ruinas y bordearon el edificio, que tenía las puertas tapiadas, para atravesar el patio trasero. Rita se quedó paralizada. Tenía miedo de que esas piezas tiznadas y oscuras estuvieran llenas de ratas. Los chicos habían entrado; ella no traspasó el escalón de ladrillos hasta que una mano la agarró del brazo y la arrastró hacia adentro. La penumbra era fresca y por el cemento agujereado surgían peladuras de pasto y tierra. Se dejó guiar hasta la segunda pieza. Allí escuchó un sonido impreciso. Después vio la caja de cartón; estaba contra una esquina y de allí salía el ruido, que era de raspaduras y de golpes sordos. Se dio cuenta de que lo que estaba encerrado era un gato y se soltó de un tirón de la mano que la arrastraba. Uno de los chicos llevaba una bolsa de arpillera. Con ella envolvieron la caja, que luego abrieron con cuidado. El gato saltó de inmediato adentro de la bolsa, y quedó encerrado en ella. El animal se soltaba y volvía a prenderse de la tela, maullando enloquecido. Rita nunca supo de qué color ni de qué tamaño era. Para ella ese gato fue un bulto móvil dentro de una bolsa de arpillera, un bulto enloquecido de miedo, unos maullidos acallados contra la piedra mucho después que la sangre comenzara a teñir la bolsa y el silencio volviera a reinar.

Esa noche tuvo fiebre y por dos días su madre no la mandó a la escuela.

Al tercer día, en clase, Rita le pasó un papelito a Sergio. Le comunicaba que ya no podría participar de las excursiones porque las zapatillas con barro la habían delatado y su padre le había pegado una paliza. Ahora la encerraban con llave durante la siesta y nunca más iba a poder salir. Los vio pasarse el papel uno al otro; ninguno se dio vuelta a mirarla. Las pri-

meras semanas, en el patio, alguno le sonreía de lejos entre empujón y empujón, cuando nadie podía verlo, pero nunca más le hablaron. Los había desilusionado. Aún cuando hubieran creído su mentira, los hechos hablaban por sí mismos; ella ya no formaba parte del grupo y esto probaba lo que ellos sabían desde siempre: las mujeres no sirven para nada.

Las ideas de Rita sobre el Mal eran ahora más apocalípticas. Había llegado a la conclusión de que casi nadie se salvaba del infierno y dada esta terrible realidad, lo mejor era ponerse a cometer pecados grandes aunque ella no sabía cómo. Ni siquiera sabía si el “No Matarás” incluía los gatos, los sapos y las orugas, pero estaba segura de que estos actos no eran cristianos y que en alguna lista debían figurar. Los exploradores también iban al catecismo —ella los veía en la iglesia—, pero no parecían sentir culpa por sus pecados. Está claro que al confesarse quedaban a salvo y podían ponerse a pecar de nuevo, pero ¿y el arrepentimiento? Se suponía que un católico debía tratar de *no volver* a pecar; tratar al menos, aunque al final no se pudiera. Los varones eran diferentes también en eso y, aquí sí, la envidia le retorció las tripas.

Volvió a su palacio y a sus muñecas con un alivio fervoroso. Esperaba las siestas para gozar del frescor de su cuarto, del ruido externo de los moscardones chocando contra la red metálica de la ventana; esperaba esos ratos para desempolvar hasta la más olvidada de sus muñecas: la negra de paño con la boca roja, los aros plásticos grandotes y dorados y el pañuelo rojo a lunares blancos que le había traído su tía Clara de Buenos Aires. Su mundo de muñecas, telas suaves y ensueños; un mundo que ella amaba.

El quinto de los varones de su grado era el único que le gustaba de verdad; no era bruto como los otros y no gritaba para hablar. A decir verdad tampoco hablaba, a menos que

se lo pidieran. El universo de los varones era demasiado inquietante y amenazador. La atraía y la repelía, pero sobre todo desconfiaba de él. Pablo, en cambio, era suave, callado, y estaba siempre ahí. Sobre todo, olía bien. Los otros varones hedían a tierra mezclada con cebolla; parecían a punto de estallar de violencia a cada rato y cuando Rita soñaba con alguno de ellos, sobre todo con Sergio, con la piel áspera de Sergio, unas sensaciones deliciosas y terribles la recorrían, y eso, estaba segura, conducía al infierno.

Con Pablo se sentía a salvo. El día que apareció con un crisantemo en la escuela y se lo dio, Rita comprendió que tenía novio. Estaba en tercer grado y ya había terminado de cambiar los dientes de leche. Cuando llegó a su casa se fue derecho al espejo y se examinó. Ahora tenía novio, pero no sabía qué hacer. Se miró la cara flaca, alauchada, las grandes paletas y los colmillos un poco encimados sobre los caninos, los ojos pardos demasiado separados de la nariz chata y se dijo que había otras más lindas, que era raro que Pablo no las prefiriera. Pero enseguida pensó que Sergio era más lindo que Pablo y que ella no lo prefería. Las cosas no eran tan simples. No eran matemáticas.

A partir del momento en que tuvo novio empezó a espiar a sus padres. Es decir, se le cruzó por la cabeza la idea de espiarlos, pero el solo pensamiento de que ellos hicieran *eso* le resultaba intolerable.

Tantas ideas que chocaban entre sí la contrariaban. Se preguntó cómo habría hecho la señorita Raquel para enterarse de todo. Porque estaba segura de que la maestra sabía todo. Y la respuesta, otra vez, eran los libros. Más allá de lo que ella escuchaba, veía y leía, había un universo de verdades maravillosas como perlas. Pero Rita no encontraría esas joyitas en la colección Robin Hood.

Así fue cómo llegó a la biblioteca de la sala. Y del mismo modo subrepticio llegó a las novelas que su madre escondía entre la ropa. Las lecturas desordenadas y caóticas reforzaron su convicción de que había todo un mundo de verdades dando vuelta. Tal vez alguna de ellas la salvara del ahogo indefinido, la acercara a esa serenidad insolente que brillaba en los ojos de la señorita Raquel.

Tuvo que esperar hasta los diecisiete años para que el sueño se cumpliera. Lo que no sabía aún es que las grandes verdades están rodeadas de abismos y que en muchos momentos de oscuridad habría de desear no haber encontrado la suya.

\*\*\*

Terminó el secundario en Salliqueló y sus padres consintieron en que viajara a Buenos Aires para cursar los estudios superiores. Llegó a la ciudad con una carta para la regenta de una pensión de monjas teresianas en Villa Luro.

En los primeros meses de 1969 la vida parecía explotar a su alrededor. Andaba entre nubes, absorbiendo la gran ciudad. Su descubrimiento la fascinaba: los ruidos, la gente, el tránsito, el anonimato que permitía e incitaba a todo. Los modos directos y las miradas audaces la hacían sonrojar y el sonrojo la hacía odiarse. Hubiera querido mimetizarse con los porteños, ser una de ellos, haber nacido en el lugar donde todo parecía fácil y posible. La entristecía no ser dueña de ese desparpajo natural. Terminó los trámites de admisión a la facultad con el anhelo casi desesperado de amoldarse rápidamente.

El primer día de clase (las cosas importantes le pasaban el primer día de clases) una muchacha alta, con cara de co-

razón y pelo enulado tiró su carpeta en el pupitre con un resoplido y se sentó. Por el rabillo del ojo Rita la vio apantallarse con una mano grande y huesuda. Rita tenía la mirada clavada en el pizarrón, no sabía si debía presentarse, mirarla o ignorarla. De repente vio la mano de la otra delante de su barriga y se volvió, sobresaltada. La muchacha le sonreía, tenía ojos negros, amistosos. “Ana Leyrado”, dijo. “Rita –contestó ella–. Rita Rivera, de Salliqueló”. Hubiera querido morderse la lengua. Los colores le subieron a las mejillas pero Ana no pareció notarlo. “¡Qué calor infernal!”, contestó.

Después del curso se fueron al bar a tomar una gaseosa. Ana Leyrado hablaba sin parar. Del movimiento estudiantil, de las corrientes clasistas, de los tupamaros. Hablaba como si Rita estuviera en el vértice de la cosa o como si cualquier otro tema fuera una estupidez. Rita miraba la pajita de la Crush sin abrir la boca y sin levantar la vista. Había escuchado rumores, sí; algo había leído en los diarios, pero nunca había pensado en esas cosas *de verdad*. Las sentía tan lejanas como si ocurrieran en la China. Ahora se daba cuenta de que estaban delante de sus narices. De repente le escuchó decir a Ana: “¿De dónde dijiste que sos?”.

Al otro día Ana le pasó el Manifiesto Comunista. Esa noche Rita lo leyó y no pudo dormir. Su cabeza se había puesto a andar de un modo vertiginoso en torno de esas ideas puras, inmensas, que parecían darle al universo un sentido que ella presentía claro e irrefutable. Sintió que si entendía, si verdaderamente se adentraba en la esencia de esos pensamientos, despertaría de un sueño engañoso. En esas pocas páginas estaba contenido lo que había estado buscando más allá de la razón, con un anhelo desorbitado que ahora encajaba como una pieza a medida en esos pensamientos. Leía con el corazón en suspenso y los ojos muy abiertos, con



la respiración contenida, deseando que el hechizo fuera eterno. Toda ella era enamoramiento, intuición, como si la materia viva de su cuerpo hubiera perdido peso, se volatilizara, se tornara más libre. Su cerebro participaba de un estado de premonición gloriosa; no podía pensar lógicamente. Lo que entreveía era demasiado grande. La representación del mundo que le habían impuesto en el colegio, esa historia acartonada, llena de fechas y actos absurdos, que había que retener machacando la memoria, le parecía ahora una farsa.

Su vida pasaba delante de ella como una tormenta de imágenes. Su padre en la época de la huelga bancaria; el tono obsecuente con que Manucho se dirigía al enviado de Buenos Aires; las negativas de Manucho a concurrir a las cenas de empleados. Y Matilde, con sus novelitas rosas y sus revistas de moda. El desprecio de su madre por los abuelos, su patética revancha contra la pobreza. Todo aparecía ahora bajo una luz nueva, todo era factible de explicación. Por primera vez comprendía que sus padres no eran únicos, que respondían a ideas que ni ellos mismos entendían, que sus conductas podían ser encuadradas en un patrón racional. Rita los veía bajar del pedestal y sumarse a los otros de su clase para volverse mensurables, predecibles. Acababan de perder su magia, esa magia que, de ahora en más, se acuñaría en la fuente de la revolución social. Allí estaban la chispa y el fuego.

Con una emoción que le bloqueaba la garganta veía diluirse su infierno personal. Sentía retroceder a Satanás, al pecado, a la culpa, al miedo, a las llamas. Los veía peligrar, empuqueñecerse ante la dignidad de las palabras desafiantes, orgullosas, con que terminaba el Manifiesto: “Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser al-

canzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar”.

Cuando volvió a ver a Ana, estaba transfigurada. Había madrugado para instalarse en la biblioteca de la Facultad a buscar diarios atrasados. Quería saber más sobre los movimientos sociales, el foquismo, la izquierda. No encontró, por supuesto, nada.

Con decenas de preguntas en la cabeza entró en la clase, se plantó frente al barullo del aula con una mano en visera y cuando divisó a Ana se abalanzó hacia ella.

—Lo leí —dijo con el aliento entrecortado, sentándose de un envión. Ana abrió grandes los ojos y la boca, pero antes de que alcanzara a hablar, Rita la frenó con la mano:

—Mirá, yo no sé nada de nada —dijo—. De verdad. No sabés cómo es Salliqueló.

—Bueno —dijo Ana—. Pero te aclaro que yo soy de Salto.

Los meses siguientes se la pasó preparando de día las materias y leyendo de noche. Sus libros de iniciación fueron el manualito sobre materialismo histórico de Marta Harnecker, el *Qué hacer* de Lenin y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels. Esas primeras lecturas la remitían a otras, hasta que al fin se decidió a leer los documentos que andaban circulando. Había de todo. Del peronismo, del trotskismo, de otros grupos de izquierda. Corrientes y tendencias que diferían, algunas, vaya a saber en qué. De lo que leía, casi todo le parecía bien, hubiera sido incapaz de decidirse por un grupo; a los únicos que descartaba eran a los que venían del peronismo. Su padre y Matilde era antiperonistas y le habían transferido la desconfianza.

Por otra parte sentía rechazo por el discurso personalista y casi místico del peronismo, que le recordaba a la Iglesia.

Ana vivía desde hacía un año en Buenos Aires con una tía, y estaba muy familiarizada con lo que sucedía en la ciudad. Rita se dejaba arrastrar por ella con el mismo entusiasmo a mítines políticos y a conciertos de rock. Sentía que Buenos Aires estaba sumergida en una burbuja magnética. Grandes masas de jóvenes se desplazaban de un lado al otro; la ciudad les pertenecía porque eran ellos quienes imponían la realidad: la ropa que se usaba, lo que se decía, lo que se cantaba, aquello que salía en los diarios. Una libertad frenética unía y separaba a quienes estaban atrapados en ese universo presuroso. Al finalizar el curso de ingreso, Rita y Ana dejaron de verse; casi simultáneamente Ana conoció al que sería su compañero y Rita a Polito, un hippie que rara vez ponía sus pies sobre la tierra.

Volvieron a encontrarse seis meses después en una asamblea. El aula magna estaba repleta de gente y de humo y era casi imposible oír al orador por el murmullo incesante y los chistidos de la gente. Rita, que se arrastraba penosamente hacia adentro, se detuvo detrás de un pelirrojo, tratando de ver quién hablaba. La voz le llamaba la atención. Espió por encima del hombro de tweed gastado, pero la figura del orador nunca aparecía entera, era apenas recortes que la cabeza roja del chico de adelante le permitía entrever. Un pedazo de saco, con un pitucón de cuero en el codo, un perfil pálido, un trozo de pelito rubión; nada impactante, salvo la voz, que poseía calidez, un último dejo cascado, una parsimonia que era como una música tranquilizante. Ese día estaba particularmente agotada, y esa voz la calmaba, la centraba en ella.

Había conseguido un ángulo desde donde verlo de costado, cuando sintió que alguien la tomaba del codo. Era

Ana, que le estampó un beso en la mejilla;apestaba, como siempre, a tabaco.

–¿Te gusta el cumpa? –preguntó Ana, guiñándole un ojo–. Es de los nuestros.

–Y quiénes son los nuestros? –dijo Rita, desprendiéndose del abrazo de oso.

–Vení que te cuento –respondió Ana, y la arrastró hacia la puerta. Fue así como Rita conoció a Juan.

*Por la pared del edificio abandonado corre un hilo de agua entre la mezcla de hollín y óxido y se desliza por el piso de cemento hasta desaparecer en un agujero pequeño cerca de la mesa. El galpón está casi a oscuras, alumbrado por un calentador a que-rósén; las paredes son altas y algunos bloques del techo se han derrumbado. El hombre del puerto prepara café en el calentador primus; el humo sube en remolinos mientras la llama azul, amarilla en los bordes, se proyecta en los ladrillos húmedos que se esfuman en la oscuridad de los pisos superiores.*

*Estoy sentada en el catre donde duerme y él está sentado sobre una manta. Afuera llovizna y otra vez el ruido del agua me recuerda el sonido de la ducha once años atrás; el día en que Juan y yo nos reencontramos, cuando él salió de la cárcel. Algo había pasado esa tarde, el tiempo había coagulado y alrededor de ese coágulo todo se organizaba. El pasado y el futuro.*

*Encuentro la mirada del hombre sobre el fuego. Le comento lo que pienso y él sonrío, me parece que con un poco de ironía. Para defenderme le digo que es lógico buscar explicarse las cosas.*

*Asiente, mientras ajusta la llama con movimientos reposados. Yo sigo como hipnotizada el desplazamiento de sus dedos; las manos le tiemblan un poco sobre la rueda dentada. Me froto las mías cerca de la llama y las extiendo; me parece que su forma ha cambiado, que bajo una luz similar se veían más frá-*

*giles, menos toscas. Pero cuándo, cuándo han cambiado mis manos.*

*El hombre saca el jarro del calentador y revuelve el contenido con una cuchara.*

*—No conviene tocarlo —dice.*

*Levanto la vista. Su cara no ha cambiado de expresión pero sé que no se refiere al jarro sino a lo que acabo de decir.*

*Transvasa el café a un jarro de aluminio y me lo alcanza con brazo tembloroso. Lo cubro con las manos para entibiarlas con el vapor.*

*Le cuento que uno de esos coágulos se formó hace once años, cuando me reencontré con Juan. Hacía casi siete que no nos veíamos. Queríamos estar solos y nos fuimos a un hotel. Yo había imaginado muchas veces ese momento. De una manera, de otra, pero nunca como fue, con ese miedo inesperado que me impedía disfrutarlo. Desde el baño escuchaba el ruido de los autos, afuera, bajando por Riobamba en plena mañana de sol, mientras yo pasaba la toalla por el cristal empañado del botiquín para hacer tiempo. En el semicírculo límpido, metálico, aparecieron mi cara, el pelo mojado, los hombros. Me pregunté cómo me habría visto siete años atrás, cuando Juan me miró por última vez. El mentón habría sido más fino, menos cuadrado que ahora. El pelo largo, recogido, era más brillante y las pecas se notaban menos. Mi cuerpo era espigado; seguía siendo flaca cuando Juan salió, pero de curvas más marcadas. Ahora usaba la melena corta, que disimulaba mi cara en punta y mi nariz chata. No, no estaba mal, me decía de frente al espejo. Los años en Francia me habían mejorado. Había encontrado un estilo, una manera de vestir y de moverme más cómoda, más mía. Antes de irme era una paisanita de pelo largo, vaqueros y blusas insípidas; miraba las vidrieras de costado, con un desdén falso. Acababa de ducharme y dejaba ahora que la*

toalla subiera y bajara por la espalda, arriba y abajo, demostrando el momento de enfrentarme con Juan. Tenía miedo de que me mirara como probándose anteojos nuevos, impaciente por verme como era antes. Al fin salí. En la habitación hacía calor. El ventilador, en la penumbra del techo, desparramaba un aire tibio; las cortinas anaranjadas irradiaban una luz difusa y la silueta de Juan, de espaldas a mí, vuelto hacia la calle Riobamba, agachado para mirar por debajo de la persiana, como si espicara a la gente de un país extraño, resplandecía como el último sol del día. Me paré envuelta en la toalla, descalza, a unos pasos de él. Absorto como estaba, no advirtió mi presencia. Mis ojos se detuvieron en los huecos repentinos del costillar de Juan, en las flojedades nuevas de las piernas, pero sobre todo en el aire denso que unía las volutas de humo de su cigarrillo, en el modo en que inhalaba el humo, en que movía —o yo adiviné que movía— la boca y la mano que llevaba a la boca; de repente tuve miedo de que también él hubiera cambiado. Y qué —me dije— si él se vuelve y me mira palmo a palmo con unos ojos nuevos, poblados de desmemoria. Y qué si yo tampoco lo conozco ya.

“Pero Ponche, largá esa toalla que hace calor”, recuerdo que dijo Juan, estirando la mano hacia mí, sin mirarme del todo pero sin evitar mirarme, dando por sentado que la que estaba con él en ese cuarto era la misma Margarita Rivera que se había convertido en su mujer. Me habló con un tono suave y conocido, de reproche cariñoso; me llamó como hacía años nadie me llamaba, y el apodo, como una ficha mágica, se insertó en la ranura del musicbox, hizo girar el disco en el aire, la púa en el disco y la vieja melodía disolvió el tiempo y todo asomo de recuerdo inútil quedó expurgado. Nada había cambiado en esos siete años entre Juan y yo. Nada. Eso decidimos él y yo esa tarde. La tarde que asesinamos el pasado.

*Levanto la vista del fuego, parpadeo y busco los ojos del hombre del puerto. Él tiene los labios apretados en una sonrisa larga que me parece compasiva y mueve la cabeza sin mirarme.  
—Así es con los coágulos —digo.*



## 6

### ARCHIVO DE JUAN

Para Juan Agustín Morante, la baja Italia era una parte constitutiva de la vida. Nunca había estado y nunca habría de estar en Panaia, en Marina di Gioia Tauro, en el golfo de Santa Eufemia; nunca se había bañado ni se bañaría en las aguas del mar Tirreno, pero esas laderas cargadas de olivos, el calor seco del sol, el sudor salino, el estirarse inmenso del mar contra el horizonte, le resultaban tan familiares como el paisaje siempre plano y monótono de Colonia San Carlos Centro.

El abuelo de Juan, Bruno Morante, murió de apoplejía una tarde bochornosa del verano del 57, quebrado por el calor de la pampa gringa. Diez meses después, Juan seguía sentándose en el banquito de tres patas; lo sacaba a la vereda y lo colocaba junto a las baldosas que había ocupado la silla retacona del abuelo, con asentaderas de paja destripada. Repitió esta rutina hasta el día en que cumplió doce años y recibió de su padre los primeros pantalones largos. En ese momento dio por terminada su tarea.

Porque lo que llevó a Juan a sentarse afuera a ver caer la tarde en el banquito no era la nostalgia ni la tristeza, sino la voluntad de no olvidar las historias del abuelo, que se habían proyectado sobre el paisaje chato de la pampa como sobre una pantalla de cine, mezcladas a los pastos, a los alambrados y a las pocas vacas, al silencio chillón de las tardes, de

modo que si Juan hubiera tenido que explicar cuál había sido para él el paisaje de su infancia, hubiera dicho que era un mar verde, arisco y amargo.

La desaparición del abuelo Bruno lo había sorprendido por lo inesperada y definitiva. Él había visto morir animales y creía saber qué era la muerte, pero no lo sabía. Su sentido común le decía que morir era “no estar más”, pero intuía que era mucho más que eso. Él no podía hacer nada contra el futuro no estar del abuelo, pero recordando su historia impediría que desapareciera de la memoria de San Carlos Centro y de los pastos que ahora se movían con el rumor imaginario del mar.

De modo que la primera actitud de lucha de Juan fue mantener viva la memoria, como una manera de mitigar el poder de la muerte, de limitar su territorio.

Mario tenía seis años cuando el abuelo se embarcó para América. En Marina di Gioia Tauro quedaba la abuela Nunzia con los tres hijos: Mario, Carlo y Vittorio. El abuelo prometía mandarlos a buscar en un par de años. Era un cálculo razonable que nunca se cumplió porque estalló la guerra. Pasaron ocho años antes de que la familia se reuniera en Santa Fe. Para entonces, Mario tenía catorce.

Pobreza había tanto allá como aquí, y el abuelo Bruno nunca tuvo ilusiones desmedidas. No pretendía más que un pedazo de tierra, trabajar y alimentar a sus hijos, y si se embarcaba era porque para esa época en Italia había hambre aunque uno se deslomara trabajando.

A Mario, en cambio, la pobreza de su padre le dolía. En los ocho años que pasaron hasta que el abuelo los mandó a buscar, Mario había soñado con enormes praderas vacías, con la famosa prodigalidad de la naturaleza en América; se imaginaba grandes extensiones de tierra labrada y a la vez le

parecían imposibles porque todo lo que conocía era una poca tierra dura, árida y pedregosa. En sus sueños, hasta un *contadino* podía vivir mejor. Mario se figuraba que en América tendría un traje de sarga blanca con pantalones hasta la rodilla, sombrero y zapatos. Y que iría a tomar helado a la confitería y luego a dar vueltas por la *piazza maggiore*.

Otra cosa lo esperaba en América. El padre de Mario había salido de Italia con la promesa de una parcela propia y con un pasaje cuyo costo debería devolver con trabajo. Llegó a una colonia de italianos en Santa Fe y terminó de arrendatario, igual que todos los que llegaron con él. Nunca tuvo tierra propia.

Había que trabajar de sol a sol esos campos vírgenes pero generosos. Ver crecer el trigo era un placer para los ojos y un descanso para la espalda. El arriendo era por tres años, y el pago suponía la mitad de la cosecha. Durante los dos primeros años podía sembrar trigo, pero al finalizar la cosecha del segundo sembraría alfalfa. Ése era el compromiso. Al tercer año, los propietarios habían convertido sus tierras en hermosos alfalfares listos para el pastoreo. A los colonos no se les renovaba el arriendo y tenían que empezar de nuevo, en otras tierras, o mudarse a la ciudad.

Mario llegó con la madre y los hermanos, vio las enormes extensiones de tierra que había soñado y pensó que San Carlos Centro colmaría sus esperanzas. Pero en América las cosas eran engañosas y esa vista espléndida era todo lo que lo aguardaba. No había un traje sobre la cama, ni unos zapatos en el piso. Había un pantalón de trabajo, un cinturón ancho y unas alpargatas.

Salió al campo con los demás. No guardó ningún resentimiento porque era apacible, pero algo se quebró en él. Cuidaba a sus hermanos Carlo y Vittorio, pues su madre

había llegado muy débil y dos años después moriría de tuberculosis.

Con el tiempo empezó a ir al bar del pueblo los fines de semana a jugar al truco y a la brisca. Fue allí donde conoció al Apóstol y donde oyó por primera vez hablar de anarquismo. Al Apóstol le compró el diario *La Protesta*, de la FORA, y siguió comprándolo mientras el Apóstol se llegó hasta la Colonia.

Las lecturas y esas charlas le cambiaron la vida. Ya no había esperanzas para él, pero tal vez las hubiera para sus hijos. Fue entonces cuando decidió casarse. El tiempo había pasado. Carlo y Vittorio habían formado familia y vivían por su cuenta. En la casa sólo quedaban su padre y él, que ya tenía treinta y cuatro años.

Mario, que siempre había sido reacio a las fiestas de la colonia, empezó a asistir, y la molestia dio sus frutos porque en una de ellas conoció a Rosario, que sería la madre de Juan.

Cuando nació Juan, el abuelo Bruno vivía con ellos. Había construido un cuarto en el fondo, más allá del patio de tierra, y tenía a un lado el gallinero y al otro la huerta. A Bruno le gustaban las gallinas y los conejos, que empezó a criar cuando abandonó el trabajo de campo. Desde muy chico Juan lo ayudó a alimentar los animales, a cambiarles el agua, a arreglar la cerca del corral. Su abuelo era meticuloso, se demoraba en cada menester porque le gustaba ocuparse de las cosas y Juan heredó ese gusto, los gestos lentos y el sentido común. Bruno no era sentimental y Juan tampoco. Trataba de entender qué era correcto hacer, y lo hacía. Juzgaba las quejas y las lágrimas como un estorbo propio de mujeres; los insultos también le parecían inútiles.

De su padre, Juan aprendió lo que los anarquistas y la

vida le enseñaron: que había una razón para la pobreza en que vivían y que esa razón estaba relacionada con la riqueza de otros. Como contrapartida, el futuro encerraba una posibilidad de cambio.

Mario no le transmitió a su hijo odio ni resentimiento, sino la esperanza que el Apóstol le había hecho crecer en su interior. Cuando llegara el momento, Juan debía irse a la ciudad a estudiar. Ésa era la base del progreso. La ciudad y el estudio. Para eso había guardado dinero. Se irían, primero Juan y luego su hermano Miguel. Juan no podía escuchar a su padre sin clavar inexorablemente los ojos en su espalda; de esa curva forzada salían los ahorros, de ahí y de la conformidad con que su padre aceptaba la dureza de su destino.

Desde chico quiso acompañar a su padre al campo, subirse a un tractor, conocer las semillas y los ciclos de las plantas como conocía por su abuelo los ciclos de la lluvia. Su padre no quiso llevarlo. Lo llevaba Bruno. Aprendió muchas cosas sobre siembra y cosecha, fertilizantes y tipos de tierra. Nunca tuvo dudas de que cuando estuviera en la ciudad estudiaría para ingeniero agrónomo; también buscaría a los anarquistas, para ver cómo solucionar el problema de la tierra.

Su pueblo le gustaba. Pero a pesar de que había nacido allí y de que no conocía otro lugar, no se sentía enteramente ligado a él. Los relatos de su abuelo lo habían hecho sentir un poco extranjero y a lo largo de los años conservó la impresión de que el mundo no tenía fronteras.

En la escuela se sintió atraído por la historia. Los libros traían mapas con países rodeados de mar, repletos de hombres y mujeres que sufrían, que guerreaban y firmaban armisticios. Los relatos del abuelo ocupaban su imaginación, pero Juan no encontraba el eco de esas historias en los libros. Los manuales hablaban de generales, presiden-

tes, ministros, príncipes, reyes, y muy rara vez de la gente. A veces decían “hubo una gran epidemia de peste bubónica” o “en el ejército del Libertador se enrolaron dos mil patriotas de la región de Cuyo” y Juan sabía que esas líneas nombraban a la gente, pero para referirse a otra cosa, como si la gente no importara por sí sino en función de lo que les sucedía a los que de verdad importaban. Luego descubrió que, además, los libros mentían. Que los “patriotas de la región de Cuyo” no se enrolaban sino que eran gauchos alistados a punta de pistola. Los libros de historia no explicaban qué comía la gente, cómo vivía, de qué moría, dónde era enterrada. De modo que él leía la historia esperando saber más y terminaba con la impresión de que en cierto modo sabía más, pero de que también iba consolidando su ignorancia. La amistad fue otro de sus descubrimientos.

Con Tonio habían sido amigos desde tercer grado, cuando los Dimaio llegaron a la colonia. Antonio era flaquísimo, de pelo duro, orejas paradas y dientes de conejo; tan grandes eran los dientes que su dicción era ceceosa; hablaba como si tuviera la boca líquida.

El secundario de San Carlos Centro no era mixto, de modo que al terminar la jornada, los varones más grandes iban al colegio de mujeres y se paraban en la esquina, esperando a que las chicas salieran, por el puro gusto de verlas pasar. Allí se quedaban, conversando en grupos, en poses afectadas, pasándose la mano por el pelo a cada rato y prendiendo cigarrillos, como si fuera natural salir de la escuela y terminar parados allí, en esa esquina pelada.

Juan sudaba y se retorció, miraba el cielo y resoplaba, diciéndose que ésa sería la última vez que acompañaba a Tonio. La última. Pero como le gustaba estar con Antonio, al

día siguiente se olvidaba y a la salida echaba a andar con él. Según Tonio, nada era tan serio como para quitarle la calma y el buen humor. Era tolerante y elástico. Tomaba la vida como venía y a la gente como era. Cuando estaban juntos, Juan se sentía aliviado, como si algo denso se le disolviera en el estómago. Para Tonio la vida no era una sucesión de causas y efectos, sino una simultaneidad donde todo era temporario, casual, y resultaba igualmente bienvenido. Juan, en cambio, tendía a clasificar, en un modo de ordenar su cabeza, de entender. Hacía teorías y metía en ellas al mundo. La liviandad de Tonio lo liberaba de esas prisiones sin que él lo advirtiera.

Poco después de la desgracia escuchó decir a su madre que Tonio *no era para este mundo* y Juan, que se sentía un anarquista sin credo, supo que esa frase expresaba una verdad. La vida tenía cosas inexplicables que no cabían en ninguna teoría. Lo admitió y vivió con esa semisospescha, aunque siguió intentando entenderlo todo, porque así estaba hecho.

Juan y Tonio hacían juntos los trámites para el campo, se daban una mano para alambrar o llevar algún animal a Esperanza, o comprar en el negocio de ramos generales de Santa Fe. Siempre había cosas que hacer: armar, preparar, disponer, buscar. Lo que más les gustaba era el río en el verano. Recorrían en chata o sulky con los otros muchachitos del pueblo los cuarenta y tantos kilómetros que los separaban del Paraná y se estaban ahí, pescando, nadando en el agua parda y mirando a las mujeres.

Las mujeres eran la debilidad de Tonio, pero no eran algo en lo que Juan pensara. En el fondo le inquietaba su poco interés por las muchachas. A él le gustaba estar con hombres, con Tonio, con su abuelo, con su padre; le gustaba entrar al bar o al almacén y escuchar el tono grave y las con-

versaciones pausadas de los hombres. Le daba tranquilidad, un placer sereno, un estar confiado en el mundo. No terminaba de entender la debilidad de los otros por esas chiquillas flacas, puro ojos, medio ariscas. En una época simuló entusiasmo. Fingía palpitaciones dolorosas y le transpiraban las manos mientras daba la vuelta a la plaza, echando miradas de costado y tratando de recolectar anécdotas para contar a los muchachos. Hacía eso porque no entendía qué le pasaba. Él sabía que le gustaban las mujeres, pero no ésas, las que *debían* gustarle. Le gustaban las mujeres hechas y derechas.

Juan no era dado a la introspección, tendía a aceptar lo que le parecía natural. Y lo natural en estas cosas era biquear como Tonio y los demás por las flacuchonas de risitas nerviosas, que encogían los hombros como tontas y enrojecían de nada.

Para Juan, no entender era peor que emborracharse. Era una forma más segura de desconcierto. Cuando no entendía se veía arrastrado a hacer estupideces de borracho.

Una tarde que Juan se negó a acompañarlos porque ya no lo divertían las alborotadas reuniones en la ribera, Tonio se ahogó en el río. Juan lo supo apenas vio entrar la chata al pueblo a todo correr; antes aún, cuando el polvo del camino anunció el galope violento del caballo. El torso de Tonio, desmadejado y húmedo, se movía por los bandazos del camino cuando Juan saltó dentro del carro, antes de que éste frenara.

Aceptó esta muerte sin ponerse a pensar qué suponía. Le bastaba con saber qué había ocasionado. Admitió que él no disfrutaba de las cosas que parecían ser el centro de la vida de los otros adolescentes e hizo un orgullo de esta certidumbre que antes le había creado confusión y pena. Era lo úni-



co que podía hacer para que la muerte de Tonio tuviera, al menos, un ínfimo sentido.

Juan pasó otros dos años en San Carlos Centro antes de partir a Buenos Aires. Uno de esos inviernos hubo un ciclón que tiró árboles, inundó campos y mató una vaca; fuera de eso, fueron dos años iguales a los otros, pero infinitamente distintos. Su cuerpo crecía y cambiaba a golpes de sangre, a bombazos de fluido y células y esa tormenta interior era apenas un brillo mayor en los ojos, un contacto más urgido y doloroso con lo que veía y tocaba, con las hojas secas, con la escarcha al borde del camino, con el olor del otoño y el polvillo de los paraísos. Aprendió a disfrutar de la soledad. Estaba como encapsulado en la espera, sentía una intensidad y una plenitud en los sentidos que no merecía desperdicios.

En la primavera del último año que pasó en San Carlos Centro, su primo Tincho, el hijo mayor de Vittorio, lo llevó a un prostíbulo en Coronda. Una de sus esperas terminó allí; la otra, en Buenos Aires.

Llegó a la ciudad en 1968, tenía entonces diecinueve años. Alquiló un cuarto y se inscribió en la facultad. Le llevó todo ese año familiarizarse con el tránsito, la gente, las aulas, la magnitud y el ruido. No hacía más que estudiar y dejar que la ciudad lo impregnara. Se movía con torpeza entre los coches, hacía cosas que solía hacer en la colonia y que en la ciudad desentonaban, pero en el fondo sabía que había encontrado su lugar. No tardó mucho en descubrir que la gente solitaria y anónima de la ciudad era tan autónoma como él y le bastó esa constatación para comprender que no era tan diferente ni tan especial como creía, sino que había crecido en una dirección que excedía las dimensiones de su pueblo.

Una semana después de su ingreso a Agronomía, fue al

Centro de Estudiantes, que funcionaba clandestinamente; porque todos los centros habían sido cerrados dos años antes, con el golpe militar de Onganía.

Dos cosas le resultaron patentes: la enorme violencia de que era capaz la dictadura y el peligro que significaba para él la oposición. Su entusiasmo por el cambio creció: la medida de su posibilidad la daba la represión.

Si hasta entonces había leído casi exclusivamente sobre el movimiento anarquista, ahora se lanzaba sobre todo el material de izquierda. Leía incesantemente, empezó a participar de encuentros clandestinos, e ingresó en la FUA, que se reunía en bibliotecas, cafeterías, y donde fuera posible.

El 30 de mayo de 1969, al día siguiente del Cordobazo, salió a la calle. Estaba en Diagonal Norte, en una columna que marchaba hacia la Casa de Gobierno, en el momento en que empezó la carga de los hidrantes. Corrió, resbaló y había caído de rodillas cuando una mano lo tomó del saco y lo levantó del piso. En unos segundos estuvo en la penumbra de un edificio, agarrado a una pared y jadeante. Miró a su salvador. Se hallaba como él de espaldas al muro, con las palmas como ventosas contra la superficie marmolada y los ojos muy abiertos. Era flaco, de pelo enrulado y negro, pómulos altos, ojos achinados y mirada franca. Fueron acomodando el cuerpo; de afuera les llegaba un ruido de corridas, el siseo del agua, gritos como rugidos, pero ahí adentro, en el hall, parecía otro mundo. Las paredes y las baldosas de mármol brillaban, no había nadie alrededor y el silencio era confortable y seguro. Al fondo había dos ascensores con puertas-tijera. Una de las cajas estaba en planta baja, iluminada por una luz amarilla. Juan miró en esa dirección y el otro también. Sin decir palabra fueron hacia allí y subieron. Juan puso el dedo sobre el botón del último piso

y miró a su compañero como preguntando; el otro hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Mientras la caja ascendía Juan le tendió la mano.

–Me llamo Juan –dijo–. Gracias por la gauchada.

–Floyt –le contestó el otro con un suspiro–. Tengo agua hasta en las bolas.

Acodados en la terraza del edificio observaron el desparrramo. Hormigas corriendo de aquí para allá, el hidrante que andaba en zigzag, carros de asalto y policías por todos lados, con petos y repartiendo bastonazos a diestra y siniestra. Los manifestantes vociferaban y corrían, avanzando y retrocediendo en oleadas furiosas.

–Estaría bueno un cafecito ahora –dijo Floyt, restregándose las manos–. Hace un frío de cagarse aquí arriba.

–Sí, pero qué vista, ¿no? –dijo Juan.

Permanecieron en la terraza hasta bien entrada la noche; la gente se había dispersado y la policía también; sobre la vereda y la calle quedaban restos de llantas humeantes, diarios rotos, piedras y objetos irreconocibles; de vez en cuando pasaba algún apurado y luego nada, silencio y la ciudad desierta, apenas iluminada. En el cielo se alzaban nubarrones amenazantes; desde donde estaban veían la Casa de Gobierno, el Cabildo y la Plaza de Mayo. Algo los había ido reteniendo allí; un poco la charla y otro poco la conciencia de estar participando de algo grande y que los mantenía desvelados por el gusto de ver nacer un día en que todo fuera distinto.

Floyt estudiaba Bioquímica. Era un tipo que a Juan le hacía recordar a Tonio por la serenidad con que se tomaba las cosas. Empezaron a encontrarse regularmente para discutir de política. Los dos estaban deseosos de encuadrarse en algo, pero se negaban a que les “bajaran línea”. Analizaban las plataformas, los documentos más importantes de cada

corriente y partido, contrapesando la mejor formación política de Floyt con las dosis de sentido común de Juan.

\*\*\*

Luego Floyt conoció a Ana y entró en ese embudo en que la noche se vuelve día y el día, noche, y ya no es posible dividir el tiempo. Para entonces estaban, tanto Juan como él, bastante convencidos de sus inclinaciones políticas y no les extrañó encontrarse dos meses después bajo la misma bandera.

Una tarde Floyt estaba casi al fondo del salón, sobre la izquierda, apretujado detrás de un grupo de Filosofía, cuyos integrantes parecían haber pasado seis meses fuera de la civilización, y trataba de retener la mano de Ana, que tironeaba inexplicablemente para el lado contrario. (Ana había dividido a Rita, que, recién ingresada al aula, intentaba mirar al orador por arriba del hombro de un pelirrojo.)

—¡Pará! Quédate acá que ya vuelvo —le dijo Ana a Floyt y empezó a moverse entre la apretada y movidiza camada. Floyt frunció el entrecejo e iba a gritar algo cuando reconoció la voz del que hablaba. “Ésa es la voz de Juan”, se dijo, apartó una mata de pelo ajena que le tapaba la visión, hizo presión para adelante y lo vio. Miró en dirección a Ana, que había llegado en tiempo récord al otro extremo y hablaba con una muchacha de pelo grueso y largo, carita alauchada y nariz chata. Suspiró y empujó hacia adelante, en dirección al estrado, para saludar a Juan.

No había hecho más que estrecharlo en un abrazo cuando ya llegaba Ana, tropezando por el impulso y arrastrando de la mano a Rita. Sin hacer caso de la presencia de Floyt, encaró a Juan:

—Che, Juan, te presento aquí a Rita. Es cumpa. Es decir,

no cumpa-cumpa, pero es compañera ¿no? De Salliqueló —dijo Ana. Rita dio un respingo de sorpresa y Ana otro: no sabía por qué había dicho eso. Se miraron las dos con desconcierto antes de largar la carcajada.

Juan no podía sacarle los ojos de encima a Rita. La encontraba encantadora. La veía delicada pero fuerte, misteriosa y a la vez llana. Aunque tal vez eso haya aparecido mucho después; en aquellos momentos atestados, multitudinarios, lo único que Juan percibió fue su poder gravitatorio, en cuyo centro deseaba caer.



*Acodada en la barandilla miro las nubes blancas, esponjosas, que avanzan por el vacío azul hacia el este, y busco las palabras. La primera vez que vi al hombre del puerto había decidido no preguntarle nada nunca, para no obligarlo a hurgar en su pasado. El hombre anda sin piel, en carne viva: no hay que tocarlo, no hay que acercarse demasiado. Eso entendí entonces.*

*Ahora sé que es un error, aunque no haya razones a mano. Tengo la intuición que nace del hecho simple de haberlo encontrado y sentir que él también me ha encontrado. No sé nada de él y es extraño que un desconocido me provoque una inquietud semejante, pero ésa es la prueba, justamente, de que se trata de una “coincidencia” urdida por el destino. De modo que hay que ponerse a la altura de las circunstancias y hacer algo.*

*—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto, acercando mi cara a su perfil que sigue inmóvil y vertical al río.*

*—No sé —dice. Se ha puesto tenso y contesta después de un silencio que me parece eterno, sin volverse.*

*—¿Cómo no sabés? —pregunto.*

*—Un nombre —murmura con voz suave, indiferente; luego abre la boca en un bostezo que le estremece todo el cuerpo.*

*—Sí —digo, incómoda—. ¿Qué hay de raro en que me digas tu nombre?*

—Eltjalo usted —dice. La voz le tiembla y deja ir la mirada, como si del río le pudiera llegar auxilio o consuelo. Da unos golpecitos impacientes en la barandilla y clava los ojos en sus dedos largos, de uñas planas, brillantes y sucias. Un momento después vuelve a quedar inmóvil, pero su expresión ha cambiado, se ha vuelto repentinamente diáfana.

—Soy el hombre del río —sugiere—. Y usted es la mujer de la bicicleta blanca.

—¿Qué, hay una mujer de la bicicleta negra? —digo, con un absurdo escozor de celos.

—No, no —dice, inseguro.

—De acuerdo —concedo. Las nubes han pasado y queda una bruma lechosa contra el horizonte rojo. El olor dulzón del río sube hasta nosotros en oleadas irregulares y ya no hay veleros a lo lejos. No he avanzado mucho. Ni siquiera he logrado saber su nombre, pero la decepción aflora apenas un instante y se desvanece acuciada por el miedo de haberlo estropeado todo. La culpa me hace pensar que he descubierto en este hombre un lugar tan encantado como mi antiguo palacio de muñecas y en vez de cuidarlo lo sepulto bajo una pila de basura intelectual: quiero bautizarlo. Él representa para mí ese enclave atemporal que había creído perdido para siempre, y en vez de aceptarlo quiero reducirlo a la banalidad de un nombre. Envasarlo, tenerlo como a todo lo demás, con etiqueta y en su estante.

El temor me hace pensar que el hombre del puerto no estará aquí mañana y que me dejará como castigo un nombre que es apenas la denominación de un recuerdo falso. “El hombre del río.”

Algo de mi angustia debe alcanzarlo porque me frota el brazo con una mano como para quitarme un frío imaginario y me dice, con el tono vacilante del que no quiere herir: “Puede elegir usted”.



*Le contesto que no, que en el fondo él tiene razón, que todo nombre es un nombre falso. Le pido que me perdone, pero él ya no me escucha, se refugia otra vez en la mirada lejana, extendida en las aguas del río, que no preguntan.*



Rita está eligiendo el menú cuando ve entrar a Juan. Habían acordado encontrarse a las dos en el restaurante en el que acostumbran comer a veces, aprovechando que Juan tiene que visitar a un cliente por la zona. Él lleva un traje gris oscuro, camisa blanca y una corbata de diseño sobrio; a pesar de que usa trajes desde hace un tiempo, persiste en él la sensación de estar fuera de lugar; siente que sus movimientos no encajan dentro de esos límites precisos.

—¿Cómo va todo? —pregunta echando sobre su mujer una mirada rápida; toma la carta que ella le ofrece y tamborilea los dedos sobre el cartón duro.

—Bien —contesta Rita—. Pero todavía no vi a “Spiderman”. A Furman pensaba llamarlo mañana. —No le dice que ya ha hablado con Furman y que almorzará con él al día siguiente.

—¿Cuál era Furman? —pregunta Juan distraídamente. Está concentrado en el menú, se afloja con una mano el cuello de la camisa y respira hondo, aliviado.

—El de Links, el que cerró el trato con el Nene Spielman. ¿Y vos cómo andás, más calmado? —dice Rita aludiendo a la charla de la noche anterior.

Juan mueve la cabeza, dudando qué decirle. Le toma tiempo hablar. Cuando algo serio le ocurre contiene la rabia, la sujeta como a un caballo. Después la va domando con

cautela; es entonces cuando admite que algo anda mal, en esa etapa usa frases cortas, medidas, no hace comentarios, hasta sus movimientos se vuelven lentos, retoman la cadencia del campo, reproduciendo el ritmo mental de los hombres de su familia. Y cuando ya ha masticado las cosas y cada pieza encaja en un lugar de su cabeza, empieza a hablar.

La noche anterior había querido *desdramatizar la situación*, como suele decir Rita, al comentar con una voz nasal de teleteatro que Newfields iba a “reestructurar el departamento técnico”. Después había adelantado la quijada en un gesto agresivo, dinámico: “De ingeniero agrónomo a vendedor de bosta, ¿qué tal el cambio?”.

Ahora la mira serio, un poco ausente, como si su cabeza girara alrededor de una idea.

—No dan puntada sin hilo —dice. Se pasa la lengua por los labios y se inclina hacia atrás, con los ojos clavados en la cara de Rita. Mira sin verla, persiguiendo sus pensamientos a través de la cara de su mujer. Un estremecimiento de odio recorre a Rita. Desde los cinco años ha buscado escapar de las miradas huecas con que su madre la convertía en invisible. Últimamente Juan reúne lo peor de su padre y lo peor de su madre. Pero no dice nada. Busca con los ojos la manteca, los grisines, el cuchillo, y empieza a untar; en la calle, el semáforo se ha puesto en verde y los coches arrancan con un rugido, dejando una nube de humo detrás.

—Fijate cómo sigue la historia. Como preveíamos, como cualquiera se la veía venir. Las agroquímicas liquidaron las empresas nacionales porque antes de eso liquidaron la investigación. Y ahora tienen todo el mercado. Ya nadie investiga aquí, ya no hay proyectos. Pensá en lo que fue el INTA, Ponche —está diciendo Juan—, hace veinte, treinta años. La historia del INTA es mi historia. Mirame. Ingeniero agrónomo

mo reciclado a vendedor de mierda yankee. —Mueve la cabeza de un lado al otro y se pasa una mano por el pelo. Se reitera. Han hablado decenas de veces de todo esto, porque hablar lo alivia; le parece que hablando hacen frente común a la bronca, a la degradación que los rodea sin que ninguno de los dos se atreva a preguntarse si acaso sólo los rodea. Únicamente con ella puede hablar de estas cosas. Y sólo él puede acoger la decepción de Rita y entender hasta dónde se extiende, qué cosas abarca.

Rita permanece en silencio. Tiene la mitad de un grisín en la mano y la cara vuelta hacia la calle; parece concentrada en las palabras de Juan pero las escucha a medias; le bastó oír las dos primeras para saber el resto; conoce al dedillo el discurso y el terreno que pisan; ese terreno es como un imán entre ellos: les crea una solidaridad de hierro, una atmósfera indispensable para poder respirar, comer, caminar, dormir. Y sin embargo por momentos la abruma. Le hace sentir que están siempre en lo mismo, encerrados en un círculo sin salida, como si tuvieran un pacto con la derrota.

Juan acaba de cerrar el menú y se vuelve buscando al mozo con la mirada.

—Mejor un bife con ensalada ¿no, pingüina? —dice Juan y sin esperar respuesta hace el pedido. Cuando el mozo se va, agrega—: Más calmado, sí. Supongo que estoy más calmado. Pero no me veo como vendedor, qué querés.

—¿Ya es un hecho que disuelven el departamento de investigación? —pregunta ella, estirando los párpados. La maldita vena ha empezado a palparle cerca del ojo derecho. Para Juan esa disolución sería un golpe durísimo, el fin de sus esperanzas.

—Y sí, es un hecho —dice Juan. Se sirve un vaso de soda y toma despacio, de a sorbos. Luego deja la copa y le

dirige una rápida mirada. No quiere preocuparla; a veces siente que su desaliento cae sobre ella como una lápida; tampoco quiere mostrar su frustración—. Todo va a andar bien. Cuestión de acostumbrarse. El lunes empezamos con los cursos. Una de las cosas que voy a tener que aprender —dice con una mirada insinuante— es a seducir.

—No te va a ir muy bien si mirás así al dueño de una chacra. —Rita se ríe con alivio, volcando la melena para un costado, y le alcanza un pancito con manteca. Están un rato en silencio, paseando la mirada por el restaurante. La mitad de la gente se ha ido y en las mesas quedan servilletas arrugadas, migas de pan, botellas vacías y alguna propina.

—Los restos del festín —dice Juan, encendiendo un cigarrillo.

Habían decidido comer sin vino pero han cambiado de idea. El vino les levanta el ánimo. Alcanzan a tomar una copa antes de que llegue la comida y ya están más relajados. Durante el almuerzo arreglan dónde encontrarse para ir a la fiesta de Martina, esa misma noche. Rita vuelve a contar algunas anécdotas sobre Martina y Julieta; quiere distraer a Juan, escandalizarlo. No le cuenta todo, muchas veces hasta le ha mentado. En algunas ocasiones él se pone un poco serio y usa palabras neutras para ocultar su disgusto. Pero si está malhumorado critica abiertamente la frivolidad, el vacío y el individualismo de las compañeras de trabajo de Rita. “Es un asco”, dice. Para Rita, en cambio, la trivialidad de Martina y de Julieta es una corriente de aire fresco. Las observa y se admira: son caraduras, procaces, ambiciosas; le gustaría entenderlas, ser como ellas. No enteramente, un poco. Ser un poco como ellas. Claro que Juan tiene razón. Decididamente. Mira el reloj al fondo del local. El mozo acomoda sillas, sacude manteles y de vez en cuando los mira de soslayo.

Juan levanta la mano; el mozo asiente con la cabeza y le le sonrío mecánicamente mientras termina de pasar el trapo por la mesa.

Una vez que ha pagado, Juan corre la silla y se queda esperando a que su mujer se sacuda la falda. Rita se arregla y antes de levantarse lo mira para preguntarle algo, pero vuelve a cerrar la boca. Juan está mirando hacia afuera con aire ausente, y Rita observa que los hombros antes redondeados están ahora más cerca del cuello y forman un ángulo nuevo, en discordia con la línea del cuerpo, que corre más blanda, casi inconsistente hacia abajo. “Está envejeciendo”, piensa. Se levanta erguida, metiendo el abdomen para pasar entre la mesa y la silla y saca pecho mientras se cuelga la cartera del hombro y busca con una ansiedad inconsciente su silueta en el reflejo de la ventana.





Es Axel, el novio de Martina, quien abre la puerta. Rita lo ha visto una sola vez de lejos. Es un hombre corpulento, de unos cincuenta largos, pelo lacio y chato, cara rubicunda y algo abúllica, anteojos de aro dorado y ojos azules, fríos. Martina está detrás, en la cocina, acodada en una mesa de cerámicos amarillos, escuchando con pasión a un muchacho morochito, de unos veinticinco años. Una lámpara de vitraux cuelga encima de sus cabezas y emite una luz dorada, acogedora, que rebota en el pelo rubio y esponjoso de Martina, en su cuerpo de carnes blandas y sin ángulos, como de bebota. Los ojos verdemar, acuosos y bovinos de Martina brillan con fuerza, y el pequeño hoyo en la mandíbula está casi borrado por la luz. El ambiente es chico, con piso de lasjas rojas. Axel se para detrás de Juan y Rita como si fuera el portero. Martina apenas los mira, levanta una mano y exclama “pasen, pasen”, luego vuelve la urgente mirada a su interlocutor, que con el torso inclinado, casi apoyado en la mesa y las manos agraciadas y revoloteantes como castañuelas, retoma la palabra. “Me cago en esa tontería del Planetario. Te digo una cosa, Marti, *a mí* esas historias no me interesan *nada*, si putañea como hembra en celo, él sabrá, él sabrá, ¿okei? Para mí, todo *cool*.” Axel se adelanta y les señala unos escalones por donde se baja a la planta misma del departamento. Cuando entran, tienen la sensación de estar en

otro mundo. Un inmenso loft con desniveles y arcos que simulan varios ambientes; una docena de spots que refractan luz sobre las paredes de un blanco hiriente. El escaso mobiliario está distribuido de forma simétrica, como si fueran representaciones. Juan y Rita bajan el desnivel y caminan unos pasos, aturcidos. Las cosas brillan de un modo despiadado. Hasta huele estéril, a yeso. Permanecen inmóviles, sin saber adónde dirigirse. No conocen a nadie.

Un grupo gay decide tomar por asalto el bar. Se arremolinan en los escaños, abren botellas y reparten copas a todos los presentes. “Dice Marti que se sirvan nomás.” Rita y Juan se acercan, empiezan con un par de Gancias. Axel aparece desde la cocina con una mesita rodante de tres pisos, organizada por platos fríos o calientes, y la coloca contra la pared, hace un elocuente gesto en redondo y se suma a un grupo de hombres maduros. Son hombres de negocios: cincuentones pulidos, atentos a sus tragos y a una conversación que gira sin trabas. Hay otro grupo que despide un aire intelectual. “¿Qué creés?”, pregunta Juan. “Periodistas”, dice Rita. “Psicoanalistas”, arriesga Juan. Vuelven a mirar: algunas barbas, alguna pollera amplia, calzado informal, bolsos artesanales. “Vamos”, dicen a un tiempo. Cuando ellos llegan, las conversaciones están centradas en el papel de los medios, “son la espada que ensarta al amo por el culo, eso son”, dice una gordita de pelo enrollado y voz ronca. En ese momento Martina baja los escalones; tiene los ojos rojos y un aspecto desorbitado. Echa un rápido vistazo alrededor y se dirige al bar, que sigue convulsionado por los gays jóvenes, de pelos disparatados y ropa estridente, salvo por un hombre que ronda los cincuenta, con pelada tipo tonsura, delgado, de mejillas descarnadas y nariz corta y recta, muy romana, que viste normalmente; es a él al que se acerca Martina. Se la nota nerviosa; hay sumisión en la

forma en que habla, o tal vez un dejo de superioridad en el que la escucha; ella está de espaldas y Rita juraría que llora. Los gays la miran un segundo y siguen en lo suyo, como si el espectáculo fuera familiar. El tipo mayor (que se llama o le dicen Tóifel, como Rita se enterará después), pone una mano en el hombro de Martina. Tiene aspecto calmo y un extremado dominio de la situación; cuando empieza a hablar mira en dirección a Axel, que le devuelve la mirada. Después se inclina sobre la mesa, observa los platos, elige un canapé y camina hacia el grupo de Juan y Rita, que está entregado a una caótica discusión sobre política exterior, o más bien acerca de la agonia del orgullo nacional. Axel se para junto a Rita y escucha unos segundos sin prestar atención.

—Rita —dice—. ¿Cómo estás? —Tiene los ojos vidriosos y una postura demasiado erguida. —Martina me habló de vos; estaba esperando que vinieras; me habló de vos y de... Julia.

—Julietta —aclara Rita—. Sí, tenía entendido que venía hoy, pero por lo visto...

—Por lo visto no vino —dice Axel. Toma otro trago y mira a Martina, que ahora se ríe con la cabeza apoyada en el pecho de Tóifel; el muchachito de la cocina se les ha sumado y tiene agarrado a Tóifel de una mano y a Martina de la otra. Es un chico alto y esbelto, de pelo grueso, negro, y el cuerpo grácil de un ciervo; la cabeza no parece estar quieta nunca y los ojos líquidos se mueven, inquietos, de un lado a otro.

—El gran momento de la reconciliación —dice Axel, sin mirar a Rita, que hace como que no escucha y se vuelve hacia Juan y el grandote de barba.

—¿Vos qué pensarías, así, mirándolos de lejos? —insiste Axel—. ¿Que quién se coge a quién?

Rita se vuelve con los ojos muy abiertos, consciente de estar enrojando.

—Mirá, Axel —dice—. A mí eso no me importa nada.

—Hacés bien —dice Axel, tambaleándose un poco—. En realidad, a mí tampoco. Pero la cuestión no es ésa. La cuestión es por qué cada uno sigue como caballo de calesita, atado a su noria.

Rita no contesta. Está a punto de darle la espalda, cuando lo oye decir:

—¿Cuánto hace que conocés a Martina?

Rita vacila. No puede ignorar la pregunta. Su pulsión por la cortesía la supera; esa debilidad de carácter la pone en situaciones como ésta, incómodas y confusas.

—Dos años —contesta. Piensa en darse vuelta y decirle algo a Juan, pero no puede girar la cabeza. La idea de hacer un desprecio la paraliza.

—Muy bien —dice Axel, y se dobla hasta pegar casi su boca al oído de Rita—. Pero estoy seguro de que nunca te habla de esto, ¿verdad?

—No sé a qué te referís; no está obligada a contarme nada, ¿qué te pasa? —dice Rita; está otra vez exaltada, las sienes le laten; tiene la seguridad de que si se enoja lo suficiente puede cortar la absurda conversación.

—Por supuesto, por supuesto —dice Axel, conciliador. Se seca la frente con el dorso de la mano y agrega—: Pero otra cosa es mentir a todo el mundo. Dar una imagen falsa. Eso es feo, muy, muy feo.

—Si quisiera darme otra imagen no me hubiera invitado a su fiesta —dice Rita con astucia. Ha descubierto una buena defensa—. Aquí están sus amigos, se puede ver con claridad; darse cuenta. Es una persona abierta, ¿y qué? —lo desafía. El alcohol le ha dado bríos; de repente siente que tiene que empujar esa cruzada. Defender la libertad de pensamiento.

Axel emite unos chasquiditos con la lengua, negando.

—Ése es el punto —señala, apuntándola con el índice—. Que mañana te va a negar lo que viste. Mirala —dice—. Se está frotando contra esos putos. “Mis amigos”, me dice. “No hables mal de mis amigos.” Seguro que están arreglando una fiestita privada.

Rita se queda con la boca abierta. Se dice que no puede polemizar con un obseso paranoico. Suspira ruidosamente y revolea los ojos; está sobrepasada.

—Bueno.... —masculla, sin saber qué decir—, a lo mejor te invita a vos también—. Baja la vista y toma un trago, con el corazón palpitante. No entiende cómo se ha atrevido a decir algo así.

—What a mess! —se ríe Axel—. Pero vos no me creés —agrega contundente—. Yo tampoco creía. Me tragaba cada una de las historias que me contaba. Hasta que un día escuché una conversación. —Hace una pausa, toma un trago, y agrega: —“No, no es posible”, pensé. Entonces contraté un tipo, de esos que siguen a la gente.

—¿Contrataste un detective? —exclama Rita abriendo la boca. La escena pasa vívida por su cabeza: ve a Axel sentado en un despacho mugroso, frente a un ex policía que lo mira con frialdad; un Axel humillado, dolorido—. ¿Eso hiciste? —gruñe; le pone una mano sobre el brazo, saturada de una imprevista compasión.

—Necesitaba saber —dice Axel bajando la cabeza; pero la cabeza sube y se bambolea como impulsada por un resorte—. Ella está caliente con Tóifel, le gustan los putos. —Toma otro trago y le pasa el vaso a Rita. Está vacío, y Rita lo rechaza con un gesto. No puede quitar los ojos de Axel. Ya ha olvidado su cruzada.

—Tienen un trato conveniente para ambos. Ella camina por Lavalle, por Retiro, por esos lugares donde abundan mu-

chachitos dispuestos, y se levanta uno para Tóifel. Se lo calienta para él, ¿entendés? Se hace coger, los mira... En fin –suspira– un ménage à trois. –Se queda en silencio; es un silencio efectista pero Rita no puede emitir sonido, mira el bar de reojo y la situación le parece de repente claramente obscena.

–El último de la serie es Curi –retoma Axel–, el que estaba con ella en la cocina y que ahora está entre ella y Tóifel, si observás. Lo imprevisto de todo esto es que floreció el amor entre los dos muchachos y ahora le escurren el bulto a la pobre Martina; prefieren cierta privacidad.

Mientras Axel se sirve otra copa, Rita se vuelve y observa a Martina con una sensación de enorme irrealidad. Reconoce sus gestos pero no a ella, como si su percepción hubiera sufrido una fractura; hay algo en la postura entre laxa y tensa de Martina, en la luz de sus ojos, que no parece pertenecerle. La cabeza le da vueltas; siente un miedo casi incontrolable, acaba de acusar el lengüetazo de la envidia en el pecho, la curiosidad por el goce irrestricto. Cómo será. Como será permitirse. Hacerlo y ya. Ella sabe que no podría nunca, nunca. Y otra cosa sabe: que no sería por virtuosa sino por cobarde, para no arder en las llamas de una conciencia cristianucha, blandengue. Es demasiado pusilánime para ser atrevida. Mira a Juan, que ríe con la cabeza echada hacia atrás; las últimas resonancias de su risa le suenan muy agudas, extrañas, siente que no lo conoce, que no conoce a nadie. Axel vuelve con un vaso lleno; la mira con la atención fija de los borrachos, y dice:

–Y ahora te preguntás por qué sigo aquí, en mi noria. –Rita se da cuenta de que habla en realidad para sí mismo.– Porque he descubierto –se contesta– que me excita; lo que más me excita es la mentira –ríe–. Y las conversaciones.

–¿Qué conversaciones? –dice Rita. Dentro de la asfian-

te irrealidad la voz de Axel es una especie de chaleco salvavidas. Desea que siga hablando. Después de todo, él es real.

—Ahhh, ése es otro aspecto de Martina —le susurra Axel en el oído. Rita se cruza con la mirada preocupada de Juan y aparta los ojos; “¿qué carajos mira?”, piensa con rabia.

—Martina tiene amigos telefónicos —cuchichea Axel—. Esa conversación “me abrió los ojos”; pura casualidad. Yo había viajado y regresé antes, como en las películas. El teléfono de Martina daba ocupado y vine para darle una sorpresa —ríe con ironía— y usé la llave que me había dado. Nunca la había usado antes —se queda pensando, reconcentrado, y sigue con esfuerzo, como obligándose—, pero después de eso volví a usarla, muchas veces; ella por supuesto no lo sabe.

—Pero qué conversaciones —insiste Rita, dispuesta a llegar hasta el final.

—Las tengo grabadas. Mi detective me enseñó a grabarlas. Tengo por lo menos una docena de casetes.

—Ajá —dice Rita desalentada. Tiene la vista irritada, le cuesta enfocar y ha empezado a transpirar frío. La asusta el interés morboso que le provocan las confesiones de Axel, vuelve a sentir atracción por el mal y a temer el castigo, unas sensaciones infantiles típicas de cuando no está en pleno control. Delante de ella se abre la imagen de un planeta de placeres prohibidos, repulsivo, hermoso.

—¡Mi Dios! —vuelve a decir Axel—. Es lo que más me cae en gracia, no quiero ofender —dice rápido, consciente por un instante de lo que está diciendo—. Digo algo que me pasa —se disculpa Axel—: una confidencia, como cualquier otra confidencia. —Y luego agrega: —Los casetes, sí. Los escucho una y otra vez, y hago, bueno, lo mismo que ellos. Hablan, dicen lo que están haciendo, lo que les gustaría que les hagan. ¿Nunca escuchaste nada así? —pregunta, con la voz un poco

ronca, curiosa. Rita niega con la cabeza y mira a Martina, que está ahora acodada en el bar, hablando con un grupito de gays jóvenes—. Parece que está de moda —dice Axel, pensativo—. Líneas calientes, les dicen.

Rita lo mira; en ese momento le parece un viejo.

—¿Te gustaría ser parte de eso, no? —dice con suavidad.

—¡No, no, what a mess! —dice mecánicamente. Su mente parece estar en otro lado. —Pero esto es distinto, sabés —dice al fin; tiene la voz un poco ronca—. Porque es Martina la que habla en los casetes.

A Rita le parece ver rastros de saliva en las comisuras de los labios de Axel; se estremece.

—Es ella —agrega Axel, victorioso—. La misma que me reprocha con voz de corderito que no la cuido. Que no la quiero, a ella, que se desvive por mí. Y es la misma, ¿te das cuenta? La misma que habla en los casetes, con esa voz ronca, animal, de gata en celo. Cuando me viene con reproches me río por dentro, me digo “sí, sí, turríta, pedí, pedíme lo que quieras”. La dejo creer que me tiene listo y de pronto ¡zas! salto para un costado. Se pone loca. Es como jugar al gato y al ratón pero sin que ella sepa por qué. Yo sé por qué. —Axel se queda callado, con una sonrisa en los labios.

Rita no dice nada. ¿Qué puede decir? En su cabeza dan vuelta fórmulas vacías como: “lo siento”, “es una relación enferma”, “todo pasa”, aunque lo que de verdad siente es indefinible. Pero no es necesario que le diga nada. Axel está tan olvidado de ella que no nota que Juan la ha tomado del brazo, ha señalado su reloj y ha empujado a Rita delicadamente hasta la salida.

El lunes, en la oficina, Rita quiere disculparse por haberse ido de la fiesta sin saludarla. Martina está mordisqueando una galletita en la cocina de la consultora, la mira y se ríe.



—En mis fiestas nadie se despide —dice—. Cada uno hace lo que le da la gana y eso incluye tomárselas sin ceremonias. ¿Y, qué tal? —pregunta después—. ¿La pasaste bien?



*Pedaleo los últimos metros casi sin aire. Una camioneta llena de trastos viejos ocultaba al hombre de mi vista; cuando lo veo se me escapa un suspiro de alivio. No quiero volver a interponer nada entre él y yo (aunque de una manera oscura sé que no se trata de “él y yo”).*

*Es un día frío de otoño, con un cielo azul pálido; me paro en silencio junto a él y observo el contorno de la costa en la otra orilla. Estamos como acomodados a la quietud, al estado taciturno del aire. La costa se percibe nítida. Él señala con el dedo el horizonte.*

*—La isla Martín García —dice.*

*—¿No es Colonia? —pregunto.*

*Él menea la cabeza y asegura con una sonrisa satisfecha:*

*—La isla Martín García.*

*—Nuestra Elba —digo. Me apoyo con los brazos en la barandilla y sobre ellos hago descansar la cabeza, relajo los músculos del cuello.*

*—Usted parece una muñeca de trapo —dice el hombre.*

*No cualquiera haría un comentario así. No cualquiera le diría con esa desenvoltura y naturalidad “muñeca de trapo” a una mujer; que es como decir muñeca sencilla, casera, de pobre. Hace mucho tiempo que no escucho eso. Muñeca de trapo. El mote pulsa una cuerda en la memoria y tengo la intuición de una revelación. Trato de seguir esa pista en las honduras neuro-*

*nales pero es tan inútil como seguir el salto de una pulga. Luego llega la ola de nostalgia. Pero no es nostalgia, es un vaho cálido e íntimo, una alegría genérica que me arrastra a la confidencia. Algo que no me sucede a menudo desde que cumplí treinta y que cuando me pasa, es siempre una fiesta.*

*He estado todo el día con lo del Nene Spielman y con lo de Links en la cabeza, sobre todo con lo del almuerzo de mañana con Furman.*

*—Si supieras —digo en tono furtivo— cuánto deseo cagarlo a mi jefe. Cagarlo de verdad. —Miro de soslayo al hombre, que no se ha movido—. No sólo porque se lo merece. Es algo más profundo. Entre él y yo hay un campo de batalla y la batalla es a muerte; no hay posibilidad de tregua ni hay paz que valga. Lo más curioso es que no sé por qué las cosas son así. Son así y punto. Creo que estamos tratando de vengarnos. Sí —aseguro. Y apenas lo digo caigo en la cuenta de que ese deseo de venganza es lo que me empuja a pelear con el Nene la próxima colina, a ganarme a Furman para sacarle a Spiderman el sabor a triunfo de la boca. Un empecinamiento que vaya a saber adónde me conduce.*

*—¿Sabés? —digo—. Recién ahora me doy cuenta de que quiero vengarme del Nene Spielman. Lo he detestado desde el primer momento en que abrió la boca. El tipo es como la estatua de la libertad, ¿me explico? Siempre arriba, siempre poderoso, siempre representando al mundo libre. Dice lo que hay que decir, aplasta las bolas que haya que aplastar. Tiene en la punta de la lengua la frase de moda, ¿me explico? —digo—. En la oficina le pusimos Spiderman porque es una verdadera araña: pro-gresa en redondo, abarcativo, más despacio cuanto más agudamente advierte la impotencia del otro.*

*No sé por qué cuento estas cosas. La idea remanida de que “siempre es más fácil hablar con un desconocido” no va conmi-*

*go. Nunca he hablado con desconocidos, tampoco logro evitar la extrañeza que me causa mi estado de confidencia.*

*La silueta lejana de la isla ha empezado a fundirse con la línea del horizonte; me dejo ir en esa quietud, en el desdoblamiento que percibo ahora entre el presente y el pasado (como si los hechos que recuerdo los hubiera vivido otra cuya herencia debo consumir).*

*—Yo lo conozco al Nene de los años setenta, de la Facultad de Filosofía y Letras. De entrada me pareció un garca —digo—. Claro que en aquella época los de Sociología estábamos metidos hasta el hocico en la revolución y los que no estaban, como el Nene Spielman, eran para nosotros unos soretes. ¿Y sabés qué creo? —digo, pensándolo de nuevo—: todavía creo que son unos soretes.*

*Él absorbe mis palabras como si su memoria avanzara por un terreno pantanoso, como si oliera algo conocido que no llegara a formar secuencias en su mente. Los rastros de las imágenes que evoca imprimen pequeños, ínfimos espasmos en su cara. Avanza entre una maraña desordenada de imágenes pero lo hace sin tensiones, sin miedo. Entonces intuyo que el desorden es su búnker, que se siente seguro en ese simulacro de memoria siempre cambiante, siempre a punto de desaparecer. He dejado de hablar y él se vuelve a tiempo para descubrir mi mirada, se encoge de miedo y yo bajo la cabeza. El suyo ha sido un movimiento involuntario, bastarán segundos para que olvide la causa. Miro un rato el agua oscura del río y vuelvo a hablar.*

*—Yo tenía dieciocho años. Hacía poco que había llegado a la ciudad y vivía en la pensión de unas monjas. En esos meses todo me deslumbraba, flotaba en un estado de felicidad inocente, sin pecado. Durante el verano había conocido a Polito. En marzo o abril quedé embarazada. No tenía un peso. Fue cuando le pedí al Nene Spielman que hablara con su padre.*

*El pedido me salió de pura rabia un día que me crucé con él en el descanso de la escalera, en la facultad. Ya entonces él había mostrado su fibra de ganador, hasta me había ofrecido trabajo en el estudio de su padre.*

*”Ese día hacía frío y yo iba medio encogida y mareada. El Nene me tomó del brazo, levanté la cabeza y lo vi sonriendo; los ojitos le brillaban de lujuria. Me preguntó adónde iba y yo, resignada a vomitarle encima junté la saliva espumosa, ácida de vómito, y lo miré. Fue entonces cuando se me ocurrió lo del empleo. Tragué, respiré hondo, y torcí una sonrisa. Una semana después empecé a trabajar en el estudio de los Spielman.*

*Del río empieza a soplar un aire helado. Me abrocho la campera; el hombre del puerto tiembla un poco; en un gesto inesperadamente íntimo le abotono el saco.*

*—Pero cuando empecé a trabajar ya me había hecho el aborto. Me habían adelantado la plata unos compañeros de la agrupación después de un debate en un aula enorme, destartada, de techo alto y vidrios rotos. Seríamos diez, doce, sentados en bancos largos, de madera. Las voces retumbaban y los listones del piso se hundían tanto que caminábamos en puntas de pie para evitar el rebote. Yo tenía unos guantes de lana marrón, que me ponía y me sacaba por la picazón de los sabañones y los demás se encogían de frío y se frotaban las manos o las escondían en las mangas de los bleizers. Los chicos se portaron bien; eso no era la Inquisición; tratábamos de pensar entre todos. Pero igual me sentía acorralada. No por ellos, por mí misma. Estaba asustada. En el fondo sabía que no tenía escapatoria, que tenía que hacerme un aborto. Era muy chica y no tenía un mango. Además quería estudiar. Pero también sabía que podía tenerlo. Que lo único que tenía que hacer era dejar pasar el tiempo. Y esa duda me escarbaba en la conciencia como un gusano en el jardín del Edén. Estaba tan deprimida que*

*flotaba en una nube; las voces me llegaban como si tuvieran que atravesar el Niágara y mis pensamientos eran lentos y torpes. Sin embargo mi cuerpo rebotaba de sensaciones agradables. Los pechos y el vientre estaban plenos, cosquilleantes y cálidos, y una pesadez mansa me arrastraba por momentos a un sueño que lo protegía a él, al nonato. En esos días me acosaba la idea de Dios. Necesitaba alguna certeza moral y si algo tenía cuando era católica era eso: certezas morales. Extrañaba, con una nostalgia lacerante, que me dijeran qué hacer. Cuando era chica todo estaba claro. Es más: estaba escrito. Bastaba con seguir las instrucciones. Ahora lloraba a escondidas en el baño y varias veces pensé en hablar con mi madre, pero nunca la llamé. En el fondo nunca tuve dudas sobre lo que debía hacer: yo no podía tener el chico y eso era todo. De nada servía exprimirse el cerebro. Pero todo lo que no pensé entonces lo soñé y lo seguí soñando y pensando por años. Esa tarde escuchaba hablar a los compañeros y me moría por dentro. De aquel día me quedó una conclusión: lo único que les resultaba intolerable a ellos era que Polito no supiera nada. Me dijeron “no sos racional” y la acusación me deshizo porque era cierta. Yo quería ser racional, pero por alguna razón confiaba más en mis intuiciones que en mi razón. En ese momento, en todo caso, no había vueltas. No necesitaba hablar con mi rockero para saber cómo venía la bocha. Porque el mío era un rockero convencido, desmelenado y fumado de la mañana a la noche, que probablemente lloraría de felicidad si le decía lo del embarazo. Pero no se lo dije. Y tampoco les dije a los compañeros que él era un rockero. Con mi primer sueldo les devolví la plata; ya antes había cortado con Polito, que lloró y me pidió que no me fuera y después se agarró a la guitarra como a una teta, con los párpados cerrados, desamparado como un crío, y me dijo que bueno, que me fuera. Años después supe que había estado mu-*

*cho tiempo con alguien y que no habían tenido hijos. A ella la vi en una marcha. Llevaba un cartel con la foto de Polito y me di cuenta de que había sido su mujer. Estuve a punto de pararla, pero no lo hice. Qué podía decirle.*



Links es para Rita un cliente estratégico; a través de la firma ella piensa introducir en la consultora una nueva modalidad contractual: el convenio en dos tramos. La modalidad consiste en tomar un contrato de dos años y renegociarlo a fines del primero. Renegociar las comisiones y los servicios. En cuanto a los servicios, el cliente tiene oportunidad de mejorar las prestaciones que recibe; los consultores por su lado cobrarían dos veces por cada contrato y se harían de su propia cartera de clientes.

Hasta el momento, el Nene Spielman firma todos los acuerdos. Él representa a la consultora, *es* la consultora; con lo cual cobra un porcentaje del setenta por ciento. El consultor, que es el que consiguió el cliente, cobra en cambio el treinta por ciento. Rita piensa aducir que la nueva modalidad mejoraría las prestaciones y modernizaría el sistema. Además se podría empezar a discutir el tema de los porcentajes y establecer, sobre todo, de quién es el cliente.

Ha llegado con el acuerdo bajo el brazo, vestida con un trajecito color chocolate —el color chocolate le sienta— y una blusa estrecha de hilo de seda. En las reuniones con hombres, la ropa insinuante actúa como el aperitivo en una cena tardía: no sólo abre el apetito, predispone el humor. Y ella necesita desesperadamente la buena predisposición del Nene.

Le ha explicado con lujo de detalles las ventajas para la consultora, sin mencionar lo de las comisiones, no ha dicho nada irritante, nada sospechoso. Eso vendría después como segundo paso. Acaba de decir que el proyecto es dinámico.

—Y no es mi proyecto —aclara Rita—. Esta modalidad se está imponiendo en Alemania y en Canadá.

El Nene, que la ha escuchado con una atención admirativa, guarda silencio.

—Una vez atado el cliente —agrega Rita—, el segundo tramo se pacta en otras condiciones, ¿me explico?

—De acuerdo —el Nene se ha levantado de un salto enérgico, como si en un segundo hubiera visto todo claro. Estampa un beso en la mejilla de Rita y le abre la puerta—. Vamos a intentarlo —repite mientras la despide.

Pero esa misma tarde, como si la conversación no hubiera tenido lugar, cierra él mismo el trato con Links. Rita ha previsto la jugada y decide reunirse con Pablo Furman, el abogado de Links, antes de que el contrato se firme.

La conversación telefónica ha sido amable, breve y sugerente. Rita declina la invitación a cenar y propone un almuerzo en un restaurante nuevo, cercano al Botánico.

\*\*\*

El clima en que transcurre la comida está electrizado por ese erotismo vago, escamoteado, que impregna el aire cuando un hombre y una mujer discuten de negocios. En esas ocasiones ni a Rita ni a ninguna mujer que se precie de inteligente se le ocurriría hacer el papel de indefensa. Hay que actuar agresivamente y recurrir al ingenio. Respuestas rápidas, si es posible agudas; mostrar que las neuronas están ahí, pero están ahí *para él*.

Ocupan un reservado, casi al fondo del local, cuyas paredes y techos son de madera oscura. Las mesas están cubiertas por manteles rojos y el bronce reluce en los adornos. Rita se siente en un cuadro de Caravaggio; el lugar y hasta ellos mismos reproducen el ambiente mórbido, oloroso a sangre y a sexo. No debí sugerir este restaurante, piensa y mira a Furman. El hombre se está llevando un trozo de carne a la boca con aire inocente. Rita se tranquiliza. Son los nervios, que le están jugando sucio. Un extracto de su sustancia mental adora sentirse mujer de mundo, pero por debajo de esa capa, en un nivel más profundo, detesta esa frivolidad. Cuanto más se acerca al núcleo de sí misma, a su fuego sagrado, más desea parecerse a Juana de Arco. Ser despojada, valiente, humilde pero arrogante por la fuerza de sus ideas.

El vino le produce bienestar, una modorra que la ayuda a aventar escrúpulos. Disfruta de esa conversación morosa y de las miradas del hombre, que han cedido toda reserva y empiezan a revelar esbozos del alma.

En la actitud confiada de Furman hay algo de cazador, pero de cazador triunfante. Está demasiado distendido, como quien no tiene una posición que defender, y Rita presiente que el hombre ha tomado una decisión que la favorece.

—¿Café? —dice Furman con la mano levantada, a punto de llamar al mozo—. ¿O champán? —agrega. Rita lo mira interrogante; una formalidad, porque ya tiene claro lo que Furman va a decir.

—¿Entonces, te convencí? —pregunta, echando la melena a un costado con una coquetería un poco hosca.

—Esta tarde hablo con Spielman para darle la noticia —dice Furman. Una sonrisa breve que es casi una mueca le estira los labios—. Lo vamos a cagar; me debe varias.

Rita deposita la mirada en el mantel y barre las migas con la palma de la mano con lentitud, prolijamente. Entrecierra los ojos y sonrío para ocultar su incredulidad.

De modo que se ella viene a ser el instrumento de una pequeña venganza. Rita traga una saliva repentinamente amarga, no sabe cómo disimular la humillación. La recorre un escalofrío de autodesprecio. ¡Y ella que se había creído una ejecutiva progre, un exponente del nuevo sincretismo de izquierda! Y resultó que Furman ya tenía decidido aceptar la nueva modalidad para contrariar a Spielman.

–Permiso –dice. Se levanta y se dirige al toilette. El baño está vacío, iluminado con una luz tenue que recorre los bordes del espejo. Se mira las mejillas coloreadas por el vino, la venita un poco marcada debajo del ojo derecho. Está algo mareada. Pone las muñecas debajo del chorro de agua, se mira y se sonrío. Tiene los ojos brillantes y un aspecto falsamente fresco; la pintura de labios está salida pero le ha quedado un agradable color morado. Respira profundo varias veces y su pensamiento se tranquiliza. Se dice que Furman es sincero. Que sus ojos brillaban, que extendió demasiado la conversación para no haber estado a gusto. Sin advertirlo ha olvidado el motivo de su malestar porque la idea de ser el elemento prescindible de una trama anterior le resulta insostenible. Ahora se dice que ha conseguido lo que quería y que tiene a Furman en el bolsillo. Vuelve a respirar hondo y sale con el pecho erguido.

\*\*\*

Cuando entra en la consultora, su primera impresión es el encanto del silencio. El sol atraviesa el polvillo del aire trazando líneas geométricas en la alfombra color malva, en las

paredes blancas y en los muebles. Rita recorre las habitaciones vacías y su ánimo exaltado va cediendo paso a un regocijo más íntimo.

Llega a su despacho, enciende la computadora y pide el archivo de Links; mientras espera da una pitada a un cigarrillo y exhala una lenta bocanada de humo; observa la sombra gris en el aire con una mezcla de tensión y de sopor, como si el vino y el despliegue sensual del almuerzo se hubieran entrecruzado en su cuerpo para crear una zona viscosa y transitoria.

Ahora tiene el contrato en la pantalla, vuelve a leer las cláusulas con ojos enrojecidos y la garganta espesa de alegría, canturrea una balada en francés arrastrando las palabras al estilo sureño, se reclina en la silla dejando que su cuerpo se afloje, que sus piernas se muevan ahora como un acordeón negro y sedoso, suavemente, al compás de sus pensamientos y del sabor levemente erótico del triunfo, que persiste como un vaho. Se endereza despacio, dispuesta a ingresar los datos e imprimir esa misma tarde el nuevo acuerdo para presentárselos mañana a primera hora al Nene Spielman. Es entonces cuando escucha la voz de Martina.

—Estoy harta de la Nannis —dice Martina a sus espaldas.

—¿De quién? —se sobresalta Rita, girando la cabeza, y mira distraída a la otra, que está apoyada en el marco de la puerta hojeando la revista *Caras*.

—De la Nannis —repite Martina, después de dirigirle una mirada helada. Cierra la revista y se desploma con un resoplido en el sillón—. ¿No tenés idea de quién es, verdad? se impacienta Martina.

—No. Pensé que no había nadie aquí. ¿Y Julieta? —dice Rita, tratando de ocultar su fastidio, pero enseguida agita

una mano como para borrar la pregunta y dice—: De acuerdo, ¿quién es?

—La mujer de Caniggia. ¿Sabés quién es Caniggia, no? —vuelve a preguntar Martina con voz insidiosa. Enciende un nuevo cigarrillo y sacude la cabeza—. Estos sillones son una trampa —dice—. Te hundís. Te hundís y después no podés levantarte.

Rita hace girar la silla, se pone las manos en las rodillas y mira a Martina mordisquearse el pulgar al tiempo que fuma; el humo le ha entrado en los ojos, la hace lagrimear; estira las mejillas hacia abajo para no mancharse con rimmel.

—Te vas a quemar el pelo —le advierte Rita.

—No —responde Martina esponjando la mata de cabello enrulado—. Vos sí que vivís en una burbuja —dice—. ¿Cómo hacés? Contame. —Hay una nota histérica en la voz. Se queda inmóvil, la mirada insistente en los ojos de Rita.

—Qué se yo, Martina —Rita endereza la espalda. Busca una respuesta fácil; en realidad debiera decirle que no es momento, pero no puede. La sola idea de ser descortés le produce palpitaciones—. ¿Querés un café? —ofrece, y sin esperar respuesta se levanta con un movimiento brusco.

\*\*\*

Sirve dos cafés y se queda parada junto a la ventana de la cocina. Le gusta Palermo viejo. Le gusta sobre todo desde esa cocina, a través del vidrio sucio, con el empedrado que aparece al sesgo y el gris de las piedras destacando entre los plátanos; el ruido antiguo del tránsito de la siesta, en esa calle.

—¿Y? —pregunta apoyando la espalda en la ventana—. ¿Qué tal las cosas?

—Como el culo —dice Martina—. Cada vez que me interesa un tipo resulta un rayado. Un demente.

—No exageres —dice Rita con cautela—. Axel no parece mal tipo.

—Es un fóbico. El lunes le dejé diez mensajes en el contestador. Once —rectifica, apoyándose contra la mampara—. ¿Te creés que llamó? No, apareció ayer, de improvviso, justo cuando estaba con Tóifel en casa. Justo apareció.

—Bueno, ¿y qué drama hay? —dice Rita. Deja espacio el edulcorante sobre la mesada.

—Ninguno, ¿qué drama puede haber? —ríe Martina con una mueca que Rita no sabe cómo interpretar—. Ya viste quiénes son mis amigos —aclara—. Más inofensivos, imposible.

—Eso me pareció —dice Rita, pero desvía la mirada. Las palabras “justo cuando estaba Tóifel en casa” resuenan como un timbre en la cocina y le parece mentira que Martina no se dé cuenta de lo que acaba de decir.

—Ningún drama. El único drama —explota Martina, con los ojos húmedos— es que no puedo hablar tranquila con mis amigos. Putos de mierda. Así los llama —larga una risita sin dejar de lagrimear, y finalmente se le escapa una carcajada nerviosa—. “Putos de mierda”, ¿podés creer? —Se seca las lágrimas y deja de reír—. Para peor, estaba también Curi, ¿lo conociste a Curi? —pregunta, intrigada. La boca le tiembla en un puchero incontrolable.

—Curi es el morochito.... —balbucea Rita, entrecerrando los ojos como si se esforzara en recordar.

—Sí —dice Martina—, el morochito. —Se limpia la mano en el pantalón ajustado, de corderoy marrón, saca con esfuerzo un pañuelo del bolsillo y se suena ruidosamente; luego pita hondo y lanza la bocanada de humo hacia el techo, pensativa. Suspira.

–Bueno –dice Rita un poco irritada por la interminable pausa–, ¿pero qué pasó al fin? ¿Se fue Axel, se fue Tóifel, se fue Curi?

–No veo por qué tenía que irse alguno –dice Martina con tono acusador–. No veo por qué.

Rita aprieta los labios un segundo, dos; tiene ganas de golpearla.

–Te pregunto qué pasó; si querés me contás, si no, no pasa nada, ¿está?

Martina se retrepa en la silla y abre mucho los ojos.

–¡Pero che, pará! ¡Pará! ¡Qué susceptible! ¡No te das cuenta de que estoy mal? Si una no puede hablar...

–No. Sí que podés hablar –aclara Rita, todavía tensa–, pero hablá.

Martina se estruja las manos blanquísimas, con los tendones hinchados y azules.

–No se fue nadie, ¿ves? Tóifel y Curi se despidieron pero Axel insistió en que se quedaran; “yo vine por un ratito; pasé por pasar”, insistió Axel. Yo les pedí que se fueran: quería estar sola con Axel; últimamente nunca lo veo a solas... –se disculpó, mirando a Rita como un cordero–. Nunca lo veo. –Iba a agregar algo, pero negó con un gesto.– ¡Qué situación de mierda! “Si se van ellos, me voy yo”, dijo Axel; y allí estábamos todos, en una estúpida charla, hasta que Tóifel y Curi se levantaron a un tiempo, como si les hubieran puesto un soplete en el culo. ¡Y Axel que también se levanta! Yo estaba lo más bien, te juro, te juro que estaba controlada. –Martina se muerde el pellejo del labio inferior, una y otra vez. –Le pedí a Axel que se quedara porque necesitaba hablar con él. ¿Y qué creés que dijo? –Martina se abraza el cuerpo y tiembla. –¿Qué creés que me dijo? Me dijo que para qué; que yo estaba histérica y



que iba a volver hoy si me notaba más tranquila; el chantajista hijo de puta –ha hablado con voz ronca, tensa y Rita siente compasión por ella y un miedo difuso–. Entonces sí –continúa Martina, los ojos fijos en la pared–, hice un escándalo. Eso hice. Y cuando se fueron me tiré en el piso, detrás de la puerta, escuché los pasos de Axel bajando la escalera y al ratito los golpecitos y la voz de Tóifel diciendo que le abriera, que lo dejara pasar, que no podía quedarme así, solita como un perro. Que no podía quedarme así.

Deja de hablar; las lágrimas le corren en canaletas como un río desbordado, pero en la cara no hay expresión. Rita permanece callada sin saber qué demonios hacer, después se agacha y le aparta el pelo de la frente húmeda, le pone las manos sobre los hombros con delicadeza, y espera. Eso le había enseñado su tía Clara cuando era chica. “Cuando no sepas qué hacer, esperá”, había dicho, “porque la vida no para nunca de andar”.

Martina abre la boca para decir algo pero le sale un pucho; Rita le da unos golpecitos en el hombro.

–Mirá –dice–, a mí me pasó algo así; era muy distinto pero en el fondo es igual ¿entendés? Lo peor es que no podía cortarla con el tipo; quería entender. Me ponía loca no entender. Vos –le da otros golpecitos, esta vez admonitorios–, si ves que te estás rayando, deberías cortarla de una, sin darte tiempo a nada. –Hace una pausa, se mira los zapatos, pensativa, y luego agrega: –¿Sabés quién me enseñó eso?

Martina la mira y sacude la cabeza, negando, el ceño un poco fruncido por el esfuerzo de prestar atención.

–La mujer de Pierre –dice Rita–. Un tipo que me tenía de la nuca.

–¿Eran amigas, vos y la mujer del tipo? –pregunta Martina, más interesada.

—No —dice Rita—. Es una historia rara. —Mira la ventana, sonrío evocadora y agrega: —Flor de mujer, Jeanette. Lo que pasa es que yo estaba en París, sola, y el tipo era un seductor. Un seductor compulsivo —aclara con voz profesional—, ¿me explico?

—Sí —dice Martina y queda como suspendida, pendiente de las palabras de Rita. De cuando en cuando se seca una lágrima, que le brota como por su cuenta.

—Yo no lo sabía, desde luego —dice Rita—. Pero la verdad, ¡el tipo era bárbaro! No sabés. Flores aquí, bombones allá, paseos por el Sena, cenas íntimas —revolea las manos en el aire—. Me tenía muerta —suspira—. Y cuanto más muerta me tenía, más se inspiraba él. Las cosas que hacía.

—¿Como qué? —pregunta Martina, que se ha sentado en el suelo para estar más cómoda.

—Como llenarme de rosas la habitación —explica Rita— o conseguir el vino argentino que más me gustaba, la marca de cigarrillos que yo fumaba aquí, ese tipo de cosas. Pero yo no quería involucrarme mucho porque... bueno, porque había dejado un noviecito en Argentina.

—¿Quién, Juan? —pregunta Martina, ya metida de lleno en la historia.

—No —miente Rita—. A Juan no lo conocía todavía. Otro, un compañero de la facultad. La cosa es que yo presentía cómo venía la mano con Pierre y de repente me ponía lejana; él entonces se desesperaba. Se volvía loco de amor y empezaba a perseguirme. Y cuando yo cedía, se alejaba él. La cosa se enredó tanto que al final ya ni sabíamos ni quiénes éramos ni qué nos gustaba del otro, pero seguíamos embrollados; estábamos como poseídos. Si vieras las conversaciones que teníamos, eran realmente surrealistas.

El tiempo pasa sin que se den cuenta; han permanecido sentadas en el suelo, riéndose y hablando de la vida de Rita en París. Por la ventana entra una luz serena; la calle está casi desierta y el silencio cargado de la siesta produce en Rita una violenta nostalgia por el otro silencio, el de las siestas de Salliqueló, cuando toda la vida faltaba por vivirse. Si hubiera seguido otro camino, esta complicidad de hembras, este mundo de intrigas cálidas, la hubiera acogido como un útero. Hubiera sido casi su destino. Un mundo de mujeres, entre mujeres que avanzan pisando clavos, ganándose posiciones unas a otras en el orbe ajeno de los hombres y donde ella es de a ratos una espía, una forastera arrepentida de haber dejado su lugar.

La cara de Martina está ahora despejada y fresca, más bonita con los ojos luminosos, como irisados. En un momento se quedan pensando, apoyadas una en la rodilla de la otra.

—Te estropeaste una media —dice al fin Martina señalando la corrida en la media de Rita, que levanta indiferente los hombros.

—Es el desenfreno —comenta y se seca los ojos con un suspiro.

—Creo que Axel tiene otra mujer —dice Martina de pronto; hace un arco con el índice y el pulgar y arroja el pucho contra la puerta de la cocina—. Otra mujer —repite.

—¿Por qué creés? —pregunta Rita, mirándola fijo; por un momento tiene la tentación de contarle su conversación con Axel en la fiesta.

—Porque hace mucho que no cogemos —dice Martina, bajando los ojos—. Hace un montón —mira a Rita a los ojos, de frente—. Dice que no tiene ganas, que está estresado por el trabajo. Yo no creo —agrega desdenosa, torciendo la boca—. Es otra mina. —Sacude la cabeza. —Qué va a estar estresado.

–¿Por qué no lo hacés seguir? –dice Rita y larga una risita, pero se arrepiente de inmediato–. Era una broma –murmura.

–No –reflexiona Martina–. No es mala idea. No sé. –Después observa a Rita y frunce el ceño mientras va deslizando la mirada por su vestido hasta el escote, los aros, el pelo; termina alzando una ceja.

–Oíme –dice–. ¿Y a qué se debe este despliegue?

Rita levanta los hombros, sin contestar.

–Vamos, vamos –dice Martina, tamborileando los dedos en la rodilla de Rita–. ¡Confesá!

Rita ladea la cabeza, y la mira desde allí con expresión misteriosa.

–Hoy almorcé con Furman.

–¿Furman? –pregunta Martina; su cara se arruga en un esfuerzo de memoria–. Furman, el de Links –afirma con duda.

–Así es –dice Rita y sonrío.

–¡Lo cagaste! –exclama Martina y salta del piso–. Rita, ¿cagaste a Spiderman, sí, no? –dice despacito, medio encogida, parada en medio de la cocina que está ya en una nube de humo.

Rita asiente con la cabeza varias veces, desplegando una modesta sonrisita.

–¡Qué turra! ¡Pero qué turra! –grita Martina, dando saltitos de alegría a lo Bugs Bunny. De pronto se detiene, se da vuelta y pregunta–: ¿Y por qué me lo contás recién ahora?

*Estoy de pie frente al espejo cuyo óvalo abarca casi toda la puerta del ropero antiguo, de cedro. El mueble se eleva casi hasta el techo y es, con la cama y una mesita de luz, todo el mobiliario de la habitación. Hay en el aire un olor a tabaco envejecido, a humedad y a una mezcla de afeites que me sigue a todas partes; es un olor obstinado, pertinaz, que aparece en ciertos momentos, esté donde esté y que organiza partes enteras de mi vida como si fuera un pedazo de ADN.*

*Giro el cuello para relajarme y el movimiento hace que Gisel levante la cabeza y me mire entre la mata de pelo largo y oscuro, a través del cristal, como si acabara de recordar que aún sigo aquí.*

*—¿Y qué tal tu mujer?—pregunta Gisel, calzándose una media. La observo por el espejo, de reojo, y vuelvo los ojos al nudo de la corbata para retornarlos fragmentaria, inevitablemente, al movimiento de sus manos que acomodan la costura de seda, vertical, partiendo en dos la pantorrilla.*

*—Siempre linda —digo con sequedad. La pregunta me ha recordado que el mundo no termina, que ni siquiera empieza aquí; tengo mal gusto en la boca; la imagen de Rita anudándose la corbata se me cruza por una milésima de segundo pero es una imagen falsa, que no forma parte de mis recuerdos y que se enciema a la imagen de una Rita nueva, inesperada, la última Rita: la de los encuentros furtivos con un ciruja. Nunca pensé que po-*

*dría seguir a mi mujer y sin embargo puedo, hago algo que considero abyecto y me digo que su desatino me justifica. Su desatino o su locura. He averiguado: el mendigo es inofensivo; creen que ha tenido un accidente que lo dejó medio loco y amnésico y él mantiene fresca la amnesia, le cambia el agua todos los días para que no se marchite. El diariero de Libertador se divertía provocándole una especie de raptó místico en que el ciruja gritaba, una y otra vez “¡El fuego del Señor quema y lacera! ¿Quién te sacará del pecado? ¡San Ignacio! ¡San Ignacio!”; todas las mañanas con el mismo sonsonete hasta que el socio paró al diariero por lástima de ver al tipo exaltarse ante las mismas boludeces.*

*—¿Qué pasa, estás con la regla? —dice la voz gruesa de Gisel mientras se calza la otra media y me observa por el espejo. Yo le devuelvo la mirada y dejo las manos olvidadas cerca del pecho; mi cuerpo ha quedado como clavado en el magnetismo de ese talle que se articula con lentitud en torno al portaligas, al encaje que rodea con suavidad las caderas, a las manos que ajustan el elástico a la media —un pie apoyado en el borde hundido del colchón y el otro en el suelo, formando un triángulo de sombra—, y más arriba los brazos desnudos de Gisel y la larga y lenta cabellera que se desliza a un costado y deja ver la sonrisa provocadora en los labios grandes, rojos, húmedos.*

*No contesto porque su voz ronca puede más que cualquier palabra; cuanto más guaranga, mejor. La irreverencia de Gisel me entibia los riñones, me revuelve en una agitación suave, inquietante, que ella acrecienta con sus meneos desganados, de puta vieja. Sabe que el deseo de los hombres (y no hay otro deseo) es caprichoso y perverso. Lo sabe, pero no piensa en eso, si pensara no lo entendería; para ella el deseo es necesario y repugnante, convive con él, lo transforma en dinero, alienta su fiereza o la domina, lo aniña, lo reta, se compadece de él; lo hace hablar o callar a su antojo, pero no lo comparte.*

*Gisel baja la pierna de la cama, se levanta las tetas, las acomoda y agarra un cigarrillo de la mesa de luz. Es insensible, tan procazmente indiferente a su cuerpo que observarla me produce una erección rápida y la misma excitación que cuando, sentado entre mi madre y mis tías en la sala fresca y oscura, me dejaba penetrar por el sonido soñoliento de las voces, el chocar de las agujas y el zumbido de los bichos a lo lejos, deslumbrado por el desborde de carnes entre los batones, por el abrirse de piernas y el revolotear de ruedos para refrescar las zonas profundas y prohibidas, en un abanico de faldas de olor dulzón. En ese entonces espiaba a través de cerraduras y celosías, anhelante y aterrado. Si les hubiera descubierto una mirada de lascivia —una sola—, el puente que debió existir entre mis sentidos y lo que veía hubiera demolido mi sensación de irrealidad y yo hubiera pensado en ellas por las noches para llamarlas puta (puta Celina, puta Amanda), mientras me masturbaba sin culpa. Mis tías, sin embargo, eran inocentes, eran católicas, eran puras. Pero no cultivaban pudores inútiles porque habían comprendido que el deseo sucio de los hombres persistiría fatalmente y les respiraría para siempre en la nuca. Habían decidido olvidarse de sus cuerpos. Y era ese olvido el que me enloquecía. Las veía moverse sin coquetería, libres de sí mismas, ausentes de pasión, y representaban para mí la causa última del deseo. Quería chuparles la boca torcida de desprecio, de repugnancia, quería penetrarles las carnes indiferentes, vengarme de la no existencia a que me condenaban.*

*Me olvido de la corbata y abandono el espejo donde la figura de Gisel ha vuelto a extenderse en un bostezo que interrumpo de golpe metiendo una mano recta entre sus piernas, para apretar el rectángulo húmedo y caliente mientras hundo mi barbilla entre sus tetas y la obligo a sentarse en mis muslos y a meterme la lengua en la boca, entera, jugosa, una vez más.*

*La lengua de Gisel es áspera, carnosa y la mueve con ritmo; su saliva aumenta a medida que aumenta mi calentura. Su boca se parece a la de Rosa y creo que es por eso, sobre todo, que vuelvo a ella, una y otra vez.*

*Tenía dieciséis años cuando mi primo, medio borracho y casi por broma me llevó a un prostíbulo. Fue una revelación. Entre mis fantasías y el mundo de Rosa había una simetría casi perfecta. Apenas me paré sobre la alfombra apolillada y de color indefinido de la habitación, percibí el olor a lejía, a tabaco, a humedad (los viejos olores del deseo), y vi a Rosa, con su voz plana y su bata un poco entreabierta, comprendí que había descubierto algo definitivo.*

*Rosa tenía la cara ancha terminada en punta, nariz chica y aplastada y una mirada audaz que se lanzó al fondo de mis pupilas, como un pez al agua. De inmediato supe dos cosas: que ella era ajena a la combustión de mi cuerpo, pero que sabía cómo sacar de mí un buen fuego. Rosa era de las buenas, no se fue por las ramas; no hacía falta. Se desvistió sin gracia, como si estuviera sola mientras yo me desprendía de la ropa, afiebrado de urgencia. Dejó que la empujara hacia la cama, me la montara y me fuera en un solo envión desesperado; después me alejó con suavidad, se levantó y sacó un cigarrillo del cajón. Tenía la bata abierta y la visión de su cuerpo me estaba provocando otra erección; me miró sonriendo, pensativa, y se acostó de panza al lado mío, dio unas pitadas, deslizó su mano por mis costillas y fue bajando despacio, como invitándome con los ojos a seguirle el rastro al deseo. Me enseñó, sabia y metódicamente, a sacar partido de su cuerpo, a usarlo para obtener placer. Rosa no se acoplaba a mí, más bien se desentendía del fuego que me encendía entero pero sabía —y me enseñaba— a controlarlo. “Esto lo hago”, dijo, “porque vos vas a ser hombre de putas”.*



*Gisel me la recuerda cuando estoy en su boca y con los ojos cerrados; los aprieto y me hundo otra vez en el patio secreto de ladrillos rojos, consciente de mis pasos vacilantes, perdido entre los pétalos encarnados de los malvones y aspirando su olor acre, mientras entibia mi cabeza la sabia, inocente constancia del sol de la siesta en San Carlos Centro.*



El Nene acaba de entrar. Ha cerrado la puerta pero Rita lo escucha hablar por teléfono. La voz suena apagada, expandida en la habitación amplia y como insertada en los ruidos lejanos de la calle. Los sentidos de Rita están atentos a cualquier movimiento de la puerta del despacho. Trata de mantener su cerebro incontaminado. Ha desplegado en la pantalla los datos de la última encuesta y los desglosa rápida y metódicamente.

Un triángulo de sol se desliza hasta el borde de sus zapatos; el silencio flota ahora por todo el lugar; es un silencio poblado de pensamientos y de pequeños ruidos. Un rato después la puerta se abre y el Nene la llama. Rita lo mira antes de levantarse, pero él ya se ha internado en la hondura de la habitación.

Lo encuentra detrás del escritorio, jugando distraídamente con unos papeles. Se sienta y contempla la figura de hombros estrechos del Nene. El hombre tiene una boca móvil, de labios delgados, ojos maliciosos y audaces, la nariz y la mandíbula ganchudas y dos arrugas profundas a los costados de la boca. Un perfume caro flota en el aire, un perfume nuevo que intranquiliza a Rita.

—Me llamás por lo de Links —dice Rita, cruzando las piernas; alisa rápida los pliegues de la pollera en un par de movimientos.

–Sí –dice el Nene, sorprendido. Una hostilidad antigua se despierta en él. Carraspea, le dirige una mirada helada y demora el silencio esperando que ella lo rompa con una explicación.

Rita sostiene el peso de sus ojos con una sonrisa impersonal, obligando al Nene a afrontar el hecho de que ha sido él quien la mandó llamar.

–Ayer el doctor Furman expresó su deseo de cerrar con vos el segundo tramo del convenio –dice el Nene con cautela, aprieta los labios y deja las manos flojas en el regazo.

–Expresó el deseo de Links –corrige Rita, y lo mira de costado, con una sonrisa oblicua. El Nene hace un gesto impaciente y ella agrega, rápido–: okey, Furman, Links...– hace un gesto vago con la mano dando a entender que se trata en realidad de la misma cosa. Se humedece los labios y dice–: Mirá Nene, seamos claros: yo conseguí a Links. Links es mi cliente. –Advierte el tono infantil, conciliatorio de su voz y se estremece de disgusto; baja la mirada hasta sus manos y estira los dedos, articulándolos varias veces.

–A Links lo consigue el prestigio de la Consultora, y después vos. Como a cualquier cliente –contesta el Nene, apartando los papeles con un movimiento rápido.

–Vos te quedás con la parte del león –dice Rita, haciendo un esfuerzo por controlar el tono de voz–, haga quien haga el cliente. No respetás los méritos.

–¿Y cuáles son los méritos? –dice el Nene, marcando las palabras. Estira el torso por encima del escritorio y la mira unos segundos con una expresión sarcástica que le marca las arrugas de la boca–. Te explico: los méritos son los largos años de lucha por un puesto en el mercado, son –y alza una ceja– haber pensado en serio cuando vos y tus amiguitos jugaban a Billy the Kid; los méritos –dice con voz repentina–

mente conspirativa— son haberte aceptado aquí cuando volviste de *afuera*, sin tener en cuenta tus antecedentes. —Echa la cabeza hacia atrás estirando los tendones del cuello a la vez que adelanta la quijada en un gesto rápido, gallináceo—. ¿Quién te iba a tomar, me decís, si habías salido de la nada? La gente quería las cosas claras, un currículum que detallara hasta tus verrugas plantares. —Hace una pausa para respirar hondo, con un jadeo casi asmático, y se pasa una mano por la frente; los labios son dos líneas pálidas que se distienden de improviso. —Y ahora —sonríe al decir esto y su voz suena artificial, afectada—, ahora tenés una carrera, un lugar seguro acá. Qué más se puede pedir hoy. Ponete a pensar. Afuera es la selva y vos ya no sos una leona. Tenés ¿cuántos? ¿cuarenta y dos? No quiero insinuar nada de mal gusto —se disculpa, con una expresión de falso embarazo—. Estás muy bien... pero no alcanza. Hay una manada de hembras jóvenes, inteligentes y famélicas allá afuera, dispuestas a ganar, a sentirle el gusto a la sangre. —Mira hacia el techo en una sonrisa soñadora, beatífica y como si hablara consigo mismo, agrega—: Pasaron muchas cosas aquí durante la dictadura, Rita. —Sus dedos acarician el borde del escritorio y luego la mira con suavidad. —Muchas —repite—. Vos no tenés la exclusividad de la desventura. Hubo que trabajar duro, ponerse una meta y darle para adelante, cerrando los ojos. No había otra manera de crecer, de ser respetado —toma aire al tiempo que corre la silla giratoria y se pone de pie de un envión.

—Cortala, Nene —dice Rita. Algo en el tono de su voz captura la atención del Nene; advierte el desprecio en los ojos de la mujer, en el furor con que aprieta las mandíbulas.

El Nene levanta los hombros con esfuerzo y camina unos pasos hasta la ventana. Está de espaldas a Rita, ha corrido un poco las cortinas blancas y observa la calle pero en

realidad no ve; está como vacío, aferrado al exterior para mantenerse dentro de ciertos límites y evitar la tentación de humillar a Rita. Las ganas de doblegarla le hinchon el pecho.

—Pongamos algo en claro —dice Rita. El Nene vuelve la cabeza y la ve sentada, casi en la misma posición. Sus rasgos están serenos pero tensos, con la piel de la cara más pálida y como pegada al hueso—. Vos me tenés aquí porque yo te traje una cartera de clientes. Si hubiera venido con las manos vacías me hubieras atendido en el pasillo. No te debo favores; ahora, si vas a chantajearme por mis... antecedentes...

—¿Chantajearte? —interrumpe el Nene, parpadeando—. ¡Qué palabra! —exclama, y se vuelve totalmente; su cara ha quedado a contraluz y Rita no puede distinguirla; el intenso resplandor de la ventana le muestra una silueta negra, irreal. El Nene levanta los hombros en un gesto de duda y luego, como si lo hubiera considerado mejor, abre los brazos y se encoge de hombros, aceptando que sí, que en realidad se trata de un chantaje.

Rita siente que el corazón le golpea las costillas. Se levanta y da unos pasos en un esfuerzo por reponerse, camina hacia la biblioteca; desde allí distingue, borrosamente, la cara de Spielman; cree descubrir una mirada brillante, maligna y curiosa. Se apoya contra la biblioteca, con la mirada fija en sus zapatos; trata de poner en orden sus pensamientos.

Lo del Nene es una provocación. Sin decirlo abiertamente, la fuerza a aceptar las migajas que le tira. Con sus antecedentes nadie la emplearía. Si decidiera marcharse de la consultora incluirían su nombre en una lista de interdictos. El Nene se ocuparía de eso.

Tiene que decidir y no hay más que dos caminos, irse o quedarse. Pero no puede pensar; por debajo de la línea del

pensamiento corre un río de imágenes y la palabra aterradora: desempleo, que se apodera de su conciencia. El futuro es un tajo abierto bajo sus pies y por detrás empuja el miedo; corrosivo, irracional, que reconoce de lejos, de la infancia, del horror de Matilde a la pobreza. “Finalmente nadie escapa”, se dice.

—Ésa es una palabra muy, muy fuerte —está diciendo el Nene sin mirarla, atisbando otra vez la calle desde las cortinas que corre con el dorso de la mano, delicadamente. Rita no puede dejar de mirar su perfil de pájaro, oscuro y tenaz, pendiente de lo que el hombre va a decir; pero la espera la debilita, le absorbe los restos de voluntad.

—Tu manera de considerar las cosas es extraña; un sentido de la justicia muy peculiar —dice el Nene—. El nombre de la firma tiene un valor, y mi respaldo —agrega— también tiene un valor. Yo creo que este acuerdo nos conviene a los dos, pero... si vos lo ves de otra manera, por supuesto, estás en libertad de... —Deja los puntos suspensivos enterrarse en el silencio del despacho. El Nene no ha pronunciado la sentencia de muerte, pero el silencio que la reemplaza penetra como un hongo venenoso en los nervios de Rita.

Rita ya no piensa más. Sabe que ha dejado de pensar porque se vuelve consciente de las cosas externas (de su espalda en la biblioteca, de la luz que entra por la ventana, del lento transcurrir del tiempo). No puede razonar frente al rostro vacío y hostil del Nene. El sudor le humedece la palma de las manos; está en el límite, en el punto en que los disfraces caen y uno queda solo con su hueso y con su médula. Al borde del vértigo, Rita descubre lo que siempre supo: que juega con cartas malas. El éxito y las reglas para el éxito no le importan, pero quiere sobrevivir, desesperadamente, y sospecha que antes o después le van a pedir el al-

ma. Siente vagamente que está llegando a un punto de no control; la venita bajo el ojo derecho le tiembla nerviosamente y los párpados, como si fueran transparentes, revelan la tensión. El Nene entiende el movimiento involuntario del torso como un esbozo de huida y eso provoca en él una reacción rápida.

—No sé cómo llegamos hasta acá —dice el Nene, bajando la cabeza y moviéndola de un lado al otro con firmeza, como si despertara de un sueño—. Absurdo —dice y larga una risita—. ¡Ay, ay, ay, Rita! —exclama de pronto—. ¡No hablemos más pavadas! Pensalo y te vas a dar cuenta de que tengo razón. Pero respecto a Furman, llámalo, llámalo y enterremos este asunto, firmá el segundo tramo. Te ganaste su corazón —dice el Nene, riendo despreocupado. Rita siente que las palabras bañan una parte de su cerebro, comprende que el Nene le ha dejado ganar una batalla pero que ha perdido la guerra. El peligro se ha alejado y aun así está como atascada, presa de las oleadas de miedo y rebeldía que han tomado el comando de su cuerpo. Por un instante siente la tentación de avanzar sobre el Nene y pegarle, imagina la cara torcida y la boca goteando sangre; un impulso violento que desaparece súbitamente por el esfuerzo de mantener el control. Siente con horror que los ojos se le llenan de lágrimas y baja los párpados tratando de ocultarlas.

Rita comprende —y la idea estalla en su cabeza— que se hubiera ido, que estuvo a punto de irse de la consultora cuando el Nene la detuvo (y la detuvo porque comprendió que ella se iba).

Sí, se hubiera ido, hubiera quedado en la calle, pero en paz consigo misma. Una ola de orgullo se extiende por su cuerpo y está a punto de arrancarle un sollozo. Como si despertara, mira al Nene, que despliega ante ella un entusiasmo



empresario, sincero, acogedor. Y el Nene la ve regresar sin sorpresa, entiende que ella está de nuevo allí, que él ha retomado el control y le ofrece un cigarrillo que ella acepta automáticamente. Rita ya no piensa, deja que la calma la gane poco a poco mientras escucha el sonido del encendedor y la voz del Nene que ha seguido el recorrido de su mirada y mira ahora, también él, hacia afuera y dice: “Hermosa mañana ¿verdad?”.



*Ha empezado a lloviznar; el viento impulsa el agua, que se me cuele por dentro del cuello del buzo, cuando veo a Floyt frente el río, inmóvil y un poco encogido. Tengo el impulso de llamarlo, abro la boca y de pronto comprendo que no sé su nombre. Es entonces cuando despierto, cuando veo, cuando recuerdo todo. Por primera vez registro el pelo negro y enrulado, el tórax demasiado cuadrado para las piernas flacas y largas, la espalda enjuta, dentro de una sucesión de imágenes sueltas, de flashes violentos que abarcan las manos huesudas de Floyt, sus ojos caídos hacia abajo, esa manera de torcer la cabeza y mirar desde abajo que he estado viendo pero que recién ahora llega desde el pasado como recuerdo y se superpone a la figura de este hombre.*

*Él es Floyt; me doy cuenta de que ese hecho lo explica todo: la atracción que ha provocado en mí desde el primer momento, la seguridad de que su vida está entroncada a la mía. Pero a medida que todo esto se me revela tengo la idea molesta, imprecisa, de olvidar algo importante.*

*—Floyt —digo. Él gira la cabeza y por su expresión advierto que responde a mi voz, no a su nombre; me muestra una sonrisa de bienvenida.*

*—¿Puedo llamarte Floyt? —pregunto.*

*Él afirma y se corre unos centímetros para hacerme lugar. Me acodo a su lado y espero aún la inevitable pregunta “¿Por qué Floyt?”; pero su silencio es concluyente y tan desinteresado*

*que comprendo que lo único que permanece vivo de Floyt en él es una materia sin textura ya, sin forma, sin aroma, una pulpa resinosa, opaca y persistente, que es, pese a todo, fiel a los ecos de Floyt.*

*Una ola de sentimientos quemantes me recorre desde la punta de los pies. Floyt está vivo y está aquí, a centímetros de distancia. Durante años lo creímos muerto y no volvimos a hablar de él, como hacemos con todos nuestros compañeros muertos. Como siempre, al enterarnos habíamos repasado los hechos: su desaparición, dónde se lo vio la última vez, cuándo. Hablamos con tono sobrio y con los ojos bajos, con el pudor y la vergüenza de los sobrevivientes al hablar de los que murieron.*

*Floyt está, y está sin embargo tan lejos, inaccesible. Yo nunca supe su verdadero nombre, pero de qué serviría ahora. Él no me recuerda, tal vez ni siquiera recuerde qué le pasó, qué les sucedió a Ana y a su hijo. Me imagino que el presente de Floyt se resume en una serie de rutinas vacías, de medias palabras en esa niebla que se cruza ante sus ojos. La sensación de tenerlo al lado mío, de estar codo con codo con Floyt en la barandilla, frente al río, de saber que está vivo y, sin embargo, perdido para siempre, es devastadora. Como si la memoria hubiera retrocedido veinte años y al retroceder recuperara la capacidad de sentir de antes, de sentir en carne viva, matando todo pensamiento. Floyt es una ruina, pero una ruina coherente. Mirándome en el espejo de su presencia, me veo, es decir veo lo que los otros ven y me lleno de vergüenza. La mujer que se acoda junto a este compañero es una profesional cuarentona que se alimenta light, concurre a los estrenos de teatro, compra lo último en libros, se retoca el pelo todos los meses, suda en un gimnasio y no se diferencia en nada de cualquier otra cuarentona con los mismos ingresos. En nada. Salvo que ella, claro, sobrevivió.*

*Eso es lo que los otros ven y no puedo decir que haya mucho más detrás de esa fachada. Floyt es un cachetazo en el alma. Él y yo somos los símbolos de que algo no está bien en este simulacro de país. En esta ciudad donde nos cruzamos en restaurantes, en reuniones de consorcio, en algún avión, en los semáforos; nos miramos de remise a remise, de coche a coche, el que torturaba y el torturado. Cada uno absorbo en su negocio del día.*

*No sé qué hacer con Floyt y no sé qué hacer conmigo. Su presencia me ha despojado brutalmente del espacio mágico, tan new age, en que me había refugiado. Ya no somos dos destinos que misteriosamente se encuentran. Él es Floyt, mi viejo compañero de militancia, el amigo perdido, congelado para siempre en un tiempo de verdades y yo no soy nadie, ni para él ni para mí.*



Rita abre la puerta y el pasillo suavemente iluminado le hace saber que Juan llegó antes que ella. Extrañamente, el resto del departamento permanece a oscuras.

—¿Juan? —dice intranquila. Da unos pasos cautelosos por la sala hasta que lo ve o más bien lo adivina sentado, inmóvil en el medio de la habitación—. ¿Juan? —repite despacio para no despertarlo de un susto, pero algo le dice que no está dormido, algo en la postura de su cuerpo. Siente el acecho suave, enteramente invasivo de Juan, y se repliega. Se queda parada mirando hacia él, en silencio.

—Estaba pensando —dice Juan en tono soñoliento, grueso, como si acabara de despertarse.

—Qué tal —dice Rita. Enciende la lámpara y se deja caer sobre el sillón opuesto. Lo mira fijo unos instantes. Tiene la cabeza llena de cosas, las siente freírse en su mirada, pero no sabe cómo empezar a hablar, cómo hacer para traer el pasado y dejarlo caer como una bomba en el medio de la sala.

—¿Pasa algo? —pregunta Juan inclinándose hacia ella con una sonrisa.

Rita niega con la cabeza, estira las comisuras de sus labios en una U que quiere significar ¿qué podría pasar?

La incomodidad flota en el aire; una especie de cautela les hace bajar los párpados. Juan se pasa una mano por el pelo y Rita juega con un anillo de plata que él le compró

años atrás en un puesto artesanal casi oculto, en las inmediaciones del río, en Vicente López. Ella se había acercado atraída por la piedra dorada que parecía contener una estrella de luz en el centro, se había probado el anillo, había acercado y alejado la mano abierta varias veces, admirativa. Era un anillo caro y Rita no tenía intención de comprarlo, porque Juan todavía no tenía trabajo. Había sentido el brazo de Juan en su cintura y su aliento cálido en el pelo. El cuerpo de Juan estaba pegado al de ella por detrás, y ella había experimentado un deseo intenso, triste. Juan susurró “hace juego con tus ojos” y una seducción escondida, ajena a su voz, la estremeció con unos celos extraños. Él le había comprado el anillo y luego se habían sentado en el pasto a escuchar a un muchacho que tocaba la guitarra. Estaban sentados entre jóvenes, sintiéndose un poco viejos, pero parte aún de ese mundo. Juan la había rodeado con los brazos y ella se había recostado contra él; siempre serían distintos del resto, distintos de todos, no serían nunca ni viejos ni jóvenes, ni integrados ni marginales. Era el estigma que llevaban los que quedaron.

—¿Pido una pizza, así no cocinamos? —ha dicho Juan, y Rita responde que no tiene hambre. Una sensación de desconsuelo le sube a la garganta. Tiene que hablar de Floyt ahora, sacarse el nudo y hablar. ¿Cómo es posible? se dice, pero los segundos pasan y su resistencia crece; tiene la sensación de que está a punto de quebrar un pacto, de traspasar un límite. “Tengo que aclararle”, se dice.

—Qué raro en vos —dice Juan—. Siempre venís con hambre.

Rita puede sentir los ojos de Juan fijos en sus movimientos. Tiene un golpe de sudor frío. Es la oportunidad de contarle todo, desde el principio. Cómo vio a Floyt sin saber que era él, seguramente presintiendo que era él. Pero



las palabras se ahogan en el estómago. “Sería un alivio”, se dice. “Juan se ocuparía de todo. Diría qué hacer y cómo hacerlo.” Ella por su parte cedería el control; volvería a ser un soldado. Una soldada. Soldada de Juan, a Juan, inseparablemente.

—¿Quieres tomar algo? —dice Juan; se ha levantado y camina hacia el bar con la intención de servirse un trago. Los pasos lo internan en la zona más oscura de la habitación y su figura toma la naturaleza de las otras sombras salvo por los movimientos y por la fuerza que emana.

Rita comprende que él ha notado su inseguridad, sabe que algo le pasa y le ha concedido la merced de una pausa.

Desde la parte más densa, casi en la esquina de la sala, contra las cortinas y sin encender la lámpara que tiene al lado, Juan sirve las bebidas. El líquido choca contra el vidrio; un sonido mundano posándose sobre los nervios inflamados de Rita. Juan está lejos, es casi invisible y lo domina todo. Rita tiene paralizada la voluntad. Piensa en cómo empezar a hablar. Cómo dar la información. Ante cada frase le parece escuchar lo que Juan descalificará, lo que pondrá en duda, lo que querrá verificar. Cierra los ojos y siente su mirada penetrante, concentrada en ella; el estómago se le anuda en un espasmo de rencor. Quiere contarle. Pero se resiste. Las cosas no tienen mucho sentido: sus encuentros con Floyt sin saber que era Floyt, las confidencias. No, las cosas no tienen un sentido que ella pueda trasmitirle a Juan.

Juan se acerca con dos vasos en la mano. Parado frente a Rita, advierte su inquietud. Le entrega el vaso con un suspiro, retrocede de espaldas hasta el sillón y se deja caer.

—Qué pasa —dice con suavidad.

Rita sonrío, pero sus labios tiemblan. Encuentra la mirada de Juan, el fondo de los grandes ojos marrones. En esa

mirada ha descansado desde que recuerda. Podría dejar sus pupilas en esa llanura para siempre.

–Floyd está vivo –dice.

–¿Cómo? –pregunta Juan, que ha oído el nombre pero no las palabras que lo envuelven.

–Floyd –repite Rita–. Está vivo. –Carraspea; las palabras han brotado como un chorro.– Lo vi en el puerto de Olivos.

\*\*\*

Juan toma un trago y baja con rapidez la mirada para ocultar el impacto. Su frente muestra una filigrana móvil de emociones.

–¿Cómo se te ocurre –dice al fin– que ese mendigo pueda ser Floyd? ¿Vos te acordás de cómo era Floyd? –agrega en voz baja, con violenta suavidad. Trata de refrenar la sorpresa; más que la sorpresa, la indignación. Le vuelve la imagen del mendigo y reconoce que sí, ciertamente hay un parecido entre ese hombre y Floyd. Pero Floyd está muerto y no entiende cómo hace Rita para trastornar esa memoria que es como el hueco de una espina en la piel: duele cuando la espina está y cuando no está duele con el mismo dolor incurable. Cómo puede Rita banalizar *también* eso.

Los últimos once años con su mujer se le caen encima. De repente intuye que su error surgió el primer día, que si hubiera actuado de otra manera esa tarde, todo sería distinto ahora. Ese día marcó el futuro. Él había salido de la cárcel tan golpeado, tan confuso, que no entendía nada. No entendía a la gente, ni al tráfico, ni el ruido, ni la soledad, ni el habla, casi. Venía de otro tiempo, de otro mundo. No había siquiera anticipado que Rita ya no sería la muchacha de antes, de ojos irisados por la esperanza y cuando se vio fren-

te a esa mujer de mirada honda, más moderna, que sonreía con un entramado de arruguitas en la piel más gastada de las mejillas; que vestía y hablaba de un modo distinto, él no quiso indagar. Quiso demostrarle que si había habido otro hombre, eso no contaba. No preguntó, ostensiblemente, porque él no tenía nada que perdonar. Eran cosas de la vida y de la cárcel y lo importante era que estaban allí, que seguían siendo marido y mujer. Ese día calló él y los días siguientes fue ella quien se empeñó en no hablar del pasado, como si quisiera hacer borrón y cuenta nueva. Y él se avino a ese pacto, con dolor, pero se avino.

Juan ha quedado con la mirada fija en Rita mientras espera de ella una respuesta que frene su desilusión, su rabia, sin advertir que Rita ha reaccionado, también, con un respingo de sorpresa.

Lo que Juan ha dicho le demuestra a Rita que él sabe de sus encuentros, que la ha seguido; los oídos le zumban y ningún pensamiento brota en su cabeza.

—¿Qué te pasa? —dice Juan al fin.

La voz llega hasta Rita a través de una nube de aire caliente, arremolinado. Inspira hondo.

—Entonces me seguías... con tu bicicleta —dice—. ¿Pero por qué? Podríamos haber salido juntos.

Juan sacude la cabeza apuntando con el mentón a Rita; levanta la copa y la apoya en la mesita con un movimiento lento.

—No te seguí. Te vi. Hay una diferencia enorme —dice.

—¿Vos creés que no es Floyd? —ha dicho Rita sin escucharlo; trata de hablar de un modo inocente, aniñado, pero su voz suena cercana a la histeria; Juan frunce el ceño.

La actitud paranoica de su mujer lo hace retorcerse de impotencia en el sillón. La observa vacilar, revolverse en el

conflicto de darse tiempo para inventar algo que la saque de ahí, sin entender, sin que se le cruce por un instante la idea de que los dos están del mismo lado y que él busca protegerla como la ha protegido siempre.

—No es Floyt, te lo garantizo —dice Juan, para acortar la patética visión que enfrenta.

La certeza de que Juan la ha seguido la ahoga. Siente la necesidad imperiosa de aire.

—¿*Vos* lo garantizás? —dice Rita. Tiene la boca abierta y respira afanosamente—. ¿*Vos* garantizás que no es Floyt?

—Sí, *yo* lo garantizo —dice Juan con violencia. Ha enrojado de rabia; se pasa una mano por el pelo y luego la otra, como si tratara de frenar con gestos desordenados lo que piensa. Se repliega contra el fondo del sillón y estira las piernas.

—No sé por qué las cosas tienen que ser así, mirá —dice Juan—. No sé por qué me ocultás cosas. Decime qué es lo que pasa con ese tipo, qué buscás, qué querés ahí —dice, más conciliador, decidido a llegar hasta el fondo.

—¡Juan, Juan....! —lo detiene Rita—. Él *es* Floyt.

Ha abierto sus ojos con desmesura y ha congelado el gesto, la mano levantada, los ojos fijos en la cara de Juan, que palidece, tiembla y desvía la mirada. Se siente herido y desolado. Le cuesta creer que su mujer tenga la audacia de mentir en un tema así, pero él ha visto al hombre. Ha averiguado sobre él. ¿Cree ella, verdaderamente, que el hombre es Floyt? De repente se dice que Rita alucina, que está padeciendo un trastorno. No se necesita estar loco para padecer un trastorno. Ha pasado mucho tiempo, el hombre se parece a Floyt. Todo le parece claro ahora. Las cosas vuelven a acomodarse en un esquema lógico que lo tranquiliza. Mira a su mujer, que está esperando su reacción con el gesto con-

gelado y los ojos muy abiertos, como si de lo que él fuera a decir dependiera su vida. Una ola de compasión lo envuelve.

—Ponche —dice—. Él no es Floyt. Floyt está muerto. —Se acuclilla junto al sillón en que está sentada Rita, que ha seguido su movimiento como una autómata. —Estás queriendo retener un pasado que no tiene retorno y de eso no puede resultar nada bueno. Esto hay que cortarlo de raíz, antes de que te haga daño. No quiero que vuelvas a ver a ese hombre. No quiero que lo veas nunca más. ¿Está claro?

Juan habla con voz persuasiva y Rita toma aire, se llena el pecho ansioso; en un instante los ojos le rebasan de lágrimas. Hacía tanto tiempo que Juan no le hablaba así, como si fuera chica. Y ella quisiera dejarse envolver por esa seguridad como antes, como cuando él la guiaba y convencía, cuando ella discutía sólo para que él supiera que eran pares y que ella tenía derecho a hacer lo que quisiera pero reservándose el postre, el verdadero placer: ceder, dejar que él la fuera llevando de la mano. Qué nostalgia. Cuánto echaba de menos eso. Era tan dulce la sensación. Conocía de memoria todos los pasos del rito. Primero mirarlo con ojos atentos, como ahora. Luego asentir con la cabeza, como ahora, el ceño un poco fruncido de inteligencia, dando a entender que al fin comprendía cómo era la cosa, ahora que él la explicaba con tanta claridad.

Juan le pasa una mano por el pelo y la atrae hacia sí. ¡Hacía tanto tiempo que ella no le regalaba esa mirada, esa flojedad del alma, esa entrega! En estos momentos, Rita es la que era antes. Su desconcierto la ha llevado hacia él y él la arrastra hacia su pecho blandamente. Entre ellos brota ese vaho confiado, dulcemente erótico de una reconciliación en la que ninguno de los dos cree. Se dejan llevar por ese clima hace tiempo perdido, cediendo a la tentación de jugar a ser lo que hace mucho no son.



*El edificio que se ve desde el bar es un esqueleto rectangular de hierro y cemento con unas bocas oscuras que hacen las veces de puertas y ventanas. Se me hace que desde ahí entra la noche al muelle, tan oscuros son los agujeros. Empino el vaso de vino áspero, un poco dulzón, dejo la copa en la mesa de madera y me quedo escuchando los golpes del agua contra el muro, pequeños y monótonos. Este bar parece estar a orillas del tiempo.*

*Hace una hora y media vi a Rita montar su bicicleta e irse del puerto. Yo sabía que seguiría viendo a este hombre, me bastó la forma en que me miró cuando dijo que Floyt estaba vivo.*

*Desde el principio hubo algo raro; Rita omitió mencionar sus encuentros y yo no quise forzarla a hablar porque quería descubrir hasta dónde llegaba, de qué se trata todo esto. En el fondo lo que me altera no es el escamoteo de la verdad, sino que Rita siga siendo ella misma en todo momento. Esperaba algún cambio, esperaba distracciones, miradas ausentes, silencios; ella en cambio siguió inalterable, como si mentir fuera su costumbre. Y mientras me miente con la mirada límpida y con naturalidad, yo me pregunto quién es mi mujer.*

*El mozo se para delante de mí, se frota las manos en el delantal rojo e inclina la cabeza como si fuera a escuchar una confesión; es entonces cuando en el hueco que forman la quijada y la clavícula del hombre aparece la figura del mendigo que se desprende hacia la noche.*

*Pago y me largo tras él. La noche es una desolación: el viento en el descampado hamaca el cable de luz, las lamparitas balancean su pobre claridad sobre los pozos de la calle y el pavimento; la forma alta y oscura del hombre se pierde calle arriba enfundada en su abrigo.*

*Siguiéndolo a una cuadra de distancia tropiezo la punta del pie en un adoquín; me duele el dedo y entredientes digo "maldición". Pronuncio esa palabra tan de doblaje centroamericano y yo no sé si eso me produce incomodidad y si la incomodidad me ha exprimido la palabra de la boca. Porque lo cierto es que no sé qué papel adoptar. Estoy blando como una babosa, aunque no es la primera vez que sigo a alguien. Hace muchos años seguí gente para chequear horarios, esas cosas. Pero entonces yo era miembro de un cuerpo cuyo cerebro no era el mío. Ahora soy yo mismo quien sigue a este hombre, pero es justo eso lo que me hace sentir raro. No saber por qué lo sigo. ¿Qué otra cosa puedo hacer más que andar a tientas? Rita está alterada y cuando algo la obsesiona piensa sólo en esa dirección. Es capaz de hacer un tratado lógico, irreprochable desde el punto de vista teórico, partiendo de un disparate. Algo en este hombre la fascina; pero él ¿qué busca?, ¿dañarla, apoderarse de algo? Un tipo así, un marginal, un loco.*

*El mendigo dobla la esquina con la cabeza metida en el cuello del abrigo, encorvado por el viento fresco; ha apurado el paso. Es una noche húmeda; en la calle no quedan transeúntes y los escasos autos circulan a gran velocidad.*

*Saco una petaca de coñac del bolsillo de la campera y me tomo un buen trago; el paso rápido del líquido me da un calor confortante y una cierta seguridad. Al doblar la esquina veo la espalda del hombre, ahora un poco más alejada. Lo he estado siguiendo por espacio de horas. Camina a paso constante, sin volverse. De tanto en tanto prende un cigarrillo, siempre en una*



*esquina, antes de cruzar la calle. Inclina la cabeza y alza las manos a la altura del pecho, protegiendo la llama del encendedor en un gesto idéntico. Yo mismo saco un cigarrillo, lo enciendo y las volutas de humo y el calor del coñac me traen la imagen de Rita envuelta en la toalla húmeda, descalza sobre la moqueta gastada del hotel. Yo estaba también entonces envuelto en el humo del pucho y tan absorto en los ruidos de la calle, que cuando me di vuelta y la vi parada detrás me dio un vuelco el corazón. Estaba asustada, como corroída por el miedo. Me dio pena. Yo no quería hacerle preguntas; no quería que pensara que entonces venía la rendición de cuentas y el balance. Los dos habíamos pasado lo nuestro. Así que le dije alguna tontería para que entendiera que no pasaba nada. Tuve razón porque después de ese día ella no quiso volver a hablar del pasado. Nos contamos las cosas por arriba, como quien se moja los pies en un océano. Cómo era su trabajo, los franceses, qué tal los amigos; y yo: los recreos, el régimen de economato, los traslados. Esas cosas. Una sola vez intenté decirle por qué me habían levantado y cómo era que la cana había ido a casa. Empecé sin mirarla y con dudas. No sabía cómo decirle que Ana había cantado nuestra dirección. Le dije “¿Te acordás del día en que me levantaron?” y ella palideció y se levantó, quiso poner la cafetera al fuego y volcó el café sobre la mesada, fregó con un trapo y luego encendió un fósforo y se quemó el dedo; todo en medio de un torbellino de movimientos frenéticos, casi desesperados, y sin mirarme. Entendí. Le dije “Ese día hacía un calor infernal, como ahora”. Eso dije, aunque parezca mentira. Ella debe saber lo de Ana y no tolera hablar de eso. Debe saberlo porque nunca preguntó cómo caí, por qué estuvo a punto de caer ella y por qué cayó nuestro domicilio.*

*El hombre ha ido subiendo por San Isidro, internándose por calles residenciales, estrechas, de grandes arboledas; ahora*

*atraviesa una zona de jardines rodeados de verjas altas. La calle es empedrada y angosta y la humedad mezcla el olor a narcisos, rosas y jazmines con el orín de los gatos y el olor a descomposición de las bolsas de residuos que esperan el camión de recolección.*

*Tengo la impresión de que el hombre no tiene un plan. No hurga en la basura ni rebusca en los volquetes. Los desechos no le interesan. En cambio, observa las casas, alza su cuello curioso para apreciar detalles, a veces retrocede unos pasos, se mueve de costado o se inclina.*

*He caminado tanto tiempo detrás de él que ya hay un nexo entre los dos; ya no pienso en él ni en mí mismo. La sincronía de los pasos tiene vida propia, una monotonía que reemplaza los pensamientos y ahora que el hombre ha aminorado la marcha, me sobresalto. Algo está a punto de suceder. Me escondo detrás de un árbol y veo al mendigo escudriñar a ambos lados de la calle, mirar en mi dirección y volver sobre sus pasos.*

*Metido en el cantero que rodea a un plátano, casi al borde de la vereda, escucho los pasos cautelosos que avanzan hacia mí y me aprieto contra el tronco con el corazón desbordado. Me deslizo hacia abajo hasta quedar en cuclillas, casi cubierto por la vegetación. Los pasos se han detenido; unos segundos después escucho el golpe vibrante del hierro. Asomo la cabeza entre las plantas y diviso al hombre dentro del jardín de una casa. Ha saltado la verja y se agazapa del otro lado, al pie de una escalera de lajas chatas. Luego de unos segundos comienza a subir los peldaños.*

*El hombre ha llegado a una puerta lateral, casi oculta por las sombras de una hiedra que cubre todo el frente de la casa. Mete una mano en el bolsillo del abrigo y saca algo que no distingue pero que por los movimientos tentativos del hombre debe ser una ganzúa.*

*Estoy a unos diez metros en diagonal, completamente al amparo de las sombras. El mendigo debe estar forzando la cerradura; sus movimientos tienen algo lento y rutinario. El tiempo que pasa o el riesgo de ser visto no son cosas que parezcan importarle. Me pregunto si la casa tendrá alarma, si la alarma empezará a sonar; me pregunto qué hará el tipo cuando eso ocurra. Pero la alarma no suena; en cambio, la hoja de madera de la puerta toma otro ángulo; el hombre se pega a la puerta y se desliza hacia adentro.*

*Un auto acaba de doblar la esquina; sus luces iluminan la calle y mi escondite; me inclino contra el basurero, acomodo la bolsa de basura y me sacudo las manos como haría cualquier vecino que hubiera salido a dejar sus desperdicios. Los ocupantes del coche no se vuelven a mirarme.*

*La casa continúa en silencio y a oscuras. Justo enfrente, del otro lado de la calle, hay un chalet edificado sobre una elevación del terreno. El chalet está separado de la vereda por una cerca baja de listones anchos. El césped termina en lo alto en un bosquecito de abetos al costado de la edificación. Me parece que el chalet es menos riesgoso como observatorio que la calle. Sin pensarlo más, salto la cerca y subo agazapado hasta el límite del jardín, donde empieza el bosque y me siento bajo uno de los árboles. El efecto del alcohol ha empezado a diluirse y un enorme cansancio me afloja el cuerpo. El chalet permanece en sombras, y también la casa de enfrente, donde el mendigo ha entrado hace mucho tiempo. La puerta sigue cerrada y la gran ventana que da a la calle está a oscuras, pero en la planta alta brilla la luz tenue de un velador. Mi reloj parece mostrar las tres, pero no estoy seguro. Saco la petaca de coñac y tomo un trago. Tal vez, después de todo, no ha pasado tanto tiempo desde que el hombre entró. Esta duda es absurda y me causa opresión a la altura de las costillas. Sacudo la cabeza y respiro hondo, tratan-*

*do de restablecer la calma. Me digo que este hombre no es un mendigo sino un ladrón solitario. Qué podrá llevarse: dinero y alhajas; nada pesado, nada complicado de transar. Un ladrón de vieja data.*

*Saco un cigarrillo y me dispongo a encenderlo cuando veo la sombra en el piso superior, un metro más arriba de la posición en que me encuentro. La veo proyectarse por la luz del velador que extiende a su alrededor una zona dorado-oscura, seguida por otra de claridad ocre.*

*Estoy en línea recta, a unos doce metros del rectángulo de la ventana desde donde parte la luz. Las cortinas están corridas hacia los lados pero hay algo que empaña la visión, un alambre enrejado que torna difuso lo que ocurre dentro del cuarto. Observo una sombra y luego la cabeza y el torso del mendigo que se desplaza lentamente en redondo, como si caminara observando algo en medio de la habitación.*

*Me despego del abeto y calculando la altura de la rama más baja me impulso, salto y me prendo para trepar luego con los pies por el tronco, los omóplatos traccionados y el aliento resollante. Hace rato que he dejado de pensar en lo que hago; entre mis actos y los de este hombre se ha ido creando una cadena de sentidos. El cansancio erosiona mi capacidad lógica. Pienso que si sigo cualquier impulso hasta sus últimas consecuencias llegaré a alguna verdad.*

*Entonces soy testigo de una escena perturbadora. El velador ilumina mal un dormitorio. Tengo la impresión de observar el cuarto a través de una moviola: todos los objetos parecen diminutos y borrosos; achato los ojos en un esfuerzo por distinguir y aun así no sé qué veo y qué imagino. Sobre la cama hay un cuerpo de mujer, con un brazo estirado sobre la almohada por encima de la cabeza y las piernas abiertas en ángulo, abandonadas al sueño. A pocos pasos el mendigo observa a la mujer y*

*camina de costado, con pasos lentos, equidistantes y circulares. Luego se detiene; está situado entre la ventana y la cama, de espaldas a mí. La imagen del hombre parece comprimida por la tensión, arrobada. Hay tanta intensidad en él que siento vergüenza por estar aquí, por violar la feroz intimidad. Pero no puedo apartar los ojos. El hombre ha llevado sus manos a la cintura y entretiene allí los dedos para luego bajarlos despacio hasta la pelvis, hasta el lugar de donde extrae la furia y el olvido. Fascinado, contemplo los hombros del mendigo, rígidos, cuadrados en la contemplación; sus maniobras son lentas e imagino que extasiadas, estiradas al límite de la sensualidad; movimientos que se erizan y se tornan inquietos y ansiosos, independientes de la mano que los produce, de la mujer que yace y del hombre mismo, pendientes del blanco que alcanza al fin y que le doblega el torso y le estremece las rodillas.*

*La mujer no se ha movido. Me pregunto cómo no la ha despertado el despliegue de energía que debe quebrar el aire del cuarto. Me pregunto si está muerta o tal vez drogada, pero en verdad no me importa. El cuerpo de la mujer es una figura y nada más, un objeto que contrasta con la intensa humanidad del hombre. Ahora hay algo fulgurante en su abandono, una soledad despiadada y sin esperanza. Permanezco con los ojos clavados en su espalda, distanciado de mí mismo, de lo que me trajo hasta aquí. Sin embargo sé que este instante se romperá y que el primer movimiento mío o del hombre romperá el hechizo para que cada pieza vaya cayendo en su molde, como cada grano de arena cae en el fondo de un reloj de sol; así de imparable, de definitivo, de ineluctable, para tranquilidad de todos.*



El colectivo arranca; Rita recupera el equilibrio y vuelve a mirar. Ahora está segura: la mujer que acaba de entrar a Lord Gin es Julieta. Es el pelo bordó y la figura de jirafa de Julieta, delgada arriba y ancha abajo, vestida con el conjunto de pantalón y chaqueta negros que Rita conoce bien. Y el hombre que la acompaña es Axel; es la cara redonda de Axel la que queda ahora enmarcada en el cuadradito esmerilado de la puerta del Lord Gin.

Tomada del pasamanos, Rita estira la espalda, inspira hondo y retiene el aire. Ignoraba que Julieta y el novio de Martina se conocieran. Tuvo que ser un encuentro reciente, seguro. El corazón le late apurado; reprime una sonrisa burlesca que surge como tic, para restarle importancia al descubrimiento. “Como si fuera cosa mía”, se dice. No le importa, no le importa nada; el malestar que le aprieta el estómago responde a la rapidez con que su paranoia despierta al menor síntoma.

Se acomoda en el borde del asiento que acaba de desocuparse, cruza las piernas para el lado del pasillo de modo de evitar contacto con las carnes del hombre gordo que va a su lado, y trata de no pensar en el asunto. Julieta no le comentó que conocía a Axel; eso es definitivamente raro. No puede recordar cuándo, pero está segura de que Julieta y ella han hablado de Martina y de Axel, de que han ha-

blado más de una vez, y que en ningún momento Julieta dijo conocerlo. Es más, ahora está segura de que ocultó conocerlo. Mira alrededor con una sensación de ahogo indefinido. Las dos cuadras que separan la parada de su casa le parecen más largas y tiene que forzarse para no mirar hacia atrás.

Sale a andar en bicicleta y al volver se ducha, prende el horno, pone un matambrito a cocinar y se encierra en el estudio antes de que llegue Juan.

Disca el número de Julieta. Tiene el presentimiento de que va a encontrarla, pero atiende Pinino, que estaba, según ella creía, en Gesell.

Pinino tiene diecisiete años y cree conocer a la perfección los pasos de su madre; la falsa idea proviene de la suerte de miniclíma, de burbuja asesina en que gira la relación de ambos.

También Julieta cree conocer todo en la vida de Pinino y esto es tan falso como lo otro. Entablar un diálogo con uno de ellos acerca del otro es como caminar en un campo minado.

—¿Pinino? —dice Rita—. ¿Cómo estás, péndex? Te hacía en Gesell.

—¿Sí? ¿Y quién dijo que estaba en Gesell? —Voz calma, suspicaz.

Rita traga saliva. Primer paso en falso; pero confía en su entrenamiento. Además sabe que una parte del juego de esos dos consiste en interrogar a la gente, tender celadas para averiguar algo del otro.

—La verdad —contesta Rita—, que no me acuerdo. Alguien comentó, yo registré mal, algo así, ¿entendés?

—Ya —corta Pinino, aburrido—. Mi vieja no está.

—Ah, bueno —dice Rita, dudando si dejar un mensaje.



—¿Le digo que te llame? —se adelanta Pinino; sabe sacarles el jugo a las dudas.

—No, dejá; la veo mañana en la oficina —contesta Rita, y cuelga justo cuando el sonido de la puerta anuncia la llegada de Juan.

\*\*\*

Le basta con traspasar el umbral de la oficina para percibir que ha sido la primera en llegar. Disfruta de esos momentos de soledad en las mañanas silenciosas: se pasea por la sombra tibia, entre el resplandor de las paredes blancas, altas, observando las plantas que ha de regar cuando deje la cartera y el saco en el armario. El lugar es hermoso, viejo y soleado. El Nene lo compró hace años y lo remodeló conservando el estilo señorial de las habitaciones. También el Nene parece remodelado en cierto modo. Le cuesta reconocerlo. Es y no es él. Tiene la soltura que da el dinero, ha perdido su nerviosa timidez y aparece más sólido, casi más alto en los trajes de buen corte. Se mueve con más lentitud y sonríe menos. Irradia la mezcla de seguridad y modestia del que ha viajado por el mundo. Aún viaja mucho, sin dejar de ejercer el control de la consultora. Ha hecho dinero, mucho dinero. Julieta y Martina afirman que el Nene es hermético en cuanto a su patrimonio. Rita sospecha que hay algo raro detrás de su pertinacia en no delegar, en concentrar todo bajo su puño. La pobreza y el miedo suelen ser las causas de esas manías.

Luego de regar, pone a funcionar la cafetera eléctrica mientras echa un vistazo a través del vidrio de la cocina a las copas de los árboles ya amarillas por el otoño, y al empedrado vacío.

Hasta su oficina ha comenzado a llegar el olor del café fresco; despliega los gráficos en la pantalla, los mira y con la otra mitad de su cabeza piensa cómo conseguir la información que necesita. La noche anterior, con la luz apagada, ha repasado una y otra vez los pormenores de la relación entre Martina y Julieta; no le parece que haya rivalidad entre las dos. Sin embargo, no puede superar su desconfianza, la confusa idea de una conjura.

Escucha abrirse la puerta y gira en redondo para ver entrar a Martina, que resopla y tira la cartera sobre la silla más próxima.

—Qué suerte —exclama Martina, agitada todavía, desabrochándose el abrigo—. Venía muerta por un café. ¿Ya tomaste?

—No —contesta Rita; se levanta y se despereza con los brazos en jarra y la columna arqueada—. Andá a la cocina, que ya voy —dice y busca los cigarrillos en la cartera. No encuentra el paquete ni los fósforos y recuerda con fastidio que los ha dejado sobre la mesita de luz.

—¿Tenés cigarrillos? —pregunta, asomándose—, ¿o bajo a comprar?

—Tengo —dice Martina y le alcanza una taza de café; en ese momento oyen pasos rápidos, saltarines, en la escalera.

—No entiendo que alguien no se arrastre a la mañana —dice Martina—. ¿A qué hora creés que llegó el albañil? —pregunta, y contesta de inmediato—: a las siete y media. ¡Siete y media, escuchá bien! Casi lo tiro por el balcón.

—Parece bastante normal. ¿A qué hora querías que viniera? —dice Rita, con el oído atento a la puerta.

—No antes de las ocho y media —dice Martina irritada—. Parece que no les entra, che —se pega golpecitos en la cabeza, con expresión indignada—. Les decís una cosa y como si llovera.

—¿A quiénes incluís en tu plural? —pregunta Rita; ahora escucha el ruido de la llave en la cerradura, que gira en falso porque la puerta está abierta.

—¿A quiénes? —dice Martina, desafiante—. A estos negros de mierda. Entre él y la mucama no hacen uno.

Rita se vuelve a mirarla, pero Martina está revolviendo su café y en ese momento la puerta se abre de golpe por el empuje frenético del que entra. Rita estira la cabeza para ver quién acaba de entrar y entrevé una ráfaga de anteojos negros y piloto gris; luego de unos segundos escucha el portazo en la oficina del fondo.

—Es Julieta —dice Martina, suspirando—. Algún quilombo con el Pinino, cuánto querés jugarte.

—Qué sé yo —dice Rita.

—¿Y qué duda tenés? —pregunta Martina como ofendida—. ¿Viste alguna vez que un tipo la saque de las casillas?

—No, pero para todo hay una primera vez —porfía Rita.

—¡Ah, vamos! —dice Martina con un gesto de desprecio—. Para Julieta los tipos valen lo que vale su tarjeta de crédito. ¿O no?

—Mirá —asegura Rita—, uno, con la gente, nunca está seguro de nada.

—Mierda que estás metafísica hoy —ironiza Martina.

Rita va a contestar cuando un ruido ahogado les hace volver la cabeza. Martina levanta las cejas y Rita aprieta los labios esperando el rumor que les llegará, en unos momentos, desde el fondo.

—Empezó el circo —murmura Martina mientras abandona la cocina y avanza en puntas de pie hasta la mitad del pasillo seguida por Rita. La puerta está cerrada, pero se escucha a través de la madera la voz ronca, casi desconocida de Julieta. La deformación de su tono habitual es tan grande

que las sobrecoge, aun cuando ya han escuchado el mismo tono rabioso y la descomunal mordedura de odio que supura de esa boca por lo común distante.

—Vos me la sacaste; ¿creés que soy estúpida? No, vos fuiste. Ya le pregunté a la sierva. No le da para eso y lo sabés bien. Me devolvés la plata, hoy. ¡Hoy!, ¿entendiste? Me importa un carajo de dónde la sacás. Levantate una vieja y currala, robá, vendé droga. ¿Qué me decís a mí? Arreglate. ¿Qué sos, puto? ¿No se te cae la cara de vergüenza de robarle a tu vieja? ¡Pero qué creativo, qué audaz que sos! Hasta el gato tiene más inteligencia que vos. ¡Y a vos qué! ¿O tengo que rendirte cuentas? Mirá, raterito de cuarta, o esta noche la plata está sobre la mesa o mañana te mando a un reformatorio. ¿Estamos?

El auricular se estrella contra la horquilla y sobresalta a Martina y a Rita, que abandonan rápidas el pasillo, temerosas de que la puerta se abra y Julieta las descubra; pero la puerta no se abre y Martina cree escuchar un hilito agudo de voz que se confunde con las notas del afilador que quiebran el silencio inocente de la mañana, y la puerta de calle se abre para dejar ver la cara adusta del Nene que olfatea alrededor, como si oliera en el aire los restos de una tormenta.

*—Había mucha gente. Nada que ver, sin embargo —le digo tendiéndole un mate—, con las viejas épocas, cuando las manifestaciones no bajaban de cien mil personas.*

*Floyt asiente.*

*—Está un poco frío —comenta—. Vacía el mate de una sola chupada, larga y ruidosa.*

*—Puede ser —le digo, acomodándome sobre la manta a cuadros. Pongo la pava en el calentador y aliso con la mano las pelotitas de lana. Arranco un montón y huelo el kerosén, la humedad, la grasa, la transpiración, la tierra. No hay perfumes aquí, hay olores. La verdad tosca del olor. Sólo aquí, con Floyt, las cosas recuperan sentido.*

*—Pero bastante —retomo—, dadas las cosas. Arrancamos de Rivadavia y Callao, frente al Congreso, en dirección a Plaza de Mayo. Bien de atrás, como siempre. Caminábamos metiéndonos entre las columnas para ver todo, avanzando por la calle repleta de volantes y de hojas secas. Había, sí, mucha gente, dadas las cosas. Gente suelta, chicos, viejos. Avanzábamos, en fin, observando a la gente. (Con Juan no nos miramos en las manifestaciones para no vernos una emoción tan fuera de época.) Mirábamos los ojos de los otros, conmovidos, asombrados por la multitud; dejábamos que la mirada pasara de una cara a otra sin detenerse en ninguna por temor a mostrar el viejo calor solidario. Mejor, por un lado. Así, todos caminábamos cuando*

*había que caminar, cantábamos cuando había que cantar, y punto. ¿Y a quién creés que veo unos metros más allá, entreverado con los lanzallamas de zancos y disfraces?*

*Floyt acaba de sacar la pava del fuego y limpia despacio las chorreaduras con un repasador mugriento. Espero recibir el mate espumoso y tomo el primer trago con verdaderas ganas. Floyt no ha arriesgado una respuesta; nunca lo hace.*

*Ante su persistente silencio mis recuerdos siguen su propio curso, y yo tengo otra vez, ante mí en medio de la manifestación, la imagen del Pinino, el hijo de Julieta.*

*Lo vi apenas unos segundos y dudé de que fuera él. Volví a mirar en todas las direcciones, pero se había quedado atrás entre un grupo de gente; en cambio se me apareció otro chico de a poco, como si su figura se fuera componiendo en mi retina. Y ese otro que se me apareció inesperadamente era Curi.*

*Me volví hacia Juan, que miraba para otro lado y le tironeé la mano, pero cuando se dio vuelta tenía la mirada pensativa, fija en otro lugar o en otro tiempo, y no dije nada; me limité a sonreír y levantar las cejas, como diciendo “qué te parece todo esto”, en la actitud del anfitrión que muestra orgulloso su casa. En realidad no sé por qué le oculté a Juan lo que acababa de ver. Vaya a saber qué esconde una detrás de las decisiones que se toman sin pensar. En un nivel superficial, no quería darle a Juan más elementos sobre la corrupción moral de la consultora, y en uno más profundo no quería volver a compartir secretos con él. No se trataba únicamente de evitar el pasado, de ser sólo cómplices formales, de olvidar el tufillo triunfal que nos envolvía cuando éramos dos contra el mundo. Ésa era al menos mi impresión en esa época, la de ir codo a codo, hasta que Juan cayó en cana y luego vinieron a buscarme. A las pocas horas. Nunca hemos hablado de eso con Juan. Durante los primeros tiempos tuve terror de que me lo confesara. Yo no he dejado de*

*quererlo por eso. Tal vez dejé de respetarlo. Él nunca quiso hablar del pasado, nunca habló de la tortura y qué puedo juzgar yo de esas cosas.*

*Yo ya había visto que el grupo en el que marchaban Piniño y Curi era de la comunidad homosexual. Como a diez metros estaba Pinino, inconfundible en su flacura y sus pantalones de cuero, los brazos demasiado largos, la nuca alta, rapada y el remolino en la coronilla que le divide el pelo en dos mitades rubias. Entonces se volvió y le vi las orejas paradas, la cara ojerosa y la boca cruel, más cruel cuanto más dulce se le volvía la mirada, que giró un par de segundos en el aire y fue a dar con sobresalto en la mía. Yo no había alcanzado a desviar los ojos y él dudó antes de bajar los suyos; y aunque giró el cuerpo y retiró la mano de la cintura de su amigo, quedó la deslizante mirada del otro y el tierno e inconfundible abandono del cuerpo. Iba a darme vuelta, dispuesta a olvidarme de lo que había visto cuando sentí la mirada de Pinino. Le sonreí y agité la mano en señal de saludo. Entonces me señaló un bar cercano y me hizo señas; yo asentí y busqué a Juan, que se había agachado a levantar un volante. Le dije que había visto a Pinino, que me había invitado a tomar un café, “alguna confabulación contra la madre”, dije con falsa irritación. Juan sonrió comprensivo, con mirada de “para eso estamos”; quedamos en esperarnos junto al Cabildo y me fui esquivando gente, entre el ruido de los bombos y el viento en remolino.*

*Cuando entré, Pinino prendía un cigarrillo en una mesa, al lado de la ventana. Estaba de perfil, mirando hacia la barra y parecía más ojeroso. Recordé la historia de sus ataques de asma, que tenían a Julieta siempre al borde del colapso. El torso de Pinino estaba más erguido ahora y tenía un aire distinto, o a lo mejor me parecía, porque yo nunca hubiera pensado en él como se piensa en una persona; siempre, en mis pensamientos,*

*estuvo asociado a Julieta. Verlo allí me desconcertaba, era como si un personaje de historieta hubiera cobrado vida. Recuerdo detalladamente toda la conversación.*

*—¿Qué tal, Pinino? —dije sentándome; traté de sonar despreocupada, pero la situación me resultaba extraña.*

*—Ya ves —dijo, y se quedó mirándome con los ojos entornados para evitar el humo del cigarrillo, en una expresión que me recordó a Julieta. Estuve a punto de decirle “cómo te parecés a tu madre”, pero comprendí que sonaría como un lugar común típico de una vieja.*

*—Como ver —contesté al fin—, no veo nada, Pinino.*

*—¿Ah, no? —dijo con sorna. Se sirvió coca-cola y revolvió en el vaso con mi cucharita, mientras canturreaba “veo, veo, ¿qué ves?, una cosa, ¿qué cosa?, maravillosa”. Tomó un largo sorbo y me miró—. ¿Verdad que no es maravillosa, la cosa, Rita?*

*—Pinino, vos querías verme... —dije, encendiendo un cigarrillo— ¿para jugar al veo-veo?*

*—Disculpá —dijo, frunciendo la boca—. No, quería verte para saber qué vas a hacer ahora que sabés. —Había hablado rápido; tomó el vaso y lo hizo girar en sus manos mientras el entrecejo se le arrugaba y temblaba como el costillar de un caballo. Dejó el vaso, entrecruzó las manos y se miró la zapatilla blanca, que sobresalía al costado de la mesa.*

*—No voy a hacer nada —dije—. Soy de las que piensan que cada uno puede hacer de su culo un candelero. —Lamenté enseñada la metáfora.*

*Movió la cabeza, impaciente; comprendí que no le interesaba mi opinión, que quería algo más concreto y me sentí enojada, torpe.*

*—Está bien —dije con resignación—. No le voy a decir nada a Julieta, ¿así está más claro? —agregué con suavidad. Apagué el cigarrillo y levanté la mano para llamar al mozo, pero Pinino*



*me tocó el brazo, con una mirada rara. Tenía más color en la cara y parecía más relajado.*

*—Para mi vieja sería el acabose ¿entendés?—dijo. Apretó los labios y, cuando los aflojó, la boca había perdido el aire de crueldad; tenía, en cambio, un rictus tenso, amargo.*

*—Tu vieja es un terminator, no la subestimes—dije con una risita; quería cortar el tono de confianza, me molestaba que se sintiera obligado a merecer mi silencio.*

*—No—dijo en voz baja—. Sería la ruina. Vos no sabés cómo es Julieta. —Me miró, estudiándome. Tenía una mirada terrible; una mirada ciega, de ésas que se alimentan de sí mismas, como si estuviera produciendo todo el tiempo su propia droga.*

*—No; no sé cómo es—dije. Suspiré y me pasé una mano por la nuca; me dolía un poco la cabeza—. Pero vos tampoco. Vos creés que sabés, pero no sabés. Vos conocés un cachito de ella, nada más. Como todos, ¿no? —Había hablado mirándolo fijo, sin saber qué era lo que me molestaba.*

*Él movió la cabeza a un lado y al otro, con una sonrisa socarrona. O triste, no sé. Jugaba a la vez con la cucharita, a ras del mantel.*

*—Estás equivocada—dijo al fin—. Yo sé cómo es ella. Perfectamente bien. Sé cómo quiere ser. Sé cómo pretende que es. Todo eso sé. —Levanta una ceja y me mira un segundo para comprobar que estoy ahí, prestándole atención, y luego se decide. —A Curi también lo viste, ¿no?*

*—Sí—digo con curiosidad—, lo vi. No sabía que lo conocías.*

*—¿Ah, no?—dijo, estirándose para atrás. Me miró con ironía, con los brazos detrás de la cabeza. Su mirada me puso incómoda de nuevo.*

*—Por supuesto, no sé nada de vos—reconocí—. Quiero decir: me extrañó verlos juntos a vos y a Curi; últimamente, todos los hilos se cruzan, como si... —sacudí la cabeza—; no sé.*

—Como si la ropa estuviera mal cosida —dijo, apoyando los codos en la mesa.

—Algo así —concedí, y tomé un trago de agua. El reloj de la pared marcaba las siete y diez de la tarde; mecánicamente controlé la hora en mi muñeca.

—Mirá, Julieta y Axel se encontraron —dijo, inclinándose hacia mí; hablaba apurado, como temiendo ser interrumpido—. Vos conocés a Axel; sé que lo conocés —afirmó, categórico—. Bueno, se encontraron, mi vieja y él. Yo los vi el otro día juntos. —Me miró unos instantes, evaluando en mí la dimensión de esas palabras. Yo tragué saliva y él sacudió la cabeza—. What a mess!

—¿Le preguntaste algo a tu madre? —dije, buscando un respiro para ordenar mis ideas.

—Por supuesto que no —rechazó. En su mirada había un repentino desdén. Estuvo a punto de agregar algo, pero se mordió los labios y dijo otra cosa—. No sé por qué se encontraron, ¿entendés? —dijo. La ansiedad le humedecía las pupilas. Traté de buscar en su expresión el origen de la amenaza. Sin embargo, también a mí me parecía siniestro. El mundo de Julieta no podía mezclarse con el Martina. Eran sencillamente incompatibles.

—¿Y vos, conocés a Axel? —pregunté sin mirarlo, espantando una mosca que planeaba sobre los blanquísimos granos de azúcar del mantel.

—Ése es Axel —dijo Pinino, señalando la mosca—. Vos no conocés a Julieta —volvió a decir. Miraba a un costado, al espacio entre las mesas; luego me clavó unos ojos atentos y graves: recién entonces lo vi. Fue verlo y entender qué pasaba. No es algo que pueda expresarse. De repente intuí el peligro, pude olfatear la pólvora y al mismo tiempo el fuego. Me di cuenta de todo y sin saber por qué, sin medir las consecuencias, puse una mano en el brazo de Pinino y acerqué mi cara a la suya.

—Y vos querés que yo averigüe —dije. Había bajado la voz y contemplaba su cara. Pinino parecía sorprendido, frunció las cejas y apareció otra vez ese temblor que me recordaba el costillar de los caballos estremecidos por los tábanos, en el verano.

—Sí. Se mordió la mejilla por dentro, torciendo la boca hacia un lado, y yo no podía quitarle los ojos de encima. Minutos atrás él no era más que una cara. Ahora las palabras, los gestos, el silencio de Pinino me atraían de un modo excluyente—. Quiero que averigües cómo viene la mano... —mover la cabeza sin saber qué decir después; tenía los ojos bajos y el rubor le había pintado dos manchas rosadas bajo los ojos...—, entre Axel y mi vieja —terminó.

Levantó la vista, tenía los labios apretados y una expresión violenta de vergüenza. El impacto, para mí, fue similar al de una zambullida; el mismo vértigo; el mismo olvido. Pinino me proponía que fuera su espía, y ese hecho descabellado me pareció de repente natural.

—De acuerdo —dije. Tomé un sorbo de agua y estiré el cuello. El dolor en la nuca se extendía como un mareo suave, casi agradable—. Pero te aclaro —le advertí—, de esto, ni una palabra a tu vieja. Nunca, en ninguna circunstancia, ¿está claro?

—Pero Rita —dijo Pinino, adelantando la cabeza, tenía un gesto que le había visto una vez en una foto vieja—, yo, si abro la boca te hago quedar mal, pero vos, si abrís la boca...— y se pasó el borde de la mano por el cuello en un gesto dramático. Me quedé mirándolo; era fácil imaginárselo años antes y difícil imaginarlo años después.

—Te llamo—, le dije. El reloj marcaba las siete y media cuando salí, me metí en una columna y avancé hacia el Cabildo.



Rita toca el timbre y se acomoda mecánicamente el pelo. Por costumbre mira a los costados, y luego clava los ojos en la mirilla reluciente. Su cara en el vidrio convexo es una caricatura un poco siniestra, achatada en los extremos, redonda en las mejillas y con una boca enorme, de gruesos y ávidos labios. Detrás de la puerta de madera, a lo lejos, resuenan risas, el crujido de un cristal y grititos de sorpresa. Unos tacos de mujer se acercan a la puerta y segundos después la cerradura gira con dos golpes secos de la llave.

Desde el centro del hall iluminado, Julieta despliega una sonrisa entusiasmada que crispa un segundo después. No esperaba a Rita, y Rita se disculpa con gestos desmedidos. Hay unos instantes imperceptibles de duda tras los cuales Julieta se reacomoda y sin responder a las protestas se abalanza sobre Rita, le estampa un beso y la arrastra hacia adentro.

Las seis mujeres de la sala están acomodadas en los sillones de cuero. Es evidente que se sienten cómodas, se conocen bien o son la clase de gente que encaja entre sí. Tienen un estilo sobrio y clásico, un aire de tranquilidad esencial, en el que el brillo hilarante de los ojos, la pintura corrida y el rictus ulterior de la risa forman en este momento parte del esplendor.

Julieta la empuja suavemente hacia la sala hablándole casi al oído y Rita siente el aliento levemente ácido de Julie-

ta que se mezcla con sus palabras; “acabamos de terminar una reunión de venta de cosméticos y ahora estamos haciendo sociales, pasá, pasá tranquila”.

Pero hay algo en el silencio con que las mujeres reciben a Rita y en la sonrisa formal que Rita les devuelve, que implica un rechazo inmediato. Rita toma una copa de la mesa y se sirve de la primera botella que encuentra para desviar su atención de las mujeres y forzarlas a olvidarse de ella. Después se inclina, elige una masa y se sienta en el brazo de sillón donde está Julieta.

—Creí que eras del whisky —dice Julieta señalando con los ojos la copa de Rita. Le ha pasado la mano por la espalda y la frota, con suavidad, un par de veces.

—No. Es decir sí, fue una confusión. ¿Te puedo cambiar la copa? A vos te da lo mismo, ¿no?

—Exactamente —dice Julieta, cambiándole el vaso, mientras vuelve el torso hacia a una mujer de ojos clarísimos, delineados en negro—. Perdoname —le dice—, pero eso te pasa por quedada. No hay que juntar nunca la hacienda, a menos que la diferencia a tu favor sea de diez a uno. Y ni así —agrega.

—¡Ehhh, no exageres! —dice una mujer flaca, de aspecto fibroso y voz aguda—. Tampoco podés vivir en pie de guerra, desconfiando de todos los hombres.

—No; si no hablo de desconfianza —dice Julieta—. Lo que digo es que hay que rechazar la simple idea de... —En ese momento suena el teléfono; Julieta mira el aparato con la boca abierta; su interés se ha desviado de inmediato y las demás la ven alejarse hacia el otro extremo de la sala, levantar el tubo y darse vuelta hacia el modular, con la espalda encogida para encubrir la voz. Entre las mujeres hay brevísimos choques de miradas y un silencio que alguien rompe intencionadamente.

—Julieta es tan especial —dice una mujer de rodete, retomando el diálogo—. Cómo maneja a los hombres. La verdad es que... ¿Qué dicen? —se interrumpe, atraída por la conversación de dos mujeres ubicadas en diagonal.

—No, le decía a Helena —dice una mujer de caderas anchas, peinada con un rodete antiguo— que Victoria me habló de un chiquito.

—¿De otro chico...? —pregunta una mujer con anteojos de marco plateado y cara bonachona.

—Sí, sí, de otro —dice Helena con voz forzada. Ha percibido la mirada dura de Victoria, la mujer de ojos muy claros; nota también los movimientos incómodos de las otras mujeres y dirige a Rita una mirada de disculpa.

—Hablabamos de chiquitos huérfanos —explica.

—Sí, en general —aclarla la mujer de ojos claros—. Tanta violencia. Tantos delincuentes. Inevitable. —Suspira.

—¿La violencia? —dice Rita; clava la mirada en su vaso y revuelve la bebida con pequeños movimientos circulares.

—Bueno, yo me voy —dice la mujer llamada Mary, que no ha perdido de vista a Julieta—, tengo que ir a preparar la comida. —Se pone de pie y se sacude unas migas de la blusa.

Su movimiento origina un remolino de faldas, manos y voces que se alzan y entrecruzan. Rita deja el vaso en la mesa y se aparta con una repentina opresión, retrocede hasta la ventana y mira más allá del balcón, el edificio de enfrente, donde se acaba de encender la luz general y un hombre viejo sale con una bolsa de basura en la mano. Lo observa colocar el paquete en el cesto de alambre y volver, vacilante, con la cabeza gacha; está a punto de dar vuelta la cabeza cuando ve junto al viejo un Peugeot azul que hace dos juegos de luces y mira en dirección a Julieta, que en ese momento ha corrido las cortinas del living y obser-

va a su vez al hombre que arranca, veloz, y se pierde calle arriba.

Rita se da vuelta hacia la sala justo para recibir un beso de la mujer de anteojos y escuchar, a la vez, unas confusas palabras de despedida, que ella repite como en un ritual, hasta que se aleja la última de las mujeres.

Se sienta en el sillón y vuelve a tomar el vaso; bebe un sorbo largo, consciente del silencio agradable que quedó en la sala y la confusión de voces indescifrables y agudas a lo lejos. Las odia, sabe que odia ese mundillo chillón y subterráneo, pero el odio no le llega, se desvía por un desfiladero de su mente y todo lo que queda de él es un rumor, una correntada lejana que le acentúa la opresión en el pecho.

Pasea sus ojos por la sala. La nueva casa de Julieta no sólo es enorme, es distinguida. Le resulta curioso el insaciable deseo de ascenso social de Julieta, su gusto por lo caro, su correteó detrás del coche de moda, de la última marca de reloj. Desde que la conoce, Julieta ha cambiado tres veces de casa. Cada una en una zona mejor, con más metros cuadrados, con detalles más opulentos. La consultora no da para tanto; pero siempre están los hombres, claro. Sabe manejar a los hombres, como se dice. Pero cómo. Con qué. No es una mujer hermosa. Una punzada de envidia la hace enderezarse, incómoda. No quiere pensar en eso pero los pensamientos se le arremolinan. Ella se sabe mucho más atractiva. Mucho más. Ella, si supiera cómo, si pudiera hacerlo, si no tuviera los escrúpulos morales que tiene, podría, también ella. Pero no quiere, no. Desprecia ese comercio asqueroso; venderse. No, jamás. Vuelve a mirar todo eso que podría tener y no tiene, súbitamente deprimida.

Julieta acaba de entrar y se desploma en el sillón con un movimiento exagerado.



—¿Qué tal el teatro? —dice. Está ahora acostada, con el pelo bordó casi tocando el piso.

—¿Qué teatro? —pregunta Rita, distraída—. ¿Tenés más hielo? —dice, alzando el vaso.

—Seguro —Julietta se incorpora sobre los codos y la mira detenidamente—, en el freezer. Traeme a mí también —agrega, mientras Rita se dirige a la cocina—. ¡Qué teatro! —rezonga para sí misma, recostándose con dificultad en el brazo del sillón, con las piernas estiradas—. ¡Lo hice por vos, ingrata! —grita—, para que las otras se fueran y vos recuperaras un aspecto humano. ¿Me oís?

—Sí, sí, no grites —dice Rita suavemente, llegando con una cubetera—. Sigo sin entender.

—Pero ¿qué? ¿Nada de nada agarraste? —resopla Julieta—. ¿No viste la cara de culo con la que volví del teléfono? Las espanté. No bien me vieron salieron corriendo.

—¿Pero tanto miedo te tienen tus amigas? —dice Rita y hace crujir una papa frita entre los dientes, despacito.

—Miedo no; respeto —aclara Julieta, sujetando a su vez una delgada película de papa frita, abre grande la boca y la deja caer—. No, ¿sabés qué pasa? Piensan que los escándalos entre Pinino y yo van en serio y están siempre con el paraguas abierto —dice, estudiando de reojo la expresión de Rita.

—Ah. Y no van en serio —dice Rita.

—¡Pero no! Puro humo de la baja Italia; ya sabés. Nada. ¿Cómo te pensás? —dice, entre asombrada y pensativa, sentándose de un envión y mirando a Rita—. Para mí no hay nada más importante que Pinino —agrega, después de unos instantes—, nada. —La voz suena más baja, con una tonalidad tan intensa que la piel de Rita se eriza y el aire se carga de algo denso que lleva a Julieta a agregar, cambiando de tono:—

¿Te conté que le conseguí unos Levy's americanos? No sabés la diferencia con los de acá.

—¿Tanto, che? —pregunta Rita; toma un sorbo de whisky y desvía la mirada.

—Ah, ni punto de comparación. Le quedan bárbaros con la campera que le compré en Punta. —Se larga a reír de repente, golpeándose la frente. —Lástima que no estabas para mi cumpleaños —agrega.

—¿Por qué? —pregunta Rita—, ¿me perdí algo?

—Ya lo creo —dice Julieta y alarga la mano, que deja suspendida sobre la mesa de vidrio. Rita se inclina y mira el anillo de oro sobre el que brilla una piedra verde.

—¿Esmeralda? —pregunta, abriendo mucho los ojos.

Julieta afirma con la cabeza, con expresión calculadora.

—¿Qué tal?

—Se porta, el tal Martín —dice Rita—. Te varea por el mundo, y además... el año pasado, el zorro; este año, el anillo... —Rita estira las vocales, y con la boca torcida hace pequeños movimientos de cabeza que provocan las carcajadas de Julieta.

—¿Qué tenés, la concha mágica? —sigue Rita estirando la mandíbula.

—Ay, no, no. No seas tarada —se retuerce Julieta. Se incorpora, riendo todavía—. Me encanta que hayas venido, hace tanto que no nos juntamos fuera de la consultora. —Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. —No veía la hora de que se fueran —dice buscando algo con la mirada—. Me hartan a veces. Son tan hormonales. Instintivas —gira la cabeza hacia Rita—. Aman... y sufren.

—Pobres —dicen las dos a un tiempo. Se miran y se largan a reír. Rita se siente un poco borracha y extrañamente feliz. Bajo la luz tenue y moderna hay una atmósfera inocen-

te, una complicidad que no reside en ningún lugar ni responde a nada. Se gustan, siempre se han gustado, desde el primer día y sin motivo. Cada vez que están a solas se dejan caer como plumas en el clima que crean. Al principio intentaron hablar de cosas serias pero abandonaron, alarmadas una de la otra. Piensan distinto, tanto que nunca han querido saber hasta dónde llegan sus diferencias. Aplican el humor para salvar sus desacuerdos y preservan la corriente inexplicable. Ninguna de las dos pretende analizar la ola cálida que recorre la distancia de una a otra y que se despliega de a saltos, absurda.

—Decime, loquita —está diciendo Julieta—. ¿Tuviste un problema con el Nene, no? —Se recuesta en el sillón, con los brazos estirados sobre el respaldo.

Rita sube y baja la cabeza, con cara de payaso compungido. Eso, en el código común, significa que no quiere hablar en serio de la cuestión. Julieta suspira.

—Bueno —dice, mirando el techo—. Si puedo ayudar, si se te ocurre algo que ayude, chiflá.

—Okey —dice Rita. En el silencio que sigue trata de pensar un modo de averiguar lo que le interesa pero la pregunta le brota sola.

—¿Qué pasó que no fuiste a la fiesta de Martina?

—Qué sé yo; algo pasó, no me acuerdo. ¿Por? ¿Estuvo buena?— dice Julieta.

—Sí, más o menos —dice Rita, mirándose las uñas—. Había cualquier cantidad de gente rara.

—¿Lo decís por los putos? —pregunta Julieta, parpadeando por el humo—. ¡Qué asco! No entiendo el pire que tiene Martina con esa chusma; si lo hace de excéntrica, de rara o de qué. Yo tengo un peluquero y dos modistos putos, vos sabés bien. De siervos: les pago para que me halaguen y me

sirvan. ¡Pero meterlos en mi casa! Esa clase de gente no debería existir. Así de simple. Habría que agarrarlos de las pestañas y meterlos en la cámara de gas.

—No lo decís en serio —dice Rita—. Hablás en broma...

—¿En broma? ¿En broma? —insiste Julieta; los ojos le brillan de odio; una de las comisuras de la boca se estira en pequeños temblores y toda su cara se afea, se vulgariza revelando una violencia que está casi a ras de la conciencia, disponible.

—¿Qué? —está diciendo Julieta—, ¿te di la impresión de ser fan del club de los mariquitas? Si es así, borrátela. Los tipos me gustan machos. ¡Ahhh —exclama, con un suspiro de rencor—, vos no te das cuenta de lo bien que vendría pasarlos a cuchillo. A ellos y a unos cuántos más.

Ha dicho las últimas palabras como hablando para sí; ahora se vuelve para mirar a Rita y alcanza a ver el miedo en su mirada.

—¿Oíme, querés que pida una pizza? —dice Julieta, repentinamente.

—¿Pero estás loca? ¡Si comí como una vaca! ¿Sos capaz de seguir comiendo? —su voz suena ronca, vacilante.

—Estoy ansiosa —se disculpa Julieta con cara de insatisfacción—. No, en realidad, necesito algo caliente. Pero bueno... ¿No querés pizza entonces?

Rita se sobrepone de inmediato. En un instante una cuchilla separa en dos su personalidad; una operación fácil y limpia a la que está acostumbrada. Ha pasado la mitad de su vida ocultando lo que piensa, lo que siente. Todo lo que necesita es saber que debe hacerlo, y hecho está.

—No quiero pizza —afirma Rita—. ¿No podés pensar en otra cosa que no sea el morfi? Te matás a dieta dos semanas y después te comés hasta la comida del perro.

—Del gato —dice Julieta—, al perro me lo comí el lunes. Tenés razón. No hablemos más de comida. Ayuno, restricción, veda, estoicismo. ¿Qué más? —Tamborilea los dedos sobre el almohadón que acaba de ponerse en la falda. —¡Ahhh, sí! La fiesta de Martina. ¿Y qué tal? ¿Cómo la notaste? Yo últimamente la veo bastante rayada.

—Sí —dice Rita. —Parece que no anda bien con Axel.

—¿Ah, no? —Los ojos de Julieta se achican, escrutadores. —¿Y qué tal es Axel?

Rita siente que su cara se contrae; para disimular se chupa el labio superior con los dientes de abajo y mira fijo a Julieta, que le mantiene la mirada con un gesto de curiosidad. Las dos fuman, quietas, parecen dos estatuas simétricas, paralizadas de repente en un espacio indefinido de sospecha.

—No lo conozco nada —dice Rita con vaguedad—. Martina tiene la impresión de que Axel juega a dos puntas. Y eso, claro, la tiene hecha mierda.

—¿No te parece —Julieta ríe bajito, sacando del paquete unas papas fritas y echándoselas en la boca— que las cosas suelen ser más complicadas que eso?

—Sí —suspira Rita, un poco contrariada—. Pero te aclaro que yo escuché la otra campana. La campana de Axel.

—¡Ahhhh..! —exclama Julieta burlona—, ¿y qué pensás?

Rita se ha sentado con las rodillas en alto; se toma los pies con las manos y juguetea con los dedos a través de la media. Piensa cómo hacer para que el diálogo no quede en una serie de justificaciones.

—Me parecen excusas baratas —dice al fin. Observa el ceño fruncido de Julieta, que parece no entender a quién se refiere y agrega, rápido—: las de Axel, claro.

—Rita, vos llevás casada un montón de años —dice Julieta displicente—. Estás ¿cómo te diría?... fuera de training.

Ves las cosas muy desde afuera. Y esto ¿sabés, flaquita? No es análisis de campo. En estas cosas –agrega, clavándole una mirada fría– la gente se juega la vida por una cagada de gorrión.

–Linda manera de descalificarme –dice Rita. De pronto tiene la intuición de que Julieta está involucrada con Axel–. Debo parecer un cura esclerótico, ¿no?

–Más o menos, querida –responde Julieta–, yo diría un cura feminista, algo de por sí bastante improbable.

–Mirá, me siento un poco boluda. No quiero que pienses que he tomado partido por Martina o por Axel. Fue una reacción refleja, como quien mira un teleteatro y llora, ¿entendés? –Se lleva una mano al pecho y hace lo posible por demostrarle a Julieta que no la juzga, que no está en contra de ella, pero en ese momento la detesta.

–Sí –dice Julieta más distendida–, te entiendo. Bueno, qué carajo importa. Ni vos ni yo vamos a arreglar el mundo.

Rita la mira confundida y Julieta se ríe.

–¿Sabés qué? El hambre me hace hablar pavadas. –Tantea la parte inferior de la mesita de vidrio, saca el celular y disca un número.

–Una pizza de... ¿jamón y morrones? –dice Julieta y consulta a Rita con la mirada.

Rita niega con la cabeza, desesperada; luego, de repente, payasea, hace gestos patéticos de estar a punto de vomitar. La asusta la repentina frialdad de Julieta y quiere reconquistarla, conmoverla.

–Grande, sí –dice Julieta, que aplaca con un gesto vago y desganado las histriónicas quejas de Rita.

Una semana más tarde, Pinino la llama por teléfono. Son cerca de las dos de la tarde; los demás no han vuelto del almuerzo y ella está perezosamente sentada junto al escritorio estudiando unas planillas. Cuando está sola le cuesta más concentrarse. El silencioso desorden, el aire hinchado y en pausa, las variaciones de la luz, todo conspira contra el trabajo. Y la induce a desamarrar sus pensamientos y dejarlos flotar distendidos en una especie de siesta neuronal.

La voz de Pinino tiene una ansiedad que desencaja con el tono un poco cínico al que Rita está acostumbrada; la variente la conecta de inmediato con el Pinino recién descubierto. Es a él a quien le contesta que sí, que no hay moros en la costa y que puede hablar tranquilo, y en el momento en que lo dice comprende que con independencia de cómo se desarrolle la trama, el vínculo entre ellos ha cambiado para siempre.

—No te hablo por mi tema —dice Pinino; hace una pausa cómplice, como si buscara las palabras que está a punto de pronunciar—. Surgió algo que tiene que ver con vos.

—¿Conmigo? Y bueno, dale —dice Rita, resignada. “Sé por dónde va a saltar la liebre”, piensa. Presume que alguien ha descubierto su militancia o su exilio.

—¿Vos, te encontrás con un ciruja? —dice Pinino.

—¿Un *ciruja*? —pregunta Rita sobresaltada—. ¿De dónde sacás semejante boludez?

—Sí, en Olivos —agrega Pinino—. Te lo pregunto porque te vieron un par de veces y hay algo que...

—¿Un ciruja? —vuelve a repetir Rita—, pero qué estupidez. Ningún ciruja, loco, el tipo, no es ningún ciruja ¿entendés? —“Mocosos de mierda”, piensa—. ¿Y quién es el genio que me dio la cana? —pregunta, encimando su voz a la de Pinino, que ha empezado a decir algo.

—...es el mismo que vieron merodeando por... ¿quién, decís? —se sorprende Pinino—, Tóifel. Tóifel... ¿te acordás, no?

—Sí, sí me acuerdo —dice Rita que ha caído en un momento blanco, sin pensamientos—, bueno, ¿y qué? —agrega al fin.

—No, no creas. Te digo porque el tipo... —empieza a explicar Pinino, que se interrumpe de repente y deja oír a través de la línea el rugido del auricular, que acaba de caerse al piso. Desde más lejos llega la voz del chico, urgente y cálida, perentoria, “tomátelas, Borrego, tomátelas” y enseguida, a ella—. Disculpá, era el Borrego que se me tiró encima; un demente, el gato de mierda...

—Pinino... —dice Rita, impaciente.

—No, perdoná, perdoná —la interrumpe. Suspira hondo, y agrega—: No pienses que te digo esto onda te agarré en una, em pate. No. Te lo digo porque resulta que el ciruja..., el tipo ese ¿no? es el mismo que Tóifel conoce del desarmadero policial.

—¿Del qué? Rita siente que la sangre le corre más lenta, más fría; como si el mundo entero se hubiera enfriado algunos grados.

—Del que está ahí... en Palermo. Tóifel conoce a un... —Pinino baja la voz, que es ahora un murmullo— conoce a varios de los canas; lo que quiero decirte, Rita, es que ¿vos estás al tanto?



Rita inhala lentamente; recorre el camino invisible del aire desde sus fosas nasales hasta los bronquios; ahora, Floyt se inclina en la barandilla de su mente sobre las aguas leonadas, que hamacan un montón de basura, en Palermo.

—¿Rita? —la voz de Pinino, insegura.

—¿Tenés para el colectivo? Sí, tenés —se contesta Rita y siente que casi ha escupido el último “tenés” como un insulto.

—Sí que tengo —confirma Pinino—. ¿Por?

—Porque es hora de hablar en serio, por eso.

\*\*\*

Están sentados de cara al lago, en el Rosedal. Delante de ellos, sobre un tronco de jacarandá mojado por la lluvia, un pájaro salta sobre la corteza oscura y rugosa; los dos lo miran en silencio. Ya en la parada del colectivo han cambiado las primeras miradas y han vuelto a simpatizar; han caminado hasta el banco de madera entre frases deshilvanadas, casuales, sin timidez. Los pies han avanzado por el sendero y Rita ha observado los pasos desordenados y abiertos del chico atenta a su respiración, atisbando al sesgo sus movimientos de pájaro. No hay distancia entre ellos y le cuesta entender que este Pinino sea el mismo que ha visto como se mira a un ladrillo o a una planta en el living de Julieta durante los últimos años. No es el mismo, se dice. Es otro, como ella debe ser otra desde el punto de vista del chico.

Rita pasa los brazos por encima del respaldo y los enrosca por el lado de afuera al primer listón. Estira las piernas y se queda mirando a un tipo que corre por el sendero que bordea el lago hasta desaparecer por detrás de una glorieta. Por el rabillo del ojo ve claramente a Pinino acodado en los muslos, casi doblado en dos, mirando la superficie del agua,

mientras sigue con los pies un ritmo que tararea por dentro y que le agita brazos, piernas y espalda sin brusquedad. No parece tener ningún apuro, ninguna inquietud, y Rita piensa que en eso no se distingue de ningún otro joven. Tampoco ella tiene apuro; se siente serena, presa de una sensación de ineluctabilidad que creía perdida para siempre, como si ahora, después de mucho tiempo de creer lo contrario, se convenciera finalmente de que el destino la estaba esperando. Le parece que todo encaja, si bien no puede decir cuáles son las cosas que encajan ni en qué, y esa certidumbre vaga, que debería maniatarla, la libera.

—Contame de vos y de Tóifel —dice Rita, presionando con el índice en la espalda encorvada de Pinino, que deja de moverse para mirarla—. Contame.

—Yo —dice Pinino, frunciendo las cejas—, no le di importancia a lo del ciru..., a lo del tipo ese, hasta que Tóifel lo vio en el desarmadero; y ya ves, ¿vos sabías que el tipo ese...? —la mira con detenimiento, y agrega—: no, no sabías. Te digo más, aún *ahora* no sabés de qué te hablo. Son raros ustedes —dice, mirando hacia adelante.

—¿De qué ustedes hablás? —pregunta Rita, incómoda, pero sabe que se refiere a los zurdos. El chico la vio en la marcha y le bastó. Así son los jóvenes.

Pinino gira la cabeza atraído por un ladrido a su derecha; se inclina y chasquea rápido los dedos en dirección al perro que avanza corriendo hasta el borde del agua; el perro lo mira, listo para correr hacia él, cuando escucha la voz del dueño que lo llama; vacila, mirando a Pinino y a su dueño alternativamente, y se aleja corriendo.

—Los canas esos, los del desarmadero —dice Pinino sin prestar atención a sus palabras— están en la compra-venta. Tienen pilas de contactos; mercan casi todo, a buen precio.

—Amigos de Tóifel —dice Rita, con asombro—. ¿Y de dónde sos vos amigo de Tóifel?

—¿Vos no fuiste el año pasado, no? No, no te vi. —Se concentra en el recuerdo. —La primera vez que fui a una fiesta de Martina —dice—, fue como como ver el mar por primera vez. Esa cosa enorme y viva que se te aparece, que tiene voz y se mueve; el océano. Bueno, a mí me pasó eso cuando vi el grupo de putos en lo de Martina. En carne y hueso, como se dice —larga una carcajada restallante—. Yo creía que vivían bajo tierra; está bien que era pendejo, pero nunca había visto —la mira otra vez, dudando; se pregunta si Rita es capaz de entender—. ¿Entendés?

—Sí —dice Rita—. Cómo no voy a entender. —Piensa en su adolescencia, en el miedo y el orgullo de no querer las mismas cosas que los demás.

—Ahí estaban los chabones —repite Pinino—, mariconeando de frente; si te va, bien; si no, igual. Me pasé la noche mirándolos como tarado, no me atrevía a hacerles un *approach*. Pero ellos me habían junado del vamos; en un momento Tóifel se me acercó y me pasó una tarjeta. “El martes”, dijo, “venite a las siete a esta dirección”. “Tranquilo, tonto”, me dijo. Y fui. Fui —concluye, mirándola fijo.

Rita enciende un cigarrillo, mirando el disco rojo del sol oculto entre las hojas de un eucalipto. Y dice:

—Tóifel es un tipo hecho y derecho, que además tiene negocios con la cana. ¿En qué andan, che? ¿Andan en algo sucio, vos y los otros?

Pinino larga su risita seca, de cascada afónica; está de perfil, la nuca rapada y los pelos teñidos cayendo a los costados en dos guedejas iguales.

—¿Sucios? —pregunta, mirándola con curiosidad—. ¿Qué querés decir con sucios?

–Fuera de la ley, quiero decir –contesta Rita–. Ilegales.

–Hasta fumarse un porro es ilegal –dice Pinino, después de considerar la respuesta con un desprecio encubierto que le tuerce a su pesar los labios–. ¿No querrás decir más bien si es peligroso? –y agrega, concluyente–: Ningún riesgo, está todo bajo control. En serio, quedate tranquila –sacude la cabeza, tratando de darle seguridad. Tiene un aire sólido, estudiado y tan patético que Rita mira para otro lado y respira hondo para desatarse el nudo de ternura en la boca del estómago. Se pregunta cómo actuaría si el chico fuera su propio hijo, se pregunta si le daría un sermón sobre el bien y el mal. Pero el chico no es su hijo y ella no podría darle un sermón a nadie.

El sol ha desaparecido detrás del árbol dejando un cielo descolorido a punto de ser abordado por la oscuridad. Rita observa el perfil pálido y huesudo del muchacho, enciende un cigarrillo y le convida otro. Fuman un rato en silencio.

–Gracias por llamarme; y por la información –dice Rita al fin; luego, sin mirar al chico, le da unas palmaditas cariñosas en el muslo y le dice–: Cuidate, péndex.

–Vos también –dice el chico. Se vuelve hacia Rita, que espera de pie el último ademán de despedida como si quisiera fijar ese momento en la memoria. Pinino no se levanta pero sonrío, ladeando la cabeza en un gesto que Rita conoce, que le ha visto muchísimas veces antes pero que ahora le parece graciosamente nuevo.

*Las Reebok están embarradas; no mucho, suficiente para molestarte; las zapatillas sucias me molestan. En casa ando sin nada en los pies, ensuciando medias, como dice mi vieja. La vieja patalea por lo de las medias, pero respeta. Eso tiene, la loca. Sabe hasta dónde puede avanzar con la artillería. Aun en lo peor del baile, cuando sus bromas me cortan la voz y el aliento y no me da para decirle que la termine, sabe cuándo parar. La última prueba la tuve para su cumpleaños. Me tenía las bolas tan llenas que ya me iba; había convencido a Tóifel y él me prestaba un bulo hasta que me acomodara. Todo lo que tenía que hacer era el mono y zarpar. Después de juntar mis cosas me senté con los demás en la sala, a esperarla. Estábamos todos menos ella. Cayó tardísimo, como a las once. Tres o cuatro ya se habían ido y los cinco restantes estaban medio en pedo y la saludaron así nomás. Ella tampoco les dio bola. Se paró en la puerta, miró a todos con ojos brillantes y medio rojos. Me buscaba a mí. Yo, que estaba tirado en un sillón tomando una coca, miré para otro lado. Se me vino al humo y me tendió la mano, como hacen las reinas. La miré con asco y ella sacudió el dedo delante de mi nariz. “Mirá, boludo”, me dijo.*

*Tenía una esmeralda en el dedo, igual a la que veíamos en la vidriera de Ricciardi cuando yo era chico. En esa época nos pasábamos horas pegados al vidrio; la vieja me apretaba la mano y algo corría de su mano fría y húmeda a la mía y me daba*

*ganas de mear. Yo miraba la esmeralda y espiaba el perfil palidísimo de Julieta, el flequillo que le llegaba hasta los ojos, la piel casi morada de tan blanca; allí empecé a darme cuenta de qué es lo que yo quería. De largada yo quería esa piedra conmigo; por eso, cuando la vi delante el día de su cumpleaños, brillándole en la mano, sentí una patada de emoción en el estómago. Me doblé en dos y me puse de pie con la boca líquida. Le tomé la punta de los dedos y me quedé observando la piedra; era hermosa y estaba ahí. No podía mirar a Julieta. Debía tener esa mirada que me marea, me da náuseas y ganas de mear, todo junto. Y no quería que nada me distrajera. “¿Te gusta?”, dijo, “me la regaló Martín” y se rió bajito (yo tenía la cabeza gacha y veía de reojo la hilera de dientes blancos entre los labios granate). Siempre me cuesta mirarla; es como salir a una tormenta en lo oscuro, con rayos y truenos. Te da miedo unos segundos, pero después nadie te sacaría de allí. Por nada del mundo. Julieta se reía y me pasaba la mano por la cara; tenía los ojos entornados y brillantes; yo también me reí y le estrujé las manos, mientras ella me contaba con qué artimañas había conseguido que el tipo le comprara el anillo. La escuchaba, tenso, y sabía que lo que ella realmente decía era que el anillo era mío, que ella lo había conseguido para que yo lo mirara las veces que quisiera. Ella me conseguía lo que fuera. Ni Martín ni ninguno de los otros cuentan para ella; el único que cuenta soy yo. Así que fui al baño, vomité y después deshice el mono.*

*Termino de limpiar las zapatillas y pateleo un poco para sacarles el resto de polvo antes de largarme a caminar por la avenida; voy a llamarlo a Tóifel a ver qué hay. Hoy tengo ganas de hacer algo. No en el bulo, más bien en la casa de algún chabón nuevo, de esos que me esperan perfumados y nerviosos y no saben cómo encarar. Tienen buenas maneras esos tíos y están llenos de cosas caras. Adoro las cosas caras, los objetos de lujo; yo*

*soy un objeto de lujo. Me gusta pensarme de esa manera; el día que empiece a considerar a los tipos como clientes, como hacen Tóifel y los otros, me despido del business.*

*Tóifel no me manda a cualquier lugar ni con cualquier zapallo. Sabe qué me gusta y es cuidadoso, me selecciona buenos tipos porque yo no soy un taxi-boy; estoy en esto porque me gusta. Exploro los sentidos, dice Tóifel. Tóifel tiene algo de cura, con esa peladita en el medio de la mollera y la suavidad de modales. Conmigo es cool, igual que con Martina. A ella la metió en el negocio con una hot-line que ella grabó en casetes. Me cae re-bien Martina, pero cuando nos cruzamos hacemos que no nos vemos porque está la consultora, o más bien mi vieja de por medio. La chabona es ubicada. La otra en cambio, Rita, es más rara. Cuando me pescó en la marcha con las manos en la masa, no me quedó otra que encararla. No sabía cómo, pero de repente se me ocurrió matar dos pájaros de un tiro y usarla para que investigara sobre Axel y mi vieja. Mi vieja nunca, nunca, me comentó que lo conocía; es más, me dijo que no lo conocía.*

*El día de la marcha tuve el pálpito de que si le inventaba una tarea, Rita quedaba entre la espada y la pared. La mina es del tipo misión imposible. Esa clase de chabones que ven las cosas como detrás de una cámara, para la posteridad; esa gente que se tira un pedo y no piensa que se tiró un pedo, piensa que está envenenando la atmósfera. La mina me cae bien, después de todo. En el fondo, me divierte. Es como una versión actualizada de la Biblia; para entenderse con ella hay que tener en la cabeza una planilla de dos columnas: ponés lo bueno de un lado y lo malo del otro y después rezás para no errarle. Pero una vez que entrás en confianza la tía se afloja y la cosa cambia. Hasta tengo la sospecha de que, bajo presión, puede ser más zafada que yo. Puede ser pero re, re, zafada, si se le quema la planilla.*

*Acabo de hablar con Tóifel desde Libertador y Tagle; me dijo que no hay nada y no quise hablar mucho porque estaba con alguien; Curi tal vez. Los dos se entienden rebién; tienen la misma onda danger. A mí, lo del achaque de las casas no me copa porque después hay que reducir con la cana y eso es hacerle un repulgue extra a la tarta; no la veo. Para mí es más tranquilo laburar con una clientela. Tóifel dice que los que no la ven son giles; que los únicos que corren riesgos son los freelancers y que hay que trabajar directo con la cana. Ésa es la onda. A mí, igual, no me gusta. Y las películas te lo demuestran. Vos transás con la cana y los tipos te cuidan el culo hasta que les aprietan las bolas a ellos. Y allí end of story, man. Te echan mano a vos.*

*Sólo una vez estuve a punto de pasarle un dato a Tóifel; y aclaro que Tóifel nunca me pidió que le pasara datos de mis tipos; había dejado caer el tema como por casualidad pero pedir, nunca. Y yo no quería mezclarme en eso hasta que conocí a Ferni.*

*Ferni es fascinante. Todo lo que lo rodea es fascinante, empezando por la mansión. La primera vez que la vi casi me meo. Parecía de película.*

*El arreglo con Ferni era que si la luz del hall estaba encendida yo cruzaba la verja, falsamente cerrada, atravesaba el jardín que tenía el pasto cortado tan al ras como el pelo de un soldado, me metía en la casa y subía las escaleras. Recuerdo cada detalle: el piso de mármol blanco con vetas rosadas, el techo altísimo, las paredes de vidrio y el perfume a riqueza; yo caminaba como dentro de un sueño y me demoré en llegar arriba. Subía cada escalón como si pasara la lengua por un helado, despacito. Las suelas de goma chillaban en seco, sacándole gemidos a la cera y yo avanzaba aferrado al pasamanos, mirando los cristales de la araña. Cuando llegué a la parte alta conté las ocho puertas cerradas y me acerqué a la segunda de la izquierda.*



*da, donde debía estar Ferni. Como suponía, la habitación era fabulosa y enorme, con muebles de estilo, sillones pesados, una alfombra persa y veladores de luz cálida. La cama era inmensa y antigua. Por supuesto, también estaba Ferni, sentado en una butaca alta, estudiándome. Me hizo un gesto con la mano de que siguiera mirando. Yo no quería otra cosa. Miraba, tocaba, olía. Estaba como borracho. Cuando llegué a la cómoda me paré delante, deslumbrado. Pasé muy despacio los dedos por cada cosa: el encendedor de jade, la cajita de música china, el sinuoso collar de perlas, el perfumero de cristal de Murano. El corazón me dio un vuelco de deseo; yo quería eso, quería cada uno de esos objetos. Me olvidé de Ferni hasta que sentí los labios en mi cuello y el perfume lánguido que brotaba detrás de mí. No había urgencia en él, como si supiera que no necesitaba apurarme, que yo ya estaba listo para él.*

*Le pasé la información a Tóifel para que hiciera robar la casa; mientras recitaba los datos me sudaban las manos. A mí el chabón me gustaba, era cool y pagaba buena plata. Pero esas cosas se me habían metido en la cabeza y las quería. Tóifel creía que sacaríamos bastante mosca una vez reducida la mercadería, pero cuando le aclaré que yo no quería una parte, sino tal y tal cosa que estaba en tal y tal lugar, se quedó mirándome con los ojos muy abiertos y empezó a ponerse colorado. La vena del cuello se le hinchó y me preguntó si era boludo o qué. Yo alcé las cejas y no dije nada. Y ahí se despachó. Que de ninguna manera, que la condición sine qua non —así dijo el loco—, de los achagues era que nadie se quedara nunca, con nada. Ni con un alfiler. Después se agarró la cabeza con las dos manos, se sentó en el sillón, apoyó los codos en las rodillas y movió la cabeza de un lado al otro, como si tuviera un dolor de muelas espantoso. Yo desde arriba le veía la pelada. Tóifel es bastante cabezón y así sentado parecía un melón con cuatro escarbadientes abajo. Me*

*aguanté hasta que se serenó. Levantó la vista desde el sillón y me clavó una mirada inolvidable, después agarró el papel donde había anotado los datos y lo hizo papel picado. Yo me debatía entre el alivio y la desilusión, pero me repuse enseguida. Así como conseguía lo que quería de Julieta, podía conseguir lo que quería de Ferni, empezando por el encendedor de jade.*

*La siguiente vez, Ferni tenía puesta una bata de satén color caramelo que le sentaba muy bien al tostado de la piel. Yo tenía miedo de que nos viéramos en otro lado, pero no; me esperaba en la misma habitación, sentado en la misma butaca. Me preguntó si quería tomar algo; dije que no con la cabeza y eché una mirada a la cómoda, cuando volví la cabeza se sonreía y pasaba la mano por un almohadón, me preguntó si realmente me gustaba lo que veía y ahí tuve la sospecha de que el tipo era de los míos, uno al que le gustan los objetos. Para sacarle algo voy a tener que matarlo, pensé. Tenía un nudo en la garganta; a la vez, el tipo me caía mejor todavía. “Observá tranquilo”, dijo, “y si querés elegí algo para después”. La idea me pareció fantástica. Yo estuve estupendo esa noche, pero no tiene mérito porque Ferni es fascinante.*

*Hace dos meses que lo conozco y cada vez nos vemos más seguido; ayer, sin ir más lejos, fui decidido a ponerlo a prueba. Tenía todo pensado, desde la forma de abordarlo hasta el momento en que le pediría el encendedor, cuando todo cambió y se volvió jodidamente turbio.*

*A Ferni le gustan los objetos. Tiene muchos, buenisimos, en la casa de San Isidro, pero también tiene en Cariló y en su casa de Córdoba. Los que no están con él están en los álbumes de fotos, disimulados entre la gente.*

*Ferni tiene una lupa de ésas de relojero, de alta definición; ayer, por primera vez, me mostró los álbumes. Iba pasando las fotos una a una, buscando los tesoros y despreciando la gente,*

*maravillado, con el corazón pegándome en las costillas, cuando en una foto veo un brazo apoyado en la mesa, junto a una tetera de plata; “a esa pulsera la conozco”, me digo; era una pulsera de oro con corazones de diamantes. Conocía, además, el brazo. Sin mover la lupa —no quería llamar la atención de Ferni—, cerré el ojo capturado y miré con el otro la cara sonriente de Julieta, su brazo juguetero encima del hombro del milico que la miraba un poco desde atrás, muy reclinado en su silla. Eché una fugaz mirada a los otros. Eran cinco en total. Dos militares, uno a cada lado de Julieta, un industrial que solía llamar a casa, y otra mujer que me parecía cara conocida. Buenísima la platería, dije. Francesa, aclaró Ferni. Ahora yo miraba a la gente. En el segundo álbum volvía a aparecer Julieta en un jardín, al lado de una retama preciosa. Córdoba, aclaró Ferni. Junto a ella había una estatua pequeña, de bronce, que no parecía impresionar a mi madre, atenta como estaba a algo fuera de cuadro, ubicado más allá del milico, algo que le señalaba didáctico su jefe, el licenciado Spielman.*

*Fue eso lo que me decidió a llamar a Rita y contarle lo del ciruja y el desarmadero policial porque ahora sí que necesito que me ayude. La mía era una carnada bárbara para una zurda. Porque la mina es zurda, se le nota aunque trate de disimular con esa pinta de pret-a-porter. Ahora siento que la tengo a tiro, que ella y Ferni van a ayudarme, cada cual por la razón que le cabe, a saber en qué anda Julieta.*



Pinino intuye por dónde buscar. Desde el momento en que vio las fotos, sus tentáculos mentales se lanzaron hasta los últimos rincones de la memoria y extrajeron con precisión imágenes olvidadas, juntaron caras, momentos y lugares de modo que su pasado ya no es el mismo; verdaderos nudos de memoria se han desplazado de un lugar a otro y han formado zonas que se sostienen unas a otras por la sospecha. Se siente a merced de una memoria oblicua, donde la infancia ha perdido inocencia sin ganar certezas.

Ha visto cuando chico a esos hombres tiesos y uniformados en compañía de su madre. Ha estado incluso en lo que ahora supone un cuartel (tiene el vago recuerdo de un soldado trepándose a un jeep, de otro corriendo hacia una cerca bajo un cielo plomizo y ventoso); tiene la noción de voces cortantes y espacios grandes y prolijos. Los ha visto y los ha dejado de ver y nunca se ha preguntado por qué, ya que nunca se ha interrogado sobre nada. Desde que recuerda, el mundo ha consistido en una cadena de cambios inexplicables. La gente que en un momento ha formado parte de su vida al momento siguiente ya no está; él mismo ha sido trasplantado a otra casa, a otro barrio, a otra escuela, media docena de veces. Sus relaciones con los demás han estado por causa de eso teñidas de indiferencia. No toma nada ni a nadie demasiado en serio y el dramatismo que percibe en los otros le resulta curioso.

La única persona que ha estado presente en su vida desde siempre ha sido Julieta, pero Julieta no tiene para Pinino la dimensión de una persona. Ella es un centro alrededor del cual gira el universo. Pinino no tiene padre y no recuerda que Julieta le haya hecho nunca un comentario; él tampoco había querido saber; las dos veces que la necesidad le puso la pregunta en la punta de la lengua, un presagio vago le cerró la boca.

Ha crecido en la ignorancia como si se tratara de la materia primordial de su existir; ha adiestrado su cerebro como a un perro, para sortear cualquier pregunta de donde pudiera brotar un fantasma.

Pero ahora puede sentir bajo sus pies el temblor de la tierra; el centro se mueve y el universo amenaza desintegrarse. Desde que recuerda, Pinino ha estado conectado a Julieta por una sutilísima red de medias palabras, silencios y secretos destinados a crearle una ilusión de autonomía. Ahora esa conexión se ha roto imprevistamente y decenas de figuras le brincan alrededor, fuera de control. La sospecha ha derramado pintura negra sobre sus títeres y sabe que tiene que moverse. Las palabras “antes de que sea tarde” no han pasado por su cabeza, pero son la pasta base de sus pensamientos. Siente la inminencia de algo y a la vez, la sospecha de haberse distraído en el instante crucial. Sus redes se han deshecho, se han evaporado; ya no sabe dónde encontrar a Julieta. Le ha parecido, en la noche, escuchar un jadeo cerca de su nuca y ha tenido la visión de su madre saltándole a la yugular. Esto lo ha dejado de nuevo sin aliento. A partir de los trece años el asma ha mejorado tanto que ya no se siente en peligro; pero también eso regresaba. Por alguna razón, todo retrocedía. Desde el día que vio las fotos en la casa de Ferni no ha vuelto a separarse del inhalador y como

antes, la sensación de ahogo espera en el mismo cuarto donde él respira.

Ahora Julieta ha partido para su trabajo y él se levanta, se lava los dientes y la cara, se pone medias, vierte leche tibia en el cazón del Borrego y se encamina al altillo. Son las diez de la mañana y al entrar lo recibe una ola de aire seco. La madera de las paredes, recalentada por el sol, no ha sido pulida ni encerada en años y cruje apenas se la toca. En los cuatro años que Pinino habita la casa es la primera vez que realmente observa el lugar, aunque ha estado allí muchas veces.

Busca la llave de la caja fuerte que está en el placard de Julieta, oculta entre las ropas. El día en que los hombres vinieron a instalarla, los ojos de Pinino brillaron de curiosidad hasta que se toparon con la cara de su madre, que lo observaba desde la puerta de la habitación. Pinino conocía aquella mirada, el terror que era capaz de producir en él. El corazón le saltó como un conejo; transpiró hasta casi mojar la remera. Nunca se preguntó qué había en esa caja pero, acostumbrado a registrar enigmas sucesivos, notó la conexión entre la caja y las subidas de su madre al altillo. La llave está, pues, allí.

La encuentra en el cajón de un escritorio y está por bajar cuando repara en el baúl de madera donde su abuela guardaba ropa blanca. Ahora Julieta guarda allí las fotos. Pero las más recientes están en otro lado. Los cambios de casa han dividido las fotos, los recuerdos y los amigos. Siempre ha sido así, pero el último cambio ha establecido una suerte de borrón y cuenta nueva, piensa Pinino, aunque no está muy seguro de que no sucediera lo mismo las otras veces.

Las fotos no están en álbumes como creía recordar sino sueltas en pilas desparramadas, y desparramadas en el fondo del

baúl. Las saca de a montones, apartando las bolitas de naptalina, y las deja en el piso.

Se sienta con las rodillas abiertas y los pies cruzados por delante. En el espacio cerrado que crean sus piernas coloca el primer alto de fotos. Las examina con calma y se detiene en una sin saber por qué. Julieta tiene puesto un vestido que él adoraba, está parada contra la pared encalada de la casa de San Miguel, tomando una limonada al sol de la tarde. Ese vestido y la hilera de rosales que parte de un ángulo de la foto hacia la nada le producen un golpe de emoción que lo aísla del entorno. No puede evitar el influjo de las imágenes que brotan del pasado. Está físicamente emocionado. Tiene la garganta algo cerrada, los dedos torpes, los ojos demasiado abiertos y el cuerpo suspendido en un segundo plano, de modo que lo único vital en él son los latidos del corazón. En la rara luminosidad las imágenes surgen y se diluyen, pero no vuelven a la nada.

Los rosales que aparecen en el borde de la foto tienen hormigas negras en sus hojas y el chico que Pinino es ha apretado al insecto entre sus dedos hasta deshacerlo, y luego toma otro, mientras observa entre las hojas del rosal el Falcon verde que acaba de entrar por el portón, lleno de polvo y de hombres voluminosos, para perderse en la oscuridad del galpón. Julieta, apoyada en la pared del fondo, toma su limonada, escuchando al mayor Randía. Julieta se mueve inquieta y el frufú de la seda se detiene empastado por el sudor que le baja desde el borde del vestido por las piernas blancas, en dirección a las sandalias de gamuza azul pizarra.

Pinino, agachado entre los rosales, ha mirado largo rato el galpón donde auto y hombres se han volatilizado; se ha incorporado y ha avanzado despacio, sin ser advertido. Está junto a las dos hojas de zinc acanalado que forman la puer-



ta del galpón, mirando por el resquicio entre la chapa y la madera, y ve en el interior en penumbras los haces de luz que se meten por los agujeros del techo y el polvillo que gira en la luz. El lugar está envuelto en una claridad fantasmal y, sin embargo, cálida. El auto cruje aún a causa del enfriamiento del motor y no hay rastro de los hombres. Pinino empuja la puerta, que cede abajo y permanece firme en el centro, sujeta por el enorme pasador de hierro. Ha vuelto a empujar cuando siente que su brazo se eleva presionado por unos dedos que lo sujetan. Levanta los ojos hasta la descomunal altura del mayor Randía y divisa los labios del hombre que sonrío, pero también divisa el pozo helado, impenetrable, de sus ojos. Pinino ha bajado la cabeza y está a punto de llorar cuando ve las sandalias azul pizarra de Julieta junto a sus botincitos marrones, polvorientos. El vestido azul se interpone entre Pinino y el hombre, y se escucha, muy bajo, el látigo de la voz de Julieta. Pinino no sabe si las palabras están dirigidas a él o al mayor y no sabe qué ha hecho, pero sospecha que cualquier transgresión en esa casa es severa. Lo sabe al tiempo que su garganta se cierra y una sensación de terror lo acorrala.

El recuerdo del mayor no llega solo. Llega con el recuerdo de los otros y Pinino hurga entre las fotos buscando confirmar sospechas. La foto que ahora tiene en sus manos muestra una pileta de natación, una alameda y un grupo de personas que él ha calificado en su mente como “los otros”. Tantas veces ha recordado esa pileta cuadrada, enorme, en la que ha aprendido a nadar. También recuerda la alameda; la ha atravesado en auto con su madre y los hombres ásperos cuyos semblantes vuelve a reconocer ahora, distendidos por la quietud de la tarde, en torno a la pileta. Están sentados en sillas blancas de jardín, y su memoria rectifica las

imágenes que el olvido deformó. Observa, sobre todo, el perfil de Rolo, el pelo oscuro y brillante, estirado hacia atrás, su cara tostada y el brillo verde de sus ojos. Más atrás, la esquina de lo que es seguramente la caseta de duchas y vestuario. El piso de la caseta es de baldosas rojas y está siempre húmedo. Los pies descalzos resbalan y es por eso que Pinino apoya las manos —mientras le quitan la malla mojada, pegada a sus piernas—, en los hombros calientes, enrojecidos por el sol, del teniente Rolo. Hay en él una fuerza que Pinino admira; como sin querer, el niño que entonces es deja que sus manos se deslicen desde el hueco de los hombros a los brazos musculosos, tensos, del teniente; presiona con sus deditos la masa dura del músculo, una y otra vez hasta sentir los ojos verdes clavados en su cara. Pinino lo ha seguido, como un perrito, por todas partes y el teniente ha aceptado su arrobó, ha estimulado la admiración que el chico le profesa. Le enseña a nadar y Pinino por complacerlo oculta su miedo y flota, da enormes brazadas y patalea sin ton ni son en el agua. Luego, inesperadamente, Rolo se desentiende de él. Sus ojos se han opacado de fastidio y Pinino siente una punzada de dolor en el pecho. No comprende qué ha hecho y busca a Julieta con los ojos; no la encuentra y corre hacia la casa. La puerta está cerrada; se apoya en el picaporte y entra en la antesala silenciosa y fresca. Más allá están Julieta y “los otros”, rodeando una gran cantidad de objetos apilados sobre la mesa. En la vitrina hay vajilla de plata y copas de bacará, jarrones chinos y estatuillas. Julieta le ha preguntado qué pasa y él mueve la cabeza como diciendo nada. Ella le ha indicado un sillón y Pinino se ha sentado, la cabeza baja, y ha empezado a jugar con los dedos de sus manos esperando que se olviden de su presencia. Los hombres retoman, en efecto, la conversación, y Pi-

nino suspira hondo, en lo profundo del sillón de resortes. La opresión en el pecho lo mantiene inmóvil, hasta que los objetos atraen su atención. Se desliza en dirección a la vitrina y mira con curiosidad. Las cosas son viejas y bellas, el uso les ha otorgado dignidad. Los hombres y su madre hablan de retirar la mercadería, de llevarla directamente al comprador. El comprador es, afirman, del interior. Esto parece importante; insisten en saber si la mercadería será sacada fuera de “la zona”. El tono es prudente y misterioso.

Ahora, con la foto delante de sus narices, hace otros cálculos. Sabe que las casas de los que desaparecieron en aquel tiempo fueron saqueadas y que Julieta está mezclada en el asunto.

Percibe en su pierna el roce conocido de Borrego y lo acaricia. El suyo ha sido un gesto automático —necesita asegurarse de que tiene un lugar al que regresar cuando deje el pasado—. Por ahora sus sentidos están enajenados, sumidos en un estado similar al del espectador que presiente el desenlace de la película, sin que el presentimiento llegue a tener forma alguna.

Su concentración es completa; sortea las fotos mecánicamente, como si una parte de su ser supiera qué busca; y seguramente sabe, ya que los hilos de la trama se van uniendo desde las vísceras, evitando la confusión del pensamiento.

Elude las fotos del secundario, ignora incluso la foto en que están Misha y él en la puerta del colegio. Se atiene a fotos antiguas y fotos de viajes. Córdoba, Tucumán, Salta; recuerda las vacaciones repentinas, transcurridas en casas antiguas de habitaciones blancas de techo alto. Se detiene en la foto de la casa de Córdoba, con el número 23 ribetado en azul. Pinino mismo pudo haber sacado esa foto desde el interior del coche cada vez que Julieta entraba en esa casa. El

aire, dentro del auto, está impregnado de un suave, agradable olor a nafta; el motor cruje y se aquieta. Pinino observa por la ventanilla el paso del camión regador, que despliega una inusitada frescura en el polvo de la calle. Su madre ha salido ahora, acompañada por un hombre de traje gris claro, lustroso, y zapatos blancos. Como ella se interpone, sólo una parte del hombre es visible para Pinino, pero hay algo familiar en la silueta que alcanza a ver. El cuerpo se asemeja a un barril; es flaco arriba y abajo y de cintura prominente. Pinino está seguro de haberlo visto hace poco. Se pregunta también por qué su madre guarda fotos como éstas; quién las ha sacado. Si Julieta ha estado en el negocio que Pinino supone, las fotos son comprometedoras. A menos que representen un salvoconducto.

Unas fotos después vuelve a ver al hombre de cintura grande; está junto a otros, sentado a la mesa de una confitería en la vereda de la peatonal, bajo una sombrilla roja y blanca. La foto es más reciente y debería estar en el placard de Julieta y no en el baúl del altillo, ya que se trata de un hombre de esta mudanza, alguien a quien Julieta ve o podría ver si quisiera, en cada uno de los cumpleaños de Martina. Pinino lo recuerda muy bien; recuerda sobre todo la sensación de “estar a punto de recordar” que la imagen de ese hombre le produjo cuando volvió a verlo en la casa de Martina, seguida por el familiar ruido en la cabeza y el mareo. El tipo pertenece al grupo de empresarios cincuentones amigos de Axel.

Se ha quedado con la mirada vacía, ensimismado en el descubrimiento del lazo que ha surgido de pronto entre Julieta y Axel. A su lado, Borrego maúlla con insistencia. “Estás cagado de hambre” ha dicho pasando la mano por el lomo del animal; a su vez, el vacío de sus tripas se ha hecho sentir en una incontenible sensación de hambre.

Baja las escaleras y ve en el reloj de la cocina que son las dos de la tarde. Estira los brazos; mientras enciende el gas de la hornalla desea volver a contemplar la foto de Misha; ver su brazo sobre el hombro del rusito y recordar su perturbación, sentirla a través de la camisa, en el calor de la piel.

Decide, sin embargo, no volver a ver fotos. Quiere evitar que su atención se desplace. Pero su atención se ha desplazado porque la inoportuna visión de Misha lo ha llenado de un sentimiento cálido, alegre. Y en medio de la alegría y la gratitud se da cuenta de que todo ha cambiado, aunque no sabe aún qué significa eso.

Piensa en Misha, en la violenta honestidad de los ojos de Misha. Pinino, que no ha confiado nunca en nadie, confía en él; es por eso que lo acompaña a cada marcha, para no dejarlo solo con la historia de sus viejos asesinados y el peso de ser, encima, judío y homosexual. Le ha dicho “pero viejo, ¿para qué deschavarse? ¿Para qué marchar con estos tíos de la comunidad?”. Pero Misha es la clase de personas que piensa que hay que ir de frente no importa lo que pase. Y lo que pasa siempre son desastres.

Pinino se agacha y vierte la comida en el plato de Borrego, justo en el momento en que escucha una llave girar en la puerta y se acuerda del llavín de la caja fuerte que aún tiene en el bolsillo y que palpa, con palmaditas inseguras, a través del pantalón.



*Floyt ha debido escucharme pero no se da vuelta. Me acodo a su lado observando el agua turbia, móvil, que balancea pedazos de madera, de plástico, de papel, contra el borde del río. Miro a lo lejos las aguas quietas, la enorme extensión mansa.*

*—Pensar —digo—, que bajo esta engañosa inocencia hay un asesino.*

*Floyt me mira fugazmente pero no dice nada. Espera. Me imagino la concentración de las células de su cuerpo como las de una bestia que se encoge ante la aparición del peligro.*

*—Me refiero —sigo—, a que bajo esta superficie hay corrientes que mecen miles de cuerpos jóvenes ahogados por el río.*

*Me quedo en silencio, mirando las gaviotas cercanas, esos pájaros sórdidos. ¿O tal vez no debiera culpar al río? Tal vez no.*

*Floyt se remueve; comprendo que ha percibido una amenaza en mis palabras y que no conoce la finalidad ni el porqué de lo que digo; todo lo que sabe es que está en peligro. Frunce el ceño y se yergue mientras parpadea con movimientos convulsos. Creo percibir un levísimo temblor en la comisura de los labios.*

*—Pero —tartamudea Floyt—, pero éste... —y señala con su dedo delgado y sucio a lo lejos—. Éste es... nada más...*

*—¡Nada más! —digo con sarcasmo—. No le quites dramatismo, che; no quieras insinuar que es la ley de la naturaleza, que los peces grandes se comen a los chicos.*

—Pero ¿qué pueden hacer? —murmura. Mueve la cabeza como si no comprendiera—. Ellos no pueden...

—Siempre se puede hacer algo, Floyt —digo y enciendo un cigarrillo. Él está distante, aislado en su miedo.

—¿Ah, sí,? ¿Ah, sí? —repite intensamente—. Ellos están atrapados. Tienen que estar ahí. Estar ahí. No pueden otra cosa —dice un Floyt enfático. No me ha mirado y el perfil porfiado que me ofrece es una demostración de su enojo. Ahora creo que nos entendemos. La tensión física flota a nuestro alrededor como electrodos enloquecidos.

—Falso —digo—. La única prisión verdadera está aquí —y me doy golpecitos en la frente con el dedo.

Floyt se vuelve y fija en mí dos pupilas incandescentes; es un fuego que parece provenir del centro de su ser, donde sus emociones han entrado en combustión.

—El que no conoce el fuego del infierno ¡que no hable de ángeles! —dice, elevando un dedo admonitorio. Sus ojos brillan desmesurados en la cara irregular; tiene el pelo revuelto y opaco; un conjunto patético. Estoy al acecho, viéndolo sangrar y midiendo su herida.

—¡Nadie escapa! —recita—. ¡Nadie escapa! ¡El rayo de la fe fulmina, el fuego del Señor quema y lacera! —La voz de Floyt se ha elevado. Echo una mirada alrededor para averiguar si hay alguien cerca y le doy un cigarrillo. He logrado sacarlo de la trinchera, pero está fuera de sí.

—Así que te han convertido. Han prometido salvarte —digo.

Mis palabras parecen conectarlo con su verdugo, que toma ahora la palabra para recriminar a Floyt. La textura y la entonación de su voz cambian, como si el otro hubiera tomado el comando. “¡Hablá, escupí tu alma, boludo! ¿Quién te sacará del pecado? ¿Papá Marx?”, dice el personaje; lanza una risotada sarcástica y una seguidilla de quejidos de regocijo. Se seca las lá-



*grimas y suspira, jadeante; luego se pone a dar golpecitos en la baranda de metal, sacudido todavía por espasmos de risa.*

*—Me haaaaan salvado —dice Floyt—, me haaaan salvado —abre los ojos como platos para aniquilar cualquiera de mis dudas.*

*—Y vos, claro... estás agradecido —digo con cautela.*

*—¡Y cómo! —exclama—. ¡Y cómo! —Mira a lo lejos, los ojos entrecerrados y el cigarrillo colgando entre los labios—. San Ignacio —dice rascándose la sombra de barba— me ha salvado.*

*Asiente con amplios movimientos. Su mandíbula ha caído unos centímetros y de la comisura de los labios asoma un líquido blanco; los ojos son dos abismos brillantes. ¿A cuánta gente habrá denunciado? ¿Cuántos han muerto para salvar su miserable vida? Porque éste, me digo, ha sido Floyt, pero ya no es. Lo que estoy mirando son los despojos de Floyt, que no ha sabido morir como hombre. No ha sabido y en su lugar ha quedado este agujero destartado, sin más razón para vivir que la que ellos le otorgaron: la delación. Imagino a Floyt devanándose los sesos para recordar un dato más. Me lo imagino ansioso, genuflexo, lamiendo las botas que lo han pateado; en algún momento de ese infierno ha olvidado que su vida corría peligro y ha seguido sirviendo a sus verdugos. ¿Qué más había, después de todo?*

*Ahora Floyt ríe con una risita fina que intercala a una parrafada indefinible. Su voz tiene la entonación de la demencia. “A este loco”, pienso, “pueden usarlo sin temor a que los denuncie”. Lo escucho reír, monologar con voz pastosa, insensible a cualquier sonido que no provenga de su propia usina y pienso en las cosas que le he contado; no sólo de mí, de otros. El escozor de la culpa otra vez. Y, disparado por el mismo gatillo, el miedo.*

*Recuerdo que Pinino ha dicho “el ciruja que Tóifel vio en el desarmado policial de Palermo”. No son las palabras exactas pe-*

ro habló, lo recuerdo bien, del desarmadero policial de Palermo. Mi cerebro es un emplasto de pensamientos oscuros. ¿Y si este tipo les cuenta todo? El miedo me ha secado la boca, respiro hondo tratando de concentrarme en una idea. Pero es tarde; mi mente es un caballo que galopa en zigzag. Tóifel me lleva de inmediato a Martina y ella a sus maricas, y éstos, que me han parecido una nota simpática, liberal o en todo caso excéntrica del carácter de Martina, se contagian de la perversión de Axel la noche de la fiesta. Axel y sus casetes lujuriosos y su secreto encuentro con Julieta. Todos forman parte del plan. Estoy en un laberinto, y en un punto incierto de estos corredores me espera el horror. Ahora comprendo que no hay nada de casual en mi encuentro con Floyt, que él es parte de la trampa. No sé con qué finalidad, qué es lo que quieren de mí. Respiro hondo, paralizada; debo recuperar un poco de sentido común. No sé en quién confiar. No lo sé hasta que la respuesta me llega, distorsionada por las interferencias del alma. Piniño. Él conoce como yo a cada uno de los implicados. Él está como yo buscando respuestas, tratando de salvarse de algo que lo amenaza. Tal vez nuestros enemigos sean distintos pero el camino a recorrer para saberlo es un camino común.

Me vuelvo, tomo mi bicicleta y arranco. Es de noche ya, ha debido pasar mucho tiempo pero eso no me asombra; tampoco me importa. Algo ha sucedido dentro de mí; mis percepciones se han ajustado para dar importancia a una sola cosa: mi supervivencia.

Llego a Libertador y doblo a la izquierda; la luz del alumbrado público se enciende a lo largo de la avenida hasta la línea del horizonte, iluminado por el último resplandor del sol. Pero ya no me conmueven ni la belleza ni la fealdad; las constato y sigo hasta el próximo objetivo, hasta la cabina de teléfono, cuya luz es más intensa, más apremiante para mí que cualquier otra cosa.

Amenaza lluvia; unos nubarrones oscuros avanzan por el este precedidos por el rugido apagado de los truenos. El lago tiene una superficie lisa, de color plomo, y el verdor de los árboles se apaga con la oscuridad de la tormenta. Rita camina por el sendero interno del bosque con la cara casi oculta por la melena que el viento abre en dos en la nuca y arrastra hacia adelante.

Ha llamado a Pinino el día antes y han quedado en verse en los bosques de Palermo. La conversación telefónica había avanzado a saltos de sentido, impulsada por una misma obsesión. Sin duda Pinino esperaba su llamada, porque no hubo prólogos. Con una prudencia coincidente que los asombró por el modo en que los acercaba, ambos dieron muestras de comprender el peligro.

Rita observa desde lejos la figura desgarbada de Pinino: los hombros descansados del chico, los brazos a lo largo del respaldo, flojos, el movimiento de los pies al ritmo de la canción que seguramente baila en su cabeza. Su cuerpo denuncia la materia de que está hecho en estos momentos: una fe arrolladora en su propia inmortalidad. Sobre esa fe se trepan todas las angustias, todos los temores, sin que ninguno afecte su convicción inmortal.

El primer impulso de Rita es pasarle una mano por el pelo y despeinarlo, como ha hecho a lo largo de estos años a

modo de saludo en casa de Julieta. Pero se contiene y se sienta a su lado. Suspira, apoya una mano sobre la rodilla de Pinino y le da un apretón suave de reconocimiento. El chico sonrío y retira los auriculares de sus oídos.

—Estuve con mi amigo “el ciruja” —dice Rita. No sabe cómo seguir. Ha estado tratando de decidir hasta dónde le es posible llegar en sus confidencias; hasta dónde puede confiarle sus temores—. Creo que ellos me lo plantaron ahí para que trabe relación conmigo.

El chico da un respingo y la mira con asombro. Tiene expresión interrogante pero no pregunta nada. No cree en las razones de la gente. En cambio, intuye que el “ellos” de Rita podría ser el que él también busca.

—¿Tenés cómo averiguarlo? —pregunta.

—Creo que sí —dice Rita—. Pero voy a necesitar ayuda. —Se pasa la lengua por los labios resecaos. —La cosa es así; necesito saber quiénes andan detrás de mí y por qué. Si Tóifel conoce a Floyt —el que vos llamás el “ciruja”—, del desarmadero, yo necesito saber en qué anda Tóifel. —Mira fugazmente a Pinino, que la escucha concentrado, y toma aire antes de seguir. —Lo que a vos te preocupa, la relación entre tu vieja y Axel, creo que tiene que ver con lo mío. Creo que todo forma parte del mismo embrollo. —Lo mira fijo, queriendo saber cómo impactan sus palabras en Pinino.

Pinino cabecea; simula haber digerido la información y haber aceptado las conclusiones de Rita, pero en realidad trata de ocultar su asombro. Él sabe *bien* en qué anda Tóifel; sabe para qué va al desarmadero, pero no piensa ventilar esa información. Los que van al desarmadero van a reducir cosas robadas; llegado el caso, puede presentarle el hecho a Rita como algo que él *ha descubierto*.

—¿Creés que podés averiguar en qué anda Tóifel? —pregunta Rita, quebrando el absorto silencio de Pinino—. Podemos trabajar a dos puntas —agrega inclinándose hacia el chico y bajando la voz—. Yo puedo investigar a Julieta.

—¿De qué forma? —pregunta Pinino, saliendo de su letargo.

—Bueno, ahí está. Tenemos que pensar de qué forma.

Se quedan un rato en silencio. Las nubes oscuras están ahora sobre sus cabezas; hay una claridad sucia, entristecida, y las ráfagas de viento se vuelven más frecuentes. La conexión entre ellos es un puente ruinoso; en el abismo que corre debajo hay corrientes contrarias que se chocan y apartan.

—Sí —dice al fin Pinino—. Creo que puedo conseguir algo por el lado de Tóifel. ¿Y vos, en la oficina? ¿Se pueden pescar cosas al vuelo?

—No. Son muy cuidadosos —dice Rita—. Se habla a puertas cerradas y en voz baja. No, imposible escuchar detrás de una puerta. La única manera —Rita se detiene unos segundos y toma aire; tiene la misma sensación en el estómago que cuando está a punto de tirarse desde la punta de un trampolín—, sería colocar dispositivos de escucha.

—No hay otra. El tema es si los colocás vos o hace falta que vaya alguien. Yo, en ese caso, tengo un amigo posta..., realmente posta, digo —agrega. La mira con ojos grandes, serios y confiados. Rita siente esa confianza como una ola contra su corazón; como con Julieta, sabe que hay zonas en que Pinino y ella se esquivan y otras en que confluyen por una especie de gracia de la naturaleza.

Rita mueve la cabeza y suspira.

—No me seduce meter más gente en la historia; pero yo soy una infradotada tecnológica. —Ha apoyado las manos en las rodillas y deja colgar la cabeza. Se le ha cruzado la

idea de pedir ayuda a algún compañero de militancia, pero la desecha.

—Mi amigo es Gardel —dice Pinino—. Garantizado. Tenés nomás que decirme el día y la hora.

—Muy bien —asiente Rita—, averiguame qué se necesita, qué aparatos, dónde comprarlos; o si no, yo pongo la plata y que lo compre tu amigo. Pero dejamos la instalación una semana solamente. Ni un día más.

Lo que más la afecta de la idea de ser descubierta es la vergüenza que sentiría. Su temor a perder el trabajo no juega ahora el menor papel. La sensación central está anclada en la posibilidad de descrédito, o peor aún, de ridículo.

—Quince días —refuta Pinino—. Pensá, Rita. Una semana no es nada. Puede que justo esa semana esté todo quieto.

—De acuerdo —dice Rita que también ha pensado en eso—. De acuerdo, quince días. Si no surge nada, levantamos.

—Está bien. ¿Y después qué?

—Después yo proceso la información —contesta Rita—. Y todo lo que tenga que ver con vos te lo paso.

Pinino hace una mueca; le parece injusto que Rita sea el filtro. El diálogo ha puesto sobre el tapete el orden jerárquico de la relación y se revuelve en el banco, incómodo. No quiere ser un soldado de Rita, pese a que ser un soldado lo dispensa de responsabilidades. Sin embargo, la idea de que la información sea supervisada por ella no le agrada; puede haber allí cosas jugosas, que expliquen en parte las fotos de Julieta. Es consciente de los segundos que transcurren. Sabe por instinto que para objetar a Rita no debe dejar transcurrir el tiempo, que cualquier oposición se debilita si pierde lozanía. Sabe que tiene que explotar su condición de joven; pero con ella el orden biológico no funciona porque ellos son, sobre todo, cómplices. Una

repentina agudeza ha surgido en su cuerpo y aplasta sus pensamientos. Mira a Rita y frunce el ceño con una seriedad fingida.

—Seguro que no entendés nada de lo que escuchás en las grabaciones —dice.

La mirada del chico es provocativa; detrás se agita una batería de sentidos.

—¿Y qué te hace pensar que vos sí vas a entender? —dice Rita, con una sonrisa.

—Ahí está —dice Pinino, golpeándose una pierna—, la madre del borrego. Hay una punta de cosas que yo sé pero... bueno, lo mismo que vos no me decís, yo no te digo. ¡No es reproche, no es reproche! —ataja—. Para mí, tampoco es cuestión de andar... —se interrumpe, y dirige a Rita una mirada que ella no sabe si juzgar como lastimera o ladina.

—Mirá —dice y se yergue con un gesto de molestia—. Tenés que entender que va a aparecer información confidencial de la consultora. Ésa no puedo dártela ¿sabés? —descarta Rita.

—Ah, ¿no? —dice Pinino— ¿Y por qué?

—No lo haría —responde Rita—. Todo lo demás lo compartimos.

—De acuerdo —asiente Pinino, y mueve la cabeza de arriba hacia abajo.

Están en silencio, sin hablarse, hasta que un golpe de viento los sacude. Se miran, sonrían y se ponen de pie; aunque no hablan de eso, sienten la timidez propia de quien ha cruzado el umbral de una casa vacía con un desconocido.

\*\*\*

Dos días después, al mediodía, cuando todos se han ido a almorzar, suena el timbre. Rita abre la puerta y el rusito se desliza en la oficina. “Me manda Pinino”, murmura sin mirarla. Rita lo examina de arriba abajo. Es un chico tímido; la mansedumbre le tiembla en la comisura izquierda de la boca, donde se asienta el peso de la sonrisa; Rita lo reconoce de inmediato. Apoya una mano sobre el hombro del muchacho y le dice “vení, por aquí”; lo guía de oficina en oficina y le indica la ubicación de los teléfonos.

El rusito la sigue; ha adoptado ya una mirada técnica y pregunta dónde está situada la central telefónica. Trabaja con precisión, concentrado en sus movimientos. Se ha olvidado de Rita, que sigue sus maniobras fascinada.

—¿Querés que te vaya explicando mientras trabajo? —dice Misha, que manipula ahora los micrófonos.

—Bueno, dale —contesta Rita.

El chico se sopla los rulos que le caen sobre los ojos; tiene dos manchas rojas en las mejillas y la respiración rápida, pero su voz suena tranquila mientras explica cómo va a funcionar todo, de qué modo puede obtener la información y cómo retirar los micrófonos en caso de urgencia.

—Cualquier cosa me avisás con...

—Sí —lo corta Rita. Le cae bien el chico; irradia suavidad y a la vez algo hondo, lejano—. Pero no creo que sea necesario.

—Bueno —Misha guarda los sobres en su mochila, lanza una mirada escrutadora alrededor y se pasa la lengua por los labios—, ya me voy. Cualquier cosa... —vuelve a decir y mira a Rita, pero baja enseguida los ojos.

—Sí —dice Rita abriendo la puerta, pone en el brazo del muchacho una mano en señal de saludo y sonrío.

—Sí —repite Misha y sale. Rita escucha sus pasos en la escalera, la espalda pegada a la hoja de madera que acaba de



cerrar tras de sí. Mira sin ver la larga extensión de alfombra y la sombra del helecho que se mueve en el piso; el estómago se le encoge, siente el ruido de las tripas y se da cuenta de que tiene muchísima hambre.



*No sé qué me trajo hasta aquí; salí de la oficina con los prospectos y la idea de ver a Galarce y estaba por cruzar la avenida cuando pasó el colectivo tan cerca que el viento me agitó las botamangas; levanté la vista: era un 67 y estaba aminorando la marcha. Parado en la vereda y con la mente en blanco, lo miré como un gato miraría a un ratón. Por mi cabeza no pasó nada, cero pensamiento; todo sucedía del cuello para abajo: el bombazo de sangre, los músculos tensos. Duró segundos, después me eché a correr y alcancé a subir cuando arrancaba; saqué el boleto y me senté, un poco mareado, sin saber qué demonios estaba haciendo.*

*—¿Y si estaba con un tipo? —pregunta Gisel, exhalando el humo de costado.*

*—No se me había ocurrido —digo con indiferencia.*

*—Tá. No hay drama. Yo tengo una hora y media ¿y vos qué, andás apurado? —dice Gisel, y se sienta en el borde de la cama. Se cierra el saco como si tuviera frío, metiendo la cabeza entre los hombros; está encogida, con las piernas enrolladas como una trenza. Un vientito helado se mete entre las hojas de la puerta y tajea el aire. No tiene arreglo, no hay burlete que valga en estas casas viejas. Pero me turba verla así porque Gisel y el frío son antagónicos. Ella es un radiador, una estufa; si tuviera que definirla en pocas palabras diría que es calurosa y gruesa, firme de piel y de espíritu; hasta los ojos, ariscos y alargados, son cálidos.*

*dos, y del cabello brotan una luz y un olor idénticos a su forma de ser, algo intenso y personal, tan indeleble y ajeno a la conciencia como un perfume. Rita en cambio se escapa a la percepción, es y no es, como un híbrido. En los momentos en que más se parece a la que fue, más lejos la siento porque no puedo evitar darme cuenta de que se imita a sí misma, que hace un teatro inocente para que no se le note que el tipo está entre ella y yo, que está en ella. Lo que más me inquieta es que me oculte cosas. Me miente, y no saber la extensión de esas mentiras hace que todo se transforme en un engaño.*

*—Vos no te preocupes por la hora —le digo— y metete bajo las cobijas. —Me aflojo el cinturón y me doy vuelta para apagar el cigarrillo en el cenicero. Me complace que las cosas sean así de simples, tan rabiosamente sin vueltas. Nada de debates, de medirse con la mirada, de anticipar cómo se va a hablar, desde qué lugar, con qué parámetros.*

*Me vuelvo y la encuentro bajo las sábanas. Es rápida para darse cuenta qué quiero. Tan rápida que me lleva de la nariz corriendo detrás de mi propio deleite, deleite por no esperar nada de ella, ni el deseo ni la falta de deseo. Estoy como siempre he estado aquí, como una roca, una sólida, contundente masa de materia.*

*La realidad me ha acorralado y no me queda más que este lugar. Porque lo que más me lastima de Rita no es la lejanía, sino los momentos en que se olvida y vuelve a ser como antes; cuando me mira con esa mirada abierta; ahí es cuando duele, porque su mirada limpia es una escupida en la jeta, un insulto. Cuando está entregada, contándome historias del trabajo con aire confidente, íntimo, o cuando se distrae cocinando y me habla de cosas chiquitas casi sin hilar las ideas, dejando caer las palabras como salpicaduras frescas es cuando me doy cuenta de que no puedo seguir así.*

—¿Dónde dejaste los puchos? —dice Gisel.

—Aquí —digo, y me doblo para el otro lado, saco un cigarrillo con la punta de los dedos y me vuelvo con el encendedor en la mano. Gisel está de costado, con la cabeza apoyada en el brazo y me mira con una curiosidad franca; tiene esa reserva del que ya no espera ninguna revelación.

—¿Qué mirás? —digo, y le agarro la nariz entre los dedos. Ella saca la lengua con un sonido gutural, y vuelve enseguida a la expresión anterior.

Es curioso lo que me pasa: en este cuarto y por el tiempo que alquilo a esta mujer, me siento el de antes. De los miles de hectáreas que abarcaba mi corazón me queda nada más que esta chacrita. Lo demás no me pertenece, está alquilado o vendido. Antes de la cárcel, cada vez que iba de putas mi cabeza estaba en otra parte; la fiesta era para el cuerpo, que después, amansado, buscaba olvidar. Ahora, en cambio, no hay otro lugar en que me sienta completamente a gusto; en todos lados parece haber una nota falsa, algo que no va. Esto del mendigo jamás hubiera pasado antes. Es curioso cómo todo está dado vuelta. No hay un cachito de vida que sea igual. Nadie en quien confiar. Lo único que permanece son estos tratos secretos de la carne. Aunque aquí también las cosas cambiaron. Ahora me molesta ser uno más, una cifra para Gisel. Necesito hablar con alguien y confío en ella, de modo que de un momento a otro me encuentro contándole acerca de Rita.

—¿A escondidas lo ve? —insiste Gisel—. ¿Y no probaste sacarle de mentira verdad?

—No —contesté—. Nunca hice eso. Sería como una falta de confianza.

—¿Falta de confianza! —Gisel se ríe entre dientes—, ¿pero qué decís, te escuchás lo que decís, vos?

—No entendés —digo fastidiado—. Si no está segura de lo que está haciendo, me va a mentir. Y si me miente, me va a tener que seguir mintiendo. En cambio, dándole tiempo...

—¡Ahhh! —ladea la cabeza, pensativa—, pero entonces, vos pensás que tu mujer se deja ... —hace un gesto obsceno con las manos.

—No me jodás. ¿Cómo voy a pensar eso? Tendría que estar más que loca.

—¿Por qué loca? Tan loca no hay que ser para calentarse con un tipo, ¿no?; O bajó de un plato volador el chabón? —dice Gisel y se me queda mirando, mientras se sirve unas gotas de whisky—. ¿Querés una copa?

Está de perfil, con el pelo levantado por un broche y tiene una expresión calma; tengo la impresión de que su piel blanca y porosa absorbe todo, hasta lo que no digo, y pienso en contarle que el tipo es un ciruja. Dudo un par de segundos y después, por pereza o por miedo, me callo. Tiendo la mano hacia el vaso que ella me ofrece y me lo llevo a la boca. El líquido me raspa la garganta y entra en el pecho casi con dolor.

—¿Vos creés que se deja coger por el tipo? —Pronuncio las palabras con un hilo de voz y miro para otro lado. He sentido que la sangre se me retiraba del cuerpo, pero en el momento en que hablo su violento reflujó me golpea en las sienes.

—Yo conozco a la gente —dice, como si me leyera el pensamiento—. No necesito que vengas a contarme nada para saber que la mina es derecha. ¿Qué te creés, que si ella fuera trucha vos estarías aquí? Vos estás aquí porque no es trucha. Por eso estás aquí.

Yo necesitaba el halago de Gisel; ella dice lo que yo quería escuchar y se lo agradezco. Me consuela porque para eso está.

—¿Te sirvo otro? —dice Gisel y tose con una tos seca que le nace del pecho y que me parece conocer de toda la vida. Siem-

*pre he sospechado que a los hombres, a todos, nos pasa lo mismo; que el famoso impulso de apretar un botón es una fábula nacida de la vergüenza, del malestar del macho por la ternura irrefrenable hacia una hembra que es de todos y no es de nadie. Ahora, en este momento, ella es una prolongación mía, un misterio que me sale del cuerpo y se alarga en el colchón. Ella sabe. No es un espejo, un cristal vacío. No, es su humanidad la que me desnuda, la que me quita el disfraz. No sé cómo ha ocurrido, nunca sé cómo ocurre. Tal vez sea producto de la rectitud de nuestro trato: yo pago por lo que recibo, ella cobra por lo que entrega. No hay chantaje ni promesa. El sexo es sólo sexo. Pero nunca es sólo sexo porque nos sumergimos en un baño del que no salimos indemnes; no es una mezcla temporal de humores; no es sólo saliva, flujo, semen y transpiración mixturados; no son sólo olores y sabores que se entrelazan; también es el amargor, la sequedad y la obstinación del alma que se escapan entre gemidos, que tiemblan y se unen a la piel del otro en cada sacudida. No se regresa de esas cosas como si nada. Se vuelve con inocencia, con gratitud y con algo del otro que se va evaporando pero perdura de una manera confusa.*

*—Cuando era chica —dice ahora, arrollando la sábana bajo las axilas y estirándola de dos patadas limpias— le tenía miedo a los sapos. A la piel, ¿viste? ¿Viste cómo es la piel de los sapos? Bueno.*

*—¿Y? —le digo; ahora que ella está de espaldas me pongo de costado y reclino la cabeza en la mano—. ¿Se te pasó o seguís con miedo?*

*Sacude la cabeza, mirando un punto lejano.*

*—Se me pasó —dice—. De chica nomás. Una vez anduve con dolor de muelas y mi vieja me puso la panza del sapo en la cara, ¿escuchaste hablar? No sabés qué alivio. Pero del otro lado estaba esa parte, ¿no?, y había que agarrarlo de ahí y apretar-*

*lo contra la mejilla. Al principio no aguanté; casi lo tiro a la mierda.*

*—Difícil aguantar el asco —digo.*

*—No, no —aclara—. Lo que no aguantaba era que el alivio viniera de ahí, ¿no? Del mismo lugar del asco. De la misma panza del sapo, pero dada vuelta, ¿tá?—. Y se queda mirándome, indagando con la mirada hasta qué punto entiendo lo que quiere decir.*

*—Tá —confirmo mecánicamente. Estoy en esa nada desesperante de donde surge el gemido de Rita anoche, en la oscuridad, después del primer abrazo, cuando me di cuenta de que ella buscaba algo que yo no iba a darle. Vi en un fogonazo su imagen voluptuosa y sentí en su saliva el escándalo de un deseo intolerable; y en medio de la rabia y del miedo sospeché de ella; sospeché que lo lleva enquistado al tipo en ella y que lo busca en mí. Cuando más trato de olvidarlo más me lo trae ella. Me retraje irritado y algo se le frenó y la hizo volver; se apoyó en mi pecho, respiró hondo y se rascó la cabeza con fuerza, como suele hacer cuando está contrariada y ya era otra vez la Ponche; le hice el amor mansamente pero algo estaba roto, como otras veces.*

*Porque no es la primera vez que pasa; pasa desde que re-tornamos. A veces ella llega a casa con una mirada opaca y la voz quebrada, como si no tuviera fuerzas. Cuando está de ese humor es inútil preguntarle nada; no quiere hablar y me abraza a cada rato como si le faltara calor, o como si algo la atemorizara. A veces bastan las caricias y a veces no. A veces le llega esa rabia, ese deseo de fundirse, de chuparme el alma, que me deja frío.*

*Entonces descubro que mis dos mitades desencajan; no se soportan. Somos compañeros —me digo—, marido y mujer. Pero no es cierto. La verdad es que el deseo de las mujeres es una trampa en la que no quiero caer.*



*Y sin embargo detrás de esa gansada del sapo de Gisel, tironeándome desde adentro está la intuición de un error; la premonición de que otro tipo camina a mi lado esperando tomar mi lugar; la sospecha de que el tipo es lo mejor de mí que me ha andado buscando.*

*—Cosas que te pasan cuando sos pendeja —reflexiona Gisel, sujetándome la mano para encender otro cigarrillo.*

\*\*\*

*Hoy Rita regresó temprano, me abrazó y se quedó unos segundos apretada a mí; después se apartó distraídamente y dejó el bolso en el suelo. Me quedé parado, mirándola. Un golpe de dolor me sacudió. Apreté los labios y fui a poner el agua para un café. Por un momento pensé en hablar con ella. Me siguió hasta la cocina y me abrazó por detrás. Se había sacado los tacons y la sentí más chiquita contra mi espalda.*

*—¿Un mal día? —preguntó.*

*Yo sacudí la cabeza y eso pareció conformarla. Suspiró y segundos después escuché sus pasos en el pasillo.*

*La nostalgia desata una cadena de asociaciones. Una confusión de imágenes y sentimientos donde la figura de la Ponche se destaca en la precariedad de la villa. En esos recuerdos los ojos de mi mujer son dos pedazos de terciopelo color caramelo. Irradía felicidad y sencillez.*

*Por entonces sentía un difuso orgullo cuando la observaba y desde hace días me vuelven esas imágenes antiguas, enterradas hace años. La veo otra vez a punto de cruzar Corrientes, con el pelo largo ondeando y el perfil concentrado, atento a la luz a punto de cambiar, la pollera lila de verano arremolinada, jugando alrededor de las rodillas y su aire lleno, como de mujer preñada. La militancia es una rara forma de la felici-*

*dad; le da sentido a la vida, pero sobre todo le da sentido a la muerte. No lo sabíamos; no todavía. Tardamos años en entender que no hay un temor que no nazca del miedo a la muerte. Entonces no le temíamos a nada. La posibilidad de morir peleando nos iluminaba.*

*Ahora todo es diferente. Cuando la vi en el puerto con el ciruja, en la cara de la Ponche había confianza y una complicidad que yo creía desaparecidas, liquidadas. La observé con el estómago estrujado pero no sospeché que estaba mirando al gusano que empezaría a comerme las entrañas.*

*Ahora la escucho traquetear en la habitación del fondo y tengo ganas de mirarla, de hablar boludeces. Me dirijo hacia allí y en el pasillo empiezo a escuchar su voz. Es un murmullo, que al principio confundo con la canilla del baño. Avanzo despacio, sin hacer ruido. La puerta de la habitación está entornada pero no la empujo. Me paro de cara a la madera y escucho, deseando que la voz que oigo no sea la suya.*

*—...creés que es algo serio. —Hay una pausa, seguida de un par de monosílabos, y después otra vez el tono íntimo, perentorio—. No me jodas ahora. No, no estás atado. Soy yo la que está atada —otra pausa breve, y un rápido—: No puedo hablar ahora. Sí, sí, de acuerdo.*

*Me deslizo hasta el baño y cierro la puerta. Segundos después Rita me habla a través de la hoja.*

*—Juan, estás ahí?*

*—Sí —contesto, y de inmediato sus nudillos golpean la madera con un repiqueteo rápido.*

*—¿Puedo pasar?—dice, con voz de súplica.*

*—Ahora no —digo, y abro la ducha.*

*A través del agua, de los párpados, observo la piel pálida, el vello, el abdomen, los pies de un tipo que debo ser yo, pero que no soy. No soy. Yo no tengo nada que ver con este vendedor de*

*bosta, con el casi calvo marido de esa extraña que susurra en el teléfono de mi habitación.*

*Hay una idea que ha estado allí hora tras hora, tan sencilla y tan ignorada como la luz del día: Yo, Juan Agustín Morante, estoy debajo de una enorme montaña de mierda. Tapado y enterrado, pero vivo aún.*

*Me deslizo hasta sentarme en la bañera y allí, la cabeza apoyada entre las rodillas, observo el agua que me bordea las nalgas y busca hacia atrás el anillo plateado del sumidero, lo rodea y entra, perdiéndose en infinitas cañerías subterráneas. De ella no queda nada, ni ruido, ni silencio, ni su presencia en mi pensamiento. Pero allí va en estos mismos momentos, tan real como yo que permanezco arriba, con el culo pegado a la loza. Si no soy ese tipo, ¿quién entonces? Juan Agustín Morante, digo y mi voz resuena húmeda, hueca: socialista. Eso puedo sentirlo, sí. Eso soy. Pero cuando abro las cortinas del lugar de donde ha surgido la idea, entra un poco de luz y Juan el socialista retrocede y se pega a la pared como un vampiro aterrado; en el extremo opuesto del cuarto aparece Juan el vendedor de fertilizantes. ¡Alto, boludo!, dice. El vendedor tiene la cara de mi torturador en jefe. Usa además los mismos argumentos. Dice que debo dar gracias: tengo un empleo en un Laboratorio Internacional; dice que me saque los humos de la cabeza, que gracias a Dios y a María Santísima sobreviví; debo dar gracias y quedarme bien en el molde, que la saqué bastante barata. Habla escondido detrás de una máscara, que es tan grande que no le deja ver ni escuchar nada. Me río; debo haber reído con ganas porque llega la reacción: los golpecitos secos en la puerta y lejána, escondida detrás de la lluvia en la bañera, la voz de Rita.*

*Nada queda de Juan Morante, socialista. Los años de la facultad fueron años de no tener un mango y ser feliz, de estudiar con entusiasmo, seguro de que había mucho para hacer, tanto que*

*iban a faltar brazos, cabezas, fuerzas. Integraba comisiones que vibraban como hormigueros y en cada una de ella se desplegaba el futuro como una bandera en fecha patria: planes para cultivos intensivos, para plantas agroquímicas de capital nacional; para cooperativas de pequeños propietarios. Íbamos a expropiar, a industrializar, a extender, a repartir. Y yo iba a formar parte de eso.*

*El agua que se desliza por el sumidero se pierde en cañerías ocultas; el vapor sube y forma pequeñas gotas en las paredes; todo sigue un curso lógico allí afuera. Pero aquí, dentro, no. Aquí dentro Juan el socialista se avergüenza de su sonrisa de vendedor de bosta, de no haber mandado a la puta que lo parió a Lizarraga y saber que no lo mandará tampoco mañana, ni pasado. Porque no hay salida. Porque lo único que puede hacer es aguantar y esperar a que aparezca una señal.*

*Rita no soportó las presiones. Debí haber actuado antes, impedir que las cosas llegaran a este extremo. Lo que la trastornó fue el parecido del tipo con Floyt: ése fue el broche de oro. Cree que es él y quiere salvarlo. No se da cuenta de que el tipo no es Floyt, que corre peligro. Pero yo sí me doy cuenta.*

*La idea de lo que tengo que hacer me llega con una claridad fría y filosa. No comprendo cómo permití que las cosas llegaran tan lejos. Detrás del vigor de la decisión tengo la conciencia de haberme dejado estar, de haber jugado a las escondidas con una tragedia que no ocurrió, pero que podría ocurrir.*

*Me paro y cierro la ducha. Me froto la cabeza y con uno de los bordes de la toalla hago un semicírculo en el espejo y me miro.*

*No voy a decirle una palabra. Cuando salga estará en la cocina, con la cena servida, me verá entrar y me mirará a los ojos para adivinar si la escuché. Tendrá preparada una mentira pero no va a poder usarla. Lo que verá en mi expresión será cordialidad y lejanía. Haré de cuenta que estoy pensando en los papeles que tengo que llevar a la oficina; antes de decirle*

*“Hummmm... qué olorcito, Ponche. Estoy muerto de hambre”. Después voy a sentarme y como por casualidad le haré la pregunta: “¿Qué querías, que golpeaste?”. “No, nada”, va a contestar ella, “tenía ganas de ir al baño”. Y vamos a comer, como si nada hubiera pasado. Es lo mejor. Definitivamente.*



Es una mañana fresca y clara, inusualmente seca. Rita observa los árboles de ramas peladas; el colchón de hojas en la vereda se extiende hasta el cordón y cubre parte del empedrado.

Atrás resuenan los confortantes bufidos de la cafetera eléctrica. Se sirve un café y vuelve a pararse junto a la ventana. Le gusta empezar el día tranquila, ir saliendo lentamente de la modorra. Pero no es ésa la razón por la cual está junto a la ventana. La razón de su atención está puesta en el Peugeot azul que se arrima al cordón, sin estacionar.

De la puerta del acompañante emerge el pelo bordó, las grandes caderas y el torso delgado de Julieta; las manos blancas que alisan el vestido entallado. La mujer acomoda la cartera con un gesto nervioso, se inclina hacia el conductor y cambia con él unas palabras; mira hacia arriba. Rita se echa hacia atrás, deposita la taza en la mesada y se encamina a su escritorio.

Desde el momento en que Misha instaló los micrófonos y Rita empezó a escuchar las grabaciones, se le manifestó un mundo cifrado en códigos. La asombra la facilidad con que se muestran los hilos de una trama cuyo dibujo permanece sin embargo invisible. Todo está allí; todo ha estado allí, siempre.

Ha tomado la costumbre de almorzar algo liviano en un pequeño bar frente a Plaza Italia; con el gusto del café

todavía en la boca camina a veces por el Rosedal, a veces por el Botánico, con los auriculares puestos. No circula por los mismos lugares, no repite la rutina de sus paseos. Retira al mediodía la grabación de las conversaciones de Martina, Julieta y el Nene y vuelve a la oficina una hora y media después.

El primer mediodía que destina al espionaje, siente culpa mientras escucha una conversación entre Martina y Axel. La conversación es tan personal que después de un par de minutos aprieta el botón de stop y adelanta la cinta, pero enseguida la retrocede al punto inicial y vuelve a empezar; no puede permitirse escrúpulos. Escucha el tono de súplica de Martina que insiste en ver a Axel, es importante. Axel le pregunta si ha pasado algo; suena desinteresado y Rita reconoce el tonito sádico de Axel la noche de la fiesta. Martina responde, luego de una pausa rebotante de duda, que sí, que ha pasado algo; es evidente que usa cualquier pretexto para embaucar a Axel; es tan evidente que a Rita se le ahonda el estómago de asco. Pero enseguida comprende que se trata de un juego. Después de una seguidilla de conversaciones similares comprende que Martina *tiene* que sonar plañidera y Axel *tiene* que sonar indiferente: es el piso sobre el que caminan. En ese juego encuentran su erotismo. Rita ha estado atenta al doble sentido o a la posible mención del nombre de Julieta pero no, el nombre no es mencionado nunca. Después de la segunda conversación ya no siente culpa sino un ligero desprecio hacia Martina, y sobre todo la certeza de que esas conversaciones no la acercarán a lo que pasa.

A las charlas con Tóifel les dedica más tiempo. La mayoría son tediosos monólogos de Martina sobre la conducta de Axel. Rita pone mucha atención a lo que Tóifel dice por-

que espera cualquier mención a sus actividades, a sus socios, a sus contactos con la policía, cualquier dato que le permita descubrir por qué confluyen Tóifel y Floyt en el desarmadero policial y qué sucede en ese lugar. Pero el hombre se limita a descalificar el culebrón de Martina con bromas irónicas.

En las comunicaciones internas, Rita encuentra en cambio un buen material. Julieta, Martina y el Nene han trabajado juntos por más de veinte años y en ese tiempo han desarrollado un metalenguaje que deja afuera a cualquier entrometido. Mira la hora en su reloj y un sudor frío le humedece la nuca. Tiene que volver a la oficina. Decide duplicar la cinta y escucharla con calma. Toma esa decisión con el presagio de que está cometiendo un error, pero se tranquiliza a sí misma: está enmohecida para la acción, se dice, le cuesta volver a correr riesgos.

Esa noche, antes de que Juan llegue, sentada a oscuras en el sillón de la sala, escucha la cinta y comprende que no solo no entiende de qué hablan Julieta y el Nene, sino que además la inquieta la naturaleza íntima del tono de voz que emplean. No se trata de charlas entre colegas y mucho menos entre el jefe y una de sus consultoras. Los que hablan en la cinta son dos personas que comparten historia, que tienen lazos comunes, que se tratan a todas horas. En el tono despreocupado, amistoso hasta en las rispideces, aparecen matices que esconden a los demás. Que premeditadamente ocultan.

Rita se quita los auriculares. Iluminada por la escasa luz del alumbrado público se dirige a la cocina y saca de la heladera la jarra con jugo de naranja. Un cosquilleo entre el placer y la náusea le acaricia el estómago. Está curioseando en la vida secreta de la gente; eso es pecado, pecado, pecado, se dice y sonrío en la oscuridad. Siente una especie de



alegría molecular. La misma que experimentaba contra la pared de la sala en Salliqueló escuchando el rumor alterado de las voces de Matilde y su padre. Los secretos. Desde chica ha sentido que si descubre los secretos correctos será dueña de la verdad absoluta. Un velo se descorrerá y ella lo comprenderá todo.

¿Qué se traerán entre manos Julieta y el Nene Spielman? Ha encontrado algo que la desvía de su verdadera búsqueda y que está a la vez lejos de los interrogantes de Pinino sobre la relación entre el pervertido de Axel y Julieta. Por otro lado, la idea de que Julieta sea amante de Axel y del Nene Spielman a la vez le parece propia de un folletín. La imagen de Julieta crece en su interior como un árbol de mil ramas capaces de ocultar cientos de nidos. Las mujeres muy misteriosas la atemorizan. Ahora ya sabe que Julieta tiene una riquísima vida subterránea. Ella misma ha visto las señas de luces desde su departamento, partiendo del mismo Peugeot azul que la dejó en la oficina unos días atrás y que no pertenece a Martín, ni a Axel ni, por supuesto, al Nene.

Termina de escuchar las cintas, justo cuando le parece oír que el ascensor se detiene en su piso. Oculta las cintas en el último cajón del aparador entre una pila de carpetas, y empieza a dar vueltas por la cocina sin poder concentrarse en nada. Juan entra, la mira y sonrío, pero está ausente. Sin preguntarle nada, Rita sirve la cena y, envuelta en el oloroso vapor que emana de la olla, piensa que la imprudencia de Pinino de llamarla a su casa no debe repetirse.

Observa a Juan que mastica despacio la carne con los pensamientos centrados sin duda en la oficina: los últimos cambios han estado mellando su ánimo. No le pregunta nada, sabe que él desmenuzará el problema y no dirá una pa-

labra hasta que esté listo. La aflige la falta de ductilidad de Juan, su dificultad para adaptarse; quisiera decirle algo que lo consuele o lo distraiga, pero su silencio en estos momentos es una bendición.

Media hora después, mientras prepara el café y retira los platos de la mesa, ha olvidado a Juan. Lo ha olvidado tan completamente que la sorprende escucharlo hablar. Se vuelve con el ceño fruncido. Trata de reconstruir en su oído sus palabras, que aún resuenan en un lugar a medio camino del cerebro, pero no puede. Tampoco le importa. Se da cuenta de que no le importa y tiene ganas de reír pero le pregunta en cambio qué ha dicho y trata de fingir interés mientras espera la respuesta, los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa en la cara. Ahora que ha superado el miedo a ser descubierta, ahora que no se siente obligada a dolerse por nada de lo que le ocurra a su marido, siente un intenso rencor hacia él, un rencor que la humilla porque es incapaz de demostrarlo.

Cuando se levanta, a las siete, Juan ya se ha ido. Se prepara un café; su mente aletargada por el cansancio salta entre fragmentos de recuerdos del día anterior y la imagen de Pinino va y viene entre ellos, sin ton ni son.

Rita se ha comprometido a darle a Pinino aquello que no sea información confidencial de la consultora; decide, sin pensarlo mucho, que los extraños diálogos entre Julieta y el Nene son confidenciales. Oculten lo que oculten, lo que haya detrás no le concierne a Pinino.

Suena el teléfono; Rita levanta el auricular y la voz del chico, enronquecida por el sueño, se desliza en su oído.

—¿Podés hablar? —dice Pinino.

—Sí. No vuelvas a llamarme a la noche. ¿Qué te pasa?

—Quedamos que a la oficina no, qué querés... —dice Pinino, justificándose.

–Que te calmes. Si nos empezamos a poner loquitos esto se va rápidamente al carajo. –Rita enciende un cigarrillo y agrega:– ¿Y qué es eso de que estás atado?

–¡Que vos no llamás y yo aquí, colgado de la palmera! –dice Pinino,

–¿Cuál es la urgencia? ¡Qué es eso “tan” serio que pasa? –pregunta Rita. Se siente cansada y la atormenta un pensamiento: hay que estar en decadencia para elegir a un pendejo de aliado.

–Averigüé algo sobre el ciruja –dice Pinino–. El chabón estuvo secuestrado, desapareció hace mucho y nunca más se supo hasta hace dos años. El chabón es biólogo, algo así; trabajaba en un laboratorio.

–Cyba Geigy –dice Rita–. Seguí.

–¿Qué, sabías? –se sorprende Pinino. Tóifel le ha contado cosas jugosas sobre Floyt, pero Pinino intuye que no son cosas que Rita esperaría oír.

–Okey, de allí lo levantaron –retoma Pinino–. Y el chabón, que lo tuvieron años allí, calculá, estrujándolo, terminó medio colifa y lo largaron.

–¿Y qué más? –dice Rita. Se pregunta de dónde ha sacado Pinino esa información y como si el chico leyera en su mente, aclara:

–Tóifel sabe más cosas de él; no lo apreté a fondo para que no entrara a preguntarse qué bicho me pica a mí con el cofla ese, ¿entendés?

Rita siente un vacío en la boca del estómago. No se ha equivocado: Tóifel tiene la clave. Le corren por las piernas pequeños escalofríos; todo el cansancio se ha evaporado y siente una urgencia incontenible; el chico es útil, después de todo.

–¿Y a vos, cómo te fue? ¿Pescaste algo? –está diciendo Pinino.

–Sí, pero no lo que esperaba. Todavía no aparece nada por el lado de Axel y tu vieja, o de Martina –dice Rita; está de mejor humor, mejor dispuesta hacia el chico.

–No por ahí –repite Pinino con lentitud. Contiene el aliento, trata de sonar normal–, pero sí por otro lado.

–En esto hay que descartar –dice Rita; ya está trabajando en la manera de sacarle información a Tóifel.

–Pero qué –insiste Pinino–. Qué estás descartando, ¿podés darme una pista?

–No –dice Rita y empieza a irritarse–. No tiene que ver con lo que buscamos, así que dejalo así.

Pinino respira hondo. Sabe que Rita ha tropezado con un material que es vital para él, puede olerlo. Algo sobre el Nene Spielman. Tal vez sobre Spielman y su madre; quizá una pista que lo lleve a la razón de ser de la foto que él vio y que su madre comparte con el Nene. Un golpe de odio lo sofoca. Tose, absorbe aire y lo siente arrastrarse apenas por su garganta. Teme que la rabia le deforme la voz.

–Una sola cosa. Una sola cosa –dice rápido, con el tonito de un chico encaprichado–. Lo que encontraste... ¿tiene que ver con mi vieja y con el licenciado Spielman?

Rita no contesta. Tampoco Pinino habla. Espera a que ella asimile, que comprenda que la verdad puede estar en varios lados a la vez. Pinino espera; percibe la sospecha del otro lado de la línea. Él está familiarizado con ese tipo de reacciones; en cambio, Rita desconfía.

–Te pregunto porque me parece que las conexiones que vos buscás tienen que ver con el licenciado –dice al fin–. Con cosas que vos no sabés... ¿hola?

–Sí –dice Rita–. Con cosas que vos sabés, entonces.

–Sí –confirma Pinino–. Tengo que escuchar eso que vos

tenés; lo que tenés sobre mi vieja y el licenciado, ¿no? Yo creo que...

–Pinino –interrumpe Rita–. Así no va, vos te das cuenta. Si vamos a hacer esto juntos, manejamos los dos la misma información. No hay otra, ¿está?

–Está –dice Pinino, aliviado–. Por mí, está de diez.

27

*Tóifel me cuenta la historia tal como la contó el tal Sequeira, del corralón policial que tiene negocios con los milicos.*

*Sequeira cuenta que el ciruja –al que Rita llama Floyt–, era un subversivo pero no de los que andaban a los tiros. Biólogo, químico, algo así era; una especie de bocho.*

*A la mujer de Floyt, que se llamaba Ana Leyrado, la habían levantado embarazada de una casa y el chabón, en lugar de irse del país, se quedó. Andaba con documentos truchos, se abrió de todo el mundo pero al año lo descubrieron y empezaron a seguirlo; el tipo sabía que lo patrullaban, dice Sequeira, porque cuando lo apresaron se tragó una pastilla que tenía a mano. No la pastilla de cianuro que usaba la mayoría, dijo. Otra, que él se preparó para soportar el dolor o algo así, porque en el caso de secuestro quería aprovechar y averiguar algo de su mujer y qué había pasado con el pendejo que a esa altura ella tendría que haber tenido, es decir su hijo.*

*El caso es que la pastilla le pegó mal y cuando llegó a la Escuela de Mecánica el tal Floyt largaba espuma por la boca y tenía los ojos dados vuelta. Los milicos lo tiraron en una celda convencidos de que el tipo había tragado cianuro y que era boleta, pero cuando al día siguiente abrieron la celda lo encontraron sentado en un rincón, meado encima y mirándolos con ojos de loco. Los tipos, que estaban reacostumbrados a que los chabones se hicieran pasar por colifas, le entraron a dar máquina...*

*El tipo deliraba, decía boludeces pero también preguntaba por Ana Leyrado. Se ve que se le había metido en el bocho y de ahí no salía. Según Sequeira debió tomar algo que le hizo mierda la cabeza. Lo que está claro es que el chabón no se quiso matar, que la pifió con la pasta. Se ve que quería saber qué le había pasado a su mujer; debe haber confiado que eso no se le borraría, como no se le borró. Pero lo que es sacarle información, eso fue imposible. Dice Sequeira que el tipo decía cualquier verdura, que le dieron duro varios días hasta que se convencieron de que estaba de verdad del tomate; entonces lo dejaron y medio se olvidaron del chabón.*

*Un día, dice Sequeira que viene un capitán y lo sacan para hacerle unas preguntas. Pero Floyt no caza una; se encoge como un perro y entra a revolver los ojos, aterrado; el milico se da vuelta y mira a los guardias, que levantan los hombros como diciendo: yo te dije. Ahí el milico lo mira a Floyt y se ve que lo encuentra gracioso porque larga la carcajada, le palmea el hombro y le dice al guardia: “Muy bien, sacalo a lavar los platos”.*

*Y como Floyt no rompe las bolas, dice Sequeira que lo sacan también a repartir comida, a llevar prisioneros al baño y así va quedando en la Escuela como el loquito del pueblo. Por Ana Leyrado pregunta todos los días apenas le abren la puerta. Los milicos le contestan cualquier boludez “salió a hacer un mandado”, “enseguida viene”, lo que se les ocurre; Floyt baja la cabeza, y sigue con lo suyo. Un día un oficial nuevo, Arroyo, lo para en seco, le dice que se deje de romper las pelotas con su mujer y Floyt no pregunta más. Sequeira dice que a lo mejor tuvo miedo y después simplemente se olvidó de Ana Leyrado.*

*Para el ochenta y uno, ochenta y dos, Floyt aparece dando vueltas por el puerto. El mismo Arroyo parece que intercedió por él, dice Sequeira.*

*Le pregunto a Tóifel cómo se las arregla el chabón; si cirujea, afana o qué. Que para qué va al corralón policial. Trabaja en el corralón, dice Tóifel que le dijo Sequeira. Los milicos se lo endosaron a la cana para que lo tengan ahí. Saca las piezas de los autos chocados, las limpia y las guarda en un galponcito al fondo. Lleva un inventario de todo; siempre sabe qué hay, por si le piden. En eso, fijate vos, el tipo funciona. Está unas horas y le tiran unos pesos. Quién, no sé. Si querés te averiguo, le dijo Sequeira a Tóifel.*

*Lo raro es que este tipo, Floyt, dice Tóifel, cree que encontró a su mujer. Me mira y yo pongo cara de estar intrigado. Y estoy. Sí, dice Tóifel, la vio en algún lado, por la calle, en un café, vaya a saber dónde. Imposible saberlo porque el tal Floyt no abre la boca. Sequeira está bien seguro de que no, porque a la mujer la tiraron al río.*

*Sequeira se enteró, dice Tóifel, de la única manera posible: siguiéndolo. Entró en sospechas una mañana cuando vio que el tipo estaba como transfigurado; tan nervioso que dejaba caer las piezas, iba y venía de los autos al galponcito, como si en el camino se olvidara qué estaba haciendo y se dejó afuera unas partes que había estado limpiando. Sequeira pensó que andaba en algo raro y lo siguió.*

*Floyt, que duerme en un edificio abandonado del puerto de Olivos, estuvo con una mina de siete y pico a ocho, dijo Sequeira. Una ciclista que, según supo después Sequeira, iba a verlo casi todos los días y le daba charla. Sequeira se quedó en el bar de enfrente del edificio, mirando el río y tomándose unas cervezas hasta que lo vio salir, a eso de las nueve de la noche. Caminaba rápido, sin mirar atrás. Sequeira lo siguió; una hora después el mendigo se acercó a la vidriera de un bar en San Isidro y observó el interior y ahí nomás, en una mesa contra la ventana, estaba sentada una mujer bastante bonita, de unos veinti-*

*cinco años, calcula Sequeira, con una cara en forma de corazón, ancha y de pera en punta, el pelo largo y enrulado. Escribía sobre un cuaderno y de tanto en tanto se volvía hacia la ventana como si mirara para afuera pero sin ver; chupaba el extremo de la lapicera, contraía el rostro y se le hacían arruguitas horizontales en la frente.*

*Floyt no se dejó ver, pero la observó todo el tiempo. La chica estuvo más de una hora y cuando se fue, él la siguió. Y Sequeira, claro, los seguía a los dos. Caminaron por una calle de casas residenciales, angostas, de grandes arboledas, hasta que la chica entró en una de ellas. Era una casa con escaleras de lajas chatas y con la puerta ubicada de costado, casi oculta por las sombras de una hiedra. Floyt saltó al jardín de la casa de enfrente y estuvo observando las luces que se encendían según el recorrido de la chica, hasta que ella llegó a la planta alta y luego de desvestirse se durmió con la luz prendida. Floyt debe haberse vuelto caminando hasta Olivos; andaba ensimismado, metido en sus pensamientos y Sequeira se tomó un taxi en la primera avenida.*

*La chica, dice Tóifel que le dijo Sequeira, parecía el doble de Ana Leyrado veinte años atrás y Floyt, que está reloco, cree que la piba es su mujer. Pero no se deja ver. Tiene vergüenza de ser una piltrafa o tiene conciencia de que está del tomate, una de dos, porque se conforma con ir de tanto en tanto hasta la casa de la piba, se manda hasta arriba cuando ella ya se durmió y se queda ahí, mirándola.*

\*\*\*

*Lo que Tóifel me ha contado no se lo digo a Rita. Ella está convencida de que Floyt anda metido con los milicos y yo quiero que ella crea eso y me ayude a investigar qué pasa con mi vie-*

*ja. La verdad: no entiendo qué mambo tiene Rita con el tipo ese, Floyt, y con los milicos; lo que pasó, pasó, y aunque ella fuera una zurda ya nadie les da bola a los zurdos. Yo igual le sigo la corriente porque cada cual sabe dónde le aprieta el zapato, como dice mi vieja.*

*Ahora escucho la cinta que me da; es decir, escucho la parte de la conversación entre mi vieja y el licenciado Spielman. Aunque no entiendo mucho, lo de las rosas amarillas sí lo entiendo, porque así llama mi vieja a los cheques.*

*Termino de oír, me saco los auriculares despacito, con aire pensativo para crear un poco de suspenso. Me hago el que reflexiono, que acomodo las ideas y después giro la cabeza de repente como si fuera a decir algo importante. En realidad no estoy fingiendo; lo que hago encaja perfecto con el momento, con todo, pero no sé por qué cada gesto mío me parece falso. Me doy vuelta despacio y le digo a Rita que aunque a ella le parezca que estos contactos entre Julieta y el Nene no tienen nada que ver con lo que buscamos, tienen que ver. Tienen, porque Julieta me ha contado que algunos amigos del Nene son militares.*

*Rita palidece y se queda mirándome como si yo fuera un fantasma. Me deja cortado; bajo la vista y me miro las zapatillas. Rita espera que continúe, así que respiro hondo para juntar coraje, me recuesto contra el respaldo y la miro. Me da bronca que la mina esté tan, pero tan del tomate.*

*—Una vez —le digo para apurar el trámite—, estábamos mirando unas fotos Julieta y yo, y de repente lo veo al licenciado con dos tipos de uniforme en un jardín. Le pregunto si ése no es Spielman. Mi vieja dice que sí, y eso es todo. No le pregunté más, no me pareció raro, pero ahora que vos estás buscando todo lo que esté relacionado con militares, a lo mejor te sirve.*

*Le insisto en esto porque quiero que Rita me pase todas las grabaciones; sé que allí hay material precioso para mí que, jun-*

*to con lo que tengo en casa y en la cabeza, me va a llevar a donde quiero ir.*

*Ella mueve la cabeza de arriba abajo, pensativa, y en ese momento se me ocurre algo. ¿Y si lo que averiguamos es retrucho y a Rita se le ocurre denunciar a mi vieja? La idea me deja tan paralítico que no escucho su pregunta.*

*—¿Y vos, averiguaste algo en el fin de semana?*

*Debo haberla mirado raro porque se sobresalta, me pregunta qué pasa y ahora soy yo el que mueve la cabeza, por temor a que me falle la voz. Debo ser cuidadoso. Le digo que no, que no averigüé nada, que Julieta había estado en Córdoba el fin de semana; termino de decir eso y siento que la cara me hierve como una pava, que he dicho algo que debiera haberme callado. Pero qué te pasa, insiste Rita y yo que nada, pero sé que no debo hablar de Córdoba. ¿Por qué? No sé. Y justamente porque no sé nada, porque vivo colgado de la palmera, sacudido por alarmas, manejado por timbres, repleto de sospechas es que, de una vez por todas, tengo que saber.*

## 28

Hasta que el premio mayor le estalla en los oídos. Las horas de búsqueda a ciegas dan su fruto en el instante en que escucha las voces de Julieta y Axel. Es el hombre quien ha llamado; tras oír los primeros saludos, Rita ensordece. Antes de que su razón reconozca de quiénes se trata, ya su sangre le revuelve los tímpanos. Escucha la conversación a través de un mar pulsante que no quiere calmarse.

La sorprende el tono sin vacilaciones y distendido, que cambia con el contenido de la conversación. Es un tono asentado en la confianza, en el conocimiento mutuo, en el tiempo, una larga dosis de tiempo. Julieta nunca ha hablado así con ella, y Rita hace mucho tiempo que no habla así con nadie. Tal vez con Pinino un poco, pero es una relación tan desapareja, tan desigual. Usó ese tono con Floyt. Ella, no él. Y se equivocó. Las voces de Julieta y Axel jerarquizan la realidad y Rita envidia esa corriente vital, la carga de sinceridad que contiene.

El hecho de que la conversación esté plagada de claves revela su carácter encubierto. Los términos de la conversación son éstos: Axel le dice a Julieta que está de regreso y que todo ha ido bastante bien pero que el salmón no se da mucho allá, en esta época; no tanto como le habían informado en Buenos Aires. Que la pesca sin embargo ha sido buena. Julieta se ríe y le dice que él es muy codicioso, que está segura de que le ha ido bien, ¿o no? No tanto, no tanto, dice Axel. Las corrientes han cambiado en los últimos tiempos. Sos insaciable, dice Julieta, y luego pregunta cuánto. Dos, dice Axel. ¿Para comer de inmediato o para dentro de nue-

ve meses?, pregunta Julieta. Para comer ya, esta noche si querés, dice Axel. ¡Ah, qué bien, qué bien!, responde Julieta, y suspira.

Rita detiene el grabador; ha escuchado tres veces este tramo y ha tratado de entender. Enciende un cigarrillo y cierra el libro que tiene abierto sobre la falda. Una rafága de viento la obliga a apretarse el abrigo contra el cuerpo; presiona el botón de *stop*, deja el banco y camina por un sendero bordeado con plantas casi mustias. Siguen referencias al clima “allí arriba”; Julieta pregunta a qué posada ha ido y Axel dice que no fue a una posada sino al motel. “Al de Victoria.” Julieta le pregunta si ella lo encandiló con sus discretos ojos. Axel contesta que nada lo encandila cuando se trata de pesca.

Rita vuelve a apagar el grabador. El nombre de Victoria asociado a los “ojos discretos” le recuerda de inmediato a una amiga de Julieta que conoció en la reunión de venta de cosméticos, unos meses atrás. Una mujer de ojos clarísimos delineados en negro. No recuerda cómo se llaman las mujeres que vio esa tarde, pero reconoce el nombre de Victoria. También recuerda su desagrado por la conversación sobre los chicos abandonados sin poder reconstruir los comentarios de las mujeres, aunque sí el tono de estúpida superioridad en sus palabras.

Es noche avanzada cuando Rita escucha en la sala de su casa otro llamado para Julieta. No necesita oír el nombre para reconocer la voz aflautada y un poco gangosa de la mujer de ojos claritos que empieza quejándose de la mañana tremenda que ha tenido, trotando de un lado al otro, llevando consuelo hasta el último rincón de la parroquia. “Te tiene dominada el padre Remigio”, dice Julieta, y la otra suelta una carcajada desconcertante, como si le llegara el desdén en la

voz de Julieta pero sin percibirlo realmente, registrando la falta de sintonía entre su caridad y el comentario de la otra. Y antes de que se apague el último eco de la risa, el tono de la mujer cambia, se torna confidente y dice que recibió el pago y que ya le entregó a la chinita lo prometido. Que en su recorrida, Graciela ha dado con otras dos que viven en verdaderos chiqueros, Julieta. Dos pozos inmundos, según dice Graciela. “Una está para dentro de cinco y otra para dentro de seis, así que si hay familias me avisás y solucionamos esto.”

Rita traga una saliva espesa que se le ha ido formando en la boca y que amenaza con bloquearle la garganta. Ya no tiene dudas.

Apaga el grabador y permanece sentada en la sala. Está a oscuras, con el dedo sobre el botón plateado del *play* y la mente en blanco. Pasea la mirada por las siluetas que se dibujan en la penumbra. Le parece que el último cajón del aparador sobresale unos milímetros. Se levanta de un salto, abre el cajón y palpa las carpetas de plástico blando, los cantos de las hojas de papel, hasta que sus dedos se topan con las dos cintas. Respira aliviada. Tiene que sacarlas de ahí, guardarlas en otro lado porque Juan ya no disimula sus sospechas.

De a poco, eludiendo la emoción, Rita se da cuenta de que acaba de descubrir que Julieta y Axel forman parte de una organización. Y también Victoria, la mujer de ojos claros. Probablemente la reunión con que se topó aquella tarde no fuera de venta de cosméticos.

\*\*\*

Al día siguiente se reúne con Pinino en el Rosedal. El chico escucha las cintas, los codos en las rodillas y la cabeza entre

las manos, de modo que Rita no puede verle la cara, pero percibe la tensión del cuerpo. Cuando se incorpora, sus mejillas tienen manchas rojas, pero está más pálido.

—¿Sabés algo sobre esa mujer, Victoria? —pregunta Rita, pero no le da tiempo a contestar—. ¿Vos sabés de qué hablamos acá, no?

Pinino la mira con sorna. Tarda unos segundos en contestar y luego dice, con premeditada lentitud:

—Sí. De cosas ilegales. ¿Vos, en qué equipo vas a jugar?

Rita no ha pensado en eso. Lo que ha encontrado la pone en una situación que no sabe cómo resolver. Menos aún con Julieta como implicada, con un amigo de Pinino colocando las escuchas y con Pinino como colaborador.

—No sé. Lo mejor sería dejar todo como está, pero no lo voy a hacer. No lo voy a hacer.

—Bueno; entonces —dice Pinino—, yo no voy a dejar que mi vieja vaya en cana, ¿entendés? —y mira a Rita al fondo de los ojos.

Rita piensa unos instantes; se pasa la mano por el pelo, se remueve incómoda en el banco. Ella no iría a la policía porque la policía seguramente forma parte del negocio. Pero tampoco podría quedarse de brazos cruzados.

—No voy a denunciar a nadie —asegura Rita al fin—. Pero de ahí a no hacer nada...

—Hacer, hacé lo que quieras —dice Pinino—, siempre que mi vieja no se entere de que estoy metido en el medio. Pero tenés que jurarme que la cana aquí..., nada que ver.

Rita cree ver un relámpago acuoso en los ojos de Pinino, apoya una mano en la rodilla del chico y le da un par de palmadas. Después le dice que están en eso juntos y que todo lo que hagan tiene que ser de mutuo consentimiento. Pero ni ella cree en esas palabras. Permanecen en silencio.

Están seguros de que el compromiso de no meter a la policía va en serio, y por ahora eso les basta.

Ahora Pinino está contando lo que sabe de Victoria. Asegura que es una mujer muy católica, que visita la parroquia de Nuestra Señora de Fátima y que hace obras de caridad en una villa, o en varias, a través de sus empleadas. ¿En qué villas? En Ciudad Oculta, tal vez en La Cava.

A Pinino no le extraña que Victoria esté en esa clase de negocios; la ha escuchado muchas veces hablar de la promiscuidad de las mujeres de la villa, de su falta de iniciativa, de la suciedad, la fealdad, de la pena que le producen los chiquitos criados en el barro como chanchos, cuando podrían “hacer la dicha” —reproduce Pinino—, de matrimonios cristianos, decentes, que no pueden tener hijos. Pinino está seguro de que Victoria haría esos negocios por patriotismo. Pero puede averiguar más, justamente en Ciudad Oculta, donde Pinino tiene una amiga. Rita lo mira intrigada y el chico dice que es una sirvienta que tuvieron, que Julieta tuvo, aclara, y que echó hace años pero que él sigue viendo.

Rita lo observa, y Pinino, que ha estado sumergido en sus pensamientos, se vuelve y encuentra el brillo cariñoso de los ojos de Rita; en esos imprevistos segundos percibe que ella no va a dañarlo. Que por lo menos va a cuidarse de hacerlo.

\*\*\*

La amiga de Pinino se llama Mercedes Gracián. Ha vivido en la villa desde que nació y tiene treinta y seis años. Pinino la ve de vez en cuando. Mercedes se sienta a cebar mate y conversa interminablemente. Pinino escucha con una parte de su cerebro; deja que las palabras entren en su sistema



nervioso y lo calmen. Cuando era muy chico y su madre desaparecía sin muchas explicaciones, escuchar a Mercedes lo tranquilizaba. En esas ocasiones a Pinino lo atormentaba el miedo; lo único que lo calmaba era la presencia de Mercedes. La mujer le contaba historias de gente que él no conocía pero al cabo de unos días esa gente era tan real como Borego y más real, mucho más, que sus compañeros de grado.

A su lado, Pinino tenía la impresión de que la vida no era complicada, que todo era simple y que las personas se embrollaban por estupidez. Nunca supo por qué su madre la había despedido y no era algo que le importara, de modo que apenas se le permitió viajar solo, fue en busca de Mercedes. Tenía diez años entonces y ella no hizo preguntas. Lo tomó como algo natural; le dio charla, lo alimentó y después lo acompañó hasta el colectivo y lo miró partir, agitando la mano regordeta y tiesa al costado de la cabeza.

Mercedes dice que conoce a la criada de Victoria, porque ha nacido también en Ciudad Oculta. Dice que “Graciela tuvo cabeza desde chica, y ganas de salir de la villa. No se daba con nadie y el cura de la parroquia la recomendó para que limpiara en lo del obispo. Y ahí, donde el obispo, la habían hecho estudiar y se la habían recomendado a la señora Victoria”.

Graciela se hace llamar Gra, al final todas las mujeres en Ciudad Oculta la llaman así. Gra, dice Mercedes, y se ríe. Y hace años que va de parte del obispo, reúne a las mujeres embarazadas y les da clases de higiene. Y cuando alguna tiene ya muchos críos y no puede con más, Gra les ofrece plata, y ellas agarran viaje. Nadie las obliga, aclara Mercedes. No, señor, aclara; y vuelve a reír bajando los ojos. Unos cuantos críos, dice Mercedes, y asiente con la cabeza. Y como viene de parte del obispo, que es para familias cristia-

nas... Empezó para el tiempo de los militares. Un poco después, sí. No mucho. Pero la Gra trabaja desde ese tiempo con la señora fina, porque el esposo de la señora es militar y amigo del obispo, y así llegó el arreglo.

Sí, recuerda Mercedes, el señor Axel llamaba a la casa; un señor muy relacionado, muy relacionado. No con militares; con copetudos. “Cuando fue lo de mi hermano Raúl, que no apareció nunca pobrecito, yo hablé con la señora Julieta; me acuerdo que estaba el señor Axel en la casa –de casualidad porque nunca iba– y yo lo nombré a mi hermano a propósito; pero el señor se encogió de hombros: no, yo no conozco a nadie, dijo y la miró a la señora. La señora sabía que yo estaba en conocimiento de su amistad con algunos militares altos y dijo que iba a hablar. Anotó el nombre en un papelito, pero nunca más sacó el tema y al poco tiempo me dijo que no me necesitaba más. Al poquito, poquito fue.”

“La señorita Martina, claro”, dice Mercedes. “Cómo no me voy a recordar de la señorita Martina. Yo la conocí en la casa de la señora Julieta porque trabajaban juntas. Siempre le pregunto a la Gra por ella porque me daba pena lo que siempre andaba llorando por una cosa o por otra. Y hace poco va y me cuenta la Gra que la señorita está con el señor Axel. Y que la señora Julieta se enojó mucho y le hizo un escándalo al señor Axel porque justo tuvo que ponerse a salir con la señorita Martina que es su compañera de trabajo habiendo tantas mujeres sueltas en el mundo. La Gra me cuenta estas cosas medio al oído, dice que son ‘ultrasecretas’ y que no la ponga en compromiso repitiéndoselas a nadie. ¡Como si yo fuera a creer que la señora Victoria le hace confidencias!”, ríe Mercedes. “¡Como si no supiera que la Gra escucha detrás de la puerta! Si de ahí aprendió la Gra, de tanto esconderse y de escuchar al cura en la parroquia.

\*\*\*

Pinino cuelga la campera en el perchero, se saca los borceguíes y se sienta en el borde del sofá. Tiene al gato colgando entre las piernas y le acaricia el lomo, mientras trata de acomodar los pensamientos.

Lo que ahora sabe no ahuyenta la sensación nebulosa con que ha crecido; la acentúa, porque da por tierra con presupuestos de hierro. Ahora sabe que Axel y Julieta se conocen desde hace años y que han mantenido oculta la relación. Lo que no encaja es que su madre se lo haya ocultado.

Julieta nunca le ha hablado de sus negocios pero desde que recuerda, él la ha acompañado en los viajes que no interferían con la escuela. La ha visto con sus socios y con sus amigos sin que una puerta se cerrara, o se escamoteara una respuesta debido a su presencia. Él habría percibido que le ocultaban cosas.

Por eso, desde el instante mismo en que supo que Julieta y Axel se veían, comprendió que en ese misterio había algo que lo ponía en peligro. No tenía intuiciones claras, no suponía cómo, de qué manera, pero sentía tambalear su integridad ante la amenaza que se cernía sobre él.

Está seguro de que las precauciones de Julieta no tienen que ver con la ilegalidad: para Julieta lo legal y lo ilegal van de la mano. En esto hay un secreto, algo que debe guardarse como sea, al precio que sea. Un secreto capaz de elaborar sus propias redes, de crear su foso defensivo y sus murallas, de excretar su veneno a través del tiempo, de clavarse en la yugular de otros.

Pero cuán lejos en el tiempo están las raíces del vínculo entre Julieta y Axel es lo que debe averiguar ahora. Tan le-

jos como su infancia, eso es seguro. Tal vez más lejos aún, en el remoto pasado donde quedó enterrado el recuerdo de su padre.

El gato se retuerce para soltarse y Pinino abre las manos y lo deja caer; lo sigue con la mirada cuando el animal atraviesa la puerta de la cocina por entre las piernas de Julieta, que ha aparecido sin ser vista y está apoyada en el marco de la puerta, mirando a Pinino con los ojos entrecerrados.

*Julieta me mira sin verme. Lo que hace es apoyar su mirada en mí para pensar, como si yo fuera Borrego, un bicho que no jode, un dibujo animado.*

*Voy a mi cuarto y enciendo el televisor. Al rato entra ella y me pregunta si quiero cenar. Ya comí, le digo, pero sigue con la mano en el picaporte. Pasé por MacDonal'd's, agrego sin apartar los ojos de la pantalla. Como no le doy bola, viene y se me sienta al lado. Mi vieja se da cuenta cuando ando medio raro. A veces no nos damos pelota unos días porque ella está en alguna historia o porque yo estoy, pero esta vez su olfato huele sangre fresca. Me pregunta si quiero ir con ella a Las Leñas en julio, agosto. ¿Con vos y quién más?, pregunto. Todavía tengo la vista clavada en la tele, pero ella sabe que no estoy más indiferente. Puedo arreglar de pasar con vos la primera semana y la segunda con Martín; después de todo es el que paga. Se ríe. Tengo visto un equipo de esquí divino, dice con tono cómplice y me codea. Yo tengo la risa apretada en la garganta pero hago como que paso de todo. ¡Ajá!, digo. ¡Ajá! Nos reímos y me pasa la tarjetita de la casa de deportes. Eso significa que dejé pago el equipo. Beso la tarjetita y me la guardo en el bolsillo del jean. Ella me da un tironcito de pelo y se levanta. Está de buen humor.*

*Va terminando la serie cuando la escucho gritar desde el pasillo que va a llegar tarde. Apenas entiendo el final de la serie; todo lo que quiero es ponerme a trabajar.*

*Busco en el altillo la llave de la caja fuerte y bajo a abrirla; me meto en el dormitorio de Julieta, dispuesto a destripar su secreto. Me tiemblan las manos ante la puertita abierta, desde adentro me llega un perfume mezclado al olor de las telas y de su piel. Meto una mano, voy sacando los paquetes de cartas atados con hilo de plástico y siento un leve mareo; se me cierra la garganta y puteo. Lo único que me falta es un ataque de asma, ahora.*

*Pero no me pasa nada y subo al altillo con Borrego pisándome los talones. Cierro el postigón para que no se vea la claridad desde la calle y enciendo la luz central y la lámpara que está en el secreter, que viene de la época en que vivíamos en Belgrano y que ahora está en desuso. Me siento en el taburete del piano con la espalda apoyada en el secreter y saco de la mochila las cintas que me pasó Rita; he decidido qué es lo que voy a hacer primero: escuchar las cintas. Las escucho enteras, pero las que me interesan son las comunicaciones de mi madre con el Nene y con Axel y, claro está, todas las llamadas a mi vieja. Las oigo poniendo el esfuerzo en entender las claves.*

*Ya de arranque, la primera conversación me dice un toco. El sirio Amador es un tipo que solía ir a la quinta de Luján donde el teniente Rolo me enseñó a nadar. Era un tipo flaco y alto, tenía aspecto de malandrín de tango. Por eso le hicieron sacar el bigotito y le dijeron que la cortara con los trajes a rayas. Pero ni eso sirvió; igual parecía un malandra.*

*El sirio aparecía para llevar o para traer objetos de valor a la quinta. A veces, en el galpón del fondo se juntaban parvas de cosas y unos tipos pasaban horas clasificándolas. Después aparecía el sirio y las cargaba en un camión de mudanzas. Julieta dijo que el sirio era un águila y que había que controlarlo para que no se quedara con toda la torta. Después que mi vieja dijo eso fue que viajamos a Córdoba y yo me quedé en el*

*auto esperándola frente a aquella casa con el número 23 ribeteado de azul.*

*Siempre que iba a la quinta, de chico, había cosas. Las clasificaban unos hombres duros, de civil, y a veces soldados; era una gente que no se juntaba con nosotros y a la que no había que molestar.*

*Al final el sirio sacaba la mercadería “de la zona”, como decían todos. Al tiempo, Amador apareció con un camión nuevo, enorme, que brillaba como plata y que tenía un letrero: “Transportes Rincón”. Me acuerdo muy bien porque hace un par de meses vi en el noticiero que a ese transporte lo acusan de formar parte de la mafia de la carne. Le pregunté a Julieta si ésa no era la empresa del sirio y ella se rió. Sí, me dijo, era. Pero la vendió.*

*En aquella época yo creía que mi madre se había vuelto muy rica. Una mañana llegó a casa y puso un montón de dinero sobre la cama; lo contaba y lo separaba en fajos; en ese momento comprendí que mi vieja me compraba tantas cosas porque podía comprarlas. O para decirlo de otra manera: yo podía tener mucho más que lo que tenía; así que me sentí estafado por mi vieja, pero a la vez contento de que tuviéramos tanta plata.*

*Por aquel entonces Julieta hablaba siempre de su caja de seguridad y compraba joyas y vestidos. Muchos vestidos. Me llevaba a lo de su modisto, que tenía el negocio en su casa. Danilo entraba y salía con vestidos vaporosos y zapatos de taco aguja dando grititos y órdenes a su ayudante; Julieta se encerraba en el probador y salía con aire de reina. La luz de aquella casa era intensa e irreal; la excitación de Danilo y la de Julieta electrizaban el ambiente y yo temblaba oliendo todo: el olor de la seda, el terciopelo, el raso, la organza y los rastros del perfume de mi madre en la ropa.*

*Sí, creí que mi madre se había vuelto enormemente rica; claro que recordaba los lugares más chicos y menos lujosos don-*

*de habíamos vivido, pero sobre todo recordaba el deseo de riquezas de Julieta; su mano fría, delgada, la cara pegada a la vidriera de Ricciardi, y su voz, sobre todo su voz cuando me decía que algún día sería multimillonaria.*

*Ahora que escucho hablar del sirio, por primera vez pienso que fue entonces y con esos personajes que Julieta empezó a hacer dinero.*

*Hace dos o tres años mi vieja se encaprichó con un prendedor de jade; quería que Martín se lo regalara aunque ella se lo podía comprar. Para eso tengo amantes, dijo. Pero yo creo que no lo hace por el gusto de exprimirlo; se emociona cuando él gasta una fortuna en ella. En esos momentos se pone tan estúpida que la mataría; parece que se encoge, se tierniza como un pollo.*

*La cosa es que se había encaprichado con el prendedor y Martín, nada; tenía quilombos en la empresa. Mi vieja, peor. Cara de culo hasta el suelo y Martín, mustio. Y eso que es un tipo reidor. A mí me gusta el tipo, pero nos esquivamos porque mi vieja es jodida y ninguno de los dos queremos historias.*

*El caso es que mi vieja me contaba del jade, cómo era y todo eso y que este boludo le venía con huevadas de la empresa. Yo le daba manija para divertirme, porque entre mi vieja y yo se crea un voltaje altísimo cuando hay gaita de por medio.*

*Para cargarla, cuando Martín llamaba yo le decía “che, atendé que te llama el jade”. Y pasó que un día el chabón se apareció con el prendedor. Había metido una venta de armas al exterior y había cobrado buena teca. Desde ese momento cada vez que vemos un chumbo polenta en la tele, nos guiñamos un ojo con Julieta: “che, y por uno de éstos, ¿cuántos jades querrá el chabón?”*

*Jade y armas son sinónimos desde entonces entre ella y yo; se ve que mi vieja ha hecho popular el término porque ahora hasta el licenciado lo usa.*

*Me da hambre y no sé si bajar y dejar todo así. Julieta no va a venir todavía. Para ella llegar tarde significa llegar de madrugada. Pensándolo mejor, antes de seguir con las cintas quiero ver las cartas.*

*Bajo, me cargo un par de sándwiches y una birra y vuelvo al altillo. Tengo ganas de saber y a la vez, no. A la vez tengo un cagazo padre de que me salte un dragón de ahí dentro.*

*El primer montón ya alcanza para ponerme de la nuca porque son cartas dirigidas a una tal Ángela Hauffman; nunca oí hablar de la mina. Leo unas líneas aquí, otras allá, para ver qué onda. Huele como si fueran instrucciones comerciales, tipo hay que hacer esto, y lo otro, y tal.*

*Las cartas no están firmadas y por la letra son de dos personas. El orden no va por remitente, sino por fecha. Son cartas del '78 y '79. Algunos son del barrigón de Córdoba: un chamuyo pesadísimo sobre ferias americanas; los protagonistas son un cura, la señora Cotita, y la señora Candy. Cotita se encarga de organizar las ferias y es la que tiene “relaciones con toda la feligrésía del Cerro de las Rosas”, y la tal Candy conoce a todo el mundo en Córdoba. Recién cuando el barrigón habla del sirio me doy cuenta de que estamos otra vez con el tema de las cosas robadas. Sintetizando el bolonqui: el barrigón controla que el sirio Amador no se quede con ningún vuelto, lo ha obligado a hacer inventario y por su parte las señoras Cotita y Candy anotán todo lo que se vende en las ferias de La Ranita, la Quebrada del Anta y La Fortuna, que son lugares de gente bien.*

*Las otras cartas son de Ferni. Me doy cuenta por las palabras que usa y porque escribe como habla. No digo que lo adiviné de entrada, pero al ratito lo saqué.*

*Ferni mantenía una correspondencia bastante frecuente con Ángela Hauffman. El tema central era inmobiliario. Dos escribanos eran los que arreglaban los traspasos de propiedades.*

*No se decía ventas, se decía traspasos. Mal pálpito. Cuando las operaciones en el norte se complicaban había que recurrir a Urquijo —el barrigón cordobés que al fin tiene nombre— para que le guiñara un ojo a la curia y ésta destaponara el asunto. Ángela Hauffman era la intermediaria entre Ferni y el barrigón Urquijo. Leí las cartas de Ferni para ver cómo ventía la bocha con el tema propiedades.*

*Con lo que acabo de leer está reclaro para mí que esta gente desplumaba de sus posesiones a los presos (supongo que a los que iban a liquidar, para que no hubiera reclamos). Lo que no entendía era por qué se escribían cartas. A esa pregunta la respondió en otro paquete de cartas el barrigón Urquijo, cuando dijo que contar con la Transportadora de Caudales de Randía, “era una bendición”. Ahí se me prendió la lamparita de por qué unas cartas dicen “va por Ramón”, y otras “va por el chueco”; deduje que se trataba de dos choferes de confianza de la Transportadora. Las cartas iban point to point, sin estampillas ni interferencias.*

*Termino con el primer paquete y bajo a prepararme un café. Vuelvo a subir como a las doce, y arremeto con el segundo fajito de cartas, que es de los años '76 y '77. Aquí los tipos de letra vienen más mezclados.*

*Todas las cartas vienen también para Ángela Hauffman y hay un despelote de datos y de chicos que hay que colocar. Me siento tenso pero es por el nerviosismo que se desprende de las cartas. Me parece que recién ahí estaban empezando en serio con la cosa.*

*Hay una carta para Ángela Hauffman que me llama la atención porque se nota más manoseada que las demás. El tipo le dice que un amigo le pasó un pibe que él tiene que colocar, que tiene un plazo no mayor de diez días. Dice que es una gauchada que le pidió el amigo y que por favor le dé una mano*

*“para quedar bien posicionados”, porque el gomía tiene buenas relaciones.*

*Cómo terminó el asunto ése no sé, pero algo han debido solucionar porque después sigue la cosa con otros chicos, y ya no en tono de gauchada ni de urgencia sino con un tono más distendido. Y ahí entra Victoria en escena, que les agencia familias seguras, confiables, con plata, para chicos en banda. Ahí parece que se encauza la cosa. Los casos de que hablan son seis y después nada, pero a mí me late que una vez que tienen el circuito para los pibes a través de Victoria, lo que empezó como una gauchada para los milicos, siguió como un negocio para todos.*

*Está claro que los chicos que repartían los milicos eran de mujeres que iban a matar. Todo lo que estoy leyendo trata, en definitiva, de lo mismo: de cómo se repartieron los despojos de esa gente. Se me pone la carne de gallina; me da un escalofrío y a la vez me doy cuenta de que tengo la panza revuelta. Birra y café, mala yunta.*

*Yo soy nacido en el setenta y siete. Y todos los que nacimos en el setenta y seis, setenta y siete, mejor que pongamos las barbas en remojo, como dice mi vieja. No es que piense que yo soy adoptado. Ésas son boludeces y los que se hacen el moño con esa idea siempre me parecieron unos tarados. Además, mi vieja y yo somos re-parecidos y la onda que hay entre nosotros es única. Mi vieja mataría por mí y yo por ella. Así que la cosa está out of question. Pero no puedo evitar que la idea me circule. Si al menos pudiera saber quién carajo es esta Ángela Hauffman. No termino de preguntármelo cuando ya me estoy aplastando la frente con la palma de la mano tres, cuatro veces, como un loco. ¡Ángela Hauffman es mi vieja, la mismísima Julieta María Stancanatto! Lógico que tenía que usar otro nombre. Hay que ser tarado para no darse cuenta de cómo venía la bocha.*

*Bajo para mear y de paso vomito una cosa medio negra y espumosa; ya tengo los tantos bastante claros a esta altura, pero hay todavía mucho en el aire. Me zumban un poco los oídos y ando mareado de tanto leer y pensar. Subo rápido, dispuesto a terminar con el segundo fajo.*

*De a poco voy aprendiendo a diferenciar las letras. Me doy cuenta de que conozco a cada uno de los que escriben y parece joda, pero la gente escribe como habla; es fácil saber quiénes son por las expresiones que usan, por cómo repiten las palabras. Las cartas tiran tantas puntas que tengo que sacar del secreter birrome y papel para anotar.*

*Se ve que al principio confiaban más en la Transportadora del mayor Randía que en los teléfonos, y por eso salta bastante información de esta segunda pila. Hay tres cartas que el licenciado Spielman le manda a Ángela Hauffman, dos desde Bariloche y una desde Cariló. En esas cartas salta que mi vieja, que ya trabajaba en la consultora, tanteó al licenciado para que le blanqueara plata a los milicos. El licenciado se ve que dudó porque si bien le encanta la guita por otro lado tenía miedo de que se investigara si la política cambiaba. Mi vieja lo convenció, porque en la carta que sigue está super chocho y dice que está planeando un viaje de caza a Sudáfrica. Y yo me acuerdo perfecto porque mi vieja ligó la piel de leopardo que tenemos en la salita de lectura.*

*Aguzo el oído y escucho cerrarse la puerta de entrada; son las cuatro de la mañana. Me levanto, apago las dos luces y me quedo pegado a la puerta del altillo, en la oscuridad, atento a los ruidos que hace Julieta abajo, mientras pienso en Misha. Es mi amigo; es más que eso, mucho más, aunque haya una pila de cosas que no sabe de mí. A mí me late que él no quiere saberlas y yo no se las digo tampoco. Con los que uno más quiere, las cosas son así: uno no sabe en realidad nada del otro y*

*siente que no hace falta saber. Amigos como Tóifel en cambio van y vienen y en el fondo no importa nada, aunque sean amigos posta.*

*Pienso en Misha porque a sus padres los mataron los milicos y nunca más aparecieron. Okey, con Rita estamos investigando, pero yo no le puedo decir todo esto porque se va a rayar fiero. En cambio a Misha tengo que decírselo. Yo sé que a él puedo decirle “Misha, te cuento esto pero no levantes la perdiz” y él no va a levantar la perdiz. Eso a Rita no le cabe ni ahí. Ella va a querer armar quilombo. Misha anduvo investigando por su cuenta con unos pibes que eran hijos de desaparecidos y a lo mejor le sirve algo de lo que hay aquí. Él anduvo figoneando en otros archivos y puede atar cabos mejor que yo; eso seguro.*

*Borrego se frota la cabeza contra la pierna de mi pantalón y bosteza; le tiembla el cuerpiño tibio. Por la pared izquierda del altillo sube el ruido del wáter; el agua que va llenando el tanque, lo llena y corta; el silencio parece mayor ahora. Julieta acaba de entrar a su habitación. Abro la puerta y miro hacia afuera. Está oscuro y ha empezado a hacer frío. Pienso que podría hacer como que acabo de llegar a la casa y entrar en el cuarto de mi vieja para charlar un poco. Tengo ganas de ir a Las Leñas otra vez; sobre todo ir solo con Julieta. Sí, va a ser grande estar tirado en la cama con mi vieja y que me cuente cómo es el equipo de esquí y cuándo nos vamos; ir amodorrándome como si estuviéramos en viaje al norte, yo fuera chico de nuevo y otra vez me adormeciera la cinta gris del camino, el calor del auto y la voz ronca de Julieta.*

*Esta mañana le escribí una carta a Juan antes de cargar mis cosas en la valija y dejar la casa. En la carta le explico que no me estoy yendo para siempre, que necesito un tiempo para destrabar mi cabeza y que lamento no poder decírselo cara a cara. Pero justamente me voy porque no puedo decirle ni eso ni nada y hasta la casa está como electrizada por fuerzas que impiden la palabra. Que dentro de un mes voy a llamarlo para hablar. He mentido, pero sólo supe que había faltado a la verdad una vez que salí, cuando ya había escrito la carta y cerrado la puerta, o mejor dicho, exactamente en el momento en que giraba la llave desde afuera y las paredes de la garganta se me apretaban para ahogar el grito de celebración que me subía.*

*Sin embargo, sigo queriendo a Juan. No puedo pensar cómo sería, como será vivir sin él, pero lo cierto es que no puedo pensar mi vida de ninguna manera. La sensación que tengo es de que alguien ha tomado el control del barco. Ya no me importa ser yo, porque ser yo ha perdido sentido y el estar fuera de mí no es, como siempre he creído, demoníaco. Es iniciático. Y liberador.*

*Sé que no volveré a casa porque desprenderme de Juan es desprenderme no sólo del pasado sino también del tiempo y eso es justamente lo único que necesito. Esto no tiene nada que ver con el bien ni con el mal. Tiene que ver con ajustar viejas cuentas, con lo inevitable. Y lo inevitable no es bueno ni malo.*



*Si hubiera estado donde había que estar: aquí, en mi país, habría afrontado esto hace diecisiete años. Pero me fui, que es como decir que puse el despertador y me tiré a dormir. Y el despertador acaba de sonar, yo estoy despierta y lo que veo al abrir los ojos son las ruinas dejadas por una guerra que no peleé.*

\*\*\*

*La pensión es luminosa y queda cerca de la consultora, sobre la calle Acevedo. El jueves pasado entré y pregunté por un cuarto; me atendió una mujer sudorosa, de caderas anchas, que pasaba un trapo por las baldosas blancas y negras de la recepción. El balde exhalaba un agradable olor a lavanda; era un balde de aluminio, abollado y tan anacrónico como casi todo en el barrio. Eso es lo que me gusta de él, su fidelidad a los viejos tiempos y esta apariencia paradójica de estar cayéndose a pedazos y ser, a la vez, eterno.*

\*\*\*

*La habitación es grande, está pintada de blanco, tiene techo alto y da a la calle. Hay una cama de dos plazas con respaldo de hierro, un ropero de dos cuerpos, una cómoda, una mesa y dos sillas. El piso de listones largos está vencido. Camino más lento, como si rebotara en la madera viva y crujiente. Acomodo mis cosas en el ropero y me miro al espejo. El cristal es opaco y se ha llenado de puntos oscuros y redondos como hongos; mi cara se ve difusa, antigua. Me acodo en la baranda de hierro forjado que rodea el balcón y me quedo largo rato contemplando la calle. Luego la mirada vuelve y queda apresada en la hilera de macetas de cemento, pesadas, de patas curvas y sin plantas, que se ordenan como una línea paralela a mis pies sobre las baldosas. Mañana voy a comprar plantas. Alegrías del hogar, y malvones.*

*Me tiro en la cama y miro el reloj; son las nueve y aún no he ido a la consultora. El colchón de elástico está un poco hundido en el centro; el techo atrapa la mirada con sus telarañas en las esquinas. En el cielo raso hay cuatro o cinco agujeros irregulares y negros que brillan como si estuvieran cubiertos con brea. Los detalles del techo tienen historia. Lo recorro con la mirada y dejo que mi cabeza urda las próximas jugadas, cada vez con más audacia, recuperando una libertad a la que ya no estoy acostumbrada.*

\*\*\*

*Al día siguiente hablo con Pablo Furman; su voz exuda un sex-appeal profesional. Adivino que repasa mentalmente qué tenemos pendiente. “No tenemos nada pendiente”, digo, “pero tal vez podamos comer juntos”. Responde que sí de inmediato y me pregunta si quiero almorzar mañana; “tengo el mediodía ocupado”, digo, “qué tal si cenamos”. Trato de sonar ambigua.*

*Antes de regresar a la pensión paso por un vivero y compro malvones, uñas de gato, violetas de los Alpes y dos bolsas de tierra, y cuando llego me pongo a trabajar en el balcón. Las puertas ventana están abiertas y el único foco de la habitación, prendido. Atardece y el viento es frío y húmedo; vacío las macetas, las lleno de tierra, planto, apisono, remuevo, las manos un poco duras y violáceas, mirando por entre el pelo el verde contra el marrón oscuro y las rejillas, la claridad ceniza del atardecer de invierno. El frío es una sensación de la infancia, dolorosa—por la comezón de los sabañones, las puntadas en los oídos y el cuerpo duro y tiritante en la iglesia—, pero a la vez pura. Permanezco acucillada en el balcón, dejando que el viento me enrede el pelo y la pollera a ras del piso, y se cuele en el embudo de un tiem-*

*po que no está aquí ni es entonces; es en este punto atemporal en el que puedo pensar libremente.*

*También estaré a salvo del presente con sólo girar la cabeza y enfrentar la habitación pelada porque la pobreza, a la que algunos llaman austeridad, es otra sensación de la infancia.*

*El concepto “tierra de nadie” tiene que ver con mi ubicación actual en el mundo. Tengo la voluntad de mantenerme así, con un poco de frío y con mala luz; dejar que la memoria del cuerpo me impregne y destituya la conciencia de quien soy. Voy a lograr lo que Floyt llamaba “el alerta vital de la sobrevivencia”, ese estado filosófico que no se abandona ni en sueños.*

*Ha empezado a oscurecer; es el momento en que la luz natural iguala en intensidad a la luz de los focos y no hay remedio contra la penumbra. El centro de esta pieza es el centro de un universo donde clavo las suelas de mi zapatos sin extrañar nada, ni a nadie.*

*Me tiro en la cama con los brazos bajo la cabeza y los ojos clavados en el cielo raso; tengo hambre pero más cansancio que hambre; los músculos se aflojan y la necesidad de trabar el pensamiento me cierra los párpados.*

\*\*\*

*La piel de Pablo Furman es tersa a la luz de las velas ubicadas en el centro de la mesa; brilla su piel, el pelo negrísimo y los ojos oscuros y propensos a la burla. Tiene un aspecto próspero pero en el entrecejo hay una ansiedad explosiva. Mientras esperamos la comida han destapado el vino. Furman me sirve con los ojos puestos en el cristal que va tiñéndose de bordó y dice en tono despreocupado que he tenido una excelente idea, que la gente que tiene proyectos coincidentes debiera conocerse siempre, como norma. La frase funciona como un masaje en la*

*musculatura tensa del aire; la ausencia de motivo del encuentro ya no importa; importa la excusa. Siento un alivio que se parece a la gratitud. Ahora sí, la conversación se desliza en una atmósfera algodoadada. Los primeros tragos me relajan y me encuentro hablando en tono confidente; me asombra la rapidez con que salen las palabras y lo bien que me siento diciéndolas. Diciendo por ejemplo “qué tranquilizador debe ser vivir en un country”. Expreso una admiración moderada, franca, y sé que eso lo halaga: la vanidad subyace en la mirada de Furman. La gente como yo, que trata desesperadamente de agradar, sabe qué palabras esperan los otros. Lo dejo hablar de la vida que lleva en el country. Me embelesa oírlo hablar sobre la gente que vive en esos lugares, sobre su forma de pasar el tiempo. Me asomo a un mundo que ideológicamente detesto, pero que en las palabras de Furman tiene una consistencia cremosa en la que me hundo. Es fascinante desear con una parte del ser lo que una no es ni desea con la otra. Vamos río abajo, entrelazados en una conversación sobre autos, parques y partidos de golf; perlas que se muestran sobriamente con el fin de situarnos en un cierto sector de la sociedad que supuestamente nos pertenece por gusto, por nacimiento, por pasión. También yo voy ahí, en el mismo kajak. Acercándome a los rápidos sin un latido extra. Me siento codiciosa y liviana en este coqueteo con un sirviente del enemigo. Una gozosa Mata Hari. En los ojos y en el entrecejo nervioso de Furman se concentra todo su misterio. Voy a adentrarme en ese secreto, voy a abrir esas puertas. Me he quedado mirando abstraída ese centro en el medio de la frente; la palma de su mano se apoya delicadamente en el dorso de la mía, que descansa sobre la mesa. Dejo la mano, y sonrío. Estoy ansiosa por lo que vendrá; ansiosa pero no apurada. Cada minuto de mi inesperada desvergüenza es una uva que destrozó con los dientes.*

\*\*\*

*Han pasado sólo diez días desde que dejé mi casa. Apenas diez días. La voz de Juan en el teléfono me llega desde un lugar lejano y baja directo a mi estómago, aprieta y produce un vacío, una sensación entre la nostalgia y la culpa que no tiene curiosamente que ver con Juan, sino con lo que su voz desencadena, una memoria imprecisa que pugna por asomar y que aplasto hacia adentro, hacia donde quedó sepultado el tiempo. No hay nada que hablar, digo. Nada que pensar. Las cosas van a solucionarse. He pronunciado mecánicamente las palabras esperando el reacomodamiento, la aparición del idioma común; eso llega enseguida. No sólo llega mi correcto tono de voz con Juan sino también la parálisis de mi cerebro y, ahora sí, el ardor de la culpa. No puedo oponerme a su voluntad. Le digo que no puedo seguir hablando y cuelgo. No he vuelto a atender sus llamadas.*

\*\*\*

*Ya no me hacen falta ni la austeridad ni el frío de la pensión para crear el vacío de recuerdos; Furman me ayuda a dar forma a este nuevo yo que se parece como una sombra a mí. Que es lo que yo podría haber sido si hubiera elegido otra cosa, hace mucho tiempo.*

*Tres noches por semana cenamos en el restaurante que quedará en la historia como “nuestro restaurante” y luego pasamos la noche en su departamento del centro. Hablamos hasta la madrugada. Furman dice que hace años que no habla así con alguien, y yo digo que hace años que no cojo así con alguien. Ni él ni yo mentimos y eso basta para que no tengamos que nombrar el amor.*

*Lo curioso es que para poder coger —para poder siquiera pronunciar esa palabra—, tengo que dejar mi vida atrás, ser otra; vivir en París o transformarme en Mata Hari. Yo, que tantas veces he condenado la perversión, me descubro perversa. ¿Quién más soy, quién más podría ser con el estímulo justo?*

*Disfruto, pese a todo, de algo que creía muerto y enterrado: el placer. Y que eso no me baste para amarlo me redime. Soy una comediente alerta y cuando Furman me habla, me mira y me escucha, está hablando, mirando y escuchando a alguien que he elegido no ser; otra, de cuya posible existencia abomino y que a la vez envidio. Puedo gozar del juego sin tener que cambiar uno solo de mis actos. La única condición de la lealtad es la conciencia. Y yo estoy aquí para espigar. La traición es el filo de una navaja. Tan estrecho es su camino, y tan peligroso.*

*Para Furman soy como un chico con la nariz pegada al vidrio de la juguetería. Lo envanece la mezcla de curiosidad y envidia con que contemplo su mundo y aunque jamás pronunciamos el nombre de Juan, él piensa que mi marido es un fracasado. Furman opina que yo me merezco algo mejor y yo aprovecho esa opinión para decirle que mis esperanzas, todas, están puestas en mi trabajo. Estoy, le digo, un poco estancada en la consultora; tengo la doble impresión de que ahí la cosa no da para más, pero sin embargo el Nene maneja cada vez más plata y eso me desconcierta.*

*—No sé si no estoy perdiendo el tiempo —digo.*

*Furman ríe bajito y se mira la mano con la que alisa la raya del pantalón.*

*—El Nene lava plata —dice.*

*Me quedo con la boca abierta, sintiendo que la sangre me tiñe la cara. Arqueo una ceja en un gesto de falsa incredulidad, y me quedo mirándolo.*

—Pero lógico —dice Furman; lentamente, despliega una sonrisa de labios apretados—. Lógico. Así que por ahí no la veo para vos.

Deja la raya del pantalón y me clava unos ojos divertidos, pero atrás hay otro destello, algo vago que se plasma más en el dibujo tenso de la boca que en la mirada.

—¿Vos sabías que el Nene está caliente con vos? —dice.

—Antes estaba —replico—. Ahora no sé.

Furman juega con sus dedos; piensa mientras los dedos hacen jueguitos rítmicos.

—Antes cuándo.

—Cuando estábamos en la Facultad. Antes de que me fuera a Europa —digo. Siento los latidos del corazón; nunca pensé que obtendría un dato tan importante así, de la nada.

—Bueno, está. Y en lo que pueda cagarte, te caga —dice; se pasa una mano por la nuca y me clava unos ojos burlones—. No le cuesta nada. Es un hijo de puta —dice; mueve la cabeza como un péndulo, indicando que el tipo no tiene remedio.

—La sangre de la herida está llegando a la alfombra —digo.

Hay un silencio en el que lo único que se escucha es el rebotar de los cubitos en las paredes del vaso que sostiene Furman.

—Y cómo no —dice—; si las quiere todas para él. —Respira hondo y larga el aire de golpe. Ha estado mirando los pliegues del cortinado y ahora vuelve los ojos hacia mí—. Semejante sátrapa.

—De verdad sangrás por la herida —ríe—. ¿Qué te hizo? —me siento cómoda en el papel, sin una pizca de ansiedad. Pero debajo de esa superficie tranquila, la línea de flotación oscila peligrosamente.

—Me cortó circuitos. Me bloqueó, me retaceó información, posibilidades de invertir. En ese momento Links estaba mejor que él, con mejores créditos y más liquidez, y el negocio del Nene era chico. Tuvo miedo de que me quedara con el gran paquete.

—¿Y no te hubieras quedado? —pregunto.

Inclina la cabeza, pensativo, buscando las razones para explicarme por qué él no es el Nene Spielman.

—No. Hubiera tomado recaudos. Te podés proteger y hacer participar a otros. El Nene no sólo es codicioso. Es cagador. —Furman tiene las mandíbulas apretadas y su cara se ve un poco más cuadrada, más grave.

—A mí me parece bastante razonable lo que hizo —digo.

—El tipo es sádico —dice sin escucharme—. En lo único que me dio entrada es en la transportadora de caudales. En lo único. Pero yo sé que maneja muchísimo, pero muchísimo más. Aquí a partir del '76 hubo una revolución ¿te das cuenta? Mucho cambio de manos, mucho crecimiento. Las empresas de seguridad privada, por ejemplo, un sector nuevo, dinámico. ¿Tenes idea de cuánto dinero se mueve ahí?

El aire de la habitación se ha vuelto pesado; casi puedo escuchar el aliento de fieras invisibles respirarnos en la nuca. Furman ha entrecerrado los ojos; el color de su cara parece distinto a causa de la pátina transparente que se ha depositado sobre las cosas.

—¿En eso invirtió? —pregunto.

—En eso... por lo menos. Tiene muy buenas conexiones. Militares que han ampliado sus negocios. Gente muy próspera.

—Si necesitan lavar dinero, no debe tratarse de gente muy honorable —digo.

Mis palabras parecen sacarlo de un sueño; me mira con el pensamiento aún puesto en otro lado, pero lo que acabo de decir lo ha sacudido.

—¿Honorable? —dice, incrédulo. Mueve la cabeza de un lado a otro—. Rita, no seas boluda —dice—. ¿Qué tiene que ver el honor? —Ha formulado la pregunta con asco y se queda mirándome con ojos duros, poniendo en tela de juicio mi inteligencia y todo lo que hasta ahora ha estimado en mí.

*—Pero querida —dice—, ¿de qué hablás? Esa gente sabe hacer las cosas bien. Los negocios en negro son los que mueven más plata. Los tráficos se mueven en circuitos tan poderosos como las economías nacionales. ¿Es novedad lo que te digo? —pregunta, con voz suave, inclinándose hacia mí.*

*Recién entonces me doy cuenta de que no era necesario esperar. Podría haber obtenido lo que buscaba desde el primer día; la información surge como de una fuente pródiga, sin suspicacias y me doy cuenta de que he estado en un error. No había nada que sonsacar. En el círculo que los contiene, ellos hablan libremente. Razonando con Furman sobre las particularidades de los tráficos, de la evasión, de los lobbies, borrada toda alusión y negada toda existencia a la legalidad o ilegalidad de los negocios sobre los que reflexionamos, me veo transportada a una zona franca, a un paraíso sin policías ni cárceles. Ésta es la impunidad. Este embriagador soplo de poder. Esta libertad, esta ausencia de temor.*

*Desde tales alturas mi idea conspirativa del mundo se me antoja patéticamente pobre, lejos de las fuerzas que de verdad lo mueven.*

*Contemplo arrobada a Furman. No me importa, ahora, nada más que esta sensación de estar a salvo. Respiro la intensa nostalgia de no pertenecer a su grupo, de no tener esas casas, esas joyas, esos yates, esa molicie segura al despertar. Cada mañana de cada día. Me gustaría que estos instantes duraran y duraran; ser mucho tiempo rica, nadar en la pileta de la seguridad. Me gustaría ser todo eso que no puedo ser ni por deseo ni por formación, pero que añoro con tanta fuerza.*

*Me da rabia no haberme equivocado, no poder cerrar los ojos. Sobre todo eso: no poder cerrar los ojos. En el fondo no deja de ser gracioso reconocer esta rabia justo ahora, cuando todavía no sé bien qué pasos voy a dar.*

El silencio es peor que la oscuridad. Es decir, la ruptura brutal del silencio que producen los pasos en la escalera, el chirrido de la puerta; ruidos que se amplifican como si alguien hubiera vaciado la casa. Sin embargo, Rita se ha llevado sólo su ropa. Juan da vueltas por la habitación embotado, como si hubiera pasado la noche bebiendo. Sobre la mesa, el contorno cuadrangular de la carta resalta con un fulgor vivo. Enciende la luz y parpadea a causa de la claridad. Por segunda vez despliega el papel y recorre con los ojos las palabras ya leídas sin pensar en lo que dicen. “Tan de mujer”, piensa, “dejar una carta”. La dobla cuidadosamente y la pone dentro del libro de Goldhagen. Los bordes sobresalen y Juan alisa la tapa del libro, la aplasta como si estuviera sellando definitivamente el ejemplar y lo que contiene; el pasado le zumba en los oídos. En este momento, en el reducido espacio de la cocina, se condensa la suma de cada uno de los actos de su vida. De los que tienen que ver con Rita y de los que no tienen que ver con ella. Su cuerpo le parece ajeno, aislado del centro de decisiones de su cerebro.

Es el tercer día que llega a la casa y repite los mismos gestos rutinarios. Ha esperado, se ha dado tiempo a que los cambios avancen en su conciencia; le ha sido necesario aguardar para ver con claridad la situación. Pero los días pasan y se convence de que no es posible organizar nada por-

que no queda nada, en ningún lugar. Lo único que percibe a su alrededor es un juego sucesivo de cámaras de vacío y la silueta de Rita moviéndose entre ellas.

Sirve una copa de vino y se sienta en la sala, a oscuras. Pone *Tristán e Isolda* y cierra los párpados; busca que la sensación voluptuosa de la música le toque el alma como una puta de lujo; el cosquilleo del poder masculino, el secreto de sus ojos cerrados y su aliento corto, inaccesible a Rita. La música llega, penetra su piel, se hunde y desnuda un secreto que ha dejado de serlo porque no hay nadie a quien ocultarle nada, no hay nadie a quien le interese lo que él tiene que ocultar. Recién entonces se da cuenta de la desmesura de su soledad, hasta dónde llega y qué territorios arrasa. La idea de pasar la noche afuera, de buscar a Gisel o a otra cualquiera le parece ahora absurda. Descubre que hasta sus deseos más personales están gobernados por su mujer o relacionados con ella, y ese descubrimiento lo llena de un odio que él llamaría irracional si pudiera analizar, tener una medida de sí mismo y de lo que le sucede. Pero no puede. Ha sido aplastado, reducido a hilachas de pensamientos a los que se aferra como a una tabla salvadora.

\*\*\*

Son las dos de la tarde del cuarto día cuando Juan disca el número de la consultora; la que contesta no es su mujer; reconoce el tono un poco gangoso y trivial de Martina y está a punto de colgar. Recuerda que es la hora en que Rita sale a almorzar. Sin embargo, no cuelga. Vuelve a decir “hola” después de una pausa y superpone su voz a la de Martina, que a punto de colgar ha repetido la misma palabra de modo que los dos “holas” dan lugar a un instante confuso que

la mujer aprovecha para reconocerlo y pronunciar con voz interrogante su nombre.

–Juan, sí; ¿cómo estás? –dice él–. Rita salió, ¿no? –pregunta con la brusquedad de un adolescente.

–Sí –dice Martina–. ¿Querés dejarle algo dicho? Porque en un ratito vuelve, quince, veinte minutos... –y deja la frase incompleta como si fuera a seguir hablando para agregar tontamente–. No te preocupes.

–No, si no me preocupo –dice Juan–. ¿Por qué? –agrega, con un atisbo de desconfianza–. ¿Es por...?

–No, lo digo para que te tranquilices. No sirve de nada andar con la cabeza dada vuelta –agrega Martina con firmeza.

Juan hace audible un suspiro. No sabe qué decir. Le parece una conversación atrevida, tan disparatada que se pregunta si Martina estará drogada o demasiado loca, pero a la vez intuye que ella es una puerta abierta hacia Rita. Ignora cómo atravesar esa puerta y se limita a suspirar esperando que la mujer se aferre a ese sonido para seguir hablando.

–Yo también me tomo las cosas así –dice Martina–. No sirve de nada, créeme. Te voy a decir –ha bajado la voz y agrega–, Rita está muy rara, muy rara.

–Eso ya sé –dice Juan. Duda un instante, aguijoneado entre el deseo de saber más y la vergüenza.

–Pero rara de una forma distinta de Axel, ¿no? –aclara, clavándose de pronto en un silencio que vuelve a romper, con voz urgente, rápida–. Lo de Axel es conmigo; eso lo sé; conmigo.

Juan la escucha durante un rato hablar de Axel, de la forma en que la castiga sin que ella entienda la razón; luego sigue hablando en un cuchicheo incontenible hasta que de pronto, en mitad de una frase, se detiene.

–Una situación... –empieza a decir Juan.

–¡Shhhhh! –lo interrumpe Martina–. Alguien viene. Pero estoy segura de que nada que ver con vos. Nada que ver.

Juan comprende que Martina está a punto de colgar y sin un solo pensamiento sabe que debe impedirlo. Dice que le es imprescindible hablar con ella. Usa la palabra “imprescindible” porque de la conversación ha extraído los datos que cualquier vendedor sacaría y que le permiten operar sobre Martina, saber qué y cómo decir lo que haya que decir para convencerla.

\*\*\*

Ha esperado la noche con impaciencia. Desde el momento en que colgó con Martina ha tenido su cabeza en el trabajo. Ha recorrido clientes y ha hablado, enfático, de las propiedades de los nuevos fertilizantes, deteniéndose en sus componentes, en las interacciones químicas con la tierra que fecundan, con las plantas que crecerán más fuertes, más sanas; habla olvidado de la finalidad de sus palabras. No piensa en vender, en el timing, los silencios, las pausas, las miradas, la presión de la venta. Podría estar en un aula, daría lo mismo. Su actividad tiene que ver con motivos no evidentes. La agitación que lo arrastra esa tarde de Caballito a Urquiza, de Urquiza a Almagro, de Almagro al Once y de allí al Abasto, a Constitución y a Flores, corriendo de un lado al otro, le impide pensar en la cita de la noche.

Ha hecho muchas cosas para alargar la tarde, para prolongar la ilusión de que algo milagroso podría suceder esa noche, algo que le permita encontrar un sentido a la actitud de Rita y que lo arranque del paralizante desconcierto.

\*\*\*

Toca el portero eléctrico y pasa su mano por el papel de seda que envuelve la botella para secarse el sudor; ahora piensa que no ha debido traer el whisky, que Martina podría interpretarlo mal. Da media vuelta y está a punto de alejarse cuando la voz de la mujer lo nombra una vez y luego una segunda; contesta, “sí”, la boca pegada al bronce agujereado que recibe su aliento y le devuelve un olor metálico y ácido.

Martina estira la mano desde el umbral y toma la botella con un gesto natural, automático; no ha dicho una sola palabra y eso lo conforta. Ha dejado la botella sobre la mesada, ha abierto la alacena, y sacado otro vaso; mira a Juan interrogante, alzando un brazo con el que sostiene otra botella ya abierta de coñac. Juan hace un gesto afirmativo con la cabeza, se desenrosca el echarpe y se sienta.

Por un momento lo único que se escucha es el borboteo del coñac en la copa panzona. Martina avanza hacia él con el vaso levantado y una sonrisa neutra. Se desploma sobre la silla; su cuerpo desprende un perfume gastado, un olor que a Juan le resulta familiar y a la vez extraño. La imagen de Martina la noche de la fiesta se yuxtapone a la cara que observa ahora desde un ángulo más cercano, dividida por la línea de flotación del coñac.

Juan no podría calcular el tiempo que ha transcurrido, pero advierte que la botella de coñac está vacía y la de whisky, por la mitad, en la mesita sobre la que se acodan frente a frente, cercados de platitos con maníes, palitos salados, copas y ceniceros repletos de colillas. Juan tiene la impresión de que durante esas horas inciertas Martina se le ha ido revelando, o más bien se ha ido incrustando como un tractor en el pantano de su mente a través de gestos, miradas, palabras y silencios. Piensa que en adelante ya no podrá

considerarla una extraña, estará ligado a ella, se adelantará a su pensamiento como alguien a quien se conoce mucho.

–Tiene que ser algo así –está diciendo Martina–. Si no, no se explica. Pero yo no le veo nada. No le veo nada. Y lo probé donde más se nota –lanza una bocanada de humo hacia el costado–: en la cama. Ahí a una mina le queda claro si un tipo tiene o no tiene inclinaciones.

–No sé –dice Juan. Han bordeado el mismo tema durante horas, pero no le importa. Martina se ha obstinado en establecer un paralelo entre Axel y Rita y sus hipótesis sobresaltan a Juan. Nunca nadie en su presencia ha tomado a Rita como objeto de análisis, como algo independiente de él y con reglas propias, caprichoso. Al principio sintió una leve resistencia, un esbozo de orgullosa lealtad que se apresuró a ahogar. Y al ahogar el impulso ha podido también él teorizar. Ahora Rita y él están separados por una distancia compleja; están como a uno y a otro lado del Río de la Plata.

–Como si yo estuviera en una orilla del río y ella en la otra –dice Juan en voz alta; Martina lo mira, el ceño fruncido por la concentración–. Ponele que yo voy en un barco –explica–, y ella aborda otro y nos cruzamos en el camino, pero sin saber.

–Y qué tal, qué tal si la única manera de evitarnos sea simular que nos buscamos –dice Juan; la idea le provoca una carcajada salvaje; golpea la mesa de modo que uno de los platitos de metal se eleva, deja caer unos maníes y vibra unos segundos antes de posarse junto a la mano de Juan, que mira aturdido a su alrededor–. Era una metáfora –murmura. El estómago se le ha contraído; por primera vez surge en su cerebro la idea de que Rita tal vez no regrese. Observa a Martina con una mezcla de sospecha y preocupación. ¿Es lo que ella ha estado tratando de decirle desde hace horas?

–No es porque sean maricas –está diciendo Martina. Lanza a Juan una mirada breve, y escrutadora, y se inclina un poco hacia él–: Es porque a mí me gustan los maricas –dice.

–¿Te gustan –Juan se queda mirándola; trata de decidir si la idea que se le cruza es un disparate– ... mucho?

Martina afirma con movimientos lentos y enfáticos.

–Mucho –dice; larga el aire y agrega–: Pero son maricas. Así que nada. No es por eso; eso es lo que dice Axel; la verdad es que el tipo es sádico. Es sádico. Si tuviera que confiar en alguien, ese alguien es Tóifel. Axel me desquicia, me desquicia. Y además sé que anda en algo escabroso –ha bajado la voz y mira alrededor. Se inclina hacia Juan– con esos tipos que estaban aquí para mi cumpleaños ¿los viste? –pregunta.

–Sí –dice Juan recordando al grupo de empresarios–, pero quien más quien menos todos andan en algo –agrega. Lo ha dicho sin pensar, para restar importancia a la confesión de Martina. El giro que ha tomado la conversación lo inquieta.

–No –dice ella–; dos de los tipos eran jefes de una fábrica de autos; en la época de los milicos –trata de mirarlo fijo y el esfuerzo hace que su cabeza se balancee.

–¿De cuál? –dice Juan. Se levanta con dificultad y queda parado con todo el cuerpo sobre la punta de los pies. Se pasa una mano por la cara; trata de equilibrar el cuerpo. Y recuerda que de una de las plantas salían a levantar gente; ¿es eso lo que quiere decir Martina? No puede referirse a eso. La mira; ella también lo ha seguido con la mirada.

–Esos tipos siempre están rondando.

–Bueno ¿Y qué? –dice Juan. Trata de dominar el mareo. No entiende qué tiene eso que ver con él.



—¡Y qué! —repite Martina—. Sentate, te pusiste pálido. —Se incorpora y pone las manos sobre los hombros de Juan, empujándolo suavemente. Juan se sienta; ha sacado un pañuelo del bolsillo y se lo pasa por toda la cara. Ya no sabe de qué estaban hablando. De pronto recuerda que Martina le ha confesado su inclinación por los maricas. ¿Cómo no comprendió antes la importancia de semejante revelación? La confianza que Martina ha depositado en él.

A Juan una ola de ternura le cierra la garganta. También él oculta secretos, cosas que podrían parecer inadmisibles. Son como hermanos; seguramente ha sido la intuición de Martina lo que los ha conducido hasta allí. Siente que está en deuda con ella, que tiene que ayudarla; está seguro de que ella también lo ayudaría y decide que debe hablar francamente, dejar de lado los sondeos y confiar en ella.

—Decime una cosa, ¿qué negocios tiene Axel con Julieta? —dice Juan, bajando la voz.

Martina frunce el entrecejo y niega con la cabeza.

—Ninguno. Ni siquiera se conocen —hace un esfuerzo de memoria—. No. No se conocen.

Juan la mira fijamente tratando de ocultar la desilusión repentina. ¿Por qué miente? La mujer observa las ondulaciones de la duda en las facciones de Juan.

—Te juro que no se conocen —asegura—. Nada que ver —agrega levantando las cejas. Sus ojos están clavados en Juan hasta que una idea comienza a achicarle los ojos. La suspicacia transforma la cara de la mujer, le arranca gestos que Juan no conoce y que pertenecen a alguien más astuto, más impersonal que Martina. Su piel parece volverse más transparente y ajada, como si las arrugas hubieran pujado hasta romper la tersura de la superficie. Juan no es trigo lim-

pio. Ha llegado hasta allí para otra cosa. Para mentirle, o para meterle cosas en la cabeza con algún fin.

—Vos estás confundido —dice—. Muy confundido —agrega. El despecho le curva los labios hacia abajo en un gesto grotesco—. Tenés un informante trucho.

—Yo —dice Juan— soy el informante. —Se apunta el pecho y martillea con los dedos. —Y te informo que esos dos tienen negocios juntos.

Martina abre la boca y se queda mirando a Juan con expresión estúpida; se siente herida, lastimada por él. Mira alrededor e intenta incorporarse, pero Juan ha extendido los brazos por encima de la mesita y la sujeta con suavidad.

—Yo los escuché. No te miento. Están en cintas grabadas —Juan habla rápido, con la voz áspera por el tabaco. Trata de tranquilizarla sin pensar demasiado en lo que dice, dejando que la piedad que siente impregne las palabras, que sea la modulación de la voz la que transporte el sentido, la índole de lo que tienen en común ella y él hoy, esta noche y que está más allá de toda otra circunstancia o elección, algo tan esencial como para predominar sobre cualquier idea de traición o de ventaja. Deja que eso salga y atraviese la atmósfera que respira Martina y le afloje los brazos, le permita permanecer quieta, casi encogida y con la mente abierta a lo impensable.

—Creo que Rita intenta chantajear a alguien y por eso tiene los casetes —Juan ha mojado los labios resecaos con la lengua y ha pronunciado las palabras que lo colocan en manos de Martina. Ha quedado expuesto y siente el escozor de su razón; nunca antes había hecho una cosa así.

Martina pasa una mirada distraída por los armarios; hace de cuenta que no ha oído pero hay algo fuera de lugar en la atención con que observa las puertas cerradas, amarillas. Luego las lágrimas bajan, inundan su cara sin expresión.

–Entonces no era de Pinino –dice al fin.

–¿De Pinino? –dice Juan; no puede sacar los ojos de ese llanto fácil, casi autónomo de la mujer.

–La frase “What a mess” –dice Martina. Se suena los mocos con un papel de cocina y parpadea. Parece ahora más tranquila.

–¿“What a mess”? –repite Juan.

–La frase que siempre dice Axel. No se le pegó de Pinino. Se le pegó de Julieta. De Julieta, ¿te das cuenta?

Juan permanece en silencio; tiene la repentina sospecha de que lo que sucede es más complejo que un chantaje. Su cerebro arde de presentimientos vagos; las ideas vuelan como luces, inasibles.

–Escuchame –dice Juan. Martina vuelve la cabeza y lo mira, ausente a pesar de su seriedad–. Escuchame –repite Juan, y le toma las manos para forzar su atención–. Rita grabó conversaciones; había muchas cintas –se pasa la lengua por los labios y la siente hinchada y torpe–. ¿Vos querés o no querés saber qué pasa?

Martina parpadea, gira el cuello, solemne, y su cuerpo se ladea.

–¿Querés café? –dice.

Juan enciende un cigarrillo; exhala una bocanada larga y afloja el cuerpo. Por primera vez siente el cansancio de la noche. El humo se diluye en una nube que la luz de la lámpara divide en dos mitades simétricas; en la penumbra brillan las manecillas del reloj. Juan ha mirado ese reloj al comienzo de la noche. Tiene conciencia de haber llegado, haber desenroscado el echarpe de su cuello y haberse sentado en la silla después de echar una mirada al reloj. Ha vuelto a mirarlo una que otra vez durante la noche pero recién ahora tiene la impresión de que entre el instante en que

traspuso el umbral y el momento actual en algún momento cambió la medida del tiempo. Alguien trazó una raya en el piso. Podría darse vuelta e ignorar que la raya existe, pero sabe que todo lo que importa está del otro lado.

El Pinino que Misha observa cuando la puerta se abre es más largo, más delgado y más pálido que el habitual y se parece al que suele usar la capa de Drácula, un sobretodo de pana negra que le da un aspecto transilvánico; algo, sin embargo, no encaja en esta imagen y es la intención de caretear que ahora, definitivamente, le falta.

Pinino abre la puerta con una sonrisa inmóvil y la mirada fija en la cerradura y Misha sabe que le gustaría dar media vuelta e irse; que lo haría si creyera que eso va a detener lo que se viene. Pero no cree que lo detenga. Sabe que nada para la bola cuando alguien la lanza con ganas.

Se palmean la espalda inclinados como monos, sonando a hueco bajo las camperas; sonrían vagamente y hablan en voz baja. Pronuncian palabras que no significan nada y que distraen la atención el tiempo necesario para olerse, y reconocerse.

Se toman una cerveza en la cocina, parados bajo la luz difusa que irradia el borde de la alacena. No han dicho mucho, pero nunca han dicho mucho; les gusta aprovechar todo lo que pueden el silencio, sentir la presencia del otro.

A los doce años se sentaron juntos por primera vez en la división primero B, y siguieron sentándose juntos en los años siguientes. Hubo momentos en que creyeron ser uno solo hasta el punto de sentirse enamorados. Hubo un largo

período en que sus memorias se entregaron en idéntica mezcla de sonidos, voces y ecos. En esa época no hablaban de sus familias; renegaban de cualquier cosa que los separara, imantados por los múltiples signos de unión. Todo cambio en la sudoración, el olor, el color, la elocuencia del otro, significaban algo. El sexo llegó una noche de borrachera y fue una revelación. Porque se sintieron adultos y porque esa noche dejaron de sentirse uno. Volverían a compartir la cama, aviniéndose a aceptar como atracción esa otra cosa, indefinible y más intensa que la amistad, que los unía y en la que el erotismo funcionaba como sustituto de algo que no alcanzaban a comprender.

Misha inclina la lata hasta volcar en su garganta el último sorbo de cerveza, el cuello pegado a la nuca; por el rabillo del ojo ve un recorte de Pinino, agachado, acariciando el lomo de Borrego. Pasea su mirada por la cocina con la misma desazón con la que ha entrado y recuerda las palabras de Pinino: “Ruso, vos sos un baquiano para las pálidas”. Es cierto, él reconoce las situaciones que viran irremediabilmente al negro. Lo hace sin proponérselo, por puro hábito. Es como una reacción alérgica impredecible y le está pasando ahora mismo.

Pinino se incorpora, se pasa una mano por el pelo, señala las escaleras y enfila hacia arriba. Atrás, pegados y casi al ritmo de los suyos, los pasos del rusito.

Pinino enciende la lámpara y mira alrededor. También Misha mira alrededor sin saber qué busca Pinino ni qué hacen en ese lugar. “Vení que quiero mostrarte algo”, ha dicho Pinino en el teléfono y aunque el tono no denuncia nada, el rusito entiende que lo que Pinino quiere mostrarle no es, precisamente, el nuevo equipo de esquí.

–Ruso, te vas a caer de culo –dice Pinino, que se pasa una mano por la nuca y se queda con los ojos fijos en la ca-

ra expectante de Misha, las palabras atascadas en la garganta. Pinino nunca ha creído en premoniciones y los grandes momentos le provocan como ahora un intenso deseo de mear mezclado a una náusea flotante que empieza más arriba de la boca del estómago, casi en los bronquios.

Unos segundos después empieza a hablar a borbotones, incoherente, mirando por momentos la cara del rusito, por momentos el baúl abierto. Habla retorciéndose, empujando las palabras y obligándolas a salir, y a medida que se escucha a sí mismo siente lo endeble de su situación. La capa más superficial de su mente teje el precario discurso que articula, pero detrás aparecen temores inéditos, brillantes como bengalas. Reflexiona a la luz de sus palabras como si el sonido de la voz provocara los pensamientos. Por primera vez comprende que el rusito y él podrían quedar en líneas de fuego contrarias, que pueden hacerse daño y que ese poder no es nuevo, que ha existido desde que Misha le confesó lo de sus padres y él tomó la decisión inconsciente de no hablarle nunca de Julieta.

Misha conoce a Pinino lo suficiente para comprender cuánto odia lo que está haciendo. La situación de Pinino lo perturba, casi puede sentir la violencia que ejerce sobre sí mismo al hablar de Julieta, al decir “mi vieja estuvo con los milicos”. No porque a Pinino lo afecte el tema sino porque todo lo que perjudique a Julieta lo enloquece. Misha entendió tempranamente esa particularidad de Pinino. Una perturbadora mezcla de amor y odio a los padres le parece normal a él, que no los tiene, pero los sentimientos de Pinino hacia su madre le resultan extraños.

Su atención está puesta por entero en Pinino. Tan escrupulosamente puesta en él que si el otro saliera de la habitación en ese momento, Misha tendría la sensación de evaporarse. Sabe que las palabras de Pinino han afectado su



Ha pasado mucho tiempo cuando el sacudón en el hombro lo sobresalta; levanta la cabeza para observar los cinco dedos agrupados que Pinino mueve frente a la boca abierta; se da cuenta de que él también tiene hambre. Respira hondo, aliviado y deja las cartas a un lado. Las cosas se han acomodado en su interior.

Cuando Pinino regresa con los sándwiches, Misha ha vuelto a las fotos. Esta vez ha formado pilas temáticas y va con rapidez de las imágenes a las cartas; no advierte la presencia de Pinino, que se sienta en el taburete del piano y mientras come, lo observa.

Pinino tiene a Misha casi de frente, a tres cuartos de perfil, y ha decidido no interrumpirlo. No lo motiva el respeto por la actividad del otro, sino la oportunidad que se le presenta de contemplarlo como ahora. Cuando Misha se olvida de sí mismo –piensa–, es otra persona. Un tipo que de ser así siempre, sería una maza. Y no porque Misha no sea un buen loco –piensa–, sino porque es tan tímido, tan apocado, tan judiíto. Un tipo frágil, que se dejaría matar por boludeces a pesar de ser frágil. O porque es frágil. Pero cuando se abandona –piensa–, es otro. Un tipo de mirada inteligente, aguda, de gestos precisos, con esos rulos revueltos y brillantes alrededor de la cara decidida; el rusito que le movió el piso. Aunque, si lo piensa mejor, no fue nada de eso los que les movió el piso a ninguno de los dos. Fue que ya no sabían cómo estar más cerca el uno del otro.

Y aunque no se vean a diario, lo que hay entre ellos, sea lo que sea, es irrepentible. Lleva un sello especial. Nunca estuvo más claro –piensa– que la noche de la borrachera, cuando les fue dado percibir el irrefutable mapa de los apetitos del otro. Esa noche él supo que a Misha no le interesaban las mujeres y que a él le interesaba todo; lo descubrió

con regocijo y vio la veta ahí, delante de sus ojos. Lista para ser comercializada. Lanza una risita sorda y se encuentra con los ojos del rusito que lo mira sin verlo, absorto en sus pensamientos; tiene en la mano una foto carnet y se golpea con ella la rodilla, suavemente.

\*\*\*

Son las diez de la mañana cuando Misha cierra la puerta de su casa, se mete las manos en los bolsillos de la campera, se enrosca media cara en la bufanda y aprieta el paso hasta llegar a Rivadavia. Baja las escaleras del subte y a medida que camina a lo largo del andén envuelto en bocanadas de calor, se distiende. El subte es un útero sucio, desprolijo y pródigo, un consuelo que busca cada vez que puede. Deja pasar un tren y luego otro. Se ha sentado en un banco y mira pasar las luces amarillas de los vagones. Se le ocurre que en las oficinas de Abuelas va a estar alguno de los chicos que hacen guardia los sábados a la mañana. Y alguna abuela; siempre hay alguna sentada allí, como si esperara algo. Se acomoda en el banco de piedra del subte. El calor le empieza a provocar modorra, le afloja los músculos; se recuesta contra el respaldo duro. Del kiosco de diarios sale una música imprecisa, irreconocible, y se mezcla al rumor de pasos y voces que flotan en los túneles y pasillos que convergen en distintos niveles. La atmósfera es tan irreal que todo resulta indiferente. Tiene la impresión de que allí hasta un asesinato sería una cosa banal, algo que quedaría sepultado por la presencia poderosa de los trenes y por los pasos, por las voces que retumbaban como el eco de otra cosa incesante, eterna; un eco que sepulta todo. La cabeza se le cae; está entrando en un sueño de imágenes rápidas, fugitivas, cuando un vagón abre sus

puertas y varios pares de piernas anónimas se abren como abanico frente a él y siguen su camino. Se levanta y en tres zancadas está adentro.

“Son pocas las cosas que uno no sabe de antemano.” Es lo que piensa Misha frente a la foto de Ana Leyrado, que ahora le sonrío desde el costado izquierdo de una planilla llena de anotaciones, en la carpeta de cartulina azul a la que Misha llegó casi sin dudar, siguiendo no un recuerdo, sino las pistas que los recuerdos han ido dejando en su cabeza, como los rastros de las babosas en la tierra. Ha llegado hasta ese archivo de metal y al ver la foto que tiene ahora delante se dice que son pocas las cosas que uno no sabe de antemano. Se dice eso con inocente soberbia y se equivoca, porque su descubrimiento resuelve el misterio de la foto que no es ni ha sido nunca un misterio. Le pone nombre a una cara. Ese nombre, Ana Leyrado, no le dice nada, pero más abajo en el mismo informe, en medio de un masacote de letras abigarradas, manuscritas vaya a saber por qué mano años atrás, con letra puntiaguda y en trazos de un negro algo arratonado ahora, espera otro nombre de mujer que sí le dice algo, que le dice mucho en verdad porque el nombre de Ángela Hauffman encabeza todas las cartas leídas en el altílo; un apodo que exhala ese tufillo cínico que rodea a la madre de Pinino y que lo llevó a comprender en un instante que Ángela Hauffman y Julieta son una y la misma persona.

La coincidencia no lo sorprende; ha encontrado en esos archivos verdades inverosímiles. Extrae el expediente del armario y lo lleva a una oficina pequeña. Hay poca luz, olor a tabaco y el desorden impersonal de los lugares que comparte mucha gente.

Lee el testimonio de la partera Emilia Perrone en unas fotocopias foliadas como las hojas de un juzgado. Es la par-

tera que atendió a la joven en la Escuela de Mecánica. El testimonio forma parte de la declaración de la mujer ante juez federal y dice: “la mujer [Leyrado] dio a luz un varón, que yo recibí. Después de cortar el cordón y como era costumbre lo envolví en una mantilla del armario, de la pila provista para esos casos, y le entregué el chico al capitán Estévez, que estaba a cargo. De la madre no supe más, porque la llevaron enseguida. Pero por esas cosas de la vida sí supe del chico, por mi hermana la mayor. Mi hermana mayor fue mucama por años en lo de un señor Axel Fleichter, que tenía buenas relaciones con militares. Recomendada por ella me buscaron a mí para hacer de partera en el ‘hospitalito’, aunque no era la única, porque no se daba abasto con las parturientas. El capitán Estévez no tenía dónde colocar el chico; le había fallado un matrimonio adoptante y le pidió al señor Fleichter que lo colocara antes de diez días, o lo entregara a la Casa Cuna. Leticia vio cuando el señor éste, don Axel Fleichter entregó al chico en su propia casa a una señora que todos le decían Ángela y que ella supo que se llamaba de apellido Kauffman. Mi hermana nunca volvió a ver a la señora Kauffman; eso no es raro porque el señor Fleichter la echó al poco tiempo, pero por una conversación que escuchó tuvo conocimiento de que esa señora se había mudado y que al chico no lo había pasado sino que se lo había quedado para ella”.

Del marido de Ana Leyrado el informe decía que se llamaba Raúl Montes Otero, de sobrenombre Floyt, y que había sido secuestrado, visto en la Escuela de Mecánica y se creía que asesinado en 1977. No había abuelos reclamantes; no se tenían noticias posteriores de Ángela Hauffman.

Misha cierra el expediente y pasa la mano sobre la cartulina azul una y otra vez, despacio, en un gesto de apacigua-

miento o de caricia, como si temiera que la carpeta volviera a abrirse. Las palabras leídas han provocado la erupción de su propia memoria, y recuerda. Recuerda el golpe en la madera, la puerta, abierta hacia el pasillo oscuro; las piernas de los hombres, los gritos, el quejido de la mujer, su pelo bajo el puño del hombre; las armas, las tres tulipas translúcidas, como flores blancas colgando cerca del techo; el disparo. Las imágenes parecen salidas de una película hasta que comprende que el pelo y la mano blanca de dedos abiertos que se apoya en la pared son los únicos recuerdos que tiene de su madre. Luego, otro disparo provoca el deslizamiento de la mano por la pared, hacia abajo y el lacerante dolor en los oídos que elimina todas las imágenes.

Pliega los párpados, pesados por la rojiza adherencia de la imagen de Pinino en el movimiento y en la quietud, en el lento acomodarse de su mente al saber y el intolerable deseo de no saber.

*Estoy en el departamento de Martina, un lugar frío, posmoderno, tan impecable, tan en las antípodas de la pocilga de la calle Catamarca que yo compartía veintipico de años atrás con el pobre petiso Acuña. En ese entonces la libertad era sinónimo de desprecio por las cosas materiales; los objetos ataban y ser libre era como una borrachera; yo no necesitaba nada más; ser libre era algo del cuerpo, una fuerza que tensaba músculos, apretaba vísceras y brillaba en los ojos insolentados.*

*Ni aquí, entre la blancura de los muros y los desniveles calculados de la casa de Martina, ni en el departamento que compartí con Rita y que es ahora mi casa por abandono, por defeción, por descarte, por molicie, he conseguido darle sentido a la idea de ser otra vez libre. Trato de darme manija pero no me entusiasmo.*

*He empezado a venir seguido aquí, a caerme cuando es posible después de breves y ansiosas consultas telefónicas con Martina para evitar coincidir con Axel, con Tóifel, con Curi, cualquiera que sea capaz de sumar uno más uno. Y esta clandestinidad termina modelando nuestro vínculo.*

*De esa noche en que caí con la botella de whisky no recuerdo mucho. Apenas que las palabras iban y venían y no importaban demasiado. Importaba cómo ella se callaba en la mitad de una frase y mi silencio encajaba en ese hueco; el espacio que se creaba en su mirada, la boca estirada de costado y hacia aba-*



jo en un gesto súbito e imperceptible que desmentía la imagen de rubia boba y gangosa que ella cultiva con pasión.

Martina no es cauta; me incita contándome intimidaciones, haciendo de cuenta que soy uno de sus maricas. Juega conmigo porque sabe dónde me aprieta el zapato. Ella disfruta eso, intuye lo que tenemos en común.

Gozo de un privilegio poco usual: la escucho abrirse conmigo como si yo fuera un puto pero sabiendo que no lo soy. Me habla de la hot-line, esperando que le pregunte; yo sigo el juego y le pregunto cómo es, cómo hace. ¿Nunca llamaste? Se ríe. Y hace una demostración, una performance muy profesional que interrumpe para encender el cigarrillo que acaba de sacar de su cartera, virando la expresión de su cara a una seriedad distante, como si su mente estuviera ya en otro lado (o siempre hubiera estado en otro lado) y luego su cara retoma una lascivia fingida pero tan convincente que me calienta y me llena de odio.

Yo la escucho para que me cuente de Rita, porque ella la ve todos los días, casi a toda hora; ella la escucha hablar, decir cosas llenas de presagios y de misterio. Me imagino una Rita distinta; tiene que estar distinta puesto que no está conmigo.

Martina disfruta contándome.

Me cuenta cómo se viste Rita; qué zapatos, qué ropa, qué aros, qué perfume. Cómo camina, cómo mueve el cuerpo “de un modo distinto, ¿entendés? más amplio y más lento. Como gata. Porque antes era un cervatillo, Rita, un bloquecito derecho, elegante y fino pero durito, ¿no? Un bambi”. Abre mucho los ojos celestes y sacude los rulos. “Qué me decís”, agrega. Qué puedo decir: que no es mi mujer, que la mujer que describe no es mi mujer y sin embargo la descripción encaja en mi convicción de que Rita se ha convertido en otra.

Es indudable que Martina no miente. Me lo dice el brillo de los ojos líquidos, transparentes de maldad, la venita azul que

le late en la frente, al costado; su voz combina dosis variables de admiración y odio. Debo haber cambiado la expresión porque ella se ofende. ¿No le creo? Sí, sí le creo, y casi sin pensar agrego que Rita debe tener un amante. “Evidente”, dice. “No quería decírtelo yo”.

Y se larga a hablar sobre ese algo que desprenden las mujeres que andan en la trampa, según su expresión. La escucho con una oreja, pero presiento que su obsesión ha empezado a fluctuar entre Axel y yo. La inminencia de su embestida me hace olvidar a Rita un segundo y concentrarme en mi próximo paso.

—Yo la quiero un montón, un montón. Pero no está bien lo que hace. —Su voz se desalienta y de repente comprendo que cuanto más esquivo me muestro yo, más obsesiva se vuelve ella. Así de simple. El destello de la idea es tan claro que sonrío. Martina me mira perpleja; yo estiro el brazo y le tomo la cabeza por detrás, los dedos abiertos sobre la mata de pelo rubio y suave y, como quien descuelga la pelota de un aro de básquet, la acerco a mí sin perder detalle de las expresiones de su cara: sorpresa, curiosidad, placer; ni por un segundo duda.

Es algo que estaba, como se dice, “en el aire”, una llama que no había que encender. Ni miraditas ni juegos. Basta extender los dedos para que todo esté ahí, húmedo y abierto; disponible.

Martina actúa como una puta: lo que más le interesa es dar placer; sabe lo que un tipo busca y eso le basta, o al menos le basta conmigo y yo le agradezco que no hysteriquee, que me ahorre esos “no pero sí” y “sí pero no” que tanto estimulan a algunas mujeres. Yo quiero creer que Martina es como yo, que retoza sin vueltas y como un macho, que es como retozan las verdaderas hembras. Pero lo mejor viene después, cuando hablamos en la semipenumbra y me cuenta detalles sobre las misteriosas llamadas que Rita recibe y que le endulzan la voz. Es entonces, al compás del relato insidioso de Martina cuando empiezo a po-

*nerle imágenes a lo que cuenta, le voy dando una secuencia cada vez más lógica y más irrevocable, empezando un juego que no puedo parar.*

*Veo a Rita en su oficina, atendiendo el teléfono y sonriendo a la imagen de Floyt que está en su cabeza, la imagen del hombre que cree estar salvando, recreando desde el pasado heroico. Un hombre al que pretende devolver la sabiduría, su humanidad. Porque ella ha estado como todas las compañeras un poco enamorada de Floyt, de la humildad de Floyt, de la sencillez con que iluminaba todo. Justamente por eso tenía que morir. Y murió. Encontró el destino apropiado a su figura.*

*Me ofende que Rita confunda al mendigo con Floyt. Lo asombroso es que la degradación del tipo es para ella una prueba de identidad. Estoy seguro. Es lo que la seduce. Floyt ha sido el mejor de nosotros y ella cree que aún hoy es el mejor porque así como está permanece incontaminado por la derrota. Es incapaz de ver el despojo en el tipo que ella cree Floyt; de ver la piel acartonada, el pelo revuelto de mugre, la imbecilidad del lenguaje. Ella ve ahí un tizón ardiendo. De locura, pero ardiendo. Al pedo, pero ardiendo.*

*Yo contemplo el delirio de Rita sabiendo que ya no hay salida para mí, ni para ella. Que ha ido deslizándose hasta emparejar su extravío al de ese ladrón de casas, ese fantoche asqueroso, ese miserable estafador.*

*A medida que penetro con mi mente en la nueva Rita, trazo el recorrido de sus pensamientos; hasta puedo imaginar qué hará, y por qué. Ella necesita de una acción heroica pero yo no voy a permitirselo.*

*Con los otros puede jugar a la mujer madura, no conmigo. A los otros los engaña fácil. Basta que una mujer se pretenda autosuficiente para que los hombres suspiren de alivio. Ella lleva años de práctica en aparentar lo que no es. En el fondo no es*

*más que una nena que se hace la gallita; disfruta de la pelea mientras haya alguien detrás dándole libreto, pero sola es un manojo de sensaciones y nada más.*

*No voy a permitirselo, además, porque yo sé lo que ella no sabe: que no hay vueltas para nosotros, que no hay otra vida. Hubo una y la vivimos. Eso he terminado de comprender en estos días. Vivimos juntos veinte años, Rita y yo, y todos los escapes, todas las salidas imaginadas son cenizas, humo, nada. Somos lo que hemos sido, la sangre y las memorias, las frustraciones y los silencios, la lenta calma de saber en qué hemos devenido partiendo de qué lugar y dirigiéndonos adónde, por qué, a través de qué medios. Eso somos, la memoria de lo que hemos sido. El único sentido de continuar con vida es cargar con esa memoria sin chistar. Nuestros simulacros, nuestras patéticas fugas hacia adelante nacen de ese protoplasma gregario que nos obliga a mezclarnos con los demás, nos obliga a simular ser como ellos, a comprar lo que ellos compran, los objetos que nos crean la ilusión de que uno está construyendo la vida. Pero lo que construimos es una cortina de humo alrededor de nosotros mismos para no vernos.*

*Rita necesita volver a creer en el heroísmo y voy a ser yo quien le devuelva la fe. La idea va creciendo sin apuro y yo la dejo madurar mientras me empapo de asco con Martina.*

*El asco no proviene de ninguna falla; proviene de la perfección estéril con que mi deseo por Martina nace y muere sin dejar más rastros que el regusto ácido de la nada, de la corrosión corporal y anímica, con esta hembra sin remilgos a la que no hay que mirar de reojo para ver si, para ver qué. Y que nada signifique. Que durante tantos años haya perseguido en mi deseo noches de alcohol y polvos soberbios seguidos de horas muertas, y que no signifiquen nada. Que mi mujer haya sido la insospechada pieza clave en el mecanismo del deseo.*

*Martina sospecha y se desespera. Sospecha que me ha conseguido a medias y me induce a hablar mal de Rita; yo callo, no por lealtad sino para enfurecerla. Necesito detalles de los movimientos de Rita.*

*Esta mujer tiene instinto. Un mediodía, al sospechar que Rita trata de quedarse sola, se esconde en el baño. Cuando todos han salido la observa abrir la puerta de calle para dejar paso a un pendejo flaco que camina de un teléfono a otro, desarmando y armando, y que luego se encierra con Rita en la cocina.*

*Las imágenes provocan un fogonazo en mi cabeza; de repente entiendo todo. Lo de las grabaciones, el espionaje de Rita, su súbita huida de casa. Todo estuvo planeado por el ciruja, desde el inicio. El tipo montó el escenario del chantaje a la consultora y explotando su parecido con Floyt manipuló a Rita.*

*Ahora las piezas encajan al modo en que las piezas encajan en la realidad: dejando huecos de misterio. Pero los misterios no me interesan. Me cago tres veces en todo lo que no sea la conciencia urgente de que Rita está en peligro.*

*Me basta con esta comprensión para que la idea desesperada que me despertó una noche y que se hizo habitual en las vigiliadas sucesivas se convirtiera en la mejor de mis intuiciones. Hace tiempo que sé lo que tengo que hacer pero recién ahora la causa se me hace evidente.*

El día le llegó sin aviso. Despertó y allí estaba Furman, con la cara vuelta hacia ella, los brazos enrollados en la almohada, y todo se había esfumado. Ella se había sentado al borde de la cama, las manos aferradas al colchón sintiendo el bumbum lento del corazón; cada latido un golpe distante; la sangre circulando lenta y la ciega necesidad de llegar hasta el borde del abismo y tirarse. Cuando llega a estados así hay dos cosas que odia: a sí misma y a cualquiera que intente arrancarla del sufrimiento.

Ahora Furman despliega la mitad del diario, toma a tientas una tostada y busca la manteca con el cuchillo alzado; unta el pan y se lo lleva a la boca luego de lanzar una mirada ausente a Rita, que está sentada frente a él en la cocina.

Rita se muerde el labio inferior y deja corretear la mirada por el mantel. Café, jugo de naranjas, yogur, cereales, jamón, manteca, queso, pan, azúcar, edulcorante en polvo. Había planeado hacer huevos revueltos, un verdadero desayuno americano, pero se contuvo a tiempo. Mordisquea una tostada y siente los ojos de Furman en su cara, mirándola sobre el borde superior del diario. Sonríe mecánicamente y desvía los ojos a la cafetera; se sirve, toma la cuchara y está a punto de hundirla en el edulcorante cuando cambia de opinión. Retira la cuchara vacía, abre la azucarera y vierte en su café dos cucharadas repletas de azúcar. Las letras de la con-

tratapa del diario bailotean ante sus ojos; parpadea un par de veces. Mira el jamón crudo brillante de grasa, desplegado en fetas sobre el papel transparente. Tan distinto el jamón, el jugo de naranjas. Tan desayuno americano, que es decir tan extranjero de la vida cotidiana. Se había dormido con esa idea. Había planeado levantarse, hacer las compras y preparar ese desayuno. Por la mañana la despertó el aliento desconocido y ácido de Furman y le pareció escandaloso ese aliento ajeno, ese olor a vísceras, a intimidad extraña. Después de un rato se calzó el equipo de jogging y salió.

Hizo las compras con la mente vacía y un nudo en la garganta. Tenía los músculos flojos, los hombros caídos; el corazón rebotaba contra una tapia de cemento. El golpe sordo de cada latido y el gusto esperado, conocido del dolor, llevaban la determinación de sufrir hasta el fin ahora que ha empezado a hacerlo. Está dispuesta a avanzar como un tanque Sherman hacia el aliento ajeno, hacia el desayuno americano, hacia el diario desplegado ante ella, ante su propia cara en el espejo.

Los titulares nomás, acaba de decir Furman disculpándose, y ella levanta la mano. Tranquilo, dice, y bebe un sorbo de café con azúcar. Levanta una feta de jamón y se la mete en la boca entera, sin pan. La feta produce una saliva rápida que le llena la boca y la saliva le recorre el paladar, las mucosas y la lengua. Presiente la acidez, que llegará irremediabilmente, a esa hora de la mañana.

Ya no le basta con ponerse el jogging, agarrar el bolso y partir. No le basta hoy y no le bastará más.

Distrae la mirada en los títulos difusos y se dice que son las ocho y media, que a esta hora su cerebro tantea terreno y busca alguna saliente sólida a qué aferrarse para despertar. Se le hace intolerable la idea de hablar de la Bolsa, de la crisis

asiática o el estado de la ruta a Pilar (que es, seguramente, lo que Furman está pensando ahora, mientras dobla el diario y lo pone a un costado de la taza), de retomar el tono cínico o frívolo habitual en ellos y que le ha permitido sentirse la Mata Hari. Tanto que apura el último sorbo de café y antes de que Furman —que acaba de dejar el diario y posa sus ojos alegres en ella— le dirija la palabra, se levanta y camina hasta la puerta a cuyo costado ha dejado el bolso en el que, después de levantarse, ha metido el vestido con que cenó la noche anterior, los zapatos de taco, las cremas, el perfume, los aros, la pulsera, la carterita de moiré donde guarda el lápiz de labios, el pañuelo, el rubor, el diafragma y la crema espermicida. Cruza la cocina y el living, recoge el bolso del hall y sin decir una palabra abre la puerta, sale y baja las escaleras, rápida y ágil, hasta la planta baja; transpone el umbral y camina por la vereda casi desierta —es sábado, ocho cuarenta y cinco de la mañana—, y no se vuelve cuando escucha la voz de Pablo Furman que asomado a la ventana grita su nombre con estupor. Pablo Furman que grita, pero que no bajará las escaleras ni tomará el ascensor, sino que la mandará un par de veces a la puta que la parió, enjuagará las tazas y sacará el auto de la cochera luego de preguntarse con una parte del cerebro si debería prender la radio para informarse cómo está la ruta a Pilar, mientras con la otra se dice que todas las mujeres son iguales, locas de atar.

Rita camina por una ciudad casi desierta, el bolso colgado a modo de mochila, un poco inclinada para cortar el viento que ladea las copas de los árboles, evitando los perros que, apurados por la larga noche, arrastran a sus dueños de árbol en árbol. Camina a trancos largos alejándose de Furman, volviendo con cada latido sordo y doloroso al estado de vacío, de miedo indefinido posterior a su separación de Juan.

Diez cuerdas más y Furman se ha vuelto inconsistente, irreal. Sus pensamientos son las aguas rumorosas y revueltas de un arroyo confinado en estrechas orillas. Sus pensamientos rebotan y se arremolinan sin encontrar un rumbo.

Ha caminado cincuenta, sesenta cuerdas hasta la pensión. Del vestíbulo se levanta un vaho frío; algunas franjas muestran las huellas del secador de piso; un olor a pino y a trapo impregnado de humedad brota de las baldosas; en la vereda de enfrente un viejo se rasca la cabeza bajo el sombrero achatado e irregular; está sentado en un umbral, con una frazada debajo del cuerpo. Rita sube las escaleras, atraviesa el pasillo penumbroso y entra en su pieza.

El ambiente está helado y el silencio retumba en sus pasos. Se acerca a la ventana y mira el balcón a través del vidrio. Piensa “por lo menos hay un balcón”; una comparación absurda entre la pieza actual y su primera pieza de pensión. Un salto mental hasta sus diecisiete años. “Por lo menos hay balcón”, ha pensado, como si el balcón fuera un regalo del destino y el único resarcimiento. Cuando no hay nada que la fuerce a estar allí; cuando podría alquilar un departamento hoy mismo, ya. Curiosamente, el único progreso que su alma registra es el balcón. En la precariedad del balance pesan, sin duda, los cuarenta y tantos años y el fracaso esencial.

Ahora tiene un balcón de alquiler, y no mucho más. No tiene plan, tiene la espera y el sufrimiento celular hasta que su cerebro vaya sacando conclusiones. Mientras tanto, aguarda. Las decisiones están tomadas, estaban ya tomadas cuando se despertó con el aliento de Furman en su cara. Y tal vez fue lo ajeno de ese olor lo que juntó las piezas y envió las órdenes a su cuerpo. Lo que haya de suceder ya ha sucedido. Siempre ha creído eso.

El cambio empezó como una reacción de sus músculos, con el lento golpear del corazón en las costillas y con la imposibilidad de intercambiar una palabra más con Furman. Entonces se fue sin pensar por qué se iba y sin volverse. Seguía dictados imperiosos, que Juan define erróneamente como impulsos irracionales. No hay impulsos en ella. Hay una voluntad subterránea que se manifiesta primero en el cuerpo y después en la razón. Sus verdades fundamentales residen en sus entrañas y ella no es consciente de que están allí hasta que se le imponen.

Ahora, por ejemplo, sin haberse puesto a pensar sabe que no habrá batalla. Sabe de pronto que la batalla que se perdió era la definitiva; que los muertos están enterrados o con el esqueleto al aire pero muertos. Sabe, como si siempre lo hubiera sabido, que el combate que no libró veinte años atrás ya no puede librarlo y que las raíces de los secretos no revelados están hundidas en un pantano temido por todos.

Antes de marcharse de su casa se había sentido predestinada a cumplir un destino riesgoso: en eso su instinto no la ha engañado. Lo que no imaginaba era que ese destino sería poco heroico y por cierto mucho menos glorioso que en sus sueños. Se ha deslizado todo el día entre salpicaduras de pensamientos, arrastrada por un dolor equívoco, desgastante, en cuya corriente aparece y desaparece la idea de volver a la consultora y olvidar todo lo sucedido. Es una idea que trabaja sobre sí misma, que se hunde en los oleajes de una ética cansada y que resurge como único punto vital entre las aguas. La idea ha ido socavando su humillación con el recurso de apelar a la sensatez, al pragmatismo que impone la derrota. Y al final del día, Rita admite, finalmente y con alivio, que el lunes irá a la consultora como si nada hubiera pasado (porque nada ha pasado). Su único y aterrador consuelo será saber.

\*\*\*

Desde la ventana que vibra por un viento por momentos huracanado, observa al viejo que en el zaguán de enfrente ha sacado un pan de la bolsa de papel. Sus manos se ven sucias e hinchadas a pesar de la distancia. Sigue cada uno de sus movimientos; lo ve abrir el tetrabrik con los dientes, inclinar la cabeza, percibe los movimientos acompasados de la garganta. Se pregunta si Floyt llegará a esto: a dormir en un zaguán, a la vista de todos. Ha pegado la frente al vidrio para ver la figura semideformada, por la fuerza creciente de su cabeza contra el cristal, de sus dientes contra los labios, de sus lágrimas contra el lagrimal, de su corazón contra las paredes del pecho, por el vigor insostenible de la vergüenza.

Ha permanecido todo el día a oscuras, tendida sobre la cama, esperando el anochecer. Ha dormido y despertado intermitentemente y ha contemplado el recorrido de la luz en el techo, las sutilezas de la claridad en un día nublado y ventoso. Se inclina a aceptar que es el viento el que mueve las telarañas del cielo raso y no el micrométrico movimiento de las pupilas; también se inclina a pensar que los signos de la última noche impresos en su cuerpo son independientes de Furman, le pertenecen de manera exclusiva.

A las seis de la tarde sale, vestida con en el mismo jogging con que llegó esa mañana, y una campera de cuero, Rita toma un colectivo en Santa Fe que la dejará a tres cuadras del puerto de Olivos. El viento corre de a ráfagas; la cercanía de la noche se anuncia en la luminosidad plomiza sobre el horizonte amenazante, oscuro, cortado por cintas resplandecientes de color azul lavanda.

Camina por la calle estrecha al costado del río, observando desde lejos la barandilla donde solía encontrar a Floyt. Se acerca a la boca del edificio abandonado y asoma la cabeza por la abertura negra y húmeda. En el fondo, a lo lejos, distingue el centelleo débil del fuego. Luego de unos pocos pasos se detiene. Ella, la compañera de Floyt, la vieja amiga, no ha sido sino otra pieza en la destrucción. Ha irrumpido en la intimidad quebradiza de Floyt amparada por la oscura noción de que un mendigo no tiene derechos. Y lo ha hecho con la intención de blandir ante sus ojos la espada centelleante de la verdad. Para impartir luz. ¡Qué afrenta!

No ha venido a pedir perdón. Floyt no recordaría el ultraje. Ha venido a buscar la muda sentencia de su aceptación o su rechazo como si de ella pendiera la vida.

Retrocede hasta la calle y mira a su alrededor. No sabe cómo huir de su vergüenza. Se sienta en uno de los pilotes cercanos a la costa y se arroja en la campera. El golpeteo del agua contra la pared de cemento es un sonido simple que la calma. Sabe que tarde o temprano Floyt va a salir y esa espera es una manera de rendirle tributo al tiempo en el que Floyt era un corazón luminoso. Lo evoca con claridad ahora y esa evocación contiene el delicado recuerdo de Ana, su voz apresurada, sus manos grandes y torpes. La memoria es nítida, luminosa ella misma, porque las trincheras han vuelto a ser las que fueron. Ella ha estado sin saberlo en tierra de nadie y ahora ha regresado. Eso no implica heroísmo, mérito o satisfacción alguna. Significa, apenas, el derecho de esperar a Floyt.

\*\*\*

Juan acaba de entrar al bar que está en diagonal y se sienta mirando la entrada del edificio. El mendigo nunca sale antes de nueve de la noche. Ha podido constatarlo muchas veces, aunque no haya vuelto a seguirlo. Le ha bastado con observar el mismo paso por la misma cuadra, con idéntico ritmo, para entender que el mendigo sigue una rutina. No le importó ponerle nombre a esa trayectoria. Pide un café, un coñac, los paga y los toma despacio, con el tiempo justo para divisar entre las sombras ruinosas del edificio la figura alta y desgarbada que sale para entrar en el cono de luz del farol. No ve a su mujer, que desde la penumbra de la ribera se pone de pie y antes de comenzar a caminar vuelve la cabeza, atraída por el movimiento de la puerta del bar.

Rita divisa una figura familiar; el asombro demora el reconocimiento. Segundos después retrocede hacia las sombras y permanece inmóvil, aturdida por un presentimiento indefinido que no termina de tomar forma.

Juan se detiene en la puerta del bar, enciende un cigarrillo y en el momento de encenderlo se da cuenta de que acaba de retomar un rito asociado al peligro. No sabe qué va a hacer con su vida pero eso lo deja indiferente y en esa indiferencia vuelve a encontrar la paz que le ha faltado en los últimos años.

*Acabo de arreglar sobre la cómoda los juegos de maquillaje que ella más adora. Siempre ha preferido los Pupa a todos los demás. Abro uno a uno los estuches color rojo sangre y contemplo los tonos sutiles de las sombras en degradé, las texturas variadas de bases y polvos faciales, el enlace de matices que ella prueba hora tras hora, reclinada en el espejo, trazando líneas tenues en la gama de los marrones, de los lilas, de los azules.*

*Cuando era pendejo arrastraba una banqueta o el taburete del piano y me sentaba a mirarla. Ella se reía; le causaba gracia que yo me pasara tanto tiempo sentado mirándola. Me decía “¿Qué hacés? Andá a sacudir las pulgas por ahí”, pero se reía y yo sabía que no lo decía en serio y me quedaba. A Julieta la copa que la miren. La copa posar y sobre todo transformarse.*

*Nunca se dio cuenta de lo embobado que yo estaba porque ella nunca vio a nadie. Ver de ver; realmente. Ella se mira ella y punto.*

*Yo traía la banqueta y me instalaba. Las patas no me llegaban al piso cuando empecé a observar el ritual del maquillaje, y si dejé de hacerlo fue porque en un momento algo habrá notado, Julieta, que no le gustó, porque un día me echó del cuarto y de ahí en más cerró la puerta para maquillarse.*

*Desde el primer día tuve que apretar los dientes para que no se me cayera la mandíbula; poner cara de piedra. Yo sabía que algo estaba mal en eso y en que me gustaran tanto las joyas que ella*

*codiciaba y conseguía. La expresión de Julieta me decía que algo repodrido me pasaba, pero también me decía que era supercool.*

*Ésos son momentos recopados entre Julieta y yo. Cuando trae algo nuevo hay una onda capaz de electrocutar a King Kong. Yo gozo esos instantes tanto como ella y eso le da un asco horrible pero no se puede pasar sin ese asco. No puede evitar correr a buscarme y compartir conmigo la alegría.*

*Cuando era chico no me daba cuenta qué era lo que le repugnaba de mí; cuando me fui haciendo más grande me di cuenta. Había que ser muy boludo como para no enterarse por qué Julieta me mandó a cuanto deporte de macho se le cruzó por la cabeza: rugby, artes marciales, fútbol; me tenía al borde de la fisura y no paró hasta que me cogí a la hija de la sierva. No sé cómo habrá sido el arreglo, pero desde que vi a la pendeja supe que así venía la cosa. No me cerraba que la sierva trajera a la hija porque no tenía dónde dejarla. Me palpité qué era lo que Julieta esperaba de mí así que me la cogí y eso me salvó porque Julieta, desde ese día, no me jodió más.*

*Uno de los estuches Pupa tiene sombras tornasoladas. Son las que a mí más me gustan porque se usan en galas. Y hoy es una gala. En el cuarto flota un vapor perfumado que sale del baño que está en suite; nunca había usado antes el baño de Julieta. Está prohibido para todos, hasta para Martín, que tiene que usar el toilette para visitas. Las paredes son de esos mármoles grises que a Julieta le parecen señoriales; la grifería es dorada, muy rococó y en los bordes de la bañera están las cremas para el cuerpo; las que usa en invierno.*

*Me afeito las piernas, las axilas y los brazos y estoy un rato largo sumergido en espuma de baño La Prairie, que es lo máximo, para que los poros se me abran. Después me seco y busco en el placarcito del baño las cremas de verano que son más gruesas, más lustrosas.*

*El espejo de la pieza es casi tan largo como la pared pero no muy ancho, está a un costado de la cama, justo para mirarse mientras uno se pone las medias de seda con el pie apoyado en el colchón. Observo la media que sube y siento el roce de la seda sobre los músculos, la suave presión que los modela y luego, arriba, el ajustarse de la seda en las caderas, aplastando hacia la raya del culo la pija muerta; una lápida sobre la concha faltante.*

*En la cómoda está la ropa interior de Julieta, los corpiños y las bombachas separados por juegos, por colores, y luego la lingerie de seda, los corsettes de encaje azules, negros, rojos, con portaligas. Elijo un corpiño rojo con un poco de relleno y una bikini que me calzo arriba de las medias. Me falta sólo rellenar las tasas del corpiño con algodón para fabricarme unas buenas tetas.*

*Como estoy yo ahora la contemplé a Julieta año tras año. Con medias de seda, en ropa interior y descalza, sentada frente a la cómoda y con todo el maquillaje desplegado ante ella.*

*Las sombras iridiscentes combinan con telas aterciopeladas, cálidas, de colores azules y rosas subidos. La hija de la sierva usaba una pollerita color turquesa y por debajo le saltan unas piernas gruesas, macizas, con esa dureza típica de las pieles oscuras. Se ve que la siervita creía que a mí me copaba la pollera turquesa. A mí lo que me copaba era volteármela en la camita de la pieza de servicio que está al lado de la cocina, cuando Julieta andaba por la casa. La piecita tiene ventiletes de vidrio, y yo sé que ella me espiaba, me veía tirármela a la siervita. Un hijo macho es el sumum para Julieta.*

*Desde chico me enseñó cómo tratar a las mujeres. Cómo tenerlas en un puño. Me sentaba frente a ella, entrecerraba los ojos y me hablaba en voz baja, con un brillo cruel en los ojos achinados. Yo me dejaba envolver por su perfume, tratando de*



*no mirar la abertura del escote porque eso la sacaba de quicio. Lo que ella quería era que yo resistiera su seducción, que no me meara encima por ella; si yo podía controlar eso, tendría a todas las minas en un puño. Pero yo no podía controlar eso.*

*La primera vez que estuve con los gays en la casa de Martina fue como ver el mar. Se acabaron el miedo y la desconfianza. Fueron diez minutos nomás porque Julieta estaba al acecho, pero yo supe clarito lo que quería. Así que no la miré cuando me dijo “no te quiero ver cerca de esos putos”. Fruncí el ceño y le dije “qué te creés que soy, boluda” y en ese mismo momento se me cruzó la imagen de Misha, pero de un modo tan fuerte que casi me voltea y supe que iba a inaugurar con él.*

*Con las cejas depiladas queda un espacio grande para extender las sombras. La mano me tiembla, pero es por la mala noche. A pesar del Rohipnol, me desperté a primera hora y me quedé acostado esperando escuchar el auto de Julieta.*

*En el primer momento pensé que me iba a ahogar “ahora la quedo”, me dije. Tenía una cuerda tirante en la garganta; una piedra en el pecho y una cuerda en la garganta. Fueron segundos; después se me aflojaron las piernas y me senté en el borde de la cama. Tendría la cabeza baja y sostenida entre las manos porque veía los pies del rusito delante de mí, sus zapatillas blancas de cordones sucios y no veía a los costados; no veía nada más. Las zapatillas del rusito y la parte inferior del jean del rusito. Y un vacío colosal en la cabeza. Como si me hubieran pegado un tiro en la sabiola; un impacto y el vacío y querer saber qué sigue, si es que algo sigue. El rusito me debe haber arrastrado fuera de la casa porque tengo imágenes de veredas, calles, viento, autos y de vez en cuando la voz ansiosa del ruso. No me acuerdo mucho de nada, salvo que se me había puesto que me habían robado. Pasaba revista a cada una de las pilchas, a los borcegos, zapatillas, los tamangos en fila en mi*

*placard; las camperas, el traje de esquí, la raqueta, los joggings, el discman, los compac, la compu; pasé revista hasta los calzoncillos y me dije: todo está ahí y es mío. Pero no me lo creía.*

*Mis pies y los del rusito veía y por el costado hojas secas, pedazos de diarios, cestas para basura, puertas de madera y las bocas iluminadas de los edificios; y por mi cabeza pasaban flashes desordenados de Córdoba, del teniente Rolo, del mayor Randía, de Julieta; de mí esperando a Julieta en el auto con el motor encendido, el calor de la siesta, los hoteles; memorias que antes existían como las flores, sin razón, y que ahora tienen una explicación, un orden, una cronología que nunca me interesó. Nunca.*

*Lo que más me gusta es el rimmel; los ojos de Julieta cambian en intensidad, se ponen más dorados, más brillantes contra el negro que le arquea las pestañas y se las empasta. Ella da varias pasadas, y las pestañas ahora me quedan como a ella salvo que mis ojos no tienen reflejos dorados; son negros con forma de lágrima, como los de la mujer de la foto que me dio el rusito, la foto que siempre estuvo aquí, en el altillo.*

*El delineador es difícil: hay que tener pulso; debí habérmelo puesto antes que el rimmel; Las Leñas debe estar lindo ahora que nevó. Me veo con el traje de esquí en la punta de la colina y la veo a Julieta al lado, por el rabillo del ojo; flaca, el gorro de lana y el cuerpo alto y caderudo, veo el cielo azul crudo y siento el vértigo del descenso.*

*El vestido de gasa color fucsia que Julieta les compró a los putos es mi preferido; la vi desfilar con él y era una diosa. Los putos también contuvieron el aire, cruzaron las manos y la miraron con la boca abierta. Aunque ellos se emboban fácil porque quieren venderle, pero yo me había quedado sin aliento y ellos parecían el espejo de lo que yo sentía. Verdad o mentira, todo parecía deslumbrantemente cierto y eso es lo que importa.*

*Julietta guardó ese vestido porque yo se lo pedí. Ella no guarda tanto tiempo un vestido; lo guardó porque yo se lo pedí. Yo tendría unos diez años cuando lo compramos. Cuando salimos Julieta estaba radiante. Había cerrado algún negocio grosso porque estaba contentísima y necesitaba caminar para calmarse; anduvimos como locos y nos reíamos de cualquier boludez; ella me había pasado una mano por el hombro y yo me sentía orgulloso porque significaba que estaba más grande y que no iba de la mano como un pendejo, pero extrañaba la humedad y el frío de su mano y los pequeños apretones inconscientes, que eran como los latidos de sus pensamientos.*

*Extiendo el vestido fucsia sobre la colcha de satén. He estado sentado tanto tiempo en esta banquetta que me duele el huesito dulce; dejando pasar el tiempo, esperando que llegue el mediodía.*

*Me parece que pasó un siglo desde que Rita y yo chamuyamos en aquel bar. Yo andaba muy paranoico, creía que Julieta andaba en algo raro, pero era yo el que andaba en algo raro. Ella siempre anduvo en lo mismo y ni siquiera era difícil averiguarlo. Estaba todo aquí, en la casa. Inclusive la foto de Ana Leyrado. No le hacía falta ocultar nada porque sabía que yo no husmeaba, no preguntaba, no veía, no vivía más que dentro del redondel que formaba la correíta que me rodeaba el cuello. Yo tenía a Borrego y ella me tenía a mí.*

*Claro que yo de vez en cuando le afanaba guita, le escuchaba las conversas, fumaba porro en el cuarto, robaba alguna que otra moto y hasta caí en cana; pero era para no sentir la correa. Ahora puedo ver con claridad lo forro que era. Me gustaría que se me pasaran cosas grandes por la cabeza porque después de todo la mía es una historia fabulosa.*

*Lo peor de todo es que haya giles que creen que saben cosas de mí. Que pueden venir y decirme a mí quién soy y dónde tengo que estar. ¿Pero alguien se pregunta si yo quiero salirme de*

*acá? ¿Quiero yo que alguien me diga quién carajo soy? ¿Alguien me preguntó dónde quiero estar, si quiero estar aquí, o allí? ¿Me lo preguntó el ruso de mierda? ¿Me lo preguntó la reventada de Julieta? No, nadie me preguntó nada.*

*El fucsia queda bárbaro con las sombras iridiscentes; medio ajustado el vestido porque mi cintura no es de una Barbie, pero conteniendo el aliento pasa. Lo que es de Barbie es la peluca rubia platinada, lacia y hasta los hombros, divina. Y ahora que el auto de Julieta acaba de entrar al garaje, los últimos toques, el eau de parfum de Boucheron y lápiz labial rosa fuerte, que aplico mientras la llave gira en la cerradura y sigo aplicando cuando los pasos de Julieta avanzan por el living hacia su habitación. Aprieto los labios uno contra el otro como la he visto hacer hasta el relajo para que el rouge se empareje. Después me vuelvo y la veo entrar. Lo primero que observa es la habitación; disemina una mirada rápida por la cama, el placard abierto, los rastros de vapor en el baño, los vestidos desplegados en la silla; tiene el cuerpo encogido por las emociones: yo sé que no me ha mirado aún porque busca pistas en el cuarto. ¿Quién soy, una ladrona, una amante de Martín? Después me mira y pregunta con su voz más ordinaria “¿Quién carajo sos, y qué mierda hacés en mi cuarto?”. Yo no contesto. Sonríe y me acomodo el pelo con coquetería. Ella me mira fijo. Sabe que me conoce, sabe que me conoce mucho; aún no ha comprendido pero ya presiente y lo que presiente —pero aún no sabe— asciende por su cuerpo, le encoge el pecho y le estrangula la voz, porque ahora que yo acabo de fruncir el ceño los ojos se le agrandan con un horror que supera todas mis expectativas y su garganta acaba de emitir un gemido extraño antes que su cuerpo se desplome de rodillas ante mí, antes de que yo desde arriba observe el pelo bordó, largo y sedoso, la espalda arqueada por las contracciones del vómito y el vómito rosa oscuro que Julieta derrama, asquerosamente, a mis pies.*

*La poca gente con la que me cruzo transita doblada sobre sí; el viento arrastra cartones, diarios, volantes, latas abolladas y hojas secas; los objetos se mueven a los tumbos y se detienen, y yo tengo la sensación de caminar por una ciudad fantasma; una ciudad que es, por eso mismo, un decorado montado especialmente para nosotros, que nos desplazamos con un aire entre autista y predestinado, sin mirar atrás.*

*Éste es uno de esos momentos que la lógica de todos los días llamaría absurdo y que guarda, sin embargo un sentido interno. Yo me apoyo en ese sentido interno; me dejo llevar aliviada.*

*Veo a Juan que tropieza, se endereza y se palpa la cintura atrás, y sigue caminando, un poco más rígido ahora, sin duda recorrido por el dolor eléctrico del nervio ciático. Desde cincuenta metros más atrás veo sus cabellos ralos, enhiestos en la ola de viento repentina, mostrando el blanco brillante de la calva; veo su cintura abultada y las piernas más combas que nunca por la corriente que abomba sus pantalones hacia afuera y por el esfuerzo de la subida. Envejece.*

*Yo también envejeczo. Las mujeres envejecemos primero por dentro, como esas frutas cuyas cáscaras lozanas encubren una pulpa podrida. Lo que ha envejecido en mí es la ilusión de felicidad. No hay nada delante; y atrás hay lugares sin vida; lugares que han guardado durante años el calor de mi cuerpo y que están ahora devastados, y no por el enemigo.*

*No me importa seguir hasta el fin de la noche; en cierto modo, el tiempo ha quedado suspendido porque el hilo invisible de la razón está cortado. La coincidencia que nos convoca a vivir este momento es el resultado de una congestión intolerable de sentidos. Un exceso que busca su culminación. Por primera vez en mucho tiempo estoy tranquila.*

*Floyt bordea la plaza de San Isidro en un merodeo que deja adivinar el preámbulo; parece juntar fuerzas o hacer tiempo. Se sienta en un banco, se para, avanza hasta el borde de la vereda como si estuviera a punto de cruzar pero se detiene de pronto mirando fijo las ventanas del café.*

*Juan se ha parado a unos veinte metros junto a un eucaliptus. No se molesta en ocultarse, como si hubiera comprendido que la índole de la obsesión de Floyt —que lo insta a esos movimientos erráticos, casi absurdos—, le impide reparar en algo que no sea el objeto que lo perturba.*

*Me siento en un banco, más atrás; el tronco de un jacarandá me oculta de la mirada de Juan.*

*A medida que el tiempo pasa Floyt se inquieta más. Camina de un lado a otro, agachado como un viejo, y parece estar hablando solo. No han pasado más que dos o tres minutos cuando la muchacha dobla la esquina en dirección al bar. Lleva unas carpetas bajo el brazo y en la distancia lo único que logro ver es el pelo enrulado, la delgadez y una cara que me parece familiar. Sé que ella es lo que Floyt espera porque lo veo quedarse inmóvil, observando cada uno de sus pasos; no intenta ocultarse; actúa como si no fuera visible, como si ella no pudiera verlo y en cierto modo esto parece ser cierto porque la chica no mira hacia la plaza en ningún momento.*

*La muchacha entra en el bar y Floyt cruza la calle despacio. La emoción lo eleva, literalmente. Los hombros se le han cuadrado y los brazos cuelgan a varios centímetros del cuerpo,*

*dándole apariencia de espantapájaros. Hay algo brutalmente suyo en esa expresión extrema de conmoción; desvío la mirada hacia Juan y creo percibir en él un escalofrío de reconocimiento.*

*Segundos después también él cruza la calle y se detiene un par de metros detrás de Floyt, que se ha aproximado a la ventana del bar y observa una de las mesas, la cabeza casi pegada al vidrio.*

*Todo el cuerpo de Juan permanece inmóvil, la vista intensamente clavada en la muchacha de cabello enrulado y cara en forma de corazón que se inclina sobre los papeles blancos. La muchacha suspira, levanta una mano para llamar al mozo y yo también ahora sigo sus movimientos como atontada porque la persona que suspende su mano en el aire, la muchacha encuadrada por la ventana del bar, se parece extraordinariamente a Ana Leyrado. No a la Ana Leyrado como se vería hoy si viviera. Es Ana suspendida en el tiempo, congelada en un espacio que nos devuelve nuestras imágenes lejanas, nos muestra lo que ya no somos.*

*Estoy parada al lado de Juan. No lo he tocado y no me mira. Sigue mirando a la muchacha que ahora ladea la cara hacia el mozo. Juan la mira como absorbiéndola, con movimientos ínfimos de cabeza, con una incredulidad que lo traspasa y que no acaba en lo que ve sino que impregna todo lo que ha visto y todo lo que es.*

*Gira la cabeza y antes de clavar su mirada en Floyt, yo sé que lo ha reconocido. Lo ve por primera vez; lo observa mirar a la muchacha, la cara pegada al vidrio, absorto en su rostro; la cara de Juan se contrae en un gesto de intolerable dolor y yo desvío los ojos para no verlo. Para no verle la culpa.*

*Pongo una mano sobre su hombro y la extiendo suave sobre su espalda; se vuelve y me mira como si despertara de un sueño. Tiene los ojos anclados en un vacío más grande que la noche.*

*Se sienta en el cordón de la vereda con las manos en las rodillas. Por una extraña química tiene el mismo aire de Floyt, la misma lejanía despojada. Me siento a su lado y enciendo un cigarrillo; le paso el paquete, que hace girar entre las manos antes de extraer el cigarrillo que demora en prender. Estoy sola y siento la soledad de Juan. Somos dos pozos de tiempo que fuman sentados en el cordón de una vereda, en San Isidro. El hilo entre nosotros se cortó y nos devolvió a cada uno a su pasado; un pasado intacto, listo para ser llenado de memorias falsas.*

*Pero detrás de nosotros está Floyt y unos metros más atrás, suspendida en el espectro eterno de la luz, está Ana. Inmortales, como una vez fuimos nosotros.*



Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de diciembre de 2001  
en Impresiones Sud América S.A.,  
Andrés Ferreyra 3767/69, 1437,  
Buenos Aires, República Argentina.